H. de Mendoza

VOLUNTAD INHIBIDA

Narcotráfico, secuestros y asesinatos amenazan el Málaga Valley.

Índice

Créditos
Agredecimientos
Dedication
Aviso
Lisa (Dios sol)
Mawu (Dios luna)
Caníbal
Visibilidad limitada
Dado de póquer
Los pies en la tierra
Las manos en el cielo
Gamibé
Nukatae woblam
Ordenar el trastero
El trastero
Lara
Buscando, mirando...
Jacinto
Padre, hijo y espíritu
AI
Entre las rocas
Paciencia
El viajecito
Puesta en común
ADN
El Zulo
Cristian
El agresor
Tengo un Suzuki amarillo
Flores en el café
Reencuentro
Niño bueno

Los negocios son los negocios
Estampida
A vista de dron
Corre, corre, corre
Zombi
La hora de cierre
Humedad, cierta tristeza...
La app
Amigos
El amor es ciego, pero los vecinos no
El Espigón
Decisiones
Guadalmar
Cosas de jóvenes
Hay una maceta en la luna
Capataz
NH3
Conflicto de intereses
ABIS
Iris translúcido
Perlitas
Escondido
Software libre
Bajo el agua
Perita
A cuarenta en la sombra
La cripta
Trio de chi
La nave
Pez glovo
Milo
Araña la consciencia
Interrogatorio
Ciberpoli
Disfraz

Al otro lado del agujero
Solar
El Napoleón de las Mil
La patera
Secuestro exprés
Vivo o muerto
¡Capataz!
Rastas
Trance
Cagney y Lacey
Papá
Curvas
Eficiencia laboral
Aguanta
Con la punta del zapato
¿Amigas?
Santa unción
Reminiscencia
La voz del dragón

© 2023, Emilio González González

Voluntad inhibida
Málaga Valley Criminal #2

1.ª edición, mayo de 2023
Certificación de obras originales CEDRO
N° de registro: PJ9ikLC1-2023-05-15T19:14:24.246

© Autor: H. de Mendoza
Emilio González González. hdemendoza17@gmail.com
© Diseño de portada:
Alberto García Gómez

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro sin autorización escrita del autor y propietario del copyright, por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

A todos los creadores de historias, los cuentistas, los escritores, los poetas, los músicos y los artistas en general que me acompañan estos días. A los escritores resilientes, a muchos autopublicados y en especial a aquellos que me han ayudado con sus enseñanzas a seguir adelante. A todos aquellos que me habéis contado anécdotas de mis libros y aquellos que se han interesado por las historias que hay detrás de los libros. Muchas gracias por estar ahí.

A la Málaga cosmopolita y sus habitantes

LISA
(Dios Sol)

Atrapado en una ola para caer en la siguiente, sin tregua, sin poder asomar la cabeza fuera de aquella fuerte turbulencia que lo envolvía y lo engullía una y otra vez. Luchaba con todas sus fuerzas por salir de ella, pero era inútil. Notaba como su cuerpo se retorcía. Forcejeaba por esquivar a los cientos de pesadillas que se presentaban sin su consentimiento, como un monstruo que espera agazapado en cada vuelta de esquina. Giraba como un peluche atrapado en la lavadora, envuelto entre sábanas que lo transportaban en una noria que renquea. Sus párpados luchaban por separarse y, en ese intento, brotaba un hilillo de intensa luz. Y él quería nadar hacia esa luz, pero algo lo arrastraba, una y otra vez, al abismo del inconsciente. Luchó durante una eternidad que, en realidad, tal vez fueran algunos minutos. Lo único que sabía era que no estaba en el mar. Lo último que recordaba era el fuego de unas hogueras, llamas esparcidas de manera descontrolada y el chisporroteo de la madera y, un nauseabundo olor a carne quemada. Un grito salió ahogado de su garganta. Un ¡noooo! imperceptible para el resto de gente que lo rodeaba. Ahora los veía. Decenas de jóvenes lo acorralaban, le gritaban, lo señalaban con el dedo como el culpable. ¿De qué? Él era inocente. Trataba de defenderse, pero solo conseguía sacar otro cántico gutural irreconocible. Consiguió abrir un poco más el ojo izquierdo, quizá por la ausencia de inflamación en ese ojo. Por fin, traspasó la barrera del sueño. Lo sabía. En algún lugar escondido de su cerebro una de sus neuronas le gritaba: «Estás dormido, atontado». Pero aquella lucidez desaparecía rápido y él regresaba al inconsciente. Ahora sabía que estaba dormido. Debía luchar por salir de aquel sueño. Acumuló tensión en sus músculos, incrementó la presión sobre su cráneo, desde la cresta supraorbitaria a la temporal. Ojalá hubiera visualizado tan bien esa cresta en el examen de anatomía. Consiguió abrir un poco más uno de los ojos hasta que despertó con un espasmo.

—Tranquilo, Isaac. Te hemos sedado un poco. —La voz que le hablaba trataba de hacerse sedosa pero un leve ronquido lo impedía.

—¿Dónde estoy? —Con dificultad, Isaac trató de comunicarse.

—Estás en el hospital. —Ahora, más elevada, la voz quebradiza

no disimuló décadas de tabaquismo.

—¿Por qué? —Balbuceó Isaac, cuyo cerebro trataba de buscar una explicación, pero apenas conseguía mover los labios para que salieran palabras entendibles.

—Es mejor que hablemos luego, cuando estés bien despierto.

—No. Dime qué me pasa.

—Está bien. Pero no voy a profundizar en el tema, ¿de acuerdo? —Aquella voz ronca de paquete de Camel diario dejó pasar unos segundos antes de continuar—. Anoche, sufriste una agresión.

Su mente trataba de viajar unas horas atrás en el tiempo, una y otra vez lo intentaba, pero no conseguía recordar.

—No te preocupes. Ahora debes descansar. Es normal que te sientas contrariado, la sedación ha tenido que ser un poco más fuerte de lo normal. Y, ahora, voy a tener que aumentar la dosis un poco más.

Durante breves segundos una cara familiar interrumpió al impertinente foco de luz que le impedía abrir los ojos.

—¿Susana?

—Sí, soy Susana. No te preocupes, estás en buenas manos. Tú lo sabes mejor que nadie.

Entonces escuchó que Susana profería varios gritos a su espalda. Había alguien más en la habitación, pero él no podía mover la cabeza. Como si su cerebro pesara dos toneladas. Tanto estudiar para los exámenes finales tenía que pasar factura de alguna manera. Ya se lo dijeron al acabar el instituto: si te acojona la selectividad prepárate porque, a partir de ahora, y más aún si estudias medicina, cada examen va a ser una selectividad.

—Anoche sufriste una agresión, pero te estás recuperando rápido. No te preocupes ahora por eso, descansa y así te recuperarás antes.

Oh, no. ¿Cómo que había sido agredido y no recordaba nada? Sin embargo, los primeros efluvios de la anestesia hicieron su efecto y su mente regresaba a tortuosos y disparatados senderos.

—Está bien, solo cinco minutos. —Susana volvió a observar a Isaac, le tocó la frente con cariño y aquello ayudó a que bajara la tensión en su cabeza. Sus músculos se desinflaron. Sus párpados empezaban a cerrarse, otra vez, hasta que la estancia volvió a contagiarse de esa voz de Al Paccino doblado al español—, antes de dormirte otra vez, Isaac, aquí hay unas personas que quieren hacerte unas preguntas. Me han prometido que será breve.

Interpuso su corpulento cuerpo entre la mujer policía y el paciente, como en una guerra de mujeres Corleone. Dejó paso a la subinspectora. Isaac vio aparecer una mujer de ojos oscuros y tez pálida, con mofletes de Koala, de esos que agrada agarrar entre el pulgar y el índice.

—Soy la subinspectora Paloma Rico, del Grupo I de Estupefacientes de Málaga. Necesitamos hacerte unas preguntas. Será rápido. Por ahora. Lo primero de todo, ¿recuerda algo de anoche?

—¿Estupefacientes? —Aquella palabra había conseguido despertar varios cientos de neuronas que andaban perdidas en el sopor anestésico y le infundieron una inyección de adrenalina y un mensaje directo: «Huye». Algo que ignoraron los otros cientos de miles de neuronas que debían enviar la señal a sus piernas.

—No se asuste. Usted está bien, y eso es importante. Y, en principio, usted es la víctima de lo que ocurrió anoche en las hogueras. ¿No lo cree así?

Isaac intentó recorrer mentalmente la noche, pero era incapaz. Seguro que se habían hinchado a marihuana, con un poco de suerte no llegaron a más. Pero, la cosa no parecía ir por ahí. No le buscaban a él. Al menos eso esperaba. Durante las últimas semanas, cada noche se escapaba a la biblioteca a estudiar. En realidad, se convertía en unas cuantas horas viviendo aventuras peligrosas, y se había jurado que dejaría esa vida al otro lado de la ley. Sobre todo, si tenía delante al terror de los narcos de la Costa del Sol y, con un motivo más ponderoso, había cumplido los dieciocho. Todo cambia a los dieciocho. De un día para otro te pueden encerrar una buena tira de años en una escuela de delincuentes, de esas que llaman prisiones. Debía estar muy atento, podría estar jugando en terreno enemigo como invitado, pero seguía siendo el enemigo.

—¿Qué ocurrió anoche? —preguntó aún dubitativo, en busca de una respuesta más clara.

—¿Recuerda usted a una chica? Negra, para no andarnos con rodeos.

Con nuevos datos, Isaac intentó navegar en su memoria. Y creyó verla. Su cara redondita, pero de tez firme, alumbrada por la luz de las hogueras. Sus ojos de nieve resaltaban sobre la piel oscura, negra como una fosa marina, aunque no tan negro como su embriagador iris que lo atrajo a él como un agujero de gusano que lo transportaba a otra dimensión. Quizá fuera eso, estaba en otra dimensión. Entregado a sus recuerdos mezclados con paranoias comenzó a zambullirse en el vaivén de las olas.

—No se duerma, por favor, es importante. ¿Recuerda usted a la chica que lo atacó?

—¿Atacar?

Recordó destellos que salpicaban la oscuridad, y luego, ramas ardiendo que saltaban en todas direcciones. Rememoró aquella misteriosa cara, hipnotizada por el calor del fuego.

—Isaac. Ha perdido media oreja, tiene lesiones graves en el brazo y la cara.

—¡Basta! —Interrumpió Susana encabritada por la falta de humanidad de aquella policía—. Usted no puede dar un informe a un paciente. No tiene derecho. ¡Fuera de esta sala!

El golpe en la mesa de la ganadora al concurso de Miss jefa de la Mafia Siciliana surtió efecto y la subinspectora abandonó la sala. Mientras tanto, Susana, la anestesista, volvió a ajustar la dosis.

—Ahora sí, te voy a dormir. Mañana lo hablaremos con tranquilidad. No te preocupes. Te pondrás bien.

Susana. Qué buena era Susana. Era su profesora favorita. Aparte de anestesista, daba clases en la universidad y siempre era capaz de intimidar a los alumnos alborotadores que imitaban su voz ronca en cuanto se giraba a la pizarra, y cautivar con sus lecciones al más dormido.

Poco a poco, regresó al sopor. Esta vez, el mar estaba en calma y lo mecía en su cuna, al compás de la última canción que recordaba de la noche anterior. Una versión japonesa de Love Son de The Cure, versión disco. Y él, que creía haberse enamorado.

12 horas antes…

MAWU
(Dios Luna)

No era una noche más. La luna se daba de baja en cáncer, lo que prometía una madrugada oscura, en la que la luz se limitaba a las de las múltiples *moragas* alrededor de las cuales danzaban decenas de jóvenes, en su mayoría ebrios, ajenos a los mensajes de sus mayores.

Para los más viejos pobladores de la costa malagueña no era una noche de San Juan más. Era un presagio de oscuros devenires, momento de introspección y análisis del yo, momento de reflexión y de cambio. Para los más creyentes, tiempo de velas e incienso para potenciar la ingesta de energía lunar. Otros, los más aventurados, pasearían indiferentes hasta La Farola, y contemplarían el oscuro horizonte, para enviar lejos sus malos pensamientos, purificando su alma lavada con el agua milagrosa bajo el influjo de la luna de aquella noche. Solo que no había luna.

Una larga cadena de personas con sus manos unidas se preparaba para el baño. Cientos de móviles bailaban como luciérnagas a lo largo y ancho de la arena, delimitando perfectamente el lugar en el que el mar regaba con sus finas olas los pies de gente de todas las edades. A medida que sus relojes se acercaban a la hora bruja, la cadena se adentraba un poquito más en la arena mojada, de espaldas al mar, hasta que llegó el momento y la larga fila de personas entró en el mar, muchos saltaban las olas, como manda la tradición, algunas parejas se adentraron en las profundidades, hacia la oscuridad absoluta, sin miedo a ser engullidos por aquella nada. Mientras, algún desafortunado, buscaba bajo las olas el teléfono perdido.

Malabaristas del fuego impresionaban a los pocos chavales que correteaban libres por la playa y cuyos jóvenes padres habían decidido unirse a las cuadrillas de borrachos. Una *moraga* lucía por encima del resto. Sus dimensiones incumplían con claridad la ley vigente, y no tardarían en aparecer las autoridades. Sin embargo, los jóvenes bailaban al ritmo de la música disco que salía de un equipo de grandes dimensiones montado bajo una carpa. Isaac bebía en un vaso de tubo de plástico duro un ron cola bien cargado y con mucho hielo, mientras conversaba a carcajadas con sus amigos. Aarón, el Mochi, liaba un canuto de hierba mientras sujetaba entre sus labios otro ya prendido.

—Creo que hemos liado demasiados canutos.

Laura, la Chi-chi, llamada así desde cría por su parecido, sobre todo cuando se enfadaba, con el mítico personaje de la bola de dragón, escupió el *peta* entre risas.

—Hermano, tú tienes un problema. No puedes parar. Cuando empiezas, no puedes parar. Y eso tiene un nombre hermano. Eso se llama síndrome de abstinencia. —Los ojos de Isaac, el Chino, se extendían más allá de lo que normalmente abarcaban, rasgo que le había conferido un mote bastante común en la geografía española, junto con el negro y el moro, eran los reyes del apodo. Su sonrisa, fijada con epoxi, apenas se reducía en un beso risueño para darle una calada al petardo que la Chi-chi le pasaba. A los tres inseparables amigos se les conocía en el ambiente malagueño como el trío chi.

—Tu eres tonto *Bro*. Eso no se llama así. Joder, y lo dice el médico. Esto se llama aligerar. Que luego no sabremos ni dónde están nuestras manos, así que mejor liar ahora, cuando podemos.

—Hermano tú puedes liar siempre. Lo que pasa que luego pasas al modo *brain off* y no recuerdas ni dónde están tus pantalones. No puedes parar de liar ni dentro de los garitos. Un día nos van a dar una *gallua*.

Una abrupta tos interrumpió la calada de Laura, que señalaba en ese momento a un incauto nórdico que acababa de pisar la hoguera al intentar salvarla. Mientras se levantaba se recompuso el vestido apretado, de tirantes, blanco, aunque algo oscurecido en la parte trasera de su corta falda por la humedad de la arena mojada, y de su bañador aún húmedo tras el chapuzón.

—¿Hoy no saltáis? —Laura señalaba a la hoguera con la misma sonrisa compartida con sus dos amigos—. Los malos espíritus os perseguirán si no lo hacéis.

—Yo prefiero quedarme con los malos espíritus que chamuscarme el culo. Toma *Bro*. —Aarón le pasaba el porro a su mejor amigo.

—No quiero. Voy a saltar. —Isaac se dirigió a la hoguera que ahora parecía más crecida que nunca. Se quitó la camiseta de licra ajustada, y dejó al aire sus finos pero marcados músculos. Se arremangó el bañador, para enfrentar tan solo la carne a las llamas.

—Me cago en la puta. —Laura podía ver a lo lejos las luces azules de la policía local que ya se estacionaban en la carretera que lindaba con el pedazo de playa, aislado del paseo marítimo de Fuengirola, hoy en día masificado gracias a la genial idea de aumentar las plazas de aparcamiento al reducir a un carril la carretera de Cádiz—. Pitufos. Nos han jodido hasta esta playa, para una que aún quedaba virgen.

—*Nove*. Las vírgenes no existen Chi-chi. ¡Eh! ¡Hermano! ¡Vuelve aquí compadre! No hagas el gili, que vienen los guindas.

—Guindillas, Mochi. Quillo que no sabes ni lo que dices. Hay que

largarse de aquí. Esos van a pasar el cepillo en breve. Así colectan para el ayuntamiento.

—Esperamos a Isaac.

—Espérale tú, yo me doy el piro.

Isaac ya había saltado la hoguera tres veces. Sentía el intenso calor breves segundos para luego pasar de nuevo a sentir la brisa fresca que movía las llamas con atrayente peligro. Entonces se percató de su presencia. La chica negra se encontraba inmóvil frente a la hoguera. Pero esta había crecido demasiado, lo había sentido en su último salto del que apenas salió ileso. Creyó necesario advertirle pues su mirada indicaba que estaba a punto de entregarse a las llamas.

—Hola. ¿Cómo te llamas?

La chica no pareció inmutarse. Tan solo miraba la hoguera como poseída por el Dios del fuego.

—Deberías alejarte un poco, estás sudando. Ahora aprieta el fuego, cuando se relaje un poco quizá podamos saltar juntos. ¿Te atreves?

Pero la chica seguía abstraída. Isaac no estaba acostumbrado a que le ignoraran. Su talla, su angulosa cara, su barba recortada a 2 milímetros, ni más ni menos. No pasaba menos de una hora delante del espejo antes de salir, y no creía en la posibilidad de que una chica no reparara en él.

—Oye, —rozó la piel de su antebrazo y la sintió fría, a pesar del sudor que resbalaba por ella. Ella apartó el brazo y se giró hacia Isaac. Sus ojos parecieron encontrarse. Él la vio hermosa. Ella gritó. Se quitó el vestido y se quedó desnuda ante la desconcertada mirada del chico. Quizás había bebido y fumado demasiado. El Chino se agachó para recoger su ropa con intención de entregársela, pero ella se dirigió hacia la hoguera. Andando. Pero con prisa. Y el cerebro de Isaac, aún en su estado, calculó que iba directa al fuego sin intención de saltarlo. Entonces se abalanzó sobre ella. La sujetó por los brazos pero ella luchaba por entrar en las llamas. Entonces algunos comenzaron a lanzar arena a la hoguera. No porque se hubieran percatado de la escena, ni por evitar que una mujer desnuda se quemara. Si no porque los locales estaban cerca. Y ella, la chica sin pupilas, se frenó al ver como aquellas llamas se extinguían.

—¿Estás bien?

Ella se giró. Y saltó sobre él como un hijo que recibe a su padre que regresa tras un largo viaje. Solo que ella le mostró el cariño de otra manera. El primer mordisco fue en su oreja derecha. Isaac gritó. La gente huía en todas las direcciones mientras los municipales conseguían detener a algunos, los más torpes, o los más borrachos, o con ambas cualidades a la vez. El segundo bocado fue en el cuello, mientras Isaac trataba de quitársela de encima. Cayeron a la arena.

Isaac se revolvía, pero su corpulencia no evitaba que ella hincara las uñas amarradas a los músculos del universitario.

El primer policía local que llegó a la escena, Quique, un chaval en la veintena, vio a una chica negra desnuda sobre un chico tal vez el doble de tamaño que ella, y tan solo pensó en por qué puñetas le habían jodido esa noche. Él se había pedido el día de vacaciones, pero su puñetero jefe había decidido que era necesario que trabajara. Sus amigos y su novia estarían ahora tomando copas por Puerto Marina, y él, corriendo detrás de mocosos drogados, apagando hogueras y, ahora, observando en directo el descaro de dos jóvenes sin pudor. Ni siquiera les había incomodado la presencia de un policía. Entonces vio como él la tiraba con fuerza hacia un lado. Y vio sangre. Y pensó que aquel hijo de puta había golpeado a una chica desnuda. Sacó su porra y la estampó contra la cabeza del candidato a neurólogo. Isaac no recobró la lucidez hasta doce horas después, solo un instante, unos minutos que no fueron suficientes ni para el interrogatorio. Pero se perdió el espectáculo final de una noche llena de magia.

CANÍBAL

Un policía impedía el acceso a la habitación en la unidad de custodia hospitalaria. Habían venido desde Málaga hasta el hospital de Benalmádena para interrogar a la chica que la noche anterior había agredido de forma brutal a cuatro personas, todas ellas resultaron con diferentes partes de su cuerpo amputadas. La que más dolía era la del joven policía local que acudió a ayudar ante una supuesta agresión machista y, según el parte de lesiones, había perdido casi por completo el meato externo de la nariz, parte del cartílago y, además, la mordida provocó una ruda incisión en el hueso del tabique nasal. Había sido operado de urgencia y ahora se encontraba en el hospital clínico de Málaga en observación. Por la rumorología extendida entre los compañeros de ambos cuerpos de policía, el chico estaba fuera de peligro, pero la reconstrucción de su nariz podría ser complicada. Una ruina para un chaval tan joven.

—Buenos días, soy Paloma Rico, subinspectora de la UDYCO Costa del Sol.

—Buenos días subinspectora. Soy el agente Fernando Pérez.

—Llámame Paloma. ¿Sabe cómo se encuentra la detenida?

—Creo que sedada. Le puede preguntar a mi compañero, Francisco Flores, él está dentro. Se la considera muy peligrosa.

—¿Encontraron algún resto de sustancia?

—Debería preguntar a la científica, ellos se quedaron con todo. La chica estaba desnuda. Nosotros no tuvimos tiempo de registrar la zona. Estábamos todos en shock. Su ropa fue recogida por la policía científica y también rondaron por aquí anoche, ya sabe, tomaron muestras de todo tipo.

—¿Le suena si comentaron algo sobre rastros de metilendioxipirovalerona?

—Ya le digo. Tendrá que hablar con la científica. Yo solo estoy aquí para que no se escape esta…, —maduró las palabras antes de soltar lo primero que se le venía a la mente—, señorita extranjera, subinspectora. Verá, Quique…

—¿El policía agredido?

—Sí. Somos amigos desde hace mucho tiempo, nos conocemos desde chicos. Era muy buena persona, muy buen agente. Yo estaba en

la otra zona de la playa cuando escuché su llamada. Empezó con un 10-16. Y a los pocos minutos lo cambió a un 10-96.

—Entonces, al principio lo creyó como una agresión doméstica, después se daría cuenta de que era otro tipo de agresión, y concluyó que la persona que estaba por agredirle estaba enajenada. Algo vio antes de que le atacara que ya le avisaba de que aquella muchacha no andaba muy cuerda.

—No lo sé. Yo cuando llegué estaba claro que no lo estaba. El otro chico estaba muy mal, sangraba mucho, y había otros dos jóvenes que trataban de ayudar a Quique, pero también sufrieron mordeduras y arañazos. La chica tenía la cara, —ondeó su mano alrededor de la boca—, sobre todo alrededor de la boca y dientes, llena de sangre. Entre mi otro compañero, Santiago Corrales, y yo, intentamos inmovilizarla. Muy difícil inspectora. Era como tratar de parar un cacharro de la feria, ¿me entiende? Imagínese abrazada a un caballo loco. Al final llegaron más compañeros y pedimos ayuda al 112, específicamente pedimos calmantes. Y hasta que no llegaron y se los pusieron no hubo un momento de paz. Como si estuviera poseída.

—¿Ha hablado?

—Ni una palabra.

—Vale, gracias por su testimonio, nos viene muy bien, nos gustaría entrevistar a todos los agentes que acudieron a la llamada y al equipo médico. Pásele a mi compañero una lista con sus nombres.

—¿Droga caníbal? —El chico miraba asustado, no sería el primer caso de esa droga en España, siempre esporádicos y nunca se había encontrado al proveedor, salvo por un caso que acabó con una mafia finlandesa en la cárcel.

—Tiene toda la pinta, pero hasta que no lo diga la científica no podemos saber nada.

—¿Por qué tomarán esa mierda?

—Aún no lo sabemos. Pero es una droga barata que se vende como substituto de la cocaína. Está dando por hecho que la tomó de forma de voluntaria. ¿Cree usted que esta chica presenta ese perfil?

—No lo sé.

—Bien, muchas gracias agente. Entremos.

La subinspectora entró junto con su compañero que hasta ese momento había permanecido callado. El agente, que llevaba horas sentado en una silla sin quitar su mirada de la joven, se levantó de forma súbita al ver entrar a la subinspectora.

—Buenos días. Subinspectora Paloma rico de la unidad de estupefacientes. Y este —la subinspectora señaló al agente de paisano que la acompañaba—, es el agente de la UDYCO Alberto Murchante.

—Buenos días, subinspectora. —Giró ligeramente la cabeza hacia el esbelto acompañante y, como si se conocieran—, Alberto.

—¿Ha hablado? ¿Ha hecho algo en las últimas horas a parte de dormir? —Paloma observaba a la muchacha mientras hacía preguntas y sacaba el bloc de notas.

—No. Nada. Al menos que yo me diera cuenta, pero no le he quitado ojo.

—Ya veo. Parece cansado. Váyase a tomar un café y descanse un rato.

—Muy bien, subinspectora. Suerte. —Alberto sujetó la puerta mientras salía y le dio una palmada en la espalda al joven policía.

Paloma se acercó a la chica. Una joven subsahariana, de pómulos prominentes que le daban un aspecto afable. El pelo desordenado parecía un manglar a orillas del Amazonas. No parecía haberse automutilado. Algo común en la droga caníbal. Se le habían aplicado sistemas de sujeción en muñecas, tobillos y tórax. Parecía muy calmada. Sin embargo, los restos de sangre aún estaban presentes. Parecía que la habían limpiado, pero sin especial esmero, como si la enfermera que lo hiciera pensara que le iba a morder en cualquier momento y así contagiarse de algún virus rábico.

—Alberto.

—Dime, Paloma.

—Llama a la científica. Asegúrate de que han tomado muestras de todas las partes del cuerpo. Quiero muestras de mucosa nasal, de mucosa bucal, así como de cada diente, garganta, uñas, piel, y muestras vaginales, de orina y de sangre.

—¿Crees que pudo haber sido violada y atacara así como respuesta a un ataque previo? —Alberto llevaba tan solo unos días bajo las órdenes de Paloma, y trataba de aprender del método que seguía su superiora para llevar las investigaciones.

—No creo nada. Solo busco pistas, y no quiero que a la científica se le escape ninguna. Suelen hacer bien su trabajo, pero este es un caso especial. Diles que nos informen cuanto antes sobre el tipo de sustancia que pudiera haber ingerido. Sobre todo queremos saber si es esa maldita droga. Y si nos pueden decir la nacionalidad.

El agente tomó nota, se atusó la abundante barba que se había cuidado con esmero siguiendo el consejo número uno cuando entras en el cuerpo para que no te traten como a un niño, y salió de la habitación para hacer la llamada y asegurarse de que se habían tomado las muestras requeridas por la subinspectora.

Ella se aproximó a la joven y acercó su mano con cierta prudencia para levantar sus párpados. La chica no reaccionó, pero sus pupilas estaban relajadas, lo que indicaba que estaba cerca del estado consciente. Aprovecharía esos minutos para examinarla ella misma. De aspecto juvenil, en la adolescencia. Labios engrosados que permitían aumentar la percepción de las heridas que se infringiría

mientras trataba de comerse a los cuatro heridos. Necesitaba revisar los documentos de la chica, pero estos debían encontrarse en dependencias de la policía científica. Tras comunicarles que les trasladaban el caso lo primero que hizo fue ir a ver a la víctima, y luego a la atacante. Lo mejor habría sido que la avisaran en el momento en que sucedió el suceso, pero con toda esa sangre a nadie se le pasó por la cabeza que podría ser un asunto de estupefacientes.

En el cuello llevaba un colgante. Un crucifijo que protegía a una endemoniada. Muy típico de Él. El súbito golpe que dio la puerta contra la pared la despertó de sus pensamientos, Alberto entraba con los rizos castaños balanceándose al compás de la carrera. Le caían sobre la frente, y le daban un aspecto otoñal, agradable compañía para una mujer como ella, que no hacía ascos a un buen polvo con un jovencito al que sacara diez años. Llegaba con noticias.

—Los de la científica me han dicho que no llevaba documentación. Aún tienen la playa acordonada, y están rastreándolo todo con perros, pero te puedes imaginar cómo estaba todo aquello después de la moraga. Dicen que de momento ha dado negativo a droga caníbal. Que tomaron todas las muestras que me has comentado. Parecía algo ofendido, ya sabes como son. Pero que no lo descartan. Quedaría esperar al HPLC. En cuanto a violación, dicen que no debió de ser reciente, pero que la chica debió sufrir una ablación hace algunos años.

—Mierda.

—Mira.

Alberto Murchante señaló con el dedo a la chica que seguía tendida en la cama pero con los ojos bien abiertos, miraba asustada a esos desconocidos y a las sujeciones que no la dejaban moverse.

—No es por joder, pero tenemos otra alerta.

—Averigua de que se trata. Déjame unos segundos con la chica. Hola. —Paloma trató de sacar su mejor sonrisa, tan falsa que los músculos de las comisuras temblaban para sujetarla.

La chica no abrió la boca. Tan solo intentó soltarse de los agarres.

—Tranquila. —Paloma acarició su cabeza y aquello produjo una pequeña relajación en los párpados que casi llegaron a cerrarse, pero justo antes de que se juntaran volvió a abrirlos de repente. Sus ojos de un marfil recién pulido destacaban sobre la negra pupila ahora engrosada, e impresionaron a la inspectora que retrocedió un paso, como si algún espíritu misterioso la hubiera empujado. Entonces empezó a convulsionar y a moverse dando saltos en la cama. Paloma corrió hacia la puerta.

—Necesita más calmantes, llama a una enfermera.

Fernando y Alberto entraron de nuevo a la habitación y juntos trataron de inmovilizarla, con miedo a que las sujeciones no

aguantaran aquellos embistes.

—Tenemos que intentar que no se lastime. ¡Alberto! ¡Controla tu fuerza hostias!

—Eso hago. —Pero las venas de Alberto se habían convertido en el Nord Stream y parecían apunto de explotar.

Por fin, llegó la enfermera, y aumentó la dosis de Propofol y fentanilo. Los dos policías seguían aferrados a la cama, lejos de la boca de la chica, por si acaso, que nunca se sabe cuándo y dónde va a comenzar una invasión zombi.

—Ya podéis soltar. —La enfermera parecía mirar a los policías con esa mirada de superioridad que concede la experiencia.

—¿Estás segura?

—Totalmente. La he matado.

Los dos agentes la soltaron de manera inmediata y miraron a la enfermera incrédulos.

—Es broma. Está sedada. Duerme como un bebé.

Paloma salió de la habitación algo agitada.

—¿De qué era el otro aviso?

—Un homicidio. Dos varones, en los cuarenta avanzados. Avisaron a homicidios, pero parece que hay algo que los relaciona con nosotros y nos han dado aviso para que vayamos.

—¿Drogas? Nosotros somos ESTUPEFACIENTES. Si nos van a llamar para homicidios ahora, lo que nos faltaba. Ya tenemos un caso de drogas sin droga.

—Y no les va a gustar a los de homicidios que nos entrometamos. ¿Y la chica? ¿Ha hablado?

—Ni una palabra. Quizá seguía en estado enajenado. Quizá no entendía ni una palabra de castellano. Creo que sé con quién podemos hablar.

VISIBILIDAD LIMITADA

Treinta horas antes.

Laura no era capaz de ver ni siquiera las sombras de sus colegas. Tan solo intuía sus movimientos, y escuchaba, eso sí, el ruido de material metálico entrechocando, y el chirriar de la lancha que ella había puesto en punto muerto. El mar estaba en calma. Aun así, echó el ancla. Dejó correr la cuerda náutica entre sus manos enfundadas en guantes de neopreno hasta que casi la había agotado, y la enganchó a la zódiac haciendo varios ochos en el amarre. La cuerda que habían traído era de treinta metros ya que esperaban que la carga que buscaban no estuviera a una profundidad mayor. Y, qué narices, porque era la que tenían. Sin embargo, parecía que no terminaba de anclar, lo que podría poner en riesgo la misión.

—Me temo que la profundidad aquí es de más de treinta metros. ¿Estás seguro de que este es el sitio? —Laura susurraba a gritos, como si alguien en medio de aquella inmensidad de agua salada pudiera escucharlos. Agitaba los brazos y ejecutaba sus cómicas expresiones faciales de un ataque de ira que tanto la asemejaban a la protagonista de la Bola de Dragón por la que le habían adjudicado aquel mote. La Chi-chi. Sus amigos, sin embargo, no se percataron de su estado debido a la oscuridad reinante y a que cada uno se concentraba en sus tareas. En aquella oscuridad bien podía haber un grueso muro de piedra a un metro de sus ojos que eran incapaces de verlo. En la lejanía, si podían verse algunas luces de pesqueros y de mercantes mayores, como ovnis sobre la superficie de un mar negro, decorado con un manto de estrellas a máxima intensidad lumínica gracias a que la luna estaba en su fase más cercana al novilunio.

—Chi-chi, ocúpate de conducir y avisarnos si es necesario que abortemos. —Aarón Escario, el Mochi, se embutía en el traje de buzo con precisión. Isaac escondió su cabeza en el gorro del traje y acopló el frontal. Lo probó una vez para asegurar que iluminaba con intensidad y, por un segundo, cegó a sus compañeros que emitieron rugidos de desagrado mientras el Chino reía. Luego instaló una linterna en el velcro acoplado al traje de neopreno de cada antebrazo. Volvió a iluminar, esta vez el bote neumático, en busca de la boya

sumergible preparada para llegar a unos tres metros debajo de la lancha—. Enciende la luz de la boya sumergida para que tengamos una posición de referencia.

Isaac la lanzó al mar y contó tres nudos, luego la ajustó a la cornamusa de proa.

—Mochi, ¿quién puso los localizadores? No nos la podemos jugar con esta gente.

—Tranquilo, está todo controlado. Fui yo mismo.

—¿Cómo que fuiste tú? —un incómodo silencio se hizo a bordo —. Creo que nos largamos de aquí, esto es demasiado peligroso. Si no tengo los detalles no puedo analizar lo que arriesgamos.

—Cálculos, cálculos, cálculos. Siempre igual hermano. Relájate y disfruta de la inmersión. Yo me ocupé de todo y no habrá sospechas. En el último mes he hecho un par de viajes.

—¿Un par de viajes?

—Sí, joder. Tú sabes bien lo que pagan por ir en una planeadora, aunque no me dejen conducirla. Yo iba con la carga. Ya sabes.

—Joder. Dijimos que a los dieciocho lo dejaríamos. Yo ya no conduzco planeadoras.

—Pero tú llevas mucho más tiempo que yo, a mí no me ha dado tiempo a ahorrar. Mientras tú recorrías el estrecho a mí me tenían de vigía en la costa. ¿Sabes la mierda que nos pagan por eso? Ahora he conseguido entrar en un par de viajes, y ya está. Al próximo no iré. De todas formas, les interesa llevar a chavales menores de dieciocho para que la condena sea menor. Mi futuro está aquí, con vosotros, ¿vale, compadre? —Aarón había echado el brazo sobre los hombros de su amigo.

—Y, ¿cómo le pusiste los UBL? —Isaac seguía con el ceño fruncido. No asimilaba que un amigo le hubiera ocultado algo tan importante.

Aarón sujetaba con una de sus manos el localizador, que mostró a su colega sin soltar el agarre con su otro brazo. En el seguía la localización exacta de lo que buscaban gracias a los UBL. Los localizadores bajo el agua que funcionan con ondas acústicas y hacen la función de GPS allí donde estos nos funcionan: debajo del agua.

—Sí, amigo. Até varios fardos a un ancla plegable. Tranquilo, la llevaba en mi mochila, no se dieron cuenta. En cuanto avistamos a la patrulla costera me dijeron que empezara a echar la carga por la borda. Y aproveché para unir unos pocos fardos al ancla. A esta profundidad deberían de estar a unos dos o tres metros bajo la superficie.

—Y, ¿ese cacharro funciona?

—Esperemos que sí. Los narcos no saben ni que existe. Si demostramos que funcionan podríamos vender unos cuantos.

—Te sacarían cómo funciona y luego te eliminarían. Aquí no hay patentes que valgan. Además, tú se la robaste a los del MIT.

—Bueno, podemos construírselos y vendérselos. Pero tenemos que demostrar que funcionan primero.

Los dos chicos ya se habían sentado en el borde de la zódiac, se pusieron la boquilla y se lanzaron al agua.

Bucear en un mar de oscuridad no es muy diferente a lo que experimenta un astronauta lanzado al espacio exterior, unido por un cable que, en caso de romperse, podría hacer que desaparecieras para siempre en la inmensidad infinita. A lo lejos, se podían ver luces fluorescentes, procedentes de cientos de animales nocturnos, cuya vida despierta cuando el último rayo de sol desaparece en el horizonte. Isaac seguía a Aarón de cerca, iluminando con una de las luces de su antebrazo. A una señal de Aarón, se pararon en seco. Su amigo apuntó con el dedo hacia un banco de medusas fluorescentes que se acercaba a su posición y lo mejor que podían hacer en ese momento era congelarse. Estas técnicas que habían desarrollado con la práctica que le daba ser guías de la agencia de buceo Cthulhu Deep Sea. Ese espeluznante pulpo alienígena que destacaba sobre el logo de la barca, lo primero que avistaron los agentes en cuanto las primeras luces de la patrullera iluminaron la zódiac.

—Buenas noches. —La guardia costera encendió sus luces justo cuando estaban encima de la zódiac, y Laura apenas tuvo tiempo de reaccionar. Envió un código por el cable de comunicación a Aarón para advertir de dificultades arriba.

—Buena noches, oficiales. ¿Somos de la empresa de inmersiones submarinas Cthulhu Deep Sea? Llevamos a cabo una inmersión de reconocimiento para preparar nuestra oferta de este verano. Buceo nocturno. ¿Lo han probado alguna vez?

—¿Puede darnos sus papeles?

—Sí, enseguida.

—Debería tener sus luces de posicionamiento encendidas para no ser atropellada por ninguna otra embarcación.

El hecho de ver una zódiac y no una planeadora como tal, calmó bastante al capitán de la guardia civil que ya había pensado en la aprensión de algún grupo de narcos al ver una lancha en medio del mar con las luces apagadas. Lo que les alertó fueron unos fogonazos de linterna que desaparecieron, para luego aparecer una luz difuminada en las mismas coordenadas.

—Perdone oficial. Ha sido mi culpa, encendí la luz sumergible para que mis compañeros no pierdan la ubicación, y debí de dejar apagadas las de posición sin querer.

—Necesitaremos abordar la lancha y proceder a un registro. Es rutinario.

—Claro. No se preocupe. —Laura intentaba mantener abierto el comunicador para que Aarón escuchara al menos parte de la conversación, y pudiera actuar en consecuencia. Lo lógico sería dejar de buscar los fardos, pero eso no estaba en los planes de el Mochi.

Abajo, en las profundidades, Isaac alumbraba con su linterna en la dirección en la que se movía su amigo, ajeno a la presencia de visitantes en la superficie. Solo habían conseguido sacar un comunicador acuático de la tienda sin que el dueño de la empresa de aventuras subacuáticas, el Corruco, se percatara, además de los 2 equipos de buceo completos. El Mochi seguía la luz que le indicaba el equipo de seguimiento subacuático que había construido siguiendo el protocolo de una patente del famoso instituto de Investigación de Massachusetts, pero debía llevarlo dentro de una bolsa estanco pues el cacharro no estaba impermeabilizado, y aquello dificultaba seguirlo debajo del agua. Además, el rango de detección podía llegar a los diez metros, por lo que la carga que buscaban podía estar ya en cualquier sitio a su alrededor. Ordenó parar con una señal a Isaac, y empezar a prospectar la zona con las linternas. Los sonidos que llegaban desde la superficie eran inquietantes, pero, de momento, ellos no habían hecho nada malo. Nadaron en círculos de cinco metros de diámetro hasta que dieron con el alijo. La expresión en sus caras representaba el máximo de excitación que el aparatoso respirador, gafas y gorro, les permitía. Comenzaron a tirar de la cuerda, pero se resistía. Esta vez el ancla si había tocado fondo. Hicieron varias maniobras de desanclaje hasta que lograron mover la cuerda. Lo último que querían era que se rompiera, así que comenzaron a tirar poco a poco hacia arriba hasta que dieron con el primer fardo. Treinta y cinco kilos de hachís, unos setenta mil euros bien colocado. Isaac se lo colgó a la espalda y tiraron hasta que apareció el segundo, del mismo peso, que se cargó el Mochi está vez, y siguieron hasta que apareció el tercero. Deberían arrastrarlos hasta el bote, y no era fácil subir hasta la alejada luz de la zódiac con semejante peso. Entre los dos tiraban de los paquetes. El Mochi, con la ilusión puesta en que la lancha visitante se hubiera marchado ya. Pero fue Isaac el primero en percatarse de que había invitados no deseados en la superficie. Enfrentó su mirada a la de su amigo, buscaba una respuesta y la obtuvo, solo que era la que no esperaba. Ambos mantuvieron una discusión mediante señas, hasta que Isaac lanzó el paquete al fondo marino. A el Mochi no le quedó otro remedio que hacer lo propio. Finalmente, subieron a la superficie. Primero apareció Isaac.

—¿Qué tal chicos?

Laura lo ayudó a subir, y este se quitó la boquilla y la bombona.

—Buenas noches agentes.

—Ya les he explicado que estamos en medio de una inmersión…

—Perdone señorita, las preguntas las hacemos nosotros. ¿Nos podría usted decir qué hacían ahí abajo a estas horas?

—¿Nosotros? Somos guías de submarinismo nocturno, tenemos que preparar nuestras rutas para sorprender a nuestros clientes.

En ese momento apareció el Mochi.

—¿Verdad Mochi? Acojonante lo que hay ahí abajo.

De nuevo el capitán de la guardia civil cogió el mando de la conversación.

—¿Qué es lo que han visto ahí abajo? ¿Qué es lo que hay tan acojonante?

—Buff, agente, un pez luna del tamaño del astro rey. Ni se imagina. Creo que hemos encontrado un sitio perfecto para traer a nuestros clientes. Con mucha variedad de peces y de buenas dimensiones.

—Está bien, recojan sus cosas y ya pueden marcharse.

La patrulla se quedó estancada mientras los chicos se quitaban los trajes de buceo y Laura ponía el motor en marcha. Se escuchaba a el Mochi susurrar para su propio pecho.

—Ya se pueden ir, muchacho, ya se pueden ir. Picoleto de los cojones, la madre que los parió a todos.

Y levantó la cabeza hacia Isaac y le dijo.

—A estos no los operas con morfina ¡eh! Que es droga dura.

La zódiac tomó el rumbo a tierra, con Laura al frente, pilotando, el Mochi hundido en sus pensamientos, sentado en uno de los laterales, e Isaac, el más pegado a la popa, miraba como la patrullera quedaba atrás, en el mar de oscuridad. Y, como un pez espada que se lanza hacia el aire desde dentro del mar, saltó un objeto para luego caer al agua con un fuerte chapoteo.

—¡Qué cojones!

Tras ese otros dos, arrastrados por la propia lancha. Isaac miró a Aarón y este le sonrió.

—¿Te creías tú que iba yo a dejar a la deriva en este mar encabritado a tres morenas como estas?

DADOS DE PÓQUER

Lucía Sancredo subía por el camino empedrado que llevaba al viejo edificio abandonado, fuente de numerosas historias de fantasmas, lugar de encuentro de jóvenes fiesteros y, al parecer, el local en el que podría haber sucedido un ajuste de cuentas por temas de narcotráfico. Escrutaba cada rincón, cada piedra, cada objeto que encontraba en su camino, se tomaba su tiempo en completar cada paso, como si dispusiera de un radar que captara lo imprescindible de una escena del crimen y este necesitara sus tiempos para obtener un rastreo completo. Su especialidad en encontrar pistas que llevaran a la detención de asesinos fue lo que la ayudó en su ascenso hasta alcanzar su posición actual, como líder del grupo de homicidios de la ciudad de Málaga. Dirigía a varias unidades incluidas las de homicidios y secuestros con un total de setenta agentes bajo sus órdenes. Aun así, solía bajar al terreno de vez en cuando, porque era allí donde ella realmente disfrutaba, y un caso como aquel merecía su atención plena. Ya había notificado a su marido, un policía nacional del que se había divorciado hacía más de cinco años, que se encargara de recoger a los niños del colegio. No es que no quisiera disfrutar de ellos, pero algún tipo de adicción la empujaba a no perderse el inicio de una investigación. Para ella, era como si faltara por enfermedad días clave a la universidad. Luego le resultaba imposible enterarse. No es igual verlo tú misma a que te lo cuenten. Le pasaba lo mismo cuando tenía que estudiar los apuntes de otros. Aquellos días perdidos de clase eran irrecuperables por mucho que tratara de navegar en los apuntes de un compañero. Ahora le pasaba lo mismo. Los informes que le pasaban no le servían para meterse en un caso. Necesitaba ver la escena del crimen en directo, y divagar acerca de los acontecimientos que dieron lugar al desenlace fatal.

Con la mascarilla tapando sus afiladas facciones, y la coleta de trabajo decorada con mechas californianas que se balanceaban al ritmo de sus pasos, subía por el camino de lo que antiguamente pudieron ser peldaños, hoy piedras sueltas en un terreno embarrado, de una mansión abandonada. En su subida, marcaba cada punto que debía ser investigado por los agentes de la científica que estaban desplegados por todo el exterior del edificio. Cuando llegó a la entrada

de la famosa casa abandonada, accedió a ella por un agujero en una de las grandes ventanas inferiores que habían sido tapiadas con cemento. El agujero era apenas visible, tapado con maderas de palé. Tuvo que agacharse y exhibir su portentosa elasticidad. El pasillo semiiluminado por la luz del exterior estaba decorado con multitud de grafitis y mensajes de adolescentes sobre el amor eterno firmado en yeso, discusiones eternas entre chicos y chicas de diferentes ideales políticos, símbolos prohibidos tachados con otros símbolos menos prohibidos, pero más utópicos, tachados a su vez por otros con pensamientos menos políticos. Y sexo, mucho sexo dibujado en aquellos muros. Ladrillo y yeso que, decía la *rumorología*, contaba historias de fantasmas, encerrados hacía mucho tiempo, cuando aquel lugar fue el hogar de varias familias acaudaladas de la época a quiénes se les adjudicaba la muerte de muchas mujeres que aparecían cerca del entorno de la casa. En sus laberínticos pasadizos subterráneos se dijo que se habían perpetrado ritos satánicos. Además, fue un hospital para heridos durante la guerra civil, muchos de ellos llegaron tras el bombardeo indiscriminado que propició la matanza perpetrada por las fuerzas nacionales desde el mar contra la población que huía de las ciudades en lo que se llamó La Desbandá. Por último, fue una prisión de dudosa reputación. Ahora, aquellos fantasmas debían estar muy entretenidos con el espectáculo pornográfico y sin rayitas al que podían acceder cada noche. Aquello olía a sexo y a goma quemada, de condón, pero olía peor a orín y a vómito. Y Lucía se preguntaba cómo era posible hacer el amor sobre excrementos y entre fantasmas. Es algo que no concebía. Lo que estaba claro es que aquello era un cementerio de restos de ADN, una pocilga llena de culpables entre los que encontrar a los que ahora importaban. No entendía cómo ningún gobierno había conseguido terminar ningún proyecto de los que había diseñado para el cortijo. Quizá las leyendas jugaban en contra de todo el que había propuesto una solución a aquel abandono.

Por fin, llegó a la habitación en la que se encontraban los cadáveres. Allí, los chicos y chicas de la científica trabajan concentrados, medían el terreno, recogían muestras, tomaban fotos. También se encontraban ya los dos inspectores que ella había enviado a la escena del crimen. El inspector de homicidios Pedro Lantámez y el inspector de secuestros Germán Landaburu. Ambos conversaban a la vez que analizaban la grotesca escena y se la explicaban a dos invitados de excepción. Ella, su supuesta amiga Paloma Rico, sonreía con la barbilla prominente levantada en dirección hacia su interlocutor, en este caso, Pedro, que disfrutaba de captar la atención de los otros tres. Este vestía con traje de chaqueta. Solo le faltaba la corbata para parecerse a un inspector del FBI, aunque le daba un toque malagueño, a lo Miami Vice. No todos le prestaban atención a

él, porque un tipo alto y corpulento, de mirada de las que desnudan aún tapada por la codificación de rizos que caían anárquicos sobre su frente y hasta sus ojos, la observaba a ella mientras avanzaba hacia el grupo, despreocupado de lo que su jefa, la subinspectora de la UDYCO, pudiera pensar en ese momento. Lucía no era de las que se sentía cohibida ante la descarada mirada de un hombre, sino todo lo contrario, le gustaba comprobar que su cuerpo de madre aún resultaba impactante. Ella, la pareja policial del corpulento agente, fue una buena amiga en otra época, y fuera del trabajo lo seguiría siendo, si alguna vez se dignaba a invitarla a un café. Pero Paloma era otra mujer desde que había llegado a subinspectora de la UDYCO. Él, Alberto, era otro cantar. Sabía camelarse a cualquiera, y Lucía adivinaba que la elección del agente para acompañar a la subinspectora no había sido por casualidad. Aquella monjita muerta quería alegrarse la vista durante todo el día. Aquella solterona no tenía mala puntería, salvo para acertar en su carrera. Había intentado en una ocasión ascender a inspectora, pero fracasó. Y en esa profesión, el fracaso pesa más que las cartucheras. Ella, Lucía Sancredo, sin embargo, era un ejemplo para todo el cuerpo femenino, y tenía un objetivo claro, llegar a comisaria con su core bien trabajado.

Lucía se acercó al círculo que formaban los cuatro y los saludó uno a uno. Paloma hizo amago de darle un abrazo, pero vio un destello en los ojos de su superiora que establecía bien el rango, y el respeto que merecía. Lucía mostraba su sonrisa de «fuera del trabajo, lo que quieras», y Paloma le correspondía con otra simétrica que expresaba un «ni harta de vino te junto yo con mis amigas». La razón fundamental por la que Paloma no invitaría a la inspectora jefe a una noche loca de cuarentonas por el recorrido habitual de los locales de Málaga era esa sonrisa con la que se encontraba cada vez que coincidían en una reunión de trabajo. Lo sentía mucho por ella, haberse separado debió de ser duro, pero con esa actitud de superioridad lo único a lo que podía dedicarse era a su trabajo. También se fijó en como los ojos de la inspectora jefe escaneaban a Alberto, y aquello hizo que Paloma aumentara sus defensas.

—Alberto, ve a ver si te dicen desde el hospital como está la chica.

—Voy, Paloma. —Alberto se alejó, ajeno a la pelea de gallos con coleta, sin saber que él era la gallina.

—He oído acerca de ese caso. ¿Droga caníbal?

—Podría ser, pero no tenemos confirmación. Aún no hemos podido hablar con la chica, por eso, —dudó un instante—, por eso he mandado a Alberto a averiguar cómo está, —y no por quitarlo de tu vista lasciva pedazo de zorra en celo.

—Y, ¿qué nos trae este caso? Para que estemos aquí todos tan

juntitos. —Lucía se mostraba impaciente, no acostumbrada a que la hicieran esperar.

—Inspectora, —pidió permiso el más joven de los inspectores, Pedro Lantámez, mientras repasaba su engominado pelo negro. Aparentaba seguridad, sin el temor que el rango pudiera marcar en una conversación de este tipo, y más que nada porque él era el inspector de homicidios y esa pregunta iba dirigida a él—, puede que estemos en un caso similar. Los dos hombres fallecidos tienen la boca llena de sangre, y mordiscos en diferentes partes. El caballero delgado y con pantalones cortos, la víctima 1, tiene un mordisco en su mano derecha, mientras que el hombre grueso de la derecha, la víctima 2, presenta bocados en el rostro, uno en su prominente papada, y otro en la barriga. Es probable que durante el forcejeo la víctima 1 se lanzara a por la víctima 2 y le infligiera ese desgarro en la camisa de trabajo, y accediera al abdomen donde le dio el primer mordisco, mientras, trataba de separar la cara del otro hombre con su mano, que fue lo que la víctima dos tuvo al alcance para morder. Tras este primer asalto la víctima 1 se revolvería y atacaría la prominente papada de la víctima 2, y descolocó su corbata. En cuanto a drogas, hay rastros de cocaína sobre esa mesa. Bueno, sobre la mesa y el suelo. La mesa y los taburetes son de aluminio y pueden tener más años que cualquiera de nosotros.

La mesita estaba volcada, y sobre el suelo había restos de botellas de alcohol, y ciertas sustancias, polvos blancos que bien podrían ser cocaína. Pedro señalaba cada uno de los restos e indicaba lo que podría haber sucedido.

—Es cocaína. —Señaló Alberto, en calidad de experto en drogas.

—No es droga caníbal. —Indicó Germán, en calidad de voy a intervenir porque llevo media hora sin decir una palabra y ha llegado la hora de cagarla, que para eso soy el que va en vaqueros y camiseta Ecoalf.

Mientras Alberto mostraba el resultado del test, positivo, que guardaba con mimo en una bolsita de plástico, corregía a su compañero con agrado.

—Está claro que hay cocaína, pero es pronto para descartar otras drogas. Lo confirmaremos en las próximas horas.

—Está bien, —intervino Lucía para tratar de reconducir la investigación y tomar el mando de la conversación—. Hubo una discusión, tal vez por drogas, tal vez no, y la cosa terminó mal. Analicemos la escena todos juntos. —Lucía se acercó un poco más al sitio en el que estaban tirados los cadáveres y comenzó el teatro—. Pedro, ¿por qué crees que he ordenado a Germán que venga aquí?

Germán, el inspector líder de la unidad de secuestros, había cerrado la boca tras la metedura de pata y esperaba no tener que

intervenir. Y Pedro, en este caso, prefirió reconocer la autoridad de su superiora para dar una explicación que, claramente, le correspondía.

—Te lo diré yo. Cuando me llegó la primera información sobre los hechos, lo primero que me dijeron es que dos tipos yacían con varios disparos sin rastro del arma del crimen. Lo primero que se nos viene a la cabeza es un ajuste de cuentas. Sin embargo, la descripción que llegó inicialmente de estos tipos, me hizo pensar que no son el tipo de personaje implicado en una rencilla de drogas. De todas formar, me gustaría conocer la opinión de Germán, ¿podría tratarse de un simple secuestro, o crees que fue un ajuste de cuentas por drogas? —Lucía analizó la escena desde diferentes ángulos mientras, Paloma, había optado por explorar la zona en la que se encontraban las sustancias estupefacientes. El inspector de secuestros carraspeó, y comenzó su exposición:

—Hubo un tiroteo, pero las víctimas no tienen armas, ni siquiera escondidas, y no hay rastros de balas en sitios lejanos como las paredes en la dirección contraria desde la que aparentemente les llovieron las balas. Habrá que esperar a los estudios de la científica por si tuvieran restos en sus manos que indicaran que han disparado algún arma. Pero, a todas luces, sus armas fueron sus bocas. Además, no tienen documentación, lo que nos podría llevar a pensar que se trata de un secuestro. No descartaría un asunto de drogas, es obvio que las hubo. Aunque, ¿por qué se pelearían dos secuestrados? Suponiendo que ambos lo fueran. Parecen muy distintos. ¿Tal vez debían dinero a los narcos? —Lucía interrumpió al inspector de secuestros y le indicó a Pedro con un dedo que era su turno, como si fuera la varita de un director de orquesta.

—No suelen eliminar a sus clientes. Una paliza, podría ser severa, pero no un secuestro para matarlos, no aquí en Málaga al menos, no es su modus operandi. No tiene sentido que se pelearan entre ellos a menos que fueran obligados, pero, no se pelearían a mordiscos. Aparte de las mordeduras que ya habéis descrito, y a falta del informe exhaustivo del forense, la víctima uno recibió arañazos por todo el cuerpo, se aprecian mejor por llevar pantalón corto y camiseta de manga corta, lo que nos hace pensar que la presa en la papada duró unos cuantos segundos. La víctima dos tiene varias mordeduras más en el rostro. En ningún caso son mordeduras mortales. No fueron entrenados para cazar en la sabana. Habrá que comprobar que se mordieron el uno al otro, pero todo apunta a que así fue. También habrá que esperar a la científica, pero yo apuesto porque les dieron droga caníbal, y dejaron que se pelearan hasta que decidieron acabar con ellos.

—Y, ¿qué hay aquí que te diga alguna certeza que no requiera de que esperes a la científica?

—No tienen rastros de ataduras, al menos agresivas como una cuerda o una cinta aislante adosada a la piel. Las dos sillas están tiradas hacia atrás. Como si ambos se hubieran levantado de manera repentina. Luego tiroteados mientras se mordían el uno al otro. Por las heridas de bala distribuidas al azar por delante y detrás de sus cuerpos, forcejeaban mientras les disparaban. Cuadraría con droga caníbal pues habrían seguido la pelea mientras eran tiroteados. Eso no lo consigues con nada más que con drogas de ese estilo.

—Buen análisis, Pedro. Si dos personas mueren tiroteadas tras haberse ido a almorzar juntas, hay que preguntarse que han comido. Y aquí está claro que se comieron el uno al otro. ¿Por qué? Cuando me dijeron que dos tipos yacían en una estancia con tres taburetes yo, inmediatamente sospeché en un secuestro. Y eso es lo que creo que pasó. Pero, ¿por qué les secuestraron? ¿qué los llevó a matarlos? No lo sabemos. ¿Un ajuste de cuentas? Lo dudo. Estos tipos no tienen pinta de narcos, y parecen venir de ambientes muy diferentes. Un tipo que parece haber salido de alguna empresa de vendedores de seguros, con chaqueta y corbata baratos. Y otro que parece el CEO de una start-up del Málaga Valley. ¿Una deuda? Como ha sugerido Pedro, hasta la fecha no tenemos unos narcos tan sanguinarios en Málaga como para generar este espectáculo por una simple deuda de droga. Pero podría ser, cada vez vienen mafias más jóvenes que ven demasiadas películas del narco mejicano, y la situación en Francia y otros países nórdicos está cada vez más violenta, no podemos descartarlo. Pero, ¿traerlos a esta pocilga y dejar los cadáveres abandonados? Demasiado cutre. Quiero que los tengáis identificados en menos de veinticuatro horas. Comprobar todas las desapariciones. Comprobar su modo de vida. Estos tipos no eran narcos. No los han matado por narcos, y probablemente tampoco es una deuda de drogas.

Entonces, en un despiste de la inspectora, y por una milésima de segundo, Paloma tomó la delantera.

—¿Qué es esto? —Se puso los guantes de plástico y se agachó, abrió la mano de la víctima número uno, y recogió un objeto que estaba atrapado por el rígor mortis.

—¿Un dado de póquer? —Expresó Alberto mientras miraba con incredulidad al desdichado—. No parece un dado de la suerte.

—¿Por qué tendría un dado de póquer en la mano? —Lucía no quería perder el hilo conductor y entró con una pregunta que era obvia a los ojos del resto.

—¿No debería haber al menos otro dado? No conozco ningún juego que use un solo dado. —Alberto se había acercado y lo miraba de cerca mientras Paloma le daba vueltas en su mano. Si alguien había pasado horas en su juventud jugando con dados de póquer, ese era él, aunque, cómo explicarlo.

—Hablad con la científica. Qué investiguen ese dado. Quizá tenga más huellas, eso nos diría si jugaban a algo en particular. Tal vez, les hicieron jugarse su propio destino. Pero que busquen otro dado por si acaso. Tenemos una pequeña pista que podemos seguir, aunque es cierto que añade más incertidumbre. ¿Una pelea por juego? Necesito una coordinación absoluta entre los tres departamentos, mañana a las 9 en mi despacho.

Paloma recibió la palabra «pequeña» como se recibe en el ring de boxeo un *hook* al hígado, con los codos bien pegados a los costados.

LOS PIES EN LA TIERRA

Isaac soñaba y mezclaba trozos de realidad con sueños. No terminaba de rellenar todos los huecos que aún forman parte de esa materia oscura que compone el universo desconocido, y que dejan espacios sin información que interrumpían las conexiones que configuran la memoria episódica sin posibilidad de transportar nada a la consciencia. Todo intento terminaba en ese espacio vacío en los recuerdos. Sin embargo, sí había conseguido retroceder lo suficiente a la noche anterior como para darse cuenta del problema que podría causarle pasar de víctima a presunto delincuente.

Esta vez su consciente le había preparado un despertar más acomodado. Ya sabía que se encontraba en el hospital y que el desvaríe mental se lo producía o bien un derivado de un opiáceo o, más probable, a estas alturas, lo estarían drogando con alguna benzodiazepina, o el famoso Propofol que se llevó a Michael Jackson. Lo recordaba de una de sus primeras clases de farmacología. Ese sí que era un asesino en serie aunque, era un aficionado al lado del fentanilo. Su mente saltó al vídeo que el profesor Agustín les había puesto en clase, un clásico en todas las dimensiones del pop y de la cultura zombi. Quizá, de ahí saltó a la siguiente imagen. Unos dientes blancos como los colmillos de un elefante se lanzaban hacia él. A la vez, un dolor intenso regresó a su oreja, y como un rayo se trasladó hasta el cuello, para quedarse ahí con un latido constante. Isaac se incorporó con los ojos abiertos que se toparon con los de Aarón, que lo sujetaba por los brazos por miedo a que se arrancara la vía insertada en las vena. Laura trataba de apaciguarlo con un abrazo suave mientras lo ayudaba a respirar. Mientras, apañaba las almohadas para incorporarlo a una postura semirecostada.

—Tranquilo Isaac. ¿Te acuerdas de quiénes somos? La Chi-chi y el Mochi. Tus colegas. ¿Nos recuerdas?

—Sí, joder, no estoy amnésico. ¿Te has pintado el pelo otra vez?

—Bueno, tú eres el aprendiz de médico, pero a mí me parece que estabas bastante amnésico. —El Mochi ya se retiraba de la cama al ver que su amigo comenzaba a retomar la conciencia. Laura mantenía la mano atada por los dedos entrelazados con la de Isaac.

—Está hot la Chi-chi con el pelo plateado, ¿eh, Chino?

—¿Cómo he quedado? —Buscaba un espejo en el que poder verse la melenita, pero en la habitación no había nada que pudiera servirle.

—Bro, tranquilo, estás hecho un toro. Una banderilla mal colocada y la torera solo se ha llevado una oreja.

—Hijo de puta.

El Mochi fue el que más rio su propio chiste macabro, aunque consiguió lo que buscaba, dibujar una pequeña sonrisa en la cara de su colega. Del tipo con el que había compartido sus últimos catorce años de aventura en aventura. Ambos compartían el amor por el riesgo, la búsqueda constante de nuevos retos, la velocidad y el vértigo. Ambos se habían metido desde chicos en el mundo del narcotráfico, y ambos habían acordado salir de él.

—¿Qué hiciste con eso?

—Venga hermano, ahora no te preocupes por eso. Además, ahí fuera tienes a una chapa que espera hablar contigo pronto. Estas paredes son muy finas. —Miró alrededor buscando algo pequeño escondido detrás de un cuadro, o de la televisión, y se giró hacia el Chino y señalizó en lenguaje de signos para submarinistas:

«Camino peligroso»

—Cuéntanos, ¿cómo conociste al amor de una noche de verano?

—No acabo de recordarlo todo. Creo que me acerqué a ella, una chica negra, su cara se metió en mi conciencia, como si me hubieran echado un hechizo. Era como una representación de la luna nueva de aquella noche, redonda y oculta, pero cuando abría sus ojos parecían dos faros que te iluminaban. No sé qué me llamó la atención de ella. Algo surgió de mi interior, fue muy espontáneo.

—Isaac tío, a ti te ponen un par de tetas delante y ya no existe otra cosa que pueda apartar tu atención hasta que consigues poner las manos en ellas. —Laura se mostraba jocosa, pero en sus palabras escondía cierto resentimiento, por tantos años al lado de Isaac y, quizás, el único par de tetas en el que no se había fijado eran las suyas. Quizá la costumbre de desnudarse juntos para ponerse el traje de buceo había hecho que ambos se identificaran como cuerpos hermanos. Sin derecho a roce. Tanto para Isaac como para Aarón Laura era la amiga perfecta, esa con la que podían hablar como si le hablaran a un amigo cualquiera. Laura era de esas chicas que pueden pasar desapercibidas en una conversación de tíos, pero esa invisibilidad era un problema cuando a ella, en realidad, sí que estaba enamorada de uno de ellos. Tanto el Chino como el Mochi disfrutaban charlando con la Chi-chi porque sabían que no habría segundas interpretaciones de las cosas que se decían. Temas con los que jamás se atreverían a hablar con ninguna de sus novias. A Laura le gustaba ser testigo de esa vulnerabilidad masculina, como cambiaban su vocabulario, la interpretación de acontecimientos, incluso, a veces,

como preferían el silencio o desviar el tema de conversación por no enfrentarse a esas otras mujeres. Algo que, jamás harían con ella.

—Si os digo la verdad, creo que me enamoré. —Isaac miraba el techo y entre tanto vendaje pudo captarse cierta expresión de estúpida felicidad.

—Ja, ja. El enamoradizo. *Bro*, tú te enamoras cada semana.

—Lo sé. Hermano, aquello fue increíble. Lo que sentí. Buff, cómo explicarlo.

—Un buen bocado en la oreja y otro en el cuello. Eso es lo que sentiste, deberías tener cuidado de quién te enamoras. Por cierto, te han hecho pruebas, análisis de sangre y de otros fluidos. Te lo digo porque tu padre está ahora mismo recogiéndolas y debe de estar a punto de subir.

—No lo llames así, Chi.

—¿Así cómo?

—Mi padre. No es mi padre.

—Venga brother, no nos jodas. Ese tío te ha criado desde chico, es tu padre, todo el mundo lo dice, eres su hijo *illo*, asúmelo. No todo el mundo puede decir que es el hijo de un …

La puerta se abrió en ese momento y unas figuras aparecían por la puerta. La cara de la primera le sonaba familiar. Sí, era aquella inspectora de su primer despertar. Lamentablemente, aquello había sido real. La segunda figura, un hombre bien entrado en los ochenta, pero con firme postura. De pelo y perilla blancas, trajeado, completamente de negro salvo por el cuello clerical de un blanco impoluto.

—Hola hijo. Me alegro de que ya estés despierto.

—Hola Cura.

—Veo que estás bien acompañado. ¿Mochi? —Este se adelantó y le dio un fuerte abrazo al cura—. Tienes la boca llena de chocolate, será mejor que vayas a lavarte, ya no eres un crío. Debes de trabajar esa imagen, si no como se van a fijar en ti estas preciosidades.

Los ojos de el cura no disimulaban al seguir con admiración la voluptuosa circunferencia que en ese momento pasaba por delante de él. La enfermera se acercaba a su paciente para quitarle las vías cuando sintió un golpecito en las nalgas.

—¿Qué coño…?

Y se topó con los ojos de el Cura y su sonrisa endiosada que transmitía toda la inocencia de un putero piadoso.

—¿Ves, Mochi? Toda la atención se la lleva el paciente, venga, ve a limpiarte. —Aarón salió de la habitación como si el mismísimo Hitler acabara de darle una orden. Al cura no se le discutía, eso lo sabían todos.

—Laurita. Ven aquí. —Laura se acercó y lo recibió con un fuerte

abrazo, mostrando el nivel de confianza que ella podía conseguir de alguien que intimidaba a las hojas de los árboles al pasar. Decían las malas lenguas que el otoño llegaba cuando el Cura paseaba por los parques de la ciudad. Entonces, dentro de esa gran confianza, el Cura formuló su pregunta en su formato habitual en el que solo deja opción a una respuesta—. ¿Nos vas a hacer un favor?

—Sí, por supuesto Cura. Dime que necesitas.

—Aquí la señorita inspectora, su ayudante y yo necesitamos unos cafés bien cargados, pero no de esos de la máquina de ahí fuera, ve mejor al bar y le dices a Carmen que vas de mi parte, que nos prepare tres de los buenos. ¿Vale?

—Claro, Cura. Ahora te los traigo.

—Con tranquilidad hermosura, no se te vayan a caer.

Laura abandonó la estancia y el Cura se acercó a Isaac ante la mirada de asco de ambos policías ante la escena que acababan de presenciar. Sin embargo, no dijeron nada. El Cura dio un beso en la frente a Isaac y le susurró al oído.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, Cura. Me duele un poco la cabeza, pero parece que ya recuerdo algunas cosas.

Aunque en un susurro, aquello llegó a oídos de Paloma que no pudo evitar intervenir.

—Eso nos va a venir muy bien Isaac, necesitamos hacer algunas preguntas.

El Cura levantó un dedo para parar a la subinspectora, y luego alargó el brazo indicando la puerta.

—Ya que no respeta los primeros minutos que tengo con mi hijo podría hacer el favor de esperar fuera mientras nos ponemos al día. Le prometo que será breve.

La inspectora miró a Alberto que se encogió de hombros, entre sus especialidades no estaba la de forcejear con un cura de más de ochenta años. Ambos se dirigieron hacia la puerta, Alberto indiferente, Paloma refunfuñando algo sobre los curas abusadores de niños.

—Parece que tienes unas visitas un tanto incómodas. Lo primero, debes tranquilizarte, he hablado con el cirujano plástico y cree que puede reconstruir de manera parcial tu oreja. No sé qué narices te pasó aquella noche, pero debes tener cuidado donde pretendes meter tu canutillo. Otra cosa, en tus análisis de sangre ningún signo de infección, eso está bien. Ya sabes, usa siempre protección, no hagas ni caso a lo que dicen los curas. Lo segundo, has dado positivo a varias sustancias estupefacientes. Ya sabes lo que pienso de esto, solo espero que sepas controlarlo, muy pocas personas en el mundo son capaces de controlar una sustancia adictiva. Creo que deberías saberlo, por si la poli de ahí fuera estuviera buscando algo más en vosotros.

—Vale, ya está. Ya me has dado tu sermón. No tienes por qué seguir.

—Yo solo quiero lo mejor para ti, hijo.

—Deja de llamarme hijo, eres un cura joder. No tienes hijos.

—Bueno, muchos padres no han tenido hijos biológicos y, sin embargo, tienen hijos adoptados y los quieren como a tales. Para mí siempre serás mi hijo, pase lo que pase, lo quieras tú o no lo quieras.

—Vale, ya, muy bien. Deja de darme la chapa. Gracias por traerme las buenas y las malas noticias. Ahora, ¿podemos seguir? Me gustaría acabar con esos inspectores rápido.

LAS MANOS EN EL CIELO

A Paloma no le había caído nada bien el cura, y menos la forma en que la invitó a salir de la habitación. Mientras esperaban en la sala de espera, la subinspectora prefirió esconder su malestar en Instagram, mientras Alberto andaba de un lado a otro de la sala, en esos instantes vacía, y elaboraba todo tipo de conjeturas acerca de ambos casos, con una pizca de humor. Sin embargo, su jefa prefería ver fotos de paraísos dispersos por el globo terráqueo, sitios a los que nunca iría, pero soñaba con visitar alguna vez, al menos durante los diez segundos que mantenía el *reel* en funcionamiento hasta que cambiaba al siguiente destino. Gente afortunada que dedicaba su vida a disfrutar de lo que daba de sí el mundo. No como ella, asfixiada por el trabajo y el complejo de no haber superado la prueba para ascender a inspectora. Algo que su gran amiga Lucía parecía recochinearle con aquella superioridad. Como si fuera la puta reina, ella jamás entonaría el excelentísima. Una vez más, su exaltación de la frustración fue interrumpida por las divagaciones del ricitos de oro.

—Podrían haber jugado al póquer si hubiera cinco dados. Pero que falten cuatro dados es algo más complicado a que solo falte uno. Y, con dos dados, podrían haber estado jugando al Míchigan, ¿conoces ese juego? —Alberto no esperaba una respuesta por lo que no esperó ni un segundo para continuar con su disertación—. Es un juego de apuestas que normalmente se juega entre varios, no suele ser entre dos, aunque, en este caso los jugadores se van eliminando en función de la jugada por lo que al final siempre quedan dos. Tal vez, el tercer personaje que disparó sobre los otros dos también jugaba, y algo fue mal en aquella partida. En fin, el objetivo del Míchigan sería ganar el dinero que el resto de jugadores pone sobre la mesa como apuesta, pero en esa escena no había dinero de por medio. ¿Podrían haber apostado droga? O, simplemente el asesino se llevó el dinero y la documentación de los tipos. También podrían haber jugado al Kiriki, o su versión de bar, el Kinito, parecido al mentiroso, solo que en este caso el que pierde bebe. Pero, no había alcohol, y con cocaína sería demasiado. Es raro que se juegue entre dos. Yo en mi adolescencia en Pamplona solía jugar con un colega, por lo que podría ser posible jugar entre dos. Pero, la cuestión es, ¿qué hacían dos tipos tan

diferentes en una casa abandonada jugando a los dados para que luego acabaran a mordiscos y tiroteados? No parece un caso fácil de resolver.

—No, no parece fácil, por eso nos han llamado. Somos los súper polis. Vamos a ver si el bello durmiente nos cuenta algo más de aquella noche. Empiezo a acumular demasiados misterios. Pero si quieres una respuesta rápida a esa conjetura, no apostaban ni dinero ni alcohol.

Alberto se acercó a la ventana y observó la fina lluvia, extraña en aquella ciudad, apreciada por millones de jubilados de todo el mundo. Especialmente, por adinerados de países del norte y este de Europa para retirarse sin tener dolor de articulaciones permanente por el frío, evitar la depresión de no ver el sol, ni a los amigos, y pasarse media vida confinados por la lluvia o nieve eterna de sus países de origen. Pensó en todo lo que había aprendido de su jefa, una buena tía, un poco autoritaria a veces, quizás el hecho de que fuera mujer le resultaba algo extraño, acostumbrado a que sus jefes hubieran sido mayoritariamente hombres hasta ahora. Pensó en lo que ella le contaba sobre el narco en la Costa del Sol. Sí, también los narcos que llegaban a viejos buscaban un retiro en un lugar paradisiaco. Y, los retirados en aquellas latitudes procedían de decenas de mafias de todas las nacionalidades que parecían haber llegado a un pacto de descanso, un pacto en el paraíso en el que todos podían delinquir sin entrometerse en el terreno de otros. Un pacto que, últimamente, algunas mafias estaban rompiendo. Tan solo había que mantener las apariencias en ese país que los había acogido. Tan solo tenían que no matar a nadie, y tener a varios peces gordos, políticos, policías, agentes de aduanas, bien untados. Pero las cifras de muertes por temas de narcotráfico se habían disparado, y los grandes jefes empezaban a hartarse de aquellos jóvenes que habían llegado a sus territorios con la intención de quebrantar la paz, y quedarse con su pensión.

—Alberto, céntrate, tenemos otro caso, deja los dados por un momento. Quiero que hoy nos dé tiempo a hablar con la muchacha de la playa. Espero que ya esté mejor. Pero, primero tenemos que acabar con el testimonio del chico. Ve a ver si ha terminado de dar la confesión al cura.

—Claro, subinspectora.

Y ella volvió a recibir el sub, remarcado por su subordinado, como un crochet cruzado a la mandíbula, parándolo con su propio guante. Suspender aquel maldito examen despertó en ella el instinto de defensa. Alberto apareció al trote.

—Paloma, podemos entrar.

Paloma accedió a la habitación esta vez con actitud de no rebajarse ante nadie, aunque fuera un servidor de Dios.

—Buenos días, Padre.

—Buenos días, perdone que antes la interrumpiera, si le parece puede presentarse.

—Soy la subinspectora Paloma Rico, de la unidad de estupefacientes de Málaga.

—Encantado Paloma. A mí me puede llamar Cura. Él es mi hijo, Isaac.

—¿Cura? Está bien, Cura, nos gustaría hablar con Isaac.

—Claro, por supuesto, perdone, ¿y usted es? —Desvió su atención hacia el esbelto navarro.

—Alberto Murchante.

—Navarro imagino, por el acento, y por el apellido. ¿Cómo acabó destinado en estas tierras?

—Verá, mi exmujer…

—Perdonad, pero tenemos algo de prisa, me gustaría empezar ya, si quieren pueden esperar fuera y se ponen al día entre ustedes sobre sus orígenes.

—No se preocupe Paloma. Puede empezar cuando quiera.

—Sería mejor que el chico estuviera solo.

Isaac miraba desde la cama con cierta sorna el espectáculo que estaba dando su padre adoptivo, era un *showman* inigualable.

—Es mi hijo. Me gustaría quedarme. —Y se sentó en una silla algo alejada de la cama, pero sin disimular el interés en lo que tenían que conversar.

—¿Su hijo? —Por un instante Paloma dudó, pero solo ese instante—, me da igual si es su padre o su abuelo, necesitamos su relato ya, y no necesitamos su presencia. Alberto, puedes acompañar al cura al pasillo.

La ausencia de interrogante noqueó al agente de la ribera del Arga que no llevaba la guardia preparada, incapaz de ligar el calentón que su jefa tenía hoy con él. El cura se levantó y dirigió sus pasos hacia la salida, pero antes le susurró al oído a la subinspectora:

—No sea dura con él, está empezando la carrera de medicina, es muy listo, tiene muy buenas manos, seguro que un día llegará a ser médico en este hospital. Quién sabe, igual un día me toca a mí de cirujano, ya tengo alguna operación en el corazón. Pero la probabilidad de que llegue yo antes que usted no limita el hecho de que usted podría llegar antes que yo a usar sus servicios. La probabilidad es la matemática del diablo.

Paloma tardó el tiempo que tomó al cura y a Alberto salir de aquella habitación para reconocer que había sido una amenaza. Coño con el cura, padre de un hijo y amenazando a una inspectora de la policía nacional. Intentó borrar aquello de la mente y se acercó a Isaac que seguía con media cabeza vendada, desde la oreja hasta el cuello.

—¿Estás mejor? ¿Crees que podrías hablar ahora sin que los fármacos que te suministran alteren tu juicio?

—Es posible subinspectora. En realidad, me gustaría terminar con esto lo antes posible.

—Ya somos dos. ¿Qué recuerdas de aquella noche?

—Me ha costado acordarme de todo, tal vez me falten algunas situaciones por ligar. Recuerdo que me puse a saltar la hoguera. En ese momento ya perdí el contacto con mis amigos.

—Sus amigos, ¿podría decirme quiénes son?

—Aarón Escario y Laura Ribas. Son amigos del instituto.

—Bien, continúa.

—En uno de aquellos saltos la vi.

—¿A quién vio?

—A aquella chica negra. Tenía la mirada perdida en la hoguera. Como hipnotizada. Intenté hablar con ella.

—¿Qué le dijo?

—No recuerdo. Tal vez, le pregunté su nombre, tal vez le dije alguna tontería para hacerla reír. Ya sabe.

—Iban drogados.

—Fumamos marihuana. No se lo voy a esconder.

—No puede, hemos visto sus análisis.

—Bueno, íbamos algo fumados, pero nada fuera de lo normal. Entonces me pareció como si ella fuera a tirarse a la hoguera. Iba rápido, decidida, andaba deprisa, pero sin capacidad de salto. No sé. Yo reaccioné. Tal vez fuera una paranoia.

—Pero has dicho que ibas bien.

—Sí, iba bien, pero quizá malinterpreté su movimiento. La cuestión es que reaccioné y la cogí por el brazo. Entonces recuerdo muchos gritos, y creo que algunos chicos apagaron la hoguera, y ella lo pagó conmigo. Se tiró encima mía y me produjo estas lesiones. Imagino que ya las conoce si ha leído mi informe completo.

—Las conozco. ¿No había visto a esa chica antes?

—No. Solo en ese momento. El resto del tiempo estuvimos cerca del mar, nos gusta sentarnos cerca de la orilla y hablar de nuestras cosas. Nos gusta estar solos.

—Está bien, tomo nota. Me han dicho que no ha puesto denuncia.

—No me pareció apropiado. Imagino que fue un accidente. Un malentendido.

—¿Un accidente? Vaya. Que se lo digan a los otros afectados. Aun así, es probable que se le cite a declarar. Los demás sí han decidido poner una denuncia, y en este caso es un atentado directo contra la autoridad. Se reforzaría con el relato de su acusación. No se preocupe, le dejo descansar.

Isaac alargó el brazo y cogió el de la inspectora.

—¿Y ella? ¿Cómo está?

—¿Por qué te preocupa la persona que casi te arranca la oreja?

—No lo sé. ¿Está bien?

—Eso voy a intentar averiguar ahora antes de que cierren el tiempo de visitas. No puedo decirle más. Espero que tenga una pronta recuperación. Y deje de fumar marihuana, si algún día usted tiene que operarme, prefiero no tener que pensar que mi cirujano es un drogata.

GAMIBÉ

Aarón conducía la furgoneta de la empresa de submarinismo, mostraba el brazo izquierdo por fuera de la ventanilla. En el lateral del antebrazo se leía tatuado «Thenks Mather for my life». Tarareaba una canción «…y una casita en el barrio de Santa Cruz…», repartía *caniismo* a doscientos decibelios, sumergido en su burbuja de triunfalismo sentía que la gente al pasar lo envidiaba, cuando, en realidad, los habitantes de aquella urbanización, en su mayoría extranjeros, lo miraban con extrañeza cuando no con desprecio. Como a un intruso en la ubicación equivocada, un lugar en el que el perfil bajo era valorado en millones de bitcoins. Él solo veía que la vida le sonreía. Lo tenía todo bien cuadrado, lo suyo eran los números y las tecnologías, y de su combinación podría lograr el pelotazo que le jubilaría antes de llegar a los treinta. La inmersión submarina no fue más que una apuesta por su astucia. Demostrar a los demás que siempre lo comparaban con su mejor amigo, el estudiante de medicina. La diferencia —le decían— entre el que se esforzaba y el que no, reside en sus logros. Le tildaban de vago, de incapaz, cuando no recibía algún comentario en el que ponían en duda su inteligencia. No. No todo se aprende en el colegio. Y aquella costa mediterránea rebosaba de ejemplos de inteligencias millonarias que no habían pasado ni algo parecido a la ESO.

Su plan: venderse como una pieza clave en el engranaje del narco malagueño y, para ello, necesitaba obtener la prueba de concepto. Nadie va a buscar clientes o inversores sin una prueba de concepto. Había inventado un nuevo sistema para recuperar droga lanzada al mar sin los peligros que entrañaba que la droga llegara a la playa y allí, los porteadores, la recogieran en tiempo récord antes de que la policía o la guardia civil hiciera acto de presencia. Sí, era una copia de un sistema de localización similar al GPS, logrado por investigadores del prestigioso MIT, que podía funcionar bajo el agua gracias a la utilización de ondas acústicas. Además, no requería de batería pues utilizaba la propia energía de las ondas acústicas para enviar la señal de localización. Pero, ¿qué les importaba a los narcos que no tuviera él el registro de la patente? A los del MIT les dejaba el resto del mercado, él se quedaba con el de la droga.

Sin embargo, Aarón tenía otros planes para su autofinanciación. No podía construir varios de estos sistemas y presentárselos a Sissa, y pedirle dinero sin más. Tenía que reunir financiación con la que construir varios de estos dispositivos para que el clan de los Komodo los pudiera probar. Sissa, al que apodaban el Jeque, era el líder ejecutivo de los Komodo, aunque se repartía el pastel con su socio finlandés, Taras. Dos tipos bastante peligrosos a los que no se les podía llegar con un cuento de cuna. Sin embargo, se decía que el verdadero líder era un tipo al que nadie había visto y al que apodaban Draco.

Necesitaba dinero. Y para esa financiación contaba con la pasta que sacaría de vender los kilos que había conseguido rescatar del mar. Sin embargo, nadie podía enterarse de que poseía droga que pertenecía al mismo clan al que le quería vender su nuevo dispositivo.

Para su distribución necesitaba a alguien de confianza, pero, sobre todo, alguien independiente. Alguien que pudiera sacar de la provincia el hachís sin depender de las rutas establecidas por los principales grupos de narcotraficantes del país. Alguien con su propia ruta y poco interés de interaccionar con los grandes narcos de la zona. Él tenía a alguien en mente. Le llamaban Gamibé, en alusión a las golosinas con forma de osito que hacen las delicias de los niños, y porque su especialidad era abastecer el mercado adolescente. En concreto tenía una red de distribución formada por camellos de no más de diecisiete años desde Fuengirola hasta Vélez Málaga. Aarón sabía que no podía pasarle más de un kilo para distribuirlo por la región, pero confiaba en sus contactos, pues era miembro de un famoso clan de las Mil viviendas de Sevilla. De hecho, tuvo que emigrar junto a su familia por un asunto de sangre. «Lo mataron por llamar feo a un perro», rezó el titular del periódico del Diario de Sevilla. Desde entonces, vivía semiescondido, moviéndose de sitio en sitio ayudado por su familia y, sobre todo, de su novia, que seguía fiel al exaltado narco. Ahora se suponía que estaba en un piso dentro de un edificio de apartamentos en una urbanización de Calahonda junto a miembros de su familia. A el Mochi le interesaba la pequeña red de distribuidores locales que vendían en narcopisos de las diferentes localidades a lo largo de la costa malagueña. Suficiente para conseguir la financiación que necesitaba.

Se acercó a la puerta con su coche y sacó la cabeza por la ventanilla, alargó el brazo para pulsar el timbre de llamada, se quitó la gorra cuya visera tapaba de forma parcial la cara y dedicó una tímida sonrisa a quién quiera que pudiera estar al otro lado de la cámara de vigilancia. A Gamibé lo conocía de haber hecho algún trapicheo para él hacía un par de años. Como el pequeño narco estaba amenazado por uno de los clanes más potentes de Andalucía tras el

incidente en el que acabó con la vida de uno de los hijos del patriarca del clan Romeral, vivía escondido y cambiaba con asiduidad de vivienda. Su familia se dedicaba a otro negocio, la compra-venta de vivienda. En realidad, se supone que no vivía en ese barrio, pero su familia le alquilaba casas, robadas mediante artimañas y estafas a turistas nonagenarios alemanes, belgas, o de cualquier nacionalidad del norte de Europa, y que luego revendían. Aquello le brindó la oportunidad de poder cambiar de vivienda cada poco tiempo y eludir a la policía que lo buscaba por asesinato, a pesar de que el clan Romeral no había interpuesto denuncia. Para aquellos clanes solo existía una pena ante el delito cometido por el osito Gummy, la muerte, tal y como establecía la ley gitana. Y todo porque el hijo del patriarca llamó feo a su perro y le dio una patada, un mestizo de Bull terrier con salchicha llamado Frank, diminutivo de Frankfurt, porque este a su vez había orinado en el Mercedes clase B que, en realidad, era del patriarca del clan Romeral.

Aarón transmitió sus deseos a uno de los chicos de Gamibé. El Perlita. Un chaval que se dedicaba a mover paquetes de cien gramos a los camellos que atendían diferentes barrios de la ciudad, y con el que Aarón había trabajado hasta no hacía mucho para distribuir la droga entre los chavales. Este le había enviado un mensaje esa mañana con la dirección y la hora en la que debía acudir a una ubicación elegida. Además, le rogaba que no olvidara una muestra de lo que quería vender. Aarón iba hacia el encuentro como el que acaba de comprar un número de lotería con la convicción de que le iba a tocar.

Le atendió en la puerta una joven gitana de pelo tan largo como la crin de un caballo salvaje, sus facciones finas y anguladas, una nariz recta como una autovía americana pero que no destrozaba un rostro hermoso, más bien le daba un toque de autoridad. No era la primera vez que veía a Manuela, y tampoco era la primera vez que Aarón no podía controlar a sus ojos, que indiscretos, examinaron toda la belleza que lo alumbraba como si la virgen del rocío se hubiera aparecido en el umbral de la puerta.

—Pasa, Aarón. Darío te espera en el salón. No le des mierda. Le necesito despierto.

Aarón entró, pero sin quitarle ojo al espigado pero voluptuoso cuerpo de la gitana, pensando para sí mismo ¿qué narices hacía una mujer como esa con un tipejo como el pequeño narco que esperaba, medio hundido, en el sofá de la casa. Era como intentar evitar que una moneda no cayera de canto por entre los huecos que separaban los cojines. Le costó incorporar su liviano cuerpo y le mostró el puño, y Aarón lo golpeó con el suyo.

—¿Qué pasa Mochi? ¿Aún pasas mierda a los chavales del insti? O has subido de liga.

—No, eso ya lo dejé. Ahora hago algún que otro viajecito.

—No me jodas. ¿Eres piloto? Joder, siempre soñé con volar en una de esas planeadoras.

Ante aquel comentario, la gitana levantó la vista y se tropezó con la mirada de Aarón, compartieron sonrisa mientras se imaginaban el cuerpo de fideo tostado de Gamibé que salía despedido de la lancha, volando libre como el viento, en cuanto le metiera la marcha avante a la planeadora.

—Bueno, a ver que me traes.

Aarón desplegó un papelillo con un poco de hachís pegado. Le costó poco hacer una bolita con él y se lo pasó al gitano que lo olió, lo quemó un poco con un mechero, lo volvió a aspirar, jugó con el aceitoso manjar como si fuera plastilina, y mostró admiración ante la calidad de la mercancía.

—Hazte uno, *pisha*.

Aarón miró instintivamente a la mujer que seguía en la silla con un plato de metal sobre el que depositaba las judías que pelaba, y esta le devolvió la mirada, esta vez sin sonrisa. Pero, él no podía negarse. Así que, ahí estaba Aarón, liando un canuto para que Gamibé y su compañero, un tipo de aspecto agresivo que sufría una aguda alopecia y al que apodaban Proper porque siempre estaba de brazos cruzados mostrando su tensa musculatura, probaran su merca. Lo único para lo que querrías que destensara ese autoabrazo era para coger el porro que ya le pasaba Aarón. Sin embargo, Proper, negó con la cabeza, y Aarón no tuvo más remedio que pasarle el canuto de vuelta a Gamibé. Era obvio que Proper respondía ante la cíngara, y no ante el escuálido narco.

—Chef, chef. Amigo. Cuando viene de la montaña adecuada todos rezamos a la Meca para que sigan enviando estas delicias. ¿Sabes que fue un médico árabe Malagueño el que promulgó los beneficios y maleficios del Hachís?

—Ni idea. No lo sabía Gami.

—Al Malaqui. Bueno, se llamaba algo así como Ibn… no sé qué. —El pequeño narco esbozó una sonrisa aireando sus encías negras desprovistas de algunos dientes fundamentales—. En realidad, el tipo hizo una enciclopedia botánica medicinal, y recogió todos los valores medicinales que tiene esta droga, o alimento. Se recorrió todo el mundo árabe para documentarse.

—¿Cómo sabes todo eso?

—De los libros.

—Eres un sabio Gami. Deberías escribir tus conocimientos y dejarnos un legado con todos esos conocimientos.

—Qué va. Aquí, la que sabe es Manuela. A Manuela le gusta leer. Y a mí, me gusta que me cuente las cosas más fascinantes que

descubre en esos libros. —En ese momento se giró hacia su gitana, y le mandó un beso, y esta le correspondió con una breve sonrisa—. No me gusta escribir. Lo justo para buscar en Google. Pero, me encantaría tener una biblioteca enorme, —amplió sus brazos para abarcar la dimensión del salón de aquella casa para famosos—, para ella, ¿comprendes *pisha*? Yo solo quiero que sea feliz. Pero, ya sabes, la vida del proscrito no es fácil, prenda.

Le pasó de nuevo el canuto a Aarón.

—Oye, Mochi. Tú tienes un buen trato con los Komodo ¿Qué te trae por aquí? Algo tramas. ¿No me lo vas a contar?

—Tan solo quiero ganar pasta Gami. Estoy harto de vivir una vida de mierda. Solo un poco de pasta que me ayude a disfrutar de la vida.

—No sé si te creo, pero la verdad es que esto está muy rico. Yo puedo moverlo sin despertar demasiadas sospechas. Les daremos un paseo por el horno a esas pastillas de cien gramos para borrar cualquier marca que pudiera delatarnos y venderemos en pequeñas cantidades. Por eso no tienes que preocuparte.

—Genial, Gami, no hay problema. Tan solo hay que moverla. Tengo alguna cantidad mayor que me gustaría colocar un poco más arriba. Tú ya sabes, si está tan rico como dices, lo mismo lo podíamos subir a Madrid.

—Eso quería comentarte. Yo no tengo camiones bicho. Yo no tengo a los verdes ni a los azules en el bolsillo. Si pillan a alguien se va para chirona, pero en cuanto se corra la voz de que estos paquetes los muevo yo, podemos tener un serio problema. No con la pasma. Ya sabes con quién. Y, mírame. Yo estoy jodido —lo cual contrastaba con la localización del lugar, el hecho de que en ese momento ocupaban una buena casa en un sitio de ensueño con una importante terraza que tenía vistas al mar, algo muy cotizado por la gente del interior—. Esto que ves hoy, no será lo que verás mañana. ¿Sabes lo que es estar varios días escondido en una puta alcantarilla? ¿En un desagüe? Debajo de los puentes más deshabitados de toda Málaga. *Pisha*. Tú no quieres esto para ti. Espero que sepas en lo que te metes. Que no te pueda la codicia.

—*Illo*, esto es solo un préstamo. Si consigo hacer lo que tengo en mente seré capaz de enriquecer a todo el narco de la costa malagueña. Créeme. Si puedo, te sacaré del pozo.

—Ya sabía yo que algo tramabas. Espero que tengas suerte, pero debes saber, que solo se escapa de este pozo de una manera *miarma*. De la misma en la que me metí.

Entonces reparó en el perro del color del sofá, marrón estiércol, que hasta ese momento le había parecido un peluche feo por esa mezcla tan extraña, pero al acariciarlo, abrió la potente mandíbula, y

le pareció hasta gracioso.

—¿No conocías a Frank? Vamos, ven, tócalo. Le gusta que le rasquen la barriga, y tiene una larga tripita.

Aarón se acercó y acarició un poco al perro.

—Eres buena gente Gamibé. Nos veremos pronto.

Aarón le estrechó la mano y se despidió también del grandullón, con menos entusiasmo. Manuela acompañó a Aarón hasta la puerta, retiró el cerrojo y abrió con cuidado tras revisar el exterior por la mirilla. Aarón no pudo evitarlo cuando vio sus ojillos enrojecidos. Tomó su mano y le dijo:

—No tienes que preocuparte, con este negocio lo sacaremos de ese pozo.

Ella no llegó a esbozar la sonrisa que Aarón esperaba. Tan solo se quedó pensativa, y luego cerró la puerta.

NUKATAE WOBLAM

Terminaron de almorzar cuando los *guiris* entraban a cenar. Se dirigieron al hospital de Benalmádena. Conducía Alberto sin parar de hablar mientras, Paloma, hacía que le escuchaba. Sin embargo, pasó gran parte del viaje dormida. Tan solo llegó al tercer ajá. Por eso, se sorprendió por la pregunta cuando Alberto tiró del freno de mano.

—¿No te parece? —Paloma abrió los ojos al sentir el freno.

—Perdona, Alberto, estaba absorta en mis pensamientos y no te he seguido. ¿Qué me decías?

—No te preocupes, creo que yo pensaba en voz alta. Le daba vueltas a la coincidencia de ambos casos. ¿Cuántos casos al año vemos en el que una persona haya atacado a mordiscos a otra? Es más, ¿cuántos casos al año de estas características ocurren en España?

—No creo que existan estadísticas.

—Pocos, muy pocos, diría yo. Y que, en menos de veinticuatro horas hayamos tenido dos casos, ¿no te parece una coincidencia? ¿No crees que por eso nos llamó Lucía? Si ella sabía acerca del caso de la chica de la playa, cuando se enteró del caso de los dos hombres, creería que estaban relacionados.

—Ibas por buen camino, pero algo te ha hecho confundirte de dirección. Esa mujer siempre esconde algo, pero no es nuestro caso resolver cuáles son sus conjeturas mentales. Pero sí, tiene pinta de que puede haber una relación.

Atravesaron la entrada principal del hospital, atestada de gente en diferentes colas que salían incluso del hospital. El personal de administración y personal de seguridad trataban de calmar a la gente desesperada y se escuchaba todo tipo de conversaciones absurdas del tipo, «Perdone señora, ha habido un fallo informático y no funcionan los sistemas de registro», a lo que respondían «Y, ¿no tienen papel y boli?», a lo que el personal de administración, sentado en su silla sin hacer nada porque nada podía hacer con el sistema caído, respondía «No señora, no podemos, pero tranquila y espere unos minutos, acabo de llamar y me han dicho que están en ello», mientras se escuchaba otra voz decir «Tengo fiebre, 40 grados, ¿le parece que estoy para estar de pie? La madre del amor hermoso», y otros comentarios como: «Llevo un año esperando cita para el especialista, ¿no podía pasar esto

otro día?».

—La sanidad pública se va a la mierda.

—Y la policía pública —respondió sarcástica la subinspectora mientras observaba al mismo agente de aquella mañana, ahora sentado en una silla, medio dormido.

—¿Aún no te han relevado? —La pregunta de Paloma sobresaltó al agente que se puso de pie como un soldado pillado dormido por el capitán mientras hacía guardia—, siéntate hombre, es increíble que aún sigas aquí. ¿No hay más agentes que puedan sustituirte?

—Me relevan en media hora subinspectora. Mi compañero sigue ahí dentro.

Y seguía, pero dormido. Paloma le hizo una señal a Alberto y este se acercó al policía y lo despertó con suavidad.

—Será mejor que vayas a por un café, y de paso nos traes uno solo para la subinspectora, y otro con leche y extra de azúcar para mí. ¿Te acordarás?

—Sí, por supuesto. Ahora mismito se lo traigo.

—No. Ahora mismito no. Cuando te hayas tomado el tuyo con tranquilidad, e invita a tu colega de la puerta. Nosotros os cubrimos durante un rato.

El agente salió por la puerta agradecido por el relevo. Paloma había cogido una silla y se había sentado con los brazos apoyados en el respaldo mientras observaba a la adolescente que, en ese momento, parecía calmada.

—Hola. *Bonjour*. *Hello*.

Aquella última palabra produjo un espasmo en los párpados de la chica, que lucharon con el sueño hasta que consiguió abrirlos.

—Hello —repitió Paloma, esta vez trataba de mostrar una sonrisa más sincera que la del día anterior—. ¿Crees que podrías hablar?

La chica movió la cabeza de lado a lado. Y comenzó a expresarse con palabras irreconocibles para los agentes.

—*Afi si melé*. *Nukae le dzɔdzɔm ɖe dzinye*?

—Mierda. Así no vamos a avanzar mucho. Prueba tú Alberto que tienes mejor acento.

—*Hello*, *miss*. ¿*What´s your name*?

La chica miró a su alrededor, y comenzó otra retahíla de palabras, esta vez al menos se notaba que preguntaba algo de manera repetitiva.

—*Nukatae woblam*? *Nukatae woblam*? *Nukatae woblam*?

Empezó a moverse muy alterada tratando de soltar los amarres que la tenían sujeta a la cama.

Paloma trató de captar su atención para que se relajara y, esta vez tuvo efecto—. Te voy a soltar, ¿vale bonita? Como signo de buena fe. Díselo en inglés.

—No llego a tanto, jefa.

—Joder, ¿qué mierda os enseñan en la escuela?

—Me temo que la misma mierda que le ensañaron a usted cuando pasó por ella.

Otra puñalada de su joven y agraciado compañero, y ya iban dos en un día. Y ella que pensaba invitarle a un Colacao por la mañana cuando se despertara en su casa.

—Vale, entretenla un poco. Voy a hacer una llamada, creo que sé quién puede ayudarnos.

Lo único que entendió a Alberto decir fue la palabra Help, tratando de explicar a la joven que iban a buscar ayuda, tal vez a un intérprete.

—Hola guapa. Todo bien por aquí. Ya sabes, los muertos vivientes empiezan a invadirnos, se acercan esas fechas. Oye, ¿Cómo se llamaba esa chica a la que ayudaste hace un par de años? La de los africanos. Sí, esa, la del faro. Se dedicaba a algo relacionado con los inmigrantes, ¿no? Fenómeno. No tendrás su número. Gracias guapa. Oye, igual hasta nos vemos pronto, últimamente a Lucía le ha dado por hacer investigaciones conjuntas. —Las dos interlocutoras rieron—. Perfecto guapa, pues nos vemos pronto.

Colgó, y segundos después hablaba de nuevo por el teléfono.

—¿Lara?

ORDENAR EL TRASTERO

Robar a un ladrón recompensa con cien años de perdón. O eso dicen. Robar a un narco no tiene perdón, ni siquiera de Dios. Laura vivía en un pequeño apartamento en el centro de Fuengirola. Aparcaba su moto en la plaza de garaje de su padre, una vespa que tenía más años que ella, y que se había ganado hace tiempo la jubilación después de que su padre se pasara años recorriendo la costa malagueña para hacer todo tipo de chapuzas, hasta que ahorró lo suficiente para conseguir una furgoneta de segunda mano. Jacinto, el padre de Laura, regresaba después de un día ajetreado, tras reparar un suelo de gres destrozado por el abandono de un cordobés que no pisaba aquel apartamento en todo el invierno y, en verano, debían de jugar a la petanca. Al día siguiente le tocaba arreglar unas humedades y fue a preparar el material para la obra. Abrió el trastero y sacó los botes de pintura. Era raro, pero parecía que su hija, con la que vivía solo desde que su mujer falleciera de cáncer, había ordenado el trastero. Algo no muy común en ella. Reparó que la bicicleta ocupaba más espacio de lo normal, y estaba un poco levantada. La rueda delantera reposaba sobre una caja. Tal vez, había bajado por fin sus juguetes de cuando era niña al trastero. Ya era hora, llevaba detrás de ella para que hiciera limpieza en el cuarto desde que cumplió los catorce años y estaba claro que no iba a volver a jugar con sus muñecas. No le dio mayor importancia. Estaba cansado y lo último que le apetecía era ponerse a mover bicicletas y cajas. Dejó todo preparado y subió al apartamento. Ella no estaba. Le había dejado un mensaje sobre un accidente que había sufrido Isaac. Le caía bien ese chico. Muy echado para adelante, muy listo, a veces demasiado. Pero mucho mejor que ese mentecato al que llamaban Mochi. A ese no podía ni verlo. Sin embargo, lo tenía en casa tanto como a su propia hija. Entró en su hogar y puso a calentar una olla para hacer espaguetis. No tenía ganas de cocinar así que le añadiría un bote de pisto precocinado. Lo metía en la batidora para que no quedara ningún resto que le diera un color diferente al que su hija quería ver, el rojo del tomate. Entró en su habitación, se quitó la ropa de faena y la echó a lavar. Pasó por delante del cuarto de su hija y le dio por echar un vistazo, por ver si había ganado espacio y ahora podían instalar el estudio comprado en

Ikea que aún no había sido desembalado. Ya se lo decía su hija, en casa de herrero, termina tú el refrán que yo me voy a dormir. Pero no. Aquel cuarto seguía igual que de costumbre. No cabía un alfiler, y las muñecas seguían invadiéndolo todo. Aquello no casó muy bien con el razonamiento inicial, pero Jacinto estaba agotado, solo quería cenar e irse a dormir, al día siguiente madrugaba. Le dejaría la pasta en el horno. El olor la conduciría a ella.

EL TRASTERO

Apenas habían dormido en las tres últimas noches. La primera, buscando droga en el océano, la segunda, de *moragas* en la playa y de discotecas hasta el amanecer, y la tercera, entre esperar hasta el último relevo para estar con Isaac en el hospital y después, mover los fardos de un escondite a otro.

El problema del escondite comenzó la primera noche, en la que sacaron los fardos del mar. El Mochi se había hecho cargo de encontrar un buen sitio. Un zulo en el monte de Mijas que la mafia para la que trabajaban había dejado de utilizar. Algo importante porque aquellos zulos eran sometidos a videovigilancia. Era un riesgo que tenía que correr pues necesitaban un escondite rápido. Allí no había tanto monte como en Cádiz donde los porteadores marroquíes corrían como Maratón, descalzos monte arriba, y a la guardia civil se les hacía imposible alcanzarlos. Necesitaban un sitio cerca de la costa, pero lo suficientemente escondido para que no les descubrieran en el proceso, y lo más cercano eran las vías del tren. El sitio que eligió era una pequeña gruta escarpada junto a uno de los túneles del trenecillo que conecta la costa oeste con la ciudad. El Mochi había cogido prestada la furgoneta de Cthulhu Deep Sea. No eran trayectos muy largos por lo que no debería haber muchos problemas. Sin embargo, un altercado había atraído a media docena de policías a la zona y habían descartado la idea de atravesar la valla que separaba las vías del tren, cerca del túnel, cuando en cualquier momento podía pasar uno de aquellos zetas por la zona. Improvisaron rápido. Lo mejor era ir a algún sitio cercano y, ese sitio, era la casa de Laura. A esas horas de la madrugada no habría problemas de esconder los paquetes en el trastero. Al día siguiente lo moverían al escondite que habían planeado. Eso hicieron.

Al día siguiente, surgieron complicaciones. El padre de Laura no fue a trabajar esa mañana y se quedó arreglando el coche en el garaje. Decidieron esperar a la madrugada de la noche de San Juan, mala idea cuando el plan es atiborrarse de drogas y alcohol, y ninguno de los dos se acordaba de dónde habían aparcado la moto. Por lo que tuvieron que volver a retrasarlo a la noche siguiente, pero ya por la tarde se torcieron las intenciones cuando una llamada insistente sacó a su

teléfono del modo silencioso. Habían ingresado a Isaac en el hospital durante la noche, y ellos ni se habían enterado. Lo imaginaban en la casa de alguna desconocida cuya dirección no recordaría al día siguiente.

Acudieron al hospital, y cada persona que se cruzaron por el camino era capaz de adivinar el tipo de noche vivida por esas dos almas que vagaban desorientadas por los pasillos, atrayendo las miradas de celadores, médicos, enfermeras y enfermos, no solo por el aspecto deformado de sus caras y sus largas y oscuras ojeras, sino porque ni siquiera haberse cambiado de ropa consiguió eliminar la peste a marihuana y alcohol que desprendían sus glándulas, y que se desplegaba como el aura de una mofeta que envolvía a todo el que estaba a un par de metros de distancia.

Llegaron a tiempo para sustituir a el Cura, que llevaba desde la madrugada junto a la cama de su hijo. Y estuvieron todo el día junto a Isaac que parecía dormir plácidamente salvo por algunos momentos en los que se agitaba bajo las sábanas como una culebra amarrada por la cola. Esos momentos en los que la enfermera llamaba a la anestesista, y Susana entraba en la habitación como lo que era, la bombera, la apagafuegos. Cuando algo se iba de control Susana jugaba con los niveles de fármacos y los ajustaba a la perfección a la dosis adecuada, y el paciente regresaba al estado de pacífico inconsciente.

Fue un día duro, aunque la vida de Isaac no corría peligro, la agresión había sido brutal. No todos los días te arrancan un pedazo de oreja y por poco no te seccionan la yugular unos incisivos humanos. Y eso es lo que lo salvó. Que no se trataba precisamente de un vampiro que podría haber atravesado la yugular con sus colmillos, ni tenía una mandíbula tan fuerte como la de un Pit Bull, cuyo resultado podría haber sido aún mucho más desagradable y hasta mortal. A la tarde noche, cuando el Cura regresó para pasar la noche, saludó a los chicos cariñosamente. Era un tipo carismático que no dejaba a nadie indiferente, o te caía muy bien, y eso era porque te trataba muy bien, te incluía en sus planes y eras tratado como si fueras parte de la familia, o te caía muy mal, quizá porque en el pasado sufriste algún contratiempo con él, y no es el tipo de cura que ponga la otra mejilla. En otro tiempo podría haber sido guerrillero, de esos curas que se unían en el frente en apoyo de la lucha sandinista, pero era más probable que el cura hubiera defendido a los que estaban en el bando contrario, en la contra nicaragüense. Aun así, era un tipo respetado que regentaba una residencia de estudiantes universitarios y, trataba por todos los medios de sacar adelante a su hijo adoptivo. Era un tipo preocupado por la juventud en general, y si bien no era fácil pasar su criba, un dato que te hacía ganar puntos era que fueras amigo de sus amigos. Y ese era el caso de Laura y Aarón, a los que siempre acogía

en la residencia a horas intempestivas.

Aquella noche, cuando el Cura los sustituyó en el hospital, decidieron que era el momento de regresar a casa y mover los fardos de sitio. Pero el padre de Laura había regresado a casa y había aparcado de manera que taponaba la puerta del trastero. No les quedó más remedio que esperar a la mañana, cuando su padre se fuera al trabajo. El Mochi se quedó a dormir. Algo bastante habitual a pesar de que no era el ojito derecho de Jacinto. Lo mejor fue el tesoro que encontraron en el horno.

Después de dormir en una noche lo que no habían dormido en tres, se levantaron tranquilamente, se ducharon para quitarse los restos de ese olor a mofeta que seguía impregnado a su piel, y desayunaron unas buenas tostadas de jamón barato y tomate de lata. Tenían que sacar los fardos y dejarlos en algún sitio hasta la noche, momento en el que los llevarían a su sitio definitivo. Aarón acercó la furgoneta y la aparcó en la plaza del padre de Laura, justo delante del trastero. Tampoco aquello despertaría sospechas en los vecinos, acostumbrados a ver la furgoneta de la empresa de actividades subacuáticas. Debían ser rápidos, coger los fardos y meterlos en la furgo. Luego la dejarían bien aparcada en algún lugar cercano a la empresa, sin levantar sospechas hasta la noche. Aarón entró al trastero mientras Laura vigilaba.

—¡Laura! ¿Moviste la bicicleta de sitio?

—No, ¿por qué? Venga tío date brillo.

—Porque la bicicleta está levantada sobre una rueda, y no están los fardos.

—¡Qué cojones! —Laura entró en el pequeño trastero y empujó a Aarón para poder caber los dos en aquellos tres metros cuadrados. Laura removió todos los trastos que había allí guardados desde hacía más de una década, como si llegas a casa y te ha desaparecido la televisión y te pones a buscarla detrás del mueble o debajo del sofá, consciente del esfuerzo inútil que supone buscar un objeto que por tamaño es imposible que se haya perdido en espacios más pequeños.

Rendida a la evidencia, Laura miró a su colega en cuya expresión se dibujaba un aura de desesperación que se transmitió por el nervio óptico al resto del sistema nervioso de su compañera, y ambos experimentaron la misma sensación: como si anduvieran por una extensa llanura y, de repente, su camino se hubiera convertido en un filo hilo de tierra que separa sendos precipicios. Sin querer mirar hacia abajo, tan solo trataban de adivinar el camino más fácil.

—¿Tú crees que tu padre ha podido confundirse y llevárselos pensando que fueran unos sacos de yeso.

—Mi padre puede ser un capullo, pero no es gilipollas.

LARA

Paloma recorría los pasillos del hospital de Benalmádena como si fuera el médico de urgencias que hubiera recibido una notificación de asistencia inmediata. Tuvo que esperar a la mañana para poder regresar a hablar con la chica caníbal. Había llamado a una amiga de la policía nacional para que le echara una mano con el caso, y llegaba tarde a la cita. Ella, que no aguantaba que nadie llegara tarde, no soportaba la idea de que fuera ella la que hiciera esperar. Y todo por culpa de la inspectora jefe y sus maniáticos procedimientos que la entretuvieron en un caso que, a primeras, no parecía pertenecer a su departamento. Lucía no contaba con que los demás tuvieran una vida privada, solo porque ella vivía embebida en su burbuja laboral. Alberto la seguía a distancia incapaz de seguirla a pesar de sacarle media zancada en cada paso. Sin embargo, el ritmo frenético de Paloma solo podría seguirlo a la carrera, y era un poco complicado moverse por los pasillos de un hospital con su envergadura sin tirar a ningún paciente y causar un aparatoso accidente.

Pero a Paloma no solo le preocupaba llegar tarde. Además, habían perdido ya un día en otros asuntos.

A pesar de llevar su chapa colgada y bien lustrada en el pecho, en varias ocasiones habían interrumpido su avance para averiguar dónde iba. No había respeto por la policía en esa zona de España. Es como si el que más o el que menos pudiera estar conectado con alguna de las mafias que rondaban la costa, algo que se hacía más pronunciado a medida que te acercabas a Marbella, y llegaba casi a ser una certeza en Puerto Banús, donde ni el bocadillo que te comes en el quiosco de comida rápida de la entrada se libraba de tener relación con alguna de las mafias de la costa del sol. Cuando estaba a punto de llegar las vio, esperaban junto a la puerta. Su amiga, muy sonriente. A su lado, una chica joven, de aspecto intelectual, el pelo plateado contrastaba con unas grandes gafas que deambulaba de un lado a otro del pasillo colgada de un teléfono móvil como si fuera una inversora de La Bolsa de Nueva York.

—¡Silvia! ¡Muchas gracias por venir! Eres un cielo, lo sabes, ¿no? Perdona la espera.

—Paloma, amiga, como no voy a venir. ¿Acaso me he perdido

alguna de tus invitaciones? —Silvia se había recortado el pelo dejando una ligera melenita a media altura de la cabeza, debajo de la cual se podía ver su pelo rapado al 2. Su sonrisa de complicidad se refería a esas noches de mujeres mandonas que salían de caza en la noche malagueña. Silvia era una de las asiduas a esas salidas a pesar de estar casada, y no era rara la noche en la que no acabara algún hombre esposado a una cama.

—Ese corte de pelo es reciente, ¿no? No te lo vi la última vez.

—De ayer mismo. Oye. Me ha llamado la jefa. Al parecer tenéis un caso y quiere a todos los grupos implicados. Creo que se está preparando para comisaria. Es una forma de tenernos a todos controlados, ¿no crees?

—¿A vosotros también? Te refieres al caso de los dos tipos muertos en Cortijo Jurado. —Paloma elevó sus manos lentamente y puso la mejor cara de fantasmas que pudo, pero tan solo habría generado una sonora carcajada si hubiera intentado asustar a niños de cuatro años.

—Sí. Me ha dejado un mensaje para ti. Que si no la invitas a la próxima salida de chicas nacionales te va a mandar a patrullar por las noches a Palma Palmilla. —Paloma giraba la cabeza de un lado a otro en modo negacionista.

—Estás de coña.

—Claro tonta. Al parecer han conseguido identificar a ambos individuos, y estamos rastreando sus teléfonos. Creemos que pueden estar en el fondo del Guadalhorce, así que ya tenemos a un equipo de buzos por allí. Además, hemos contactado con sus compañías de teléfono a ver si nos dan información sobre sus últimos movimientos, apps utilizadas. Ya sabes, rutina. Pero bueno, ¿en qué podemos ayudarte? Te he traído a Lara, tal y como me pediste. Ya sabes que me cuesta un órgano pedirle favores y ya no me quedan pares para ser donante.

—¿Esa chiquita es Lara? Por Dios, no la recordaba tan alta —Paloma contuvo la carcajada—, menudas palizas te daba, ¡eh! Un buen elemento que te hizo salir de esa prisión en la que vives de ceros y unos. Al final la listilla te salió una superdotada.

—Listilla y todo lo que quieras, pero la chiquilla tiene su carácter, yo que tú no la subestimaría, aunque la veas muy joven. Ahora ya no delinque, o eso creo, pero la mala leche que tenía la sigue guardando para algunos. Para mí, por ejemplo. Ahí viene.

Tendría una talla más de pie y cinco centímetros por encima de las dos inspectoras, a las que no les quedaba más remedio que mirar hacia arriba. Pero, gracias a la plataforma extra que llevaba en sus botas negras, y las rastas plateadas que se apelmazaban sobre su cabeza, le daba un aspecto de gigante nórdica frente a dos enanitas.

Paloma se imaginó su perfil de Tinder, «mido 1,80 y no tengo complejo de Blancanieves». Dejando claro a cualquier machote, ruso o no, que ella dictaba las normas en esa conversación. Pero no era el caso, Lara no parecía de las que utilizara una app para relacionarse.

—Lara, ven que te presente.

—¿Otra de tus víboras? Cuando se está contigo es difícil acertar quién te va a inyectar el veneno.

—Se llama Paloma Rico, y es inspectora de la UDYCO. —Y por si no hubiera quedado claro especificó—: Drogas. —Irse por las ramas con palabras extrañas no funcionaría con Lara, y no necesitaba más confrontación con esa niña, menos delante de otra inspectora que disfrutaría sobremanera de ver como una jovencita era capaz de intimidar a la temible inspectora Ulloa. A pesar de que ya había notado cierta intimidación sobre la misma Paloma que extendía el brazo para estrechar la mano de Lara, movimiento que esta ignoró mientras guardaba su teléfono en el bolso.

—Encantada de conocerte, Lara, Silvia me ha hablado mucho de ti, creo que eres una especie de genio.

—Si lo fuera, tu amiga habría desaparecido hace mucho tiempo, y aquí la seguimos soportando, aunque, para serte sincera, yo preferiría que me devolvieran a la lámpara antes que hacerle un favor.

—Bueno, dicen que aprendes con una capacidad muy superior a cualquier persona normal. Superdotada para la computación, ¿no te has planteado meterte a policía y trabajar con Silvia? Haríais una pareja invencible.

—No me va el sado.

—También dicen que en el pasado tuviste relaciones con inmigrantes y que sabes muchas lenguas, africanas, sobre todo. ¿Es esa tu especialidad?

—He aprendido lenguas en aquellos lugares a los que he viajado. Si viajo a África, aprendo su lengua si es necesario. Sí, tengo conocimientos de lenguas africanas, la vida y el trabajo me han llevado por ahí. —Dedicó una mirada a Silvia para dejarle bien claro que el pasado no había quedado aparcado, aunque en parte la ayudara, también se había aprovechado de ella para arrestar a importantes personajes de la mafia rusa sin importarle poner su vida en serio en peligro, y que llevó a la muerte a alguno de sus amigos—. Y bien, ¿qué es lo que quieren de mí?

—Queremos que trates de hablar con una chica. Africana. Tuvo un problema que no podemos comentarte, y hemos tenido que sujetarla un poco. Creemos que no nos entiende, que no habla nuestra lengua.

—¿Sujetarla un poco? Me estáis dando miedo. ¿Pues para que demorarnos más?

Paloma indicó al policía que custodiaba la entrada que les diera acceso, y este cedió el paso. Silvia tocó el codo de Lara, con suavidad, pero esta se giró con cierta violencia. No le gustaba que la tocaran, especialmente ella.

—Es un caso muy complicado. Ha agredido a varias personas. Deja ese mal humor para otro momento, esa niña necesita apoyo de alguien, y te he buscado a ti para que le des ese apoyo.

—Ya. Para eso vengo. Pero, deja que me haga yo la idea.

Lara entró a la habitación y ya el olor la transportó a escenas que no quería revivir. A sitios espeluznantes que había visitado en sus viajes por las fronteras de África con Europa. Centros de internamiento en los que vivían hacinados cientos de subsaharianos, sirios, o magrebíes. Recordó como en el primer centro que visitó en Marruecos, cerca de la valla de Melilla, acabó por vomitar ante la insalubridad y las condiciones inhumanas en las que vivían hacinados cientos o miles de personas. Desde ese día se dijo a sí misma que no volvería a vomitar, que se controlaría, porque aquellos seres humanos lo soportaban, y ella no era nadie para llegar allí y demostrarles que la vida que les esperaba más allá de esa valla de pinchos era mil veces mejor que la que habían tenido hasta ahora. No, no sería el sueño con el que soñaban en sus países de origen, sería difícil, tampoco serían bienvenidos, pero distaría mucho de las calamidades que sufrieron en el camino. Aunque, siempre podían acabar en una cama de hospital sujeta por los brazos y piernas y sedada como si fuera un elefante enrabiado.

Paloma se acercó a la chica que miraba a las tres mujeres entre asustada y desesperada por no poder soltarse de los amarres. Paloma tocó su frente y sonrió.

—Hola. —Se giró hacia Lara y le hizo un comentario para explicar el escueto saludo—. Aún no sabemos su nombre. —Regresó sobre la chica africana y le comentó, más por costumbre que porque la chica fuera a entender nada de lo que decía. Señaló a cada una de las nuevas visitantes mientras las presentaba—, ella es Silvia Ulloa, inspectora de la Unidad de Investigación Tecnológica de la Policía Nacional de Málaga, y ella es Lara Martínez, Socióloga. Creemos que puede ayudar a comunicarnos contigo. ¿Lara?

Lara se aproximó a la chica que seguía con su mirada a las nuevas visitas mientras se colocaban en diferentes puntos de la habitación. Paloma y Alberto en sendas esquinas de la cama preparados para intervenir en caso de que un nuevo ataque acabara por despertar la versión muerta viviente de aquella chica de apariencia inocente. Silvia reculó hasta la zona del baño donde se puso a contestar whatsapps. Lara se acercó, pero dejó algo de espacio para que la chica tomara consciencia. Su estrategia iba a ser probar el

contacto en inglés seguido del francés, pero la chica interrumpió sus pensamientos antes de que ella pudiera abrir la boca.

—*Afikae mele*? *Afikae mele*?

—*Zi ɖoɖoe, èle kɔdzi, eye nèle hayahayam*. —Lara enseguida identificó el idioma Ewé que se hablaba en varios países como Gana, Togo o Benín. Quería saber dónde estaba, y ella, primero trató de tranquilizarla, hablando con suavidad y con cariño, y le comentó que estaba en un hospital. Esto no terminó de tranquilizar a la chica que enseguida preguntó qué le pasaba.

—*Nukae le dzɔdzɔm ɖe dzinye*?

—¿Qué dice? ¿La entiendes? —Paloma estaba un poco impaciente, aunque le sorprendía la rapidez con la que Lara había identificado el idioma, de hecho, era la primera palabra que había dicho y ya era como haber recorrido la mitad de la distancia que necesitaban para avanzar. Sin embargo, Lara ignoró a Paloma y siguió centrada en la chica de cuyos ojos empezaban a brotar unas lágrimas. Continuó hablando en su lengua y le explicó que había tenido un problema médico, pero que lo importante ahora era centrarse en su recuperación. A continuación, le preguntó su nombre. La chica se quedó muda, y las lágrimas brotaron como un río. Lara tomó su mano y así tuvo el primer contacto cálido en las últimas cuarenta y ocho horas, pero la chica continuó con la descarga de frustración, contenida durante ese periodo en el que había permanecido atada a una cama. Lara la abrazó, lo cual aumentó la alerta de la subinspectora. Se amarró a la chica y no la soltaba. Tras calmarla un poco, se levantó con cuidado y se acercó a Paloma y Alberto.

—Habla una lengua nativa de Ghana, Benín o Togo. Probablemente viene de alguno de estos países. Le he preguntado su nombre, pero no lo recuerda. Lo que sea que le ha pasado ha debido de alterar o incluso dañar su cerebro, deberían llamar a un neurólogo para que la estudien. Es probable que hable inglés, pero por alguna extraña razón solo consigue hablar su lengua madre.

—Muchas gracias Lara. Has sido de muchísima ayuda. No te puedes imaginar…

—Quiero pedir una cosa. Me quedaré a pasar el día y la noche con ella.

—Es peligroso. Lara. Esta chica ha atacado a varias personas. No la tenemos atada por gusto.

—Creí que no podíais contarme nada. —Paloma volvió a sonrojarse—. Pero, no te preocupes. Estoy al tanto. Tendré cuidado. Creo que si me quedo con ella podrá ganar algo más de confianza y, tal vez, la ayude a recuperar la memoria. Detrás de esta niña parece haber una historia terrible.

—No te preocupes Lara, dejaremos un agente aquí contigo por si

acaso. —Alberto entró en la conversación para echar un cable a la subinspectora que se veía incapaz de asumir el riesgo, y Paloma en el fondo se lo agradeció.

—Está bien. Espero que puedas ayudarla. Hablaré con los médicos a ver que pueden hacer ahora que tenemos una intérprete. Muchas gracias otra vez Lara, ahora entiendo por qué Silvia te admira tanto. —Dejó caer la frase en un susurro lo suficientemente alto como para que lo escucharan todos en la sala, incluida Silvia que no retiró su mirada del teléfono, pero no pudo evitar arquear las cejas.

BUSCANDO, MIRANDO…

Había buscado por todos los rincones de la casa. Los armarios de su padre, los sitios donde su padre guardaba la ropa de invierno. Si la habitación de Laura estaba desordenada, ahora lo estaba el resto de la casa. Si su padre había encontrado el paquete y se lo había llevado, el problema al que se enfrentaban era de un orden de magnitud mayor que el simple desorden de la casa. Aun así, Laura intentó ordenarlo todo para evitar la bronca que pudiera echarle su padre por haber revuelto sus cosas. De todas formas, necesitaba entretenerse. Mientras, Aarón, meditaba con la vista perdida en la silueta del Atlas más allá del mar. Tras unos segundos tan solo había llegado a una conclusión, debía liarse un petardo.

—Le dije a Gamibé que le entregaría hoy el primer paquete. Joder. ¿Por qué me persigue la mala suerte? ¿Dónde coño está tu padre?

—¿En serio quieres saberlo? Yo creo que deberíamos hacer las maletas y emigrar muy lejos. Si no nos matan los Komodo, nos mata tu amigo Gamibé, y si por algún motivo sobrevivimos mi padre te va a hacer picadillo, pero literal, en la batidora. ¿Y a mí? Me manda a un monasterio y me hace monja o algo así.

—¿Puedes llamarlo?

—Le he mandado un whatsapp y no lo lee. Debe de estar trabajando. A saber dónde.

—Pues tenemos que hacer algo. Hostia puta. —Aarón se rompía los sesos y le daba vueltas a todas las cosas que podría haber hecho para no haberla jodido de tal manera. Para empezar, no meter la droga en el trastero de un albañil. O podría haberla dividido y así solo perder una parte.

Se puso a ordenar sus pensamientos mientras daba una calada detrás de otra sin respirar una gota de oxígeno. Su teléfono vibró. En el mensaje recibía la ubicación del lugar en el que tendría que depositar el kilo de hachís que formaría parte del inicio de su porvenir. Si no aparecía el padre de Laura, solo se le ocurría una forma de solucionarlo. Pero era mucho más arriesgada.

—No vamos a esperar a que venga tu padre. No nos la podemos jugar. Haz la maleta. Tal vez sea mejor que no vuelvas por aquí al

menos por un tiempo. No sabemos qué coño se le ha podido pasar por la cabeza al viejo, pero miedo me da. Coge el neopreno que nos vamos.

—¿El neopreno? El que tengo aquí es muy viejo, ¿no sería mejor pasar por la tienda?

—¿Y qué te vea Corruco? No me jodas.

—Y, ¿qué coño quieres hacer? Es de día, y no tenemos embarcación.

—Cogemos la piragua inflable.

—Por la cara. Tú tienes la cabeza malita.

El Mochi miró a su amiga con los ojitos estirados y las pupilas dilatadas, y una leve y desesperada sonrisa que decía: «Es lo único que me queda».

JACINTO

El local carecía de luz, y varias goteras hacían que el agua corriera por el suelo desnivelado mientras buscaban una salida de aquel lúgubre lugar. Sentado en un rincón, apoyado en una columna, un tipo del color del chocolate al 75% y pelo rapado salvo por una gruesa cresta en el centro de la cabeza hablaba por su teléfono móvil, moviendo enérgicamente la mano libre, como si fuera un agente de tráfico. Cuando escuchaba, se tocaba su densa barba negra. Jacinto lo observaba. El padre de la Chi-chi, un honrado trabajador vestido con su mono de faena, seguía de pie la conversación telefónica, sin bajar la cabeza a pesar de que una pistola le apuntaba a la cabeza. El honor de quién sabe que hace lo correcto. El tipo de larga melena rubia y tez blanquecina sujetaba el arma mientras comía un revuelto de frutos secos. Los llamaban los Komodo porque aquel que osaba cruzarse en su camino quedaba impregnado de un veneno que lo arrastraría hasta la muerte. Al tipo de la melena rubia lo llamaban Taras, y era un finlandés ubicado en la costa del sol cuya misión era organizar todo el tráfico de drogas para que llegara hasta el último rincón de Europa. Los Komodo pertenecían a una organización más grande a cuyo líder nadie había logrado poner cara. Lo apodaban Draco, y su red se extendía por toda la costa del sol y controlaba los puertos de Holanda y Alemania. Decían que era él quién gobernaba en los Países Bajos, y era él quién tenía amedrentada a la clase política y Real de ese país. Sissa, alias el Jeque, era el líder de la red en la costa del sol y Jacinto lo conocía porque había hecho varios arreglos en sus casas. Siempre pagaba en negro, pero eso era algo normal en el gremio, y Jacinto nunca lo vio como algo ilegal. Tenía que cuidar de su hija por encima de todo. Al ver aquellos fardos metidos en su trastero con el logo del Dragón de Komodo no dudó ni un instante en sacarlos de allí. Ya hablaría después con su hija. No podía permitir que ella se inmiscuyera con esa gente turbia. Lo primero que pensó fue que su hija, o el Mochi, o ambos, trabajaban para ellos. Pero luego recordó los neoprenos de ambos colgados en el agua, y se temió lo peor. Tenía que jugársela.

El Jeque colgó por fin y se acercó a Jacinto.

—Así que me has traído un regalo. —El acento del Jeque

delataba su procedencia magrebí, pero nadie sabía a ciencia cierta su procedencia.

—Ya te he dicho que los encontré mientras pescaba en el acantilado. Creí que lo más oportuno era traértelos.

—Y, ¿por qué a mí?

—Bueno, vi el dibujo. ¿No os llaman…?

—¿Quién nos llama Jacinto? —interrumpió Sissa—. ¿Cómo cojones un albañil de mierda puede encontrarme con tanta facilidad? ¿Crees que por haber trabajado en alguna de mis casas tienes derecho de venir hasta alguna de ellas con tres fardos de treinta y cinco kilos en la furgoneta? Si tú puedes encontrarme, puede encontrarme cualquiera. ¿Es eso lo que quieres decirme? ¿Que eres más listo que yo?

—No era mi intención ofenderle. Como dice, no soy muy listo, pero sí soy honrado, y si me encuentro algo que no es mío busco a su dueño para devolvérselo. Y, este dibujo, todo el mundo sabe lo que significa. Entiendo que es algo que ustedes quieren transmitir a la gente. Lo que es suyo, se respeta. Yo, por mi parte, respeto tanto lo suyo como lo de todos los demás. Haría lo mismo si encuentro la paga de la pensión de un anciano. Siempre he sabido encontrar a aquellos clientes que me tratan bien.

—Eres un buen tipo, Jacinto. Baja la pistola Taras. No se merece que le tratemos así. —El rubio retiró la pistola y la amarró a la cintura, luego se retiró unos metros hacia la mesa en la que había dejado la bolsa de frutos secos y siguió comiendo como si no le importara mucho la conversación que transcurría a escasos metros.

—Y bien, Jacinto. ¿Qué quieres a cambio? Quien me trae algo que busco siempre quiere que lo recompensen.

—Yo no quiero nada señor. Yo solo quiero volver por donde he venido. Y si alguna vez quiere contratarme para cualquier chapuza ya sabe que soy bueno.

—Así que no quieres nada. Pero yo tengo que darte algo. No puedo dejar que te vayas así, sin más. Me has recuperado más de cien mil euros, el doble cuando pase los Pirineos. ¿Qué puedo darte Jacinto?

—Ya le digo que no quiero nada. He venido a traerle algo que creo que es suyo, como haría cualquier otro.

—No. Ahí te equivocas. Cualquier otro habría intentado aprovecharse o, incluso, se lo habría entregado a la policía. Pero tú has venido a mí. ¿Eso por qué es así Jacinto? No has temido que la policía te parara en algún sitio y te echaran encima varios años de cárcel, y no tienes miedo de venir hasta mí. Acaso los Komodo ya no damos el miedo que deberíamos.

—No señor. Yo no actúo motivado por el miedo. He hecho lo que

creía que era justo. Esto es suyo, y yo se lo he traído. Nada más. Si me he equivocado le pido disculpas. Cojo los paquetes y me marcho por donde he venido.

Sissa rio a carcajadas y hasta Taras evocó una sonrisa.

—¿Qué podemos darle al bueno de Jacinto? —Desvió su atención hacia el nórdico que masticaba los frutos secos cuyo resquebrajo se escuchó tras el silencio impuesto por su jefe—. ¿Taras?

—Ya sabes lo que yo le daría. —El rubio entró en la conversación y mostró el lado más siniestro de la banda. Luego esbozó una sonrisa que terminó con las carcajadas de ambos. Jacinto seguía con la cabeza erguida.

—Buen hombre. Me parece bien el trato que propones. —Jacinto no quiso interrumpir para decirle que él no había propuesto ningún trato, por lo que pudiera pasar. Ante todo, tenía que salir de allí lo antes posible. No sabía dónde estaba, había llegado con los ojos vendados. Aquellos hombres podían hacerle desaparecer del mapa sin dejar rastro—. Te encargaremos una obra que tenemos pendiente, ¿te parece bien?

—Yo arreglo cosas señor. Si le puedo servir en algo estaré encantado.

—Esto es algo un poco más grande que un arreglo. Estoy seguro de que podrás hacerlo. ¿Qué dices Taras?

—A mí me parece bien. Creo que nos podemos fiar de él. Y si la caga… —Taras tan solo movió la cabeza de un lado a otro.

—Bien, Jacinto. Ya nos pondremos en contacto contigo, si estás de acuerdo, claro.

—Sí, señor. De acuerdo.

Taras le puso una bolsa de tela en la cabeza y lo condujo hacia la calle donde les esperaban varios hombres. Lo introdujeron en la furgoneta, y salieron de aquel paraje abandonado en el interior de algún polígono de las montañas de Mijas.

PADRE, HIJO Y ESPÍRITU

Isaac andaba desorientado. El sol le calentaba la cara como a un intruso del día, y él buscaba las sombras mientras seguía al anciano cura que andaba siempre dos pasos por delante, a pesar de ser más pequeño y tener varios kilos de más adosados al ombligo.

—¿Dónde has aparcado?

—En el aparcamiento de la entrada. Está a un minuto. ¿Puedes andar o prefieres esperarme aquí y vengo a buscarte con el coche?

—Ese parking es el de empleados Cura.

—Tranquilo, aquí me quieren como a un trabajador más. Llevo muchos años apoyando a los investigadores y he patrocinado, sin darme publicidad, varias actividades sociales. Saben que pueden contar conmigo.

—No entiendo cómo no te han echado de la iglesia.

—¿Quieres esperarme aquí?

—No. Te sigo, es solo que me molesta el sol.

—Si necesitas ayuda podrías haber cogido la muleta que te ha ofrecido la enfermera. Aún debes de estar medio drogado, aunque eso no creo que sea muy diferente a tu día a día, ¿no?

Isaac prefirió no contestar. Tenía bastante con evitar las subidas y bajadas del asfalto. Unos centímetros se convertían en un pozo en el que caía o en un escalón con el que tropezaba. El Cura tenía razón, la anestesia aún le tenía embriagado, aunque empezaba a notar el dolor en la oreja como un pálpito que seguía el ritmo de su corazón. Se palpó con la mano la venda que le tapaba media cabeza, y aquello le hizo perder el equilibrio. El haber tenido la oreja cubierta varios días también era un motivo para desequilibrarle y, quizás, es verdad que habría necesitado una muleta. Cualquier cosa menos pedirle al cura que le echara una mano.

Llegaron al Citroën ochentero curtido en mil y un *rallies* por las carreteras de Málaga, por las que su dueño solía llevarlo de pueblo en pueblo. El cura se metió en el asiento del conductor y abrió el pestillo para que entrara Isaac. Este tuvo que agacharse para luego casi tumbarse en el asiento. El Cura puso en marcha el motor de arranque al tercer intento, y esperó con tranquilidad mientras el coche ascendía como si le estuvieran hinchando las ruedas.

—¿Cómo narices dejaste que te mordiera esa chica? Hoy he ido a visitarla y, aparte de pequeña, parece inofensiva. Aunque la tienen atada a la pobre.

—Fue todo muy rápido. Creí que se iba a suicidar lanzándose al fuego. De hecho, creo que fue el impedírselo lo que la cabreó. ¿Qué crees que le va a pasar?

—Es muy joven. No creo que lleguen a meterla en un correccional, pero podría ser. Como mínimo terminará en un centro de menores. El problema es que ha mordido a esos policías y ya sabes que la autoridad no soporta ser agredida.

—¿Crees que te dejarían alojarla en la residencia? —Isaac tenía la vista perdida en el horizonte de coches aparcados. El cura deslizó los dedos sobre su perilla blanca, como para peinársela hacia abajo, bajó el freno de mano, y puso en marcha el coche.

—¿Me pides que meta a la chica que acaba de arrancarte una oreja en la residencia de estudiantes? ¿Crees que debería pagarte un psiquiatra?

—No quiero tu dinero, Cura, y menos aún tus psiquiatras. Seguro que te lo cuentan todo. Pero sí, creo que esa chica necesita un poco de compasión, eso es todo. ¿No vendéis compasión en tu iglesia?

—Todos somos iglesia, Isaac. Pero la residencia tiene unos estamentos que seguir, y un precio. Los padres de los chicos y chicas que alojamos trabajan para poder pagarles a sus hijos un sitio decente en el que vivir mientras se sacan la carrera.

—Vale Cura, no he dicho nada. Olvídalo.

AI

La oscuridad reinaba en el despacho de Silvia, algo común en ella que no necesitaba más que la luz que salía de la pantalla del ordenador. Su mano se movió de manera instintiva hacia donde había dejado la copa, la cogió y tomó un sorbo de vino. Para depositarla en el posavasos tuvo que sacar la vista de la iluminación que salía de la pantalla del ordenador y buscar el sitio en el que lo había colocado. No resultó muy difícil pues su despacho, no es que fuera ordenado, es que no había usado una impresora en mucho tiempo. Tampoco utilizaba cuadernos para anotar los detalles de las reuniones. Tenía muy buena memoria. Podía incluso memorizar contraseñas largas. Todo su trabajo lo hacía en sus ordenadores bajo las estrictas medidas de seguridad informática que ella misma había instalado. Abrió el último informe que había recibido sobre el caso del Cortijo Jurado. Sus chicos habían hecho un buen trabajo. Recopilaron los datos que cada una de las víctimas había generado en el último año, de las empresas cuyas *apps* habían sido utilizadas. La inteligencia artificial que usaba la policía nacional había hecho una selección de los movimientos, llamadas, mensajes, usos de apps, más destacados de cada uno de los móviles de teléfono de las dos personas que encontraron muertas en el interior del Cortijo. Ella era lo suficientemente antigua como para no fiarse solo de lo que le pasara la IA, y le gustaba hacer análisis de los datos brutos por sí misma. Pero esta vez, la IA le daba una pista interesante. Ambos habían utilizado la misma aplicación de búsqueda de pareja. Decidió entrar y buscar en los datos intercambiados en la app. Pronto encontró varias conversaciones y decidió echar una hora más de lectura de conversaciones entre amantes en potencia. Algunas conversaciones eran muy aburridas y concluían de forma abrupta. Otras eran exageradas, entre divertidas y pornográficas, incluidas varias llamadas eróticas las cuáles escuchó con curiosidad, haciendo oes con la boca acompañados de una o dos carcajadas a cada rato. No sabía que había mujeres que podían ser tan ingeniosas y, sobre todo, tan desvergonzadas. Si no fuera por su repulsión a dar información suya que quedara registrada en la web, por motivos obvios, se daría de alta ahora mismo en una de esas apps. Lo de salir a buscar novio en esas

noches de desenfreno perjudicaba seriamente su hígado. Tantas noches de alcohol y resaca acabarían por pasar factura, y la probabilidad de acabar con un buen amante eran escasas. Normalmente, al día siguiente, tan solo tenía un fuerte dolor de cabeza.

Recogió los textos y conversaciones más interesantes y las pasó por un software de reconocimiento de patrones y voilà. Solo había una coincidencia entre las dos personas. Aunque se trataba de perfiles diferentes, el software reconocía que los patrones de las conversaciones de dos chicas, cada una era un contacto de uno de los asesinados, daba una coherencia sintáctica y gramatical del 99%. Al revisar el contenido fotográfico a Silvia le pareció obvio el engaño. Si pasaba aquellas imágenes por un detector de patrones probablemente todas las fotos, las de las dos chicas, darían un patrón similar. Debía de ser la misma persona bajo diferentes perfiles. Esto les daba una pista que les podría poner por delante en la investigación. Se lo pasaría a Lucía por la mañana del día siguiente pero, antes, se lo contaría a Paloma. Esto le daría cierta ventaja a su amiga, que ya debía de llevar media hora esperándola en algún restaurante del centro malagueño.

ENTRE LAS ROCAS

Aarón aparcó la furgoneta cerca de la playa de La Viborilla. Laura ayudó a bajar la piragua y juntos la llevaron hasta el mar. Se pusieron el traje de neopreno hasta la cintura. Ella se colocó el bikini para evitar rozaduras y se anudó el pelo, dejando las mechas plateadas fuera. Él dejó su torso musculoso descubierto, recogió las palas y empujó la piragua hacia el agua, marcando aún más su cuerpo fibroso. Esta vez no llevaban bombonas ni equipamiento. Aarón activó el monitor del UBL y rastreó de nuevo la señal que, aunque débil, seguía emitiéndose por algún objeto que debía estar encallado en las rocas cerca de la playa.

—Esto es muy peligroso.

—Es más peligroso el lío en el que nos ha metido tu padre. Además, tenía pensado salir a recuperar este fardo. Fue el primero que tiré y pensé que se hundiría, pero ha llegado a la costa. Este no llevaba ancla por lo que lo daba por perdido, pero si ha llegado a la costa es un problema. Lo podría recuperar la policía o los Komodo, y encontrarían el dispositivo de seguimiento. Conocerían nuestra técnica antes de que la hubiéramos llegado a usar.

Laura ya había comenzado a remar, y la piragua impactaba contra las olas que llegaban con fuerza en aquella pequeña cala. Palearon más de una hora hasta que llegaron cerca del punto cercano al acantilado que mostraba el dispositivo. Laura tiró una boya para que la canoa no se alejara mucho del sitio. Aarón se puso el traje entero y se acopló un tubo junto con las gafas para hacer *snorkel*.

—Espérame aquí. Creo que se ubicarme. Si no lo encuentro igual te necesitaré ahí dentro.

—Espero aquí, si veo peligro me pongo a cantar, como una sirena, ¿crees que te atraeré?

—No jodas, que vas a alejar toda la pesca, y yo vengo a por pulpos. —Aarón sonrió y le dio un abrazo a Laura.

Tras esas palabras, Aarón se lanzó al agua. Nadó hasta las rocas contra las que las olas golpeaban con cierta fuerza a pesar de estar el mar medio en calma. Aarón se dirigió a la zona que había ubicado cerca de una punta de roca que sobresalía cada vez que bajaba la marea. Cuando alcanzó el punto del que salía la transmisión comenzó

a hacer inmersiones. Tras varios intentos salió a la superficie en busca de Laura. Agitó la cabeza de un lado a otro. Sacó el UBL y se cercioró de que estaba en el sitio adecuado. Tenía que nadar en círculos hasta un radio de diez metros, así abarcaría todo el rango de error en la localización exacta del UBL. Entonces vio algo. Contuvo la respiración y se sumergió. Buceó hasta una zona rocosa no muy profunda, y allí estaba.

Laura esperaba inquieta a que saliera del agua. En lo alto del acantilado pudo observar movimiento. Quizás era algún corredor, o alguien cotilleando. Por lo menos que no fuera la policía. Los breves segundos que estuvo en inmersión resultaron horas para ella. Su corazón latía con fuerza y luchaba por contener la calma frente al impulso que le hacía ponerse a palear hacia su amigo. Por fin lo vio aparecer. Aarón se quitó el *snorkel* y lo tiró con fuerza.

—¡Me cago en la puta madre que nos parió!

Las noticias no parecían buenas. Cuando llegó a la piragua le mostró a su amiga el localizador.

—Mierda. —Laura dejó la pala sobre el kayak, masajeaba su cuero cabelludo con las yemas de los dedos, hincando un poco las uñas en la cabeza, como si frotar no fuera suficiente y tuviera que rascar para hacer emerger alguna idea.

—Estamos jodidos. Tenemos que dar con tu padre y explicarle las cosas. Primero por las buenas. Y si no lo entiende, tendrá que ser por las malas. —El Mochi subía al kayak mientras Laura vigilaba que nadie les observara. Ambos, frustrados ante la falta de opciones.

PACIENCIA

Lara apenas durmió aquella noche. No soltó la mano de la joven africana ni por un momento, ni de día, ni de noche. Mientras la sujetaba notó que la chica podía dormir plácidamente, sin sedantes. ¿Qué le había pasado a aquella chica? Si algo le quedaba claro era que ella era la víctima, pero agredir a un agente no es algo que se perdone. Necesitaba averiguar su identidad porque, al menos, si conseguía averiguar su edad, podría evitar castigos más severos. Aún no había amanecido cuando Lara comenzó a quedarse dormida. Entonces notó que su mano sufría un fuerte apretón. La chica convulsionaba. Antes de que Lara pudiera gritar llamando a una enfermera, el agente, un hombre mayor cercano a retirarse del servicio activo, reaccionó golpeando varias veces con su porra el cuerpo de la muchacha, y Lara reaccionó poniéndose en medio, por lo que el último porrazo se lo llevó ella en el costado y le hizo exhalar el aire en un grito que salió de sus entrañas.

—¿Qué mierdas haces? —El policía, que fue uno de los que llegó a la escena en la que separaron al joven agente agredido de la chica caníbal, pensó que esta quería morder a la joven que se había pasado toda la noche pegada a su cama.

—No me ataca a mí gilipollas. Está teniendo un ataque convulsivo, llama a la puta enfermera.

El agente pulsó el botón de aviso y salió a advertir a su compañero que custodiaba la puerta para que fuera a buscar a alguien. El hombre regresó y se quedó paralizado al ver a Lara descompuesta al no saber que hacer mientras la chica seguía con espasmos. Pronto llegó una enfermera que intentó añadir un relajante muscular por la vía que aún tenía abierta la joven africana. Cinco minutos después llegó un médico que empezó a evaluar a la adolescente.

—Pueden soltarla. —El agente retiró el peso de su cuerpo del torso de la chica que continuaba con la respiración agitada mientras volvía en sí—, y no vuelva a intentar aplacar los espasmos, es inútil y podría causar una lesión. Usted también puede soltarla.

Pero Lara seguía aferrada a la mano de la chica.

—No puedo, me sujeta con fuerza.

La enfermera se acercó a Lara y observó como la mano de color negro se aferraba a la mano de la joven sin que esta aportara fuerza en la unión. Intentó separarlas con sus propias manos, pero el agarre era muy fuerte.

—Espere a que haga efecto el relajante muscular.

—¿Qué le ha pasado? —Preguntó Lara, mientras las lágrimas caían lentas por sus carrillos.

—Es complicado saberlo, pero es cierto que tiene un importante cóctel de fármacos aparte de las drogas que pudiera haber ingerido y que desconocemos. Es posible que tenga síndrome de abstinencia si la droga era muy potente.

—Tiene un problema grave de memoria. No recuerda como se llama, y creo que ha podido incluso olvidar una lengua.

—Es posible que tenga lagunas —el médico trataba de responder mientras medía diferentes constantes vitales y exploraba a la paciente —. Es un caso complicado, sobre todo por el problema de comunicación y por…, bueno, —el médico movió la barbilla en dirección a las ataduras que inmovilizaban a la paciente.

Una vez estabilizada, el médico y la enfermera salieron de la habitación y Lara continuó amarrada por la mano de la chica que empezaba a aflojar. Consiguió retirar la mano y pudo comprobar que la presión ejercida había provocado la hinchazón de la punta de los dedos, y con los dedos de su otra mano acarició con suavidad las marcas de las largas uñas que la joven había dejado impresas en su piel. No de todas, pues dos estaban rotas, y una fina costra de sangre cubría la línea de rotura.

—*I´m sorry* —los ojos de la chica estaban abiertos, pero en calma, la mirada de trance había desaparecido, y en su expresión, más de agotamiento que de calma, se disculpó, como si en todo momento hubiera sido consciente de lo que había pasado. Pasó las agrietadas yemas de los dedos por las heridas que Lara había sufrido. Pero Lara sonreía, no solo porque hubiera recuperado el conocimiento, sino porque había hablado en inglés, y así se lo comunicó.

—¿*What´s your name*? —Quizá también recordaba su nombre, y ella respondió con rapidez, mientras combinaba sonrisas y lágrimas.

—Patience.

—Bien, Patience. Tú nombre dice mucho de ti. Hay que tener mucha paciencia para pasar por todo lo que has pasado. —Lara siguió en inglés, un alivio porque sus cocimientos de Ewé eran limitados— ¿Qué te pasó Patience? Dicen que tomaste una droga durante la fiesta de las hogueras.

Patience no tenía fuerzas para mostrar signos de sorpresa, más bien el cansancio le hacía pensar en las cosas que le decían y que para ella solo podían formar parte de la propia fantasía de los que se lo

comunicaban.

—¿Qué droga? ¿Qué fiesta? ¿Dónde estoy?

EL VIAJECITO

El padre de Laura no había regresado. Hacía ya más de veinticuatro horas que debía de haber vuelto y Laura estaba preocupada por él. El Mochi no. Él pensaba en la manera de solucionar el marrón en el que se había metido. Había hablado con Micky, un colega que aún hacía de vigilante en la costa para los Komodo, y este, a regañadientes, le proporcionó una de las localizaciones en las que recientemente se había depositado hachís. Aarón sabía que ponían cámaras para vigilar que no les robaran, pero si actuaba rápido y bien camuflado, podría llevarse un fardo. No necesitaba más. La otra opción era hacer otros viajes al moro y traer nueva mercancía. Pero era arriesgado, si le cogían pasaría unos cuantos años encerrado.

—Chi-chi. Tu padre no llega y tenemos que solucionar esto. Voy a hacer un viajecito. ¿Vale? Necesito que confíes en mí.

—¿Qué vas a hacer? No seas loco, quizá mi padre esté al llegar.

—Chi-chi, tu padre no es idiota. Cogió esos fardos siendo consciente de lo que eran. Sabe Dios que se le habrá ocurrido hacer con ellos.

—Joder, no digas eso. Mi padre es sensato. No se le ocurriría ninguna locura.

—Está decidido. Es la única opción que veo viable para salir de esta. No te preocupes por mí, ¿ok?

—Joder, hermano, no me dejes aquí sola ahora. Voy a llamar a Isaac.

—Lo siento. No hay otro remedio. No le llames. Ahora mismo tenemos que funcionar sin nuestro colega. Tengo que darle algo a Gami. Si no, estamos jodidos también con él, y es un tipo que tiene sangre en las manos. En sus manos —remarcó. Se acercó a Laura y le dio un beso en la frente—. No te preocupes, todo va a salir bien.

Laura recibió el beso cabizbaja. Esa última frase sonaba a despedida. Ella quería a sus dos amigos, no podría soportar la idea de separarse de ellos. A Isaac, lo miraba con otros ojitos, pero distante, sabía que adentrarse en un paraje insospechado para él podría dar al traste con su amistad. Pero Aarón, con él se sentía como si fueran hermanos gemelos, de los que sienten y piensan lo mismo a la vez. Si se lo arrebataban, se moriría una gran parte de Laura. Asustada,

bloqueada, necesitaba la llave que abría ese bloqueo, y solo había una persona capacitada para usarla.

PUESTA EN COMÚN

Lucía Sancredo tenía un aura especial que lo envolvía todo, con ese atractivo orgullo que desprende una persona segura de sí misma, una Sherlock Holmes cuya única adicción era el trabajo. Había convocado una reunión en la comandancia de la policía nacional de Málaga para estudiar las posibles conexiones entre los dos casos que hasta ahora poblaban de titulares los diarios de Málaga. Había convocado a sus dos ayudantes directos, el inspector de homicidios Pedro Lantámez, como siempre, vestido con un impecable traje y engominado hacia atrás como un buen torero, y el inspector de secuestros Germán Landaburu, todo lo contrario, en vaqueros y camiseta, lo primero que pilló al abrir el armario. Además, tenía a dos invitadas de excepción, sus antiguas amigas, ahora, subordinadas, que miraban despreocupadas sus móviles mientras esperaban sin impaciencia el inicio del espectáculo. Paloma Rico, subinspectora, candidata eterna a inspectora de la UDYCO, Costa del Sol, y Silvia Ulloa, su cómplice y amiga, inspectora de la unidad de delitos cibernéticos. Pero Lucía quería lucirse ante el invitado quizá menos poderoso de todos, pero el más atractivo. El agente de la policía nacional y compañero de Paloma, Alberto Murchante. Para él había elegido ponerse el uniforme de servicio de la policía nacional. Con él marcaba bien sus musculosas piernas, ganadas en horas y horas de entrenamiento que la habían llevado a ocupar podios de la media maratón Espartana, y mostraba bien ajustado su poderoso culo, envidia de cualquier otra cuarentona de la sala.

—Empezamos.

Las mujeres levantaron la mirada con parsimonia, sin ocultar su desinterés por el *show*, mostrando un «si no hay más remedio», mientras los hombres aguantaban la compostura, mostrándose serios y atentos a los devenires que la inspectora jefe estaba por relatar.

—Lo primero de todo es felicitaros a todos por el estupendo trabajo inicial que nos ha llevado a varias pistas sobre el caso. Gracias, Pedro, por facilitarnos un perfil de las víctimas: dos varones, José Miguel González y Ramiro Fernández, que no tenían nada en común —mostraba las imágenes de las dos víctimas en la pantalla digital—. El primero, un empresario en serie, de esos que han venido al Málaga

Valley con una nueva idea tecnológica y que ya iba por su tercera empresa. Oro puro para este valle carente de gente con huevos para emprender. Vendió sus dos anteriores *start-ups* por sumas no demasiado suculentas, pero bastante dignas, lo que le permitió seguir invirtiendo en sus propios proyectos y eligió un destino en el que emprender a la vez que disfrutaba de nuestro tiempo agradable. No da el perfil de narco ni de nadie interesado en dinero sucio. El segundo es un trabajador de la construcción, eso sí, para su edad, un tipo bastante fuerte, un todo terreno aficionado bastante a los deportes del mar. Lo que cobraba debía dejárselo en una moto de agua que tenía atracada en el puerto de Fuengirola. —Lucía abrió esta vez un panel sobre el que exponía las fotos más desagradables que mostraban las múltiples heridas encontradas en los cuerpos de los cadáveres, y una última foto que desvelaba el último hallazgo. Las caras de los presentes difícilmente lograban disimular el asco que les producía la imagen—. Sí, es un dado de póquer. Alberto tenía razón—, dirigió una mirada al navarro que lució un tono *apatxaranado* en sus mofletes—. Se encontró en la barriga de José Miguel González, el empresario obeso que sufrió las agresiones mutilantes en mayor proporción. No es un objeto fácil de rastrear, pero al menos es algo, ¿qué indicios proporciona este hallazgo?

—Yo no me imagino a esos dos yendo hasta el Cortijo Jurado, y menos para jugar una partida de póquer de dados—, concluyó Pedro, para dejar claro que era el primero en opinar, y por tanto de llevar la voz cantante—, tal vez sea una pista falsa, o llegara allí por accidente.

—¿Al estómago de un tipo al que luego iba a destrozar a mordiscos? —Alberto tomó el relevo en la lucha de gallos ante la sorpresa de Paloma, como si ella hubiera tenido que autorizar su intervención, pero Alberto prosiguió, para dejar claro, que el experto en jugar al Kinito era él—, lo que se puede concluir es que había dos dados en la escena del crimen, que uno acabara en… —Alberto señaló la imagen.

—En el estómago, —cortó Lucía con avidez—, es una foto de cuando en la biopsia encontraron el dado, no me digáis que os incomoda ver este tipo de imágenes. Sois polis, ¿no?

Alberto prefirió obviar la pregunta mientras el resto trataba de recomponer la cara para evitar más comentarios de los que solía hacer Lucía para destacar su profesionalidad o, más bien, afición al gore.

—Podría ser que le obligaran a tragarse el dado, pero no encuentro una razón para algo así, es un poco absurdo—. Prosiguió Alberto—. La cuestión es que esos dos dados a mí me indican que se estaban jugando algo. Uno ganó, y otro perdió. Creo que podría adivinar quién es quién si ese hubiera sido el caso. Y eso llevó a una pelea un tanto peculiar.

—A mordiscos. Y en veinticuatro horas dos peleas similares. —Lucía miró a sus dos compañeras esperando algún comentario por su parte. ¿A qué habían venido aquí? ¿A pasar el rato?

—Perdona Lucía, —comenzó a hablar Paloma—, creo que Alberto tiene razón en las circunstancias que pudieron llevar a la pelea. Silvia me ha comentado algo que averiguó anoche que podría decirnos algo más sobre el caso.

—Pues, dispara Silvia, que aquí lo compartimos todo con todos.

—No quería interrumpir tu exposición, ha sido muy clara, gracias Lucía, —Silvia observó como Paloma se regocijaba en plasmarle en la cara que Silvia había confiado antes en ella que en la propia inspectora jefe, y esta apuntaba un punto negativo para la inspectora de asuntos cibernéticos—, anoche indagué sobre lo que mi equipo había conseguido sacar de las empresas que administran las apps de los teléfonos de estos dos hombres. Hemos comparado los contactos de las apps de citas de ambos y, hay dos perfiles de dos aplicaciones de citas amorosas distintas que coinciden en un noventa por ciento. Aunque aparentan ser dos perfiles diferentes, cuando analizamos su forma de escribir y sus palabras mediante nuestro software de inteligencia artificial, resulta sorprendente lo parecidas que son. Por lo que creo que ambos fueron citados por la misma persona, bajo un perfil falso. La inteligencia artificial pone más en duda si esa persona, detrás de esos perfiles, es un hombre o una mujer. Nos da que en un sesenta por ciento coincidiría con una mujer. Pero, en estos casos, podría ser que hay más de una persona escribiendo, o ideando lo que se escribe.

—¿Tienes la localización exacta del sitio en el que quedaron?

—Son dos localizaciones diferentes y en días diferentes, —Silvia se levantó y le dio un *pendrive* a Lucía para que pusiera una presentación en la pantalla gigante, en ella se mostraban los perfiles, las conversaciones, y los sitios en los que habían quedado— pero da la casualidad que coincide con las fechas de desaparición de cada uno de ellos.

—¿Tu qué opinas Germán? —Este, que seguía callado desde su desgraciada intervención en el Cortijo, no tuvo más remedio que intervenir.

—Parece un secuestro, como tu pensabas Lucía. Probablemente, el motivo era simplemente robarles. Pero no podemos descartar nada. Iremos a visitar los sitios en los que quedaron para ver si había alguna cámara, aunque, por lo que veo, parecen zonas despobladas. En Google Maps pone que en esa localización cerca de Cortijo Jurado hay un Flying Tiger, pero en realidad no hay más que una casa abandonada.

—Muy bien, haz un rastreo minucioso de la zona, y trabaja con el

equipo de Silvia para analizar los datos que han sacado de esos teléfonos, quizá podamos encontrar información que clarifique algo. —Lucía desvió su mirada hacia Paloma y esbozó esa sonrisa suya de a ver que nos trae la pobrecita subinspectora— y de drogas, ¿qué tenemos Paloma? ¿Has averiguado algo?

Paloma recibió la puya esta vez con la guardia baja, pero encajó el golpe, como muchos otros que había recibido en su vida. Sin embargo, se le adelantaron.

—Nada de drogas en los informes forenses. Ni siquiera cocaína, a pesar de estar desparramada por el suelo. Tal vez, este caso no sea para nosotros. —respondió Alberto, lanzándose al ruedo sin saber torear.

—No pierdas la fe tan pronto. Es extraño que haya cocaína en la escena del crimen y, sin embargo, no la hayan ingerido ellos. Tal vez, la ingiriera el que los cuidaba. ¿No habéis avanzado tampoco en el caso de la africana caníbal? ¿No os parece curioso tener dos casos de canibalismo en menos de veinticuatro horas en nuestra ciudad?

Ese golpe si lo esperaba Paloma, y tenía preparado un Jack directo al frontal de la inspectora jefe, si se adelantaba al atolondrado de su colega.

—Ni rastro de drogas tampoco en sus análisis, por lo que coinciden ambos casos. Si quieres que te dé mi opinión, lo que hace que estas personas se comporten así, debe ser alguna sustancia nueva, de acción rápida, pero de efecto de larga duración en el cerebro. Quizá deberíamos hacer una analítica de los cerebros de las víctimas, buscar restos de alguna sustancia nueva, es bastante difícil que logremos encontrar algo en la sangre si su tiempo de vida media es muy corto.

—Tienes razón Paloma. Es raro que no deje rastro, y el cerebro puede ser el mejor sitio en el que mirar. Bien, quiero a la unidad de estupefacientes en alerta máxima, registros de vehículos en las principales localizaciones de la costa. Si esta sustancia se mueve por Málaga, debemos encontrarla. Alberto, encárgate de que hagan un análisis exhaustivo de los cerebros de las víctimas.

ADN

Patience llevaba tres días anclada a una cama. Aunque Lara había movido tierra y mar entre sus contactos y había traído abogados especialistas en inmigración, la joven ghanesa desconocía totalmente sus derechos y no sabía por qué seguía amarrada. Aunque veía con algo de optimismo que Lara y sus contactos la ayudaran, sobre todo, unos jóvenes senegaleses que la hacían sonreír con sus bromas, y la abogada que trataba de sacar información del cerebro obstruido de la africana. Ahora veía como unos policías, por fin, comenzaban a desatarla. Sin embargo, escuchaba a Lara muy enfadada gritar a los agentes, entre los que se encontraban varios de los que la habían custodiado.

Fernando Pérez ejecutaba con agrado las órdenes que el jefe, el agente de la policía nacional, Alberto Murchante le había dictado.

—No la podéis encerrar. Es menor.

—Lara, —Paloma trataba de calmarla—, no le va a pasar nada, es solo que no sabemos su edad aún, por lo que no podemos liberarla. Está acusada de agresión a varios agentes de policía y ese es un delito grave.

—¡No saben que le ha pasado! Tiene sus derechos. ¡Les voy a denunciar a todos!

—Venga hostia, levanta de la cama negra de los cojones —La agresividad de Fernando crecía a medida que la chica se resistía, más por intuición al observar la conducta de Lara, que porque supiera realmente adónde la llevaban.

—¡Es una niña! Menuda panda de idiotas estáis hechos.

El compañero de Fernando, Santiago Corrales, sacó la porra y se dirigió directo a mediar con la alborotadora. Paloma le cortó el paso.

—Está bien, tranquilos, llevadla a la prisión provincial de Málaga. Lara, allí podrás ir a visitarla.

—Esperad un momento. Necesito explicarle la situación a Patience. No sabe que hacéis con ella y no tenéis intérpretes.

—Parad un momento. Lara, tienes cinco minutos.

Lara se acercó a Patience con unos papeles en la mano. Le explicó en Ewé la situación para que nadie pudiera enterarse, aunque dudaba del nivel de inglés de cualquiera de los allí presentes. Le mostró unos

papeles y le entregó un bolígrafo. Patience, con lágrimas en los ojos, firmó los documentos. Lara miró a Idrissa, el senegalés corpulento que no se había movido ni un centímetro durante la trifulca, y este se acercó a la chica del pelo alborotado y le introdujo un palillo de algodón en la boca, luego lo introdujo en un tubo con una solución transparente y lo removió varias veces antes de descartar el palillo.

—*We will visit you soon. Don´t worry*.

Paloma y Alberto salieron detrás de los agentes locales que se llevaban a Patience y, en el camino, se cruzaron con la mirada de el Cura, que llevaba un rato esperando en una de las sillas inmediatas a la habitación y había escuchado gran parte de la trifulca.

Cuando los vientos habían amainado entre las paredes blancas del pasillo del hospital, Alberto se dirigió a su jefa:

—Los de la científica no encuentran rastros de drogas conocidas en ninguna de las muestras que se le han extraído a la chica. Me acaba de llegar el informe.

—¿Ni siquiera de droga caníbal?

—Ni siquiera. Y, otra cosa, las conclusiones no son contundentes, pero el informe dice que aparte de la ablación que debió de sufrir cuando chica, pudo haber sido violada en repetidas ocasiones.

—Pobrecita. Lo tenemos jodido para retenerla. Aprovechemos el tiempo que la tengamos recluida para averiguar todo lo que podamos.

El Cura, a pesar de su edad, tenía un oído muy fino, acostumbrado a escuchar las confesiones que, a menudo, la gente trataba de hacer en un susurro inapreciable, ya que no querían que ni siquiera él pudiera escucharlas. Se acercó a Lara e Idrissa, y se presentó.

—Buenas tardes. Soy el Cura. Creo que podría serles de ayuda.

EL ZULO

A Aarón le temblaba todo el cuerpo. Lo apreciaba sobre todo en las manos, y lo solucionaba agarrando con fuerza el volante de la furgoneta que había robado la noche anterior. Pero no podía disimularlo en las rodillas, que transmitían un movimiento brusco con cada cambio de marcha al tratar de pisar y liberar el embrague. La suavidad no existía. La localización era un tanto lejana, tenía que ir hasta Cádiz y tardaría casi un par de horas, aunque eso no le preocupaba, su intención era llegar de noche, aunque eso aumentara el peligro de encontrarse con algún miembro de los Komodo. Cerca de Tarifa se desvió hacia las montañas. Pasó unas cuantas casas aisladas hasta que llegó al punto más cercano desde la carretera que le permitiría llegar a la zona de monte señalada. Se puso un pasamontañas, introdujo las balas del calibre 22 *Long Rifle* en un revolver Ruger que nunca antes había sacado de casa. El coche lo escondió entre arbustos, pues sabía que los narcos mandaban patrullas a las zonas en las que tenían los zulos por si a alguien se le ocurría la estúpida idea de robarles. Y, porque sabían, claro está, que el mundo estaba lleno de estúpidos. Las cámaras también los alertarían, pero con el pasamontañas evitaría que lo reconocieran. No evitaría que mandaran a alguien, pero su plan era sencillo. Entrar y salir. Ascendió por el monte contra el fuerte viento, como una ardilla voladora, planeando. Llegó cerca del zulo. Sujetó el Ruger con su mano derecha, y entró deprisa en la zona en la que se ubicaba el zulo. A partir de ese momento su vida se gastaba en cada segundo. El boquete estaba taponado con varias piedras de varios kilos, y las retiró a toda velocidad. Después de cinco eternos minutos, consiguió acceder al botín. Él no lo quería todo. Tan solo un fardo le serviría, tampoco tendría tiempo de robar más. Tuvo la tentación de irse, pero su cerebro le advertía, «¿Y si la cámara no funciona? ¿Y si no se enteran de que les falta un fardo?» Comenzó a taponar de nuevo la boca del zulo y tardó otros 5 minutos, que pesaron toneladas por lo cruciales que eran para salir con vida, y por no ceñirse al plan. Cogió el fardo y comenzó la carrera monte abajo, a oscuras. Y tropezó, con tal mala suerte que rodó varios metros sobre rocas picudas. Se levantó dolorido. Tenía múltiples heridas sangrantes. Había perdido la pistola

y el fardo. Buscó por los alrededores con la linterna del teléfono y encontró el fardo rápidamente. No podía irse sin la pistola, por lo que le tomó varios minutos más hasta que dio con ella. Entonces vio los faros de un coche en la lejanía. No podía perder más tiempo. Continuó el descenso, esta vez con más cuidado, hasta llegar al coche. Subió y encendió el motor sin problema. Por el retrovisor pudo ver las luces del coche que se acercaba, ya solo lo separaban menos de un kilómetro. No podía encender las luces. Sacó el coche del escondite, a ciegas por un tramo fuera de pista, sudando con cada trote del coche, rezando porque aguantaran las llantas y, por fin, accedió a la pista de tierra. Sus piernas sufrían un terremoto de escala siete. Consiguió llegar a la carretera antes de que llegara el coche que venía en su dirección. Condujo en sentido contrario, aunque eso lo metía aún más en las montañas. Daba igual, tenía que desaparecer, y no podía verlo nadie. Condujo a oscuras todo lo rápido que podía, seguía la pedregosa linde tratando de no salirse de la vía. Cuando llegó a un desvío que se dirigía hacia unas casas, decidió tomarlo. Ahí había algo de luz y podía ver a una familia refugiada del fuerte viento en el porche de su solitaria casa. Aparcó detrás de una elevación del terreno. No era la primera vez que sufría una persecución, pero, por alguna razón, su corazón no tenía intención de amainarse. Trató de respirar con suavidad para calmar sus nervios. Había una diferencia entre que te persiguiera la guardia civil, a que te persiguiera el narco. Con los primeros la probabilidad de morir acribillado era de un uno por ciento, con los segundos era del cien por cien. Dejó pasar varios minutos. El coche no pasaba. Eso generaba dos problemas. El primero, que con probabilidad eran los encargados de la seguridad del zulo que habrían detectado movimiento. El segundo, que no tenía ni idea de cuando se retirarían. Él podía conducir hacia dentro de la montaña, pero encontrar otra salida a esas horas de la noche era muy complicado. Ante el estrés, y sabiendo que su vida pendía de un delgado hilo, decidió liarse un porro. Al menos podría calmar los nervios mientras pensaba que hacer. Y al final, decidió no hacer nada. Se la jugaría a la mañana. Los hombres del narco ya se habrían retirado. Aunque, sería peligroso conducir un coche robado a plena luz del día.

CRISTIAN

No les quedaba ninguna otra alternativa. Si no, tal vez, habría preferido entrar a otro garito a esas vespertinas horas. Pero a las cinco y media de la mañana lo único que quedaba abierto por la zona con una música medio razonable era el Spectra. Cristian iba con su cuadrilla, tres chicos y dos chicas. Su acento latino sonaba con un cántico especial, cuando el tabaco y el alcohol habían hecho efecto en el resto de personas en la cola para entrar al bar, ellos seguían entonando a pleno pulmón todo tipo de alegatos a carcajadas. Cuando llegó su turno, el portero les cortó el paso como solía hacer con cada grupo de personas para que esperasen. Miró hacia dentro en busca de alguien que saliera que dejara sitio ya que estaban al límite de aforo. Cristian, que estaba el primero, salió despedido hacia delante debido al empujón que le dio sin querer uno de sus colegas, con tan mala suerte que terminó por golpear el brazo del portero. Horas y horas de trabajo aguantando a borrachos, cocainómanos, anfetaminómanos, extasiados, y demás fauna que poblaba el local a esas horas de la noche despertaron su instinto. El golpe fue brutal. El codo del portero había respondido como un resorte al contacto de Cristian, que había caído junto a sus colegas. Las chicas, que llevaban un buen rato demostrando su capacidad oradora, elevaron el tono cien veces. Gritaban y empujaban a los porteros, ahora ya eran tres, de dimensiones similares, y la misma cara de American Staffordshire cabreado. La pelea no duró mucho, los dos porteros se hicieron cargo de los dos amigos y de alguna de las amigas. Fue eso lo que provocó el ataque de ira a Cristian. Sus ojos se transformaron en los de un jabalí atacado por una jauría de perro rabiosos. Su única oportunidad, atacar. Cuando el portero que le había empujado propinó una torta a su chica, Cristian pasó de taponarse la nariz, a no sentir como el fluido caía en abundancia hasta los labios. El sabor a hierro tan solo alimentó aún más su furia. Se lanzó al grueso cuello del portero por la espalda, intentando un abrazo de oso, algo complicado con alguien entrenado en la lucha. A pesar de los delgados brazos, el canijo medio-colombiano había conseguido cerrar la llave. Sin embargo, el brazo derecho del portero se abría camino entre el brazo que le agarraba y su cuello. El latino sabía que le iba a romper la llave, pero su furia no

había disminuido. Pegaba su propia cabeza a la del portero y procuraba mantener la llave, con sus piernas agarradas a los riñones mientras el portero subía y bajaba, y trataba de voltearlo para que soltara el agarre. Ante la inminente derrota a la que se acercaba solo vio una forma de vengarse. La ley del Talión. Sangre por sangre. Apresó la oreja izquierda de su adversario con sus molares. El grito del fortachón se escuchó hasta en Bogotá, la ciudad natal de la madre de Cristian, y donde seguramente lo festejaran unos minutos después, cuando alguno de los múltiples vídeos que se grababan en ese instante traspasara las fronteras y llegara a la ciudad de los mil colores. Aquello elevó la fuerza del portero a un nivel superior. Cuando peleas con una hormiga puedes divertirte al aplastarla, pero no necesitas toda tu fuerza. Consiguió romper el abrazo del oso, pero para romper el mordisco tuvo que perder más que la calma. Sus compañeros, que habían dejado anestesiados a los amigos de Cristian, acudieron en su ayuda, pero no sabían muy bien que hacer. El rostro del portero estaba tintado en rojo oscuro, gritaba de rabia y dolor, y no cejaba de golpear una y otra vez al joven latino. Cristian parecía semiinconsciente y los porteros tuvieron que sujetar a su compañero para que no matara al chaval. Cristian, tenía el rostro deformado, por su boca brotaba sangre y uno de los porteros lo colocó de lado para evitar que se ahogara mientras su compañero presionaba su mano contra la oreja, amagando con volver a reventar de una patada al delgaducho. En la nueva posición, Cristian convulsionó y escupió algo. El portero que lo socorría primero pensó que podía ser su propia sangre coagulada, pero luego comprobó que era un pedazo de la oreja de su compañero. Le pareció ver una ligera sonrisa salir de la boca del chaval, y pasó de socorrerle a rematarlo con un bofetón de los que noquean en un ring de boxeo.

EL AGRESOR

Paloma corría por el paseo marítimo. A las 6 de la mañana salía todos los días, sin falta, desde su casa cerca de Teatinos y corría hasta el paseo que bordeaba las playas de la ciudad. Quería conseguir llegar hasta la playa Sacaba, al final de todo el paseo, pero siempre le surgía algo que le hacía finalizar la carrera antes de tiempo. Todo aquel esfuerzo se iba en el desayuno, no podía evitarlo. Una buena tostada con jamón y tomate con un café expreso. Lucía, le había recomendado su nutricionista, la muy..., eso, y también le sugirió la idea de contratar a un entrenador personal. ¿Cómo narices lo hacía? Y con hijos. Debía tener sobreexplotado a su ex. Pero ella, con el sueldo de subinspectora no podía permitirse tales lujos. Si al menos llegara a inspectora. Quedaban meses para la siguiente oposición, y estudiaba todos los días hasta tarde. No podía volverse a repetir lo que le pasó la última vez. Suspender pesaba sobre su conciencia tanto como el lote de apuntes que había acumulado tras varios años dedicados a sacar la maldita plaza. Lucía era licenciada en historia, lo justo y necesario para acceder directamente a las oposiciones a inspector. Ella, sin embargo, lo había peleado escala a escala desde policía raso.

Cuando enfilaba el último tramo de la carrera llegó el mensaje impertinente. Era Alberto, insistía en recogerla. Ella contestó: «Recógeme en la playa Sacaba». Su cerebro le decía que debía terminar las cosas que se proponía. Sin embargo, diez minutos después, Alberto aparecía con el coche patrulla. Activó la sirena una fracción de segundo, lo justo para que Paloma se percatara de que circulaba a su lado. Estaba claro que algún macabro plan del destino se interponía en su camino y no le dejaba alcanzar sus metas.

—Vamos, sube al coche.

—Te he dicho en la playa Sacaba.

—Ha habido otro caso de canibalismo, y este es reciente. Deberíamos ir.

—¡Joder! Su madre. —Frenó la carrera, suspiró hondo y se dirigió hacia el coche de su compañero.

Subió al coche y Alberto activó las sirenas.

Se dirigieron a la plaza de San Francisco. No había transcurrido más de media hora desde que finalizara la pelea. Cuando llegaron,

Paloma aceleró, yendo de ambulancia en ambulancia. Contusiones de mayor a menor gravedad y, por fin, una oreja arrancada de un mordisco. Se acercó al grupo de locales que mantenían el cordón policial alrededor del agredido, recién ingresado en la ambulancia.

—¿Y el agresor?

—Señora, por favor, hay una cinta que no puede pasar, ¿es que no la ve?

Paloma abrió la boca para contestar, pero Alberto apareció por detrás para salvar la escena de «con quién te crees que hablas» que pensaba protagonizar su jefa. Ella había olvidado la placa en casa, y los agentes no tenían forma de saber quién era.

—Oficial Alberto Murchante, y ella es la subinspectora Paloma Rico. La recogí por el camino, por eso no lleva identificación.

Toda identificación que podía llevar en unas mallas piratas y una camiseta arremangada. La riñonera era la mínima expresión, lo justo para llevar el móvil y unas llaves que no abultaran.

—Perdone, no la había identificado, ¿decía?

—Buscamos al agresor.

—Ah, está en esta ambulancia, ¿quieren hablar con él?

—Pero este hombre tiene un cacho de oreja arrancada. Buscamos al agresor.

—Ah, entiendo, buscan al que le dio el mordisco. Yo no me atrevería a asegurar quién agredió a quién. Va en aquella ambulancia que acaba de arrancar. Si corren igual la paran, aunque no debería demorarse mucho en salir. Es el que estaba en peor estado.

Al menos, ahora podría completar la distancia que pensaba recorrer esa mañana. Paloma salió a la carrera, pero fue rápidamente dejada a atrás por su compañero, que golpeó con fuerza la ambulancia para pararla. La detuvo unos segundos, pero Paloma se había arrodillado y exhalaba con intensidad.

—¿Estás bien?

—Sí, Alberto, lo que pasa que no he desayunado.

La ambulancia seguía su camino y Paloma no tenía fuerzas para reprocharle a su compañero que no le dejara haber echado un vistazo.

—Tal vez sea mejor que no lo hayas hecho. Ese chaval está peor que el mordido. Lo llevan al hospital de inmediato. Aún no ha recuperado la consciencia y no saben si lo va a hacer. Ha recibido una paliza tremenda.

—Ok. Llama para que le hagan análisis de todo tipo en busca de drogas. Que no se nos escape esta vez el estupefaciente.

—Hecho.

—Entrevistemos a los otros. Si es que hay alguno que puede hablar.

TENGO UN SUZUKI AMARILLO

Dicen que en determinados puntos de Cádiz la proporción de suicidios es mucho más elevada que en la mayor parte de España. Los pocos árboles que sobreviven en el monte agreste de los alrededores de Tarifa lo hacen soportando los fuertes vientos que atrajeron a miles de surfistas a instalarse en esta tierra y, dicen, que esos fuertes vientos enloquecen la mente, y empujan a la gente a evitarlos enfrentando la muerte. El viento arreciaba y arrancó una piña de un retorcido pino y, al caer, golpeó la luna delantera de un coche que trataba de pasar desapercibido bajo el cobijo de sus raquíticas ramas. El golpe seco sonó como el impacto de una bala. Aarón despertó del trance en el que había entrado hacía un par de horas, la *chusta* del porro que aún sujetaba entre los dedos, salió dispara contra el techo de la furgoneta. Brincó en el asiento delantero y, sin querer, tocó la bocina de la furgoneta.

—Mierda.

Recogió la *chusta* y la lanzó por la ventanilla. El viento había amainado, pero ahora se sentía el frío vespertino. Arrancó el coche. Podría haber despertado a una familia de aislados jipis que descansaba en una casita refugiada del viento en una zona rocosa cercana, o podría atraer a otros visitante más indeseables. Por lo que debía moverse. Avanzó poco a poco por la pista en dirección al amanecer que ya se atisbaba e iluminaba de rosa los montes que le separaban del mar. Llegó a la carretera principal y dudó un instante. Meterse dentro de la región montañosa y tratar de encontrar un camino por el que dar la vuelta y volver a la carretera, o regresar por donde había venido. Miró en Google Maps en busca de una ruta alternativa, pero lo que vio no le convenció. Quedarse tirado en medio del monte con treinta y cinco kilos de hachís en el maletero tampoco lo calificaría como un Einstein. Decidió arriesgar. Condujo lentamente sin quitarse el pasamontañas. Ni un alma rondaba aquel inhóspito paraje. ¿A quién se le ocurriría circular a esas horas por esa carretera? A alguien que había robado a los Komodo.

Eso pensó el conductor del Nissan Qashqai que aguardaba junto a un restaurante justo en la intersección de la pista con la carretera de Cádiz.

Aarón vio el Nissan. Como para no verlo. Todo negro y con las ventanas tintadas. Pisó fuerte el acelerador y se incorporó a la carretera. Observó por el retrovisor como el Nissan se incorporaba a la circulación justo detrás de su furgoneta. No había que disimular nada. Si él aceleraba, se lo diría todo a los ocupantes del Nissan. Si no aceleraba, daba igual, porque ya habían decidido explorar quién narices salía de la carretera que llevaba al zulo de sus jefes con un pasamontañas. ¿Cuánta gasolina le quedaba? No era suficiente para llegar a Fuengirola. La potencia de su coche era además muy inferior a la del coche que le perseguía, que se le acercaba y le daba las luces a la vez que accionaba el intermitente derecho. Le invitaba a hacerse a un lado y parar. Pero Aarón sabía que ese era el tipo de coche que los narcos empotrarían contra un control de la guardia civil, y no dudarían en hacerle algo peor si paraba. En ese momento, con el pasamontañas y un coche robado, no sabían quién era. En el momento en que parara se delataría. Lo matarían. Su cabeza hacía números porque es lo que sabía hacer. Calculó cada posible acción y tan solo le quedó una salida posible. No había mucho tráfico en ese momento por la carretera, pero en una hora eso sería un hervidero de coches, furgonetas y todo tipo de excursionistas que llegarían para abarrotar esas paradisíacas playas. Primero aceleró. Si lo del pasamontañas no les había quedado claro, esto ya era una declaración de guerra. El Nissan aceleró también, pero con más violencia, con la intención de golpear la furgoneta robada. Pisó el freno a fondo. Tiró del freno de mano. Y el impacto fue brutal. El cinturón de seguridad hizo un buen trabajo, pero no lo suficiente como para evitar que su cabeza golpeara el volante cuando empezaba a hincharse el airbag. Sin embargo, la furgoneta no era un cochecillo de feria, y los ocupantes del vehículo trasero habían quedado atrapados. Debían salir por la puerta de atrás y en eso estaban. Aarón vio movimiento dentro del Nissan. No podía esperar mucho más tiempo. Primero sacó un cuchillo para rajar el airbag y quitarse un obstáculo de en medio. Sacó el revolver, se quitó el cinturón, y salió por la puerta del conductor. El copiloto había sacado una pistola por la ventana y comenzó a disparar en su dirección. Sin embargo, cubierto por la furgoneta, Aarón tenía mejor ángulo y disparó contra el copiloto sin ver con claridad el interior. Los disparos desde ese ángulo cesaron. La puerta trasera se abrió, y el piloto salió arrastras, empuñando su pistola. Intentó disparar, pero Aarón vació el contenido del revolver contra el tipo que trataba de resguardarse tras la puerta. Las balas penetraron el cristal e impactaron en la cabeza del narcotraficante. Aarón no se paró. Siguió con sus números en la cabeza, inspeccionó el alcance de daños de la furgoneta. A lo lejos ya aparecía el primer coche de frente. No había más tiempo que perder. Activó el interruptor de inercia que había

saltado para cortar la salida de combustible tras el accidente. Arrancó el coche y salió a toda velocidad, con la parte trasera de la furgoneta abollada y el fardo en el hueco del copiloto. Se quitó el pasamontañas, y se dirigió hacia el primer desvío que encontró. No podía arriesgarse. Sacó su teléfono móvil e hizo una llamada.

—Chi-chi. Necesito que me eches un cable. Rápido.

Al otro lado de la línea no había respuesta. El mutismo destruido por el grito de Aarón.

—¡Necesito que vengas a buscarme! ¡Sácame de aquí!

—Mi padre está aquí.

—¡Joder! Debí haberle comprado el puto romero a la gitana esa. ¿Y qué coño ha hecho con los putos…? —Recordó que no debía decir nada por teléfono que lo implicara aún más de lo que estaba—. Está bien, no te preocupes. Ya me apaño.

Aarón llevó la furgoneta hasta un claro en el monte. Recogió su bulto y lo metió en una bolsa grande de plástico. Bajó hasta un aparcamiento cerca de la playa. Allí, los primeros surferos compartían impresiones sobre el estado del mar, las olas, y a saber que más. Aarón esperó una media hora interminable porque ya había detectado el coche que iba a robar, pero necesitaba que se fueran al agua. Activó el inhibidor de frecuencia, actuaba como si fuera un surfero más que se estaba pensando lo de entrar al agua. Los chicos entraron a por las olas, no se preocuparían por su vehículo en un buen rato. El inhibidor de frecuencia había hecho su trabajo y uno de los coches, el que no le interesaba había quedado abierto. Sin embargo, buscó las llaves del de al lado. Un Suzuki Jimni, famoso por ser el coche más fácil de robar. Sin embargo, él ni siquiera lo forzaría. Había visto como dejaba las llaves de su coche en el maletero del colega. Cogió el Suzuki, y se alejó de la zona sin demasiada prisa, lo último que quería era llamar la atención de los guardias civiles que acudían a toda velocidad al lugar del tiroteo. Pronto pondrían controles. La furgoneta y la pistola ya debían de estar ardiendo.

FLORES EN EL CAFÉ

Paloma y Alberto prepararon a conciencia la habitación. Debía de ser acogedora para que la chica pudiera explayarse con tranquilidad. No querían que aquello se convirtiera en un interrogatorio a la vieja usanza, de poli bueno, poli malo. Más bien querían ir los dos de buenos, de colaboradores. Habían reclutado para la jornada a un chaval recién entrado en el cuerpo que era bilingüe. De madre inglesa ubicada en Málaga desde hacía décadas, y padre español.

Patience entró por la puerta, cabizbaja. Aún no sabía que había pasado, ¿por qué seguía esposada? Trataba de recordar aquellas horas en blanco, pero la mayoría de sus conexiones neuronales terminaba en un pozo negro. Según el médico que le hizo el escáner, algún receptor seguía bloqueado por algún evento desconocido. Una pequeña inflamación en el lóbulo temporal no resuelta aún no parecía ser suficiente para explicar esas lagunas, pero podría coincidir con la respuesta inmunitaria contra la presencia de un agente externo en esa parte del cerebro. Paloma insistió al médico forense que estudiara esas zonas del cerebro en los dos individuos encontrados muertos en el Cortijo.

Cuando la ghanesa vio que en la sala tan solo estaban los policías de narcóticos trató de darse la vuelta y salir de allí. Esperaba que al menos estuviera Lara. Su presencia la habría tranquilizado. Sin embargo, el policía que la acompañaba le indicó el asiento en el que debía acomodarse. Ella hizo caso, pero sus lágrimas abarrotaron sus mejillas. Lloraba de rabia, no entendía por qué estaba presa. Decían que ella había agredido a alguien. Los policías con los que se encontraba eran agresivos con ella. Paloma era consciente de la situación por lo que trató de reconducir la historia. Arrancó unos cuantos crisantemos del jardín que rodeaba el recinto y los puso en un vaso de plástico después de tomarse el café. Alberto intentó no reírse, pero seguro que sería una buena historia que compartir con sus compañeros al final de la jornada. Patience ni se percató.

—Hola Patience. ¿Qué tal te encuentras?

El chico tradujo la pregunta y ella contestó con un movimiento de hombros. No sabía ni cómo estaba ni cómo no estaba. Era como si hubiera viajado en el tiempo y en el espacio.

—¿Quieres que te traigamos algo de beber aparte de agua? —señaló el vaso que tenía entre ella y Patience, y le acercó un plato con patatas fritas de máquina—. Traje algo de comida, ¿tienes hambre? Hay una máquina ahí fuera donde se puede comprar. Por si quieres que te traigamos algo diferente. ¿Un chocolate?

Esta vez, Patience contestó negativamente con la cabeza.

—Vale, necesitamos que contestes a algunas preguntas. Nadie sabe que es lo que te pasó, tan solo sabemos que agrediste a mordiscos y arañazos a varias personas, entre ellas, a dos policías. Es un delito grave. ¿Recuerdas ese momento en la playa?

Volvió a negar con la cabeza.

—¿Qué es lo último que recuerdas? —Intervino Alberto. Buscaba que la chica pasara de gesticular respuestas a hablar, solo con eso ganarían bastante, pero su jefa le miró con aire autoritario, como si necesitara permiso para hacer una pregunta. Alberto prefería escuchar lo que la chica tenía que decir y dejar para otro momento los problemas que su jefa pudiera tener con él, y su pregunta obtuvo los frutos que esperaba. Ella empezó a hablar. Al menos había recuperado el inglés, y el novato hizo de traductor.

—Dice que lo último que recuerda es estar en un lugar oscuro, con otras muchas personas. No recuerda haber venido a España. De hecho, no recuerda haber salido de Ghana. Pero si recuerda que en Ghana les dijeron que podían pasarlos en un barco de mercancías a España. Les introdujeron en una especie de contenedor. Dice que era difícil respirar, y ya no recuerda más, hasta que despertó en el hospital.

—¿Recuerdas si os dieron algo de beber, de comer, alguna sustancia que pareciera una droga?

Ante la pregunta de Paloma ella volvió a negar con la cabeza. Alberto siguió con el semblante serio, pero por dentro se regocijaba en el marcador de preguntas con respuesta que irían en el informe. A este paso, llegaría él antes a inspector que ella. Aquello le animó a hacer una nueva pregunta.

—¿Cómo eran las personas que os dijeron que os llevarían a España? ¿Podrías describirlos?

—Dice que no eran ghaneses. Vinieron en un buque. No eran negros, aunque su piel era algo oscura, y no sabían hablar ni inglés ni ghanés, por lo que llevaban un intérprete. Recuerda que el barco tenía un dibujo de una mujer pez. Tenía algo escrito.

Alberto cogió su blog de notas y empezó a garabatear. Mostró el dibujo a la chica, y le dijo:

—¿El dibujo era algo así?

Ella asintió esta vez.

—Y, ¿tal vez el nombre del barco contenía esta palabra? —dijo

mientras escribía la palabra Sirena.

Ella negó con la cabeza.

—No tiene por qué ser un barco español, ¿no? —Paloma miraba a los agentes esperando que alguno reaccionara. Y fue el chico joven el que escribió en el papel la palabra Mermaid.

La chica cogió el papel y lo observó con detenimiento. Finalmente, contestó:

—*I think so.*

—Cree que sí.

—Fenómeno, tenemos una pista. Alberto, busca barcos que hayan circulado por España en los últimos tres meses que contengan *mermaid* en su nombre de registro —lo pronunció tal cual se lee, en castellano —. Tal vez, deberíamos preguntarle con qué motivo viajaba a España. A lo mejor las usaron también de mulas.

Pero se interrumpió la conversación porque alguien aporreó la puerta. El agente traductor se acercó a abrir. Era un funcionario del calabozo.

—Subinspectora, tenemos aquí a alguien que quiere hablar con usted.

—Dile que espere en la sala de espera. No me molestéis más.

Casi no llegó a terminar la frase cuando entró en la habitación con su habitual aura de enviado Dios. El Cura se hizo un hueco entre los agentes y la puerta y, seguido de él, entraba Lara.

—Perdone subinspectora que la interrumpamos, pero tenemos el permiso del juez para llevarnos a la chica. Nos ha adjudicado su custodia, de momento. Hasta que sea el juicio podrá alojarse en mi residencia, y no habrá más interrogatorios sin un abogado, algo en lo que mi amiga ya está trabajando —dijo mientras apuntaba con el dedo a Lara.

—¿Cómo? Está acusada de agresión a un agente, y aún no tenemos su identificación completa.

—Tenemos su huella genética y, en el análisis nos han comunicado su edad. No pasa de dieciséis años, por lo que no la podéis tener aquí.

—¿Cómo habéis conseguido un análisis tan rápido?

Paloma mostraba incredulidad, ella tardaba al menos una semana en conseguir que le pasaran la huella genética desde el laboratorio. El Cura inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado para indicarle a la inspectora que, si no se había dado cuenta, él estaba ahí, y él era casi Él. Ignorando el comentario, Lara prosiguió.

—Además, hemos puesto una denuncia por malos tratos, algunos de los cuáles los sufrió mientras estuvo atada a la cama, ataduras que se prolongaron por más de cuarenta y ocho horas. La habéis tratado como si fuera una terrorista.

—Acabas de perder una admiradora Lara. Olvida el halago que te hice el otro día, dudo que volvamos a requerir tu colaboración en algún caso. Me equivoqué contigo.

—La cuestión, —añadió el Cura para cerrar una conversación que ya se estaba prolongando demasiado—, es que se viene con nosotros. Ahora. Así que, si nos permite, le transmitiremos la noticia a Patience.

Lara se acercó a la muchacha mientras Paloma recogía sus papeles, cogió las flores y el vaso de plástico, todo junto y bien apretado, lo tiró a la papelera, y salió como un resorte de la habitación. Lara volvió a coger las manos de Patience y le comunicó la decisión del juez. A Patience le daba igual dónde la llevara Lara, en esa situación, solo se fiaba de ella.

REENCUENTRO

Isaac se despertó con un fuerte dolor de cabeza. Era como si el trozo de oreja que le faltaba se hiciera presente en el occipital y, era allí, donde se acumulaba su tortura. El acúfeno se extendía en el tiempo como si nunca fuera a terminar, podía escucharlo con claridad en su cabeza a pesar de que su audición se resentía tras varios días con la oreja vendada. Se dirigió al lavabo con intención de aliviar la vejiga y se quedó mirando su aspecto en el espejo. Se vio reflejado y casi no se reconoció. El abultado apósito del cuello no escondía las tonalidades amarillas y ocres del resto de piel que lo rodeaba, y el vendaje que rodeaba su cabeza, acolchado en la región auricular, le confería un aspecto de momia expoliada. Decidió proseguir con la rutinaria tarea y, una vez terminó, fue directo al lavabo y sumergió las manos en agua tibia. Pensó en las horas que había pasado delante de ese espejo para perfeccionar su aspecto, para no dejar duda de su atractivo, del que hasta ese día había sido consciente. Sus rasgos afilados de corredor de maratón, su piel teñida tras largas horas de exposición al sol, dorada, tostada al viento, con unos atractivos hoyuelos que crecían como un remolino cuando sonreía, y el pelo negro, normalmente engominado hacia atrás. Su atractivo causaba estupor entre las chicas del autobús que circulaba en dirección a la universidad, y se extendía a codazos entre las muchachas que se agolpaban en las ventanillas del autobús para señalar al muchacho que andaba despreocupado por la calle. A lo que los amigos de Isaac, incrédulos, respondían con un «que cabrón» y él, con una carcajada de reconocimiento y orgullo propio, aumentaba las precisas arrugas que enloquecían aún más a las chavalas. Ahora, ese aspecto, podía haber cambiado. Primero retiró con suavidad el apósito y observó el moretón que rodeaba las costras, marcas de los dientes incrustados en su cuello, y por segundos rememoró imágenes de esa noche. Asustado, volvió a colocarse el apósito. Mejor no inspeccionar la otra herida, quizá no estaba preparado para verse la oreja. Pero la curiosidad pudo con la precaución, y comenzó a quitarse la venda que tapaba su oreja con mucha delicadeza. Con miedo a tirar demasiado fuerte y llevarse un trozo. Cuando la vio le entró una arcada que terminó en algo más que saliva en el wáter. Volvió a ponerse la venda entre sudores. Se

vistió y se marchó al edificio de enfrente en el que el Cura tenía la residencia. Llegó al comedor y allí estaban varios de los estudiantes. Lo observaban entre curiosos y apenados, sin que ninguno se atreviera a preguntar. Entre ellos habían corrido rumores de que se juntaba con gente peligrosa. Pequeños narcotraficantes pero que, para esos jóvenes con la mayoría de edad recién estrenada, eran grandes fieras de barrio con un historial de violencia a los que preferían evitar, salvo si necesitaban comprar unos canutillos. Isaac se sentó indiferente a las miradas disimuladas, y pidió unas tostadas a una de las chicas que atendía el desayuno. Se sirvió un café solo caliente y se sentó junto a los demás. Normalmente empezaría él una conversación, pero ese día nadie hablaba. Los chicos devoraban los bollos que había sobre la mesa. Isaac reparó en ellos y vio un detalle curioso que le dio la oportunidad de empezar una conversación.

—¿Qué traen hoy esos bollos?

—Parece que hoy los han traído con bolitas de chocolate. —Contestó un chico de rizos rubios y acné prominente por toda la cara.

—A mí no me saben a chocolate —argumentó otro de los chicos, uno grandote que en ese momento se sacaba el bollo de la boca.

—No tires la comida Javier, que hay gente pobre que se muere de hambre —dijo la chica que hacía las funciones de camarera de la residencia y que traía las tostadas de Isaac.

Este las recibió con agrado mientras esbozaba una sonrisa.

—No es por nada, pero a mí me parecen caquitas de ratón.

Tres o cuatro jóvenes más escupieron lo que comían y, en ese momento, se escucharon gritos en la cocina. Isaac se acercó mientras seguía cachondeándose de los chavales y miró dentro de la cocina. La cocinera y la chica de antes estaban arrinconadas mientras un ratón daba saltos tratando de salir por la ventana, a la que no llegaba.

—¡Mátalo! —gritó la chica.

Isaac se acercó y le tiró un trapo grande encima, luego lo cogió por el pescuezo como muchas veces había hecho en las prácticas de la facultad y lo lanzó por la ventana.

—¿Lo has matado? —preguntó la cocinera.

—Claro Lola, ese bicho está muerto de miedo, ya no volverá a molestarte.

—No lo has matado. Joder. Como me encuentre otro ratón me voy de aquí.

Isaac regresó a la mesa en la que había dejado las tostadas y en la que ya no quedaba ningún chico. Salieron a la carrera a lavarse los dientes antes de salir y coger el autobús camino de la facultad. Pero se paró en seco al ver a el Cura, que instruía a la chica africana que le había mutilado.

—Isaac, que bien que estés por aquí. Mira, esta es Patience, se va

a quedar con nosotros un tiempo, el juez nos ha permitido alojarla hasta que se aclare que le ha pasado. Ni si quiera recuerda haber venido a España.

—Muy bien, Cura. Gracias. —Isaac sonrió a la recién llegada. Trataba de comerse todos los confusos pensamientos que apunto estaban de desbordarse de su conciencia—. Hola, Patience.

—Solo sabe hablar inglés. He pensado que como tú tienes buen nivel y hoy estás algo libre quizá le puedas enseñar las instalaciones y, tal vez, la puedes llevar a conocer un poco el barrio, para que se vaya haciendo, ya sabes.

Isaac estaba algo cohibido. La imagen de aquella mañana frente al espejo le había llevado por tortuosos caminos y no tenía tan claro que quisiera volver a ver a la chica que le había causado el daño. Pero, ahora, la tenía delante. Si bien seguía teniendo ese atractivo que le hizo lanzarse a una conversación aquella fatídica noche, en ese momento no tenía muchas ganas de pasar el día con ella.

—Le enseñaré las instalaciones. —Le guiñó un ojo a el Cura, que tampoco era el típico al que pudieras esconder los sentimientos.

Se presentó a Patience en inglés, y le sugirió que no comiera de los bollos que estaban en la mesa. Pidió unas tostadas para ella y él terminó de desayunar. Durante el desayuno los dos permanecieron callados.

—¿Has terminado?

—Sí, muchas gracias. Estaban ricas.

—Sí, tenemos una buena tostadora —dijo con sorna, aunque ella no la captó—, si quieres te enseño la sala de televisión. Ven por aquí.

Isaac se internó por los pasillos oscuros de la residencia, encendía luces a medida que los atravesaba. Patience veía numerosas puertas desperdigadas que daban acceso a habitaciones de estudiantes. Cada una con un número.

—Hacia allí, —Isaac señaló a la izquierda del pasillo al que acababan de llegar— están las habitaciones de los chicos, no quieres que el Cura te pille husmeando por allí. Y, ahora, sígueme.

Isaac giró a la derecha y llegó a un par de salas con sendos televisores.

—Aquí puedes venir cuando quieras a ver la televisión. Y detrás de esas puertas tenemos ordenadores que puedes usar para conectarte a internet.

—¿Podría usarlo ahora? Me gustaría escribir a mi familia. Deben de estar preocupados.

—Sí, claro.

Patience se observó a Isaac pensativa, y surgió la pregunta que él no deseaba.

—¿Qué te ha pasado?

—Un accidente.

—Espero que no sea grave.

—Nah, no te preocupes. Si quieres te dejo aquí, imagino que sabes volver a tu habitación, es un poco lío con tanto pasillo, pero ahora me tengo que ir.

—Vale. Muchas gracias por todo.

Y encima, tenía una sonrisa preciosa que mostraba unos enormes dientes blancos. Los mismos que le habían tatuado a él. ¿De verdad no se acordaba de él? Isaac retrocedió, y salió de la sala de estar. Hoy necesitaba a alguien conocido con quién compartir la mañana. Envió un mensaje a Laura y esta le dijo que estaba en casa. No le dijo más para no preocuparle. Isaac contestó con un simple «Voy».

NIÑO BUENO

Isaac sentía que no pertenecía al mundo por el que vagaba. Se sentía torpe sobre sus piernas y, ni siquiera pertenecía al mundo del coche que conducía. Su burbuja se limitaba a sí mismo, solo rota por el contacto de sus manos en el volante que hacían de aislante en la nebulosa eléctrica que lo mantenía distraído. Conocía su destino, pero en ningún momento se paró a pensar en el camino que escogía, seguía la inercia aprendida en su vida anterior. El aislamiento en el hospital, el despertar con una oreja mutilada, sus sentimientos contrariados por aquella chica que lo había desfigurado. Todo parecía un cuento que nunca había pasado y, sin embargo, le costaba aceptar el nuevo mundo que lo separaba de su trayectoria anterior, en la que no hacía más de dos días él iba de campeón. Con cada neurona que recuperaba, el síndrome de perdedor luchaba por abarcar la lucidez de su mente. Sabía que el Cura había ayudado a esa chica porque él se lo había pedido. Ahora no estaba seguro de querer compartir parte de su vida con alguien que le había arrebatado su esencia. Aparcó cerca del edificio de apartamentos de Laura y se acercó a la vivienda, pero antes de tocar la puerta escuchó los gritos. Con el puño cerrado a centímetros de la desgastada madera, dudó si llamar. Escuchaba más los gritos del padre que de ella, y eso no era normal, pues la Chi-chi se caracterizaba por elevar siempre la voz por encima de cualquiera, incluso de su padre. Decidió arriesgarse. Total, la última vez que había intentado salvar a una chica tan solo perdió una oreja. Llamó al timbre y los gritos cesaron. Notó como alguien inspeccionaba el exterior por la mirilla, y luego el tintineo de las llaves que giraban en la cerradura.

—Isaac. Pasa hombre, no te quedes ahí fuera. Llegas a tiempo para la fiesta.

Isaac entró en el pequeño apartamento. Vio que Laura trataba de borrar la huella de sus lágrimas al restregar los ojos con las rodillas, mientras las manos se unían entre el gemelo y los isquiotibiales. Hundida en el sofá, se había enrollado como un erizo, solo que no tenía púas para las palabras de su padre.

—No quiero interrumpir, Jacinto. Espero que no sea nada grave. ¿Estás bien Chi-chi?

—Cuéntale a tu amigo. Cuéntale. Venga.

—Mi padre es gilipollas.

—¿Cómo te atreves?

—Se ha llevado ciento cinco kilos de hachís y no me quiere contar que ha hecho con ellos.

—¡Yo no los he traído! ¡Yo no los he metido en mi trastero! ¿Qué cojones te he ensañado? Isaac. ¿Te parece normal que un padre de familia llegue a su casa y se encuentre en el trastero más de cien kilos de hachís?

—No, Jacinto. Pero, ¿qué hacía ese hachís en su trastero? ¿Quién lo puso ahí? —Isaac solo tenía que fingir con la mitad de su cara libre de vendaje, pero a Laura le alivió tener a Isaac fuera del embrollo, su padre ya tenía condenado a Aarón, y le convenía seguirle el juego de niño bueno que tan bien se le daba jugar a Isaac. Sobre todo, al compartir amistad con Aarón, si alguien había tenido una mala idea todo el mundo miraba a el Mochi. La carita de chino guapo que nunca ha roto un plato solo lo transformaba en una víctima más de las malas ideas de su amigo. Tal vez, aún conservaba algo de su esencia, después de todo.

—¿Cómo que quién lo ha puesto ahí? ¿Quién te crees que lo ha puesto? ¿Es que tú no sabes nada? No. Es todo idea de ese Mochi. Ese no vuelve a entrar en esta casa. Si hubieras sido tú, al menos, lo habríais planeado bien. Pero esta niña tenía que seguir al *gilimemo* ese. Ya te he dicho que no quiero verlo más. —Jacinto señalaba con el dedo a su hija, advirtiendo de que esta vez iba en serio, como si en las anteriores no.

—Papá, ¿qué has hecho con los paquetes?

—Los he tirado. ¿Te vale?

Isaac tuvo que girar la cabeza hacia Laura. Joder, eso sí que era un notición. Uno ni siquiera puede enamorarse de una caníbal y perderse un par de días en el hospital medio comatoso porque todo lo que había trabajado se iba al carajo. ¿Es que no podían hacer nada sin él? Con su lado bueno escrutando a Laura, concentró la sangre alrededor del ojo, serio, buscaba una respuesta a semejante cagada.

—Papá, por favor, tienes que decirme que has hecho con esos paquetes. Tú sabes bien que si no los recupero tengo un problema muy serio.

—El problema lo tienes desde que decidiste meter unos fardos con droga en mi trastero. Ahora, ya no tienes problemas. De eso ya me he encargado yo.

Isaac recibió un mensaje en el teléfono móvil. Era de Aarón, muy oportuno. Si lo pillaba le iba a dar una paliza. Leyó el mensaje y se adjudicó unas vacaciones en la Polinesia lejos de esos dos insensatos en cuanto hubiera solucionado el marrón en el que se habían metido.

—Jacinto, será mejor que todos nos calmemos. Intentaré hablar con Aarón a ver si me entero de qué ha pasado y cómo podemos solucionarlo. Ninguno quiere que se pasen por aquí unos narcos en busca de su dinero, ¿verdad?

—Isaac, de bueno eres un poco tonto. Venga. Ve a hablar con tu colega, pero no te preocupes ni por mí, ni por mi hija. Esto ya está solucionado, no habrá ningún problema. Lo único que tenéis que hacer es no meteros en más líos. Estudiar, encontrar un trabajo digno, y disfrutar de la vida.

—Entonces, ¿se puede venir Laura?

—Laura no va a salir de aquí en unos cuantos meses. Solo tú podrás venir a visitarla.

—¡No puedes hacer lo que te dé la gana! ¡Es mi vida! ¡Si quiero me largo! —Laura había saltado del sillón y gritaba a pleno pulmón con su cuerpo estirado como una espiga.

—Tú no sales por esa puerta o la próxima vez no volverás a entrar por ella.

—¡Pues no entraré! Ya me buscaré la vida.

Laura se levantó y se dirigió a su cuarto, sacó una bolsa de deportes y comenzó a llenarla con ropa.

—Esa es mi ropa, la he comprado yo. Si quieres irte te vas con lo puesto y te buscas la vida tu solita.

La pelea había subido de tono y tan solo faltaba que llegaran a las manos. La cabeza de Isaac empezaba a tronar y el mensaje de el Mochi se antojaba urgente: «hermano, necesito que me eches un cable». Isaac ya no escuchaba los gritos, habían pasado a otra dimensión, entró al cuarto y cogió a Laura por los brazos.

—Necesito que te calmes, y te quedes aquí hasta que solucione lo que sea que tu amigo acaba de hacer.

La cara de preocupación de Isaac se trasladó a los ojos de Laura que desconocía los planes de Aarón, y se temía lo peor. Salió de la habitación y se dirigió al padre que estaba en la cocina cortando un pollo como si estuviera descuartizando a un dinosaurio.

—Jacinto, no se preocupe, intentaré solucionar el problema. Laura se queda aquí. No sea muy duro con ella.

Jacinto siguió dando machetazos. Movió la cabeza solo para darle a entender que le había escuchado. Isaac salió corriendo en busca de Aarón. ¿Qué narices había hecho?

LOS NEGOCIOS SON LOS NEGOCIOS

Las calles estrechas separaban las moles de hormigón y ladrillo de los años sesenta y setenta. Muros levantados para cobijar a familias vulnerables rescatadas de sus chabolas, o para crear un laberinto de murallas que protegían a afamados clanes de delincuentes. La Palmilla tenía su fama, arriba y abajo, siempre andaba en el top diez de barrios más peligrosos de España. Y a Aarón no se le había ocurrido un lugar mejor aquella noche para verse con su mejor amigo. Isaac empezaba a dudar de la capacidad de su amigo de dirigir un negocio tan peligroso. Tenía demasiado poco miedo. Aparcó a escasos metros de la ubicación que le había marcado, junto a un edificio blanco con pequeñas ventanas. Aquello parecía una cárcel liberada y, ahora, usada como vivienda. Caminó alrededor de un par de bloques y vio a Aarón, sentado en un banco, exhalando un denso humo negro cuyo aroma invadió cada receptor olfativo de su amigo.

—¿Qué pasa Chino? —Aarón mostró el puño cerrado que fue golpeado por el de su amigo en un gesto de obligada complicidad—, me alegro de verte fuera de ese hospital. No te va hacerte el enfermo, ¿sabes? Siempre he tenido dudas de si llegarás a ser un gran médico, pero de lo que no tengo dudas es de que serás un gran líder. Allí donde vayas.

—¿Qué coño ha pasado, *illo*?

—La vida sigue hermano. No podíamos esperar a que despertaras del coma. Tomamos ciertas decisiones y, ya ves, la jodimos.

—No me fastidies. ¿Jodido? A Laura no la van a dejar salir en la vida. A ti no te quieren ni ver por su casa.

—Mira, hermano, Jacinto es un buen hombre, pero a mí me ha tocado los huevos. Si sigue vivo es porque es el padre de Laura.

—¿Si sigue vivo? ¿Pero de qué cojones hablas, hermano? ¿Te crees que esto es una película? Esto es la vida real. Lo sabíamos. Dijimos que lo dejaríamos en cuanto cumpliéramos los dieciocho. Luego lo pospusimos a después de esta última aventura. Pero, joder, ¿en qué puñetero lío me has metido? Olvídate de la puta droga Aarón. Eres un tío muy inteligente. Yo te quiero, Laura te quiere, y queremos que sigas con nosotros por mucho tiempo.

—Las cosas cuando se empiezan hay que terminarlas, no se

pueden dejar a medias.

—Hay caminos, Mochi, que cuando se toman, no tienen vuelta atrás.

—Solo necesito que me eches un cable hoy. Esta noche. En la próxima media hora. Después, hermano, eres libre. Te pagaré.

—Estás muy confundido. Yo no quiero ese dinero. Te ayudo porque eres mi hermano. Pero solo si me juras que vas a dejar esto.

—Te lo juraría, *bro*. Pero como dices, hay caminos por los que no se puede regresar. Yo tengo muy claro el final. Pero no sé cómo de tortuosas serán las curvas del camino. Verás. El curro es muy sencillo. Tenemos que repartir el kilo que tengo en ese todo terreno amarillo en estos tres edificios. Lo tengo ya separado. Pero necesito que vigiles mientras hago el pase. No tengo a nadie más. Confío en ti, *brother*.

—Joder, pensé que Jacinto os había quitado toda la droga.

—Así es, hermano. Toda la puta mercancía. Jodido albañil lumbreras.

—¿Entonces? ¿De dónde has sacado esta droga?

—No quieres saberlo, hermano. Solo esta vez. ¿Vale? Con este no te pediré ni un favor más.

—Soy tu amigo Mochi. Me puedes pedir todos los favores que quieras. Pero, tienes que dejar este camino. Coge la pasta y monta un negocio legal.

—Ya tengo el negocio montado hermano. He hecho una inversión, ahora solo hay que trabajar, y después sacar rendimiento.

El silencio inundó el parquecito y Aarón ofreció el canuto a su amigo. Este lo rechazó.

—Venga, que sea cuanto antes.

—Quédate aquí. Tienes buena visión de los tres edificios. Dame una llamada si ves movimiento.

—No te entretengas.

Aarón se levantó y fue camino del Suzuki. Tal vez fue un error traer un coche tan llamativo, pero no había tenido opción. Abrió el maletero y sacó uno de los paquetes, luego desapareció por una de las entradas de los edificios blancos. Al rato, repitió el mismo proceso. Sin embargo, con el tercer paquete no fue tan rápido, e Isaac empezó a impacientarse. Se incorporó, se subió la capucha de la sudadera con cuidado de no alterar el vendaje, y dio un par de vueltas con las manos en los bolsillos mientras observaba cada calle. A esas horas, mujeres de mediana edad o edad avanzada se cruzaban por la calle y charlaban de sus cosas. Ese parecía ser todo el peligro. Pero, Aarón tardaba demasiado.

ESTAMPIDA

La cena había terminado a una hora prudente, las once y media, y las copas volaban ya entre las mujeres que intercambiaban cotilleos y se lanzaban unas a otras flechas de cupido del mercado de segunda mano. Entre ellas, la palabra putón perdía el significado de la RAE, y se acercaba más al hermano que usaban los jóvenes estos días. Paloma cuchicheaba con Silvia en una de las esquinas de la mesa, mientras que, el resto de amigas, asumían que la conversación sería acerca de algún alfa al que rebajar a beta, pero, en realidad, incumplían una de las normas de la reunión del club W-blues: no hablar de trabajo. Aunque tenían una excusa, Alberto.

—¿Te recogió en mallas de deporte en el paseo marítimo? Ja, ja. Estarías cañón. —Silvia miraba expectante en espera de noticias jugosas de Paloma, que parecía no haber dejado atrás el enfado tras los últimos acontecimientos.

—Al final vas a conseguir que deje de venir a estas veladas.

—No seas tonta, a ese hombretón seguro que le gustaría tener donde agarrar. Ja, ja, ja.

—Serás capulla. La cuestión es que me presenté sin documentación, y apareció detrás mía justo en el momento perfecto. Parecía que lo tenía todo estudiado.

—Seguro, ese tío lo tiene todo estudiado. Creo que te cameló bien para subirse a tu barco. Algo vio en ti, cree que le vas a lanzar en su carrera.

—Será al compararse con mis metidas de pata.

—Entonces, —Silvia miró alrededor para asegurarse que las demás estaban a suficiente distancia para no delatarse—, ¿otro caso de droga caníbal?

—Un fiasco. Nada de nada. La culpa fue de esos porteros, siempre están liándola. El bocado que se llevó uno de ellos fue probablemente merecido. Tenías que haber visto como los habían dejado a los chavales. A ese no le quedó otro remedio que liarse a bocados.

—Bueno, siempre quedará esperar a que la chica esa recuerde algo.

—Ya no tenemos acceso a ella, y esa amiga tuya…

—¿Lara? Ja, ja. Es un grano en el culo, ya lo sé, pero es buena en

lo que hace, y tú me pediste su ayuda.

—Lo ha jodido todo. Es una engreída. Se cree la madre Teresa de Calcuta.

—Bueno, no desesperes. Seguro que a largo plazo os será de ayuda. Siempre es bueno tener a alguien que se entienda con el criminal, úsala como si fuera el poli bueno.

—No sé cómo la trataste en su otra vida, Silvia, pero desde luego nos la tiene jurada a toda la policía.

—Metimos a su novio en la cárcel. Pero no estará mucho, seguro que sale pronto. De todas formas, aún os queda la droga, ¿no?

—De momento no hay droga de por medio. Yo soy antidroga, ¿entiendes? No hay puñetera droga, no hay caso. No sé qué narices hacemos nosotros ahí metidos.

—Pues yo sí que he encontrado algo del caso de los caníbales de Cortijo Jurado. —Ahora fue el semblante de Paloma el que se transformó. Por fin, levantó la vista de la copa y prestó atención a su compañera.

—¿Sí? Cuenta, cuenta.

—Tenemos la pista que nos va a llevar a la chica que hizo de cepo en el secuestro. Tenemos una IP, es de un ordenador robado. Ahora que tenemos la IP, podemos rastrearla, sobre todo si tiene otros dispositivos de la misma marca conectados.

—¿Es de Apple?

—Ajá.

—Joder, pues mantenme informada. No sé cómo lo hago últimamente pero siempre voy por detrás. —El teléfono tembló.

—No te creas, le has dado un par de buenos reveses a Lucía. ¿Quién es?

—Alberto, otra vez. Dice que hay otro posible caso. ¿Este tío no descansa?

—No jodas, esta noche no. —La mirada de Silvia fue de súplica, no podía dejarla sola.

—No, esta noche no, que les jodan. Seguro que es otra alerta falsa, ahora nos van a llamar por cada pelea que ocurra en Málaga en la que a alguien se le ocurra morder a otro.

—Entonces, ¡ronda de chupitos y nos vamos de fiesta.

Las mujeres allí reunidas jalearon a la inspectora y se entregaron a la noche, hasta que una multitud de tranquilos viandantes se convirtieron en una masa enloquecida que corría por la calle Larios en estampida.

A VISTA DE DRON

Una nueva noche se cernía sobre la capital del emprendimiento andaluz, y nuevos cientos de almas salían a disfrutar del principio del verano, aunque, más bien, llevaban varios meses soportando un calor propio del Sahara. Tampoco es que la presencia del frío fuera a alejar a la gente de los bares, pero el final de las clases y el principio del verano generaban dos flujos de gente dispuesta a saciar su sed de fiesta en los bares y terrazas. Su confluencia se producía a finales de junio y se comportaba de manera similar a la confluencia de dos cursos de agua, como el río Negro y el Solimoes, que discurren juntos, pero sin mezclarse en dos masas, una negra y la otra azul. Tan solo un evento caótico promovido por el aleteo de una mariposa en Dinamarca, o como el robo de treinta y cinco kilos de hachís a los Komodo, podían revolver tanto las aguas como para hacer que parecieran revueltas.

El dron DJI Matrice 300 RTK cubría el espacio de la calle Larios, abarrotada de gente en ambas direcciones, apiñados en las terrazas que no daban abasto. Se dirigía hacia la Alameda principal cuando enfocó un grupo de mujeres que saltaban alocadas, un buen caso para los estudios científicos que llevaba a cabo la policía nacional en conjunto con el equipo de I+D de Telefónica, que utilizaban la red 5G para transmitir los datos en tiempo real. La calidad de un sistema de vigilancia móvil destaca por su capacidad de identificar a los individuos y, en ese caso, el investigador de la Universidad de Málaga encargado del estudio se interesó por ese grupo de mujeres. Su compañero de telefónica enfocó las caras de las mujeres y el investigador activó el sistema de análisis facial. Era una mera simulación sin ningún interés concreto en almacenar datos, de cuyo resultado tampoco esperaban nada. La probabilidad de identificar a una persona por una imagen era bastante remota porque la fuente de datos que habían acoplado era la base de datos de la propia policía nacional. La cara de ambos investigadores se iluminó y ambos cruzaron una perversa sonrisa. El *match* indicaba un 70% de personas identificadas. Si reducía el área de análisis al círculo concreto de alborotadoras el *match* ascendió a un 90%. El ingeniero de telefónica dio varias vueltas para enfocar desde diferentes ángulos al grupo hasta

que el *match* ascendió a un 95%. El experimento iba mejor de lo que esperaban, estaban demostrando la capacidad de detectar a potenciales delincuentes que estuvieran en busca y captura, aunque fue a costa de un grupo de mujeres de la policía nacional. Entre ellas, varias inspectoras. El dron era capaz de identificar eventos incoherentes y, sobre esa masa de gente en celebración, un evento incoherente era ver una zona cercana a la Alameda Principal, hasta ahora repleta de gente, vaciarse en cuestión de segundos. El ingeniero acercó el dron para explorar de cerca la zona. Tan solo dos personas permanecían en el centro de la zona despejada. El ingeniero acercó todo lo posible el foco hasta que se pudo ver con claridad a un joven que atacaba a otro con violencia extrema. El agredido consiguió zafarse y huir mientras el agresor se quedaba agazapado, en cuclillas, con la vista fija en el suelo. El dron se acercó hasta que pudo enfocar su cabeza que seguía gacha. La imagen se congeló justo cuando el tipo subía la cabeza y mostraba la cara ensangrentada a la cámara de precisión del dron. Lo que quedaba de batería era la reserva para que el Dron pudiera regresar a la base. Pero los investigadores pensaron que habían rodado el inicio de una invasión zombi.

CORRE, CORRE, CORRE

Aarón entró al tercer edificio dispuesto a terminar su labor. Según Gamibé, allí recibiría la primera parte del pago. La segunda sería cuando consiguieran colocar la mitad de la droga. Aunque era Aarón el que pasaba a Gamibé, este se comportaba como si fuera él el pasador, y si no lo colocaba la culpa sería de Aarón. A Aarón no le importaba demasiado, tenía mejores planes para él y su futuro. Todo lo tenía en números en su cabeza. Todo, salvo imprevistos con forma de mujer como la que acababa de abrir la puerta del bajo de aquella casa. Separada por una verja de metal, muy conveniente cuando vendes droga a yonquis, o cuando te la juegas a que te entren de otro clan a darte un vuelco. Recortada la silueta por la puerta de madera, apareció Manuela. La bata camisón se ceñía a su piel morena, marcando los pezones, apagados en ese momento, mostrando las voluptuosas caderas. La larga melena negra se perdía en su propia abundancia, desordenada como si hubiera salido de un pajar tras una noche de excesos. Aarón sonrió, separó el paquete en paquetes aún más pequeños y los introdujo a través de uno de los huecos de la verja. Más de trescientos gramos de oro marroquí. Pero a esa gitana podía traerle todo el oro del mundo.

—Ya decía yo que este barrio había cambiado, tiene un aire más aristócrata. ¿Contigo las calles de este barrio parecen la Alhambra?

—Hola, Aarón. Darío me ha dicho que hoy recibirías este cobro si cumplías con tu promesa. —La gitana extendió su mano con un sobre, pero Aarón dudó si podía recibir dinero de aquella sultana.

—Como no voy a cumplirla, sería mayor locura no tener la oportunidad de volver a verte.

—Cógelo.

Aarón agarró la verja con fiereza.

—Si pudiera sacarte de aquí y llevarte al caribe, ¿te vendrías?

Ella se acercó a la verja y puso el sobre con el dinero contra el pecho de Aarón, a la vez que empujaba con su puño apretado hacia afuera, como si separara a un yonqui más.

—El caribe está un poco lejos para llevar el hachís, me temo.

Aarón cogió la mano de la gitana con fuerza.

—Yo, por esos ojos de hollín vidrioso que tienes, te llevaría todo

Chauen si así lo desearas.

Ella acercó los labios a los de Aarón, ambos engrosados sin necesidad de Botox, la carnosa jugosidad que se atraía como si fuera el polo negativo al polo positivo. Los acercó tanto que Aarón pudo percibir el aliento disgregado en miles de pequeñas partículas, aerosoles que entraban en su boca y él llevaba hasta lo más profundo de sus pulmones. La tentación punzante de abarcar su boca con sus labios mientras introducía su lengua, se topó con el vacío de ella, que desvió los suyos hacia el oído del malagueño.

—No seas imbécil. No durarás ni cinco minutos vivo si sigues por este camino.

Ella empujó a Aarón hacia atrás en el instante en que el Chino aparecía por la puerta.

—Te estoy llamando joder, ¿qué coño haces? Tenemos que irnos.

Aarón retrocedió lentamente, sin perder la mirada de la gitana que cerraba la puerta en sus narices.

—¡No me importa morir! —gritó.

Isaac lo agarró por el brazo y tiró de él hacia fuera. Allí, pudo ver como dos tipos de negro, vaqueros, sudadera y casco, se aproximaban a toda velocidad en una moto. Uno empuñaba una pistola, aunque no apuntaba a nadie, pero iban directos a por ellos.

—¡Corre! ¡Corre, hostias! ¡Corre!

Ambos se lanzaron al *sprint* por las callejuelas mientras la moto trataba de darles caza. Saltaron las escaleras de varios soportales y corrieron por zonas peatonales. Los chicos de la moto habían desaparecido. Si eran del barrio sabrían que equivocarte de manzana podría generar una disputa internacional, y nadie quería una guerra.

Los dos amigos corrieron hasta las inmediaciones del estadio La Rosaleda, y se escondieron debajo de unas escaleras. Allí, Aarón sacó el fajo de billetes, y le tendió a Isaac la mitad.

—No tío. Ya te he dicho que yo paso de todo esto. ¿Estamos? Y tú también lo vas a dejar, ¿me entiendes?

—Yo no puedo dejarlo hermano. Yo ya he cogido el tren, y no tiene paradas.

ZOMBI

Paloma chocó con su hombro contra el de una mujer menos corpulenta que ella y que, como consecuencia de la marea ciudadana que arrastraba todo a su paso calle arriba, terminó por caer para ser después arrollada por un carrito cuyo bebé saltó por los aires. Silvia lo alcanzó como una receptora profesional de fútbol americano, pero no llegó a ver como Paloma caía al chocar frontalmente contra un hombre corpulento que corría desesperado junto con la marabunta, pero aún más espantado al ver a su bebé volar. Los gritos se contagiaban como un bostezo. Algunos pensaban que se trataba de un atentado islamista, otros habían visto la sangre en la boca de una persona, y pensaron que se trataba de una enfermedad contagiosa. Los menos, vieron a otra persona que huía despavorida en busca de ayuda con sangre por todo el cuerpo. Lo más curioso que pudieron ver después en las imágenes que captó el dron justo antes de quedarse sin batería fue como la mayoría de personas huyó también de la pobre víctima ensangrentada. No así Paloma, que había recibido un *WhatsApp* de su compañero Alberto sobre lo que habían registrado las imágenes del dron. Habían alertado inmediatamente a todas las unidades, pero él se acordó que las chicas habían quedado por allí. Esta vez, Paloma, tenía la oportunidad de llegar a tiempo de ver a un individuo que actuaba potencialmente como alguien que había consumido la droga caníbal. Pero, en ese momento, tan solo trataba de evitar morir aplastada o a patadas. Tres personas se habían tropezado con ella y bien podía ser el principio de un tapón. Sin embargo, luchó por salir del bollo, le daba igual ser ella la que podía provocar un caos aun mayor al ir contracorriente, si todos huían mejor, ella estaba dispuesta a ir a por el toro. Recibió la ayuda de Silvia que ya había dejado al bebé en buenas *carro* sin recibir si quiera un gracias de la mujer en cuyas *manos* no quiso dejarlo.

—¡A la pared! ¡Iremos pegadas a la pared!

—¡No tienes que venir!

—¿Y dejar que mueras aplastada?

—Venga, vamos, que no se me escape.

Avanzaron con dificultad hasta que la marea cesó, el final de la calle Larios dibujaba el escenario de una evacuación rápida, como si

los antidisturbios hubieran decidido disolver una manifestación. Los protagonistas eran cientos de papeles y restos de objetos personales y, en medio de la carretera, una persona gritaba como si le estuvieran arrancando las entrañas, mostraba los dientes con rabia, la boca ensangrentada. Rugía a varios policías locales que corrían de un lado a otro como si sortearan a una vaquilla. Despistaban al enloquecido mientras otros trataban de dispararle con la TASER. Paloma y Silvia llegaron a tiempo para ver dos intentos de paralizarlo con descargas eléctricas. ¿Resultado? Nulo. El tipo trataba de atacar a los locales mientras alguno ya había sacado la pistola reglamentaria. Paloma sacó su placa y gritó:

—¡Ni un solo disparo! Tú, —señaló a uno de los chicos del SAMUR que vigilaba mientras sus compañeros trataban al hombre agredido—, trae un equipo para tomar muestras de sangre. ¡Ahora!

El grito de autoridad de la subinspectora atrajo la atención del poseído, que inmediatamente inició una carrera hacia la mujer que había osado ganar su atención.

Silvia también había echado mano a la Glock y apuntaba al tipo que estaba tan solo a unos metros de Paloma, y amagaba ya con lanzarse a por ella. Lo hizo. Paloma usó el impulso del atacante a su favor y consiguió esquivarlo, mientras lo empujaba para imprimir aún más velocidad al del agresor, convirtiendo a el vivo mordiente en kamikaze contra el suelo. Paloma saltó sobre él, así como otros policías que lo trababan de cada extremidad, lo esposaban, con Paloma encima dando botes sobre la espalda del hombre. Llegó el chico de la ambulancia con varios botiquines. Sus compañeros aún seguían atendiendo al agredido, al que ya incorporaban a una camilla. El joven sacó una jeringuilla.

—¿Se puede saber qué haces?

—Voy a administrarle un calmante.

—Y una mierda. Ahora mismo le sacas muestras de sangre, varias.

—Pero, ¿cómo? Si no se está quieto.

Paloma, puso el brazo sobre el hombro izquierdo mientras uno de los policías trataba de llevar la mano a la espalda y así, esposarle. Sin embargo, Paloma lo trabó del codo y lo desplazó hacia sí misma con todas sus fuerzas rompiendo el húmero. El tipo pareció no notar el dolor. No así el chico de emergencia, cuya expresión era de incredulidad y de asco.

—Y ahora, ¿Podrás? La necesito fresca. La necesito ya. Y cuando termines necesito que cojas un algodón y tomes muestras de su boca, dientes, nariz. De todas partes.

El chico, con la mano temblando, se dispuso a sacar sangre del brazo del hombre que aún luchaba por soltarse dando tumbos con su

cuerpo como un pez fuera del agua. Para el enfermero fueron cinco minutos eternos hasta que sacó varias muestras de sangre. Luego se acercó a la boca, pero el tipo trató de morderle en cuanto se acercó. Paloma agarró aún con más fuerza su cuello. Silvia tenía el brazo derecho amarrado con una llave hecha con las manos y las piernas. Aquella llave solía doler lo suficiente para que cualquier atacante se rindiera. El chico terminó de tomar muestras y las guardó.

—Esas muestras no se van de aquí hasta que venga la policía científica. Ni tu tampoco. Ahora, le inyectas el puto calmante.

Porque ni su amarre, ni el de Silvia, ni el de los siete policías locales que ya se encontraban sobre diferentes partes del cuerpo conseguían inmovilizar del todo al atacante. Diez minutos después, el bravo de la ganadería Miura Caníbal se calmaba. Poco a poco lo soltaron, esposados los brazos y los tobillos. Y alguien le puso una mordaza en la boca, imagen que fue portada al día siguiente en el Diario Málaga, con Paloma de protagonista secundaria.

LA HORA DE CIERRE

Isaac regresó a la residencia a la hora que esta cerraba. A él no le importaba porque tenía llaves, pero los chavales que habían decidido regresar a última hora llegaban tarde, a la carrera. Algunos, le agradecieron que esperara con la puerta abierta. La última que llegaba se paró al verle. Era Patience. Llegaba con la sonrisa impresa en 3D, con esos dientes de marfil luminoso que alumbraban sus gruesos labios violáceos. Isaac esperó hasta que la chica llegó y accedió a la residencia. Ella lo miró y volvió a sonreír para retirarle la mirada de inmediato y ascender por las escaleras hacia la puerta de entrada. Isaac subió detrás, solo que a un ritmo más pausado. Después de aquella tarde no tenía las fuerzas para echar una carrera más. Al llegar al *hall* de la residencia observó movimiento en el salón particular de el Cura. Cuando llegó, observó que varios de los jóvenes universitarios y la propia Patience se habían sentado en los diferentes sillones, alrededor de el Cura, que amenizaba la velada con historias que dejaban a aquellos estudiantes estupefactos. El Cura había sacado una guitarra acústica y un amplificador. A cada frase de sus historias, de amor grotesco, de pasión injustificada, de naturaleza estática, la acompañaban unos acordes de guitarra. Isaac se apoyó en el marco de la puerta, y pensó en lo ignorante que se puede ser en la juventud. Se entregaban a héroes sin saber que adoraban al mismísimo diablo. Un minuto después, el Cura entonaba los acordes de una canción que la mayoría de los presentes desconocía, pero que el cura había elegido a propósito. Nadie esperaba que un cura de más de ochenta años pudiera tocar una canción de rock, pero mucho menos se esperaban esa ronca voz de cantante de country perdido en mil tragos de whisky.

Shed a tear cause I'm missing you
I'm still alright to smile
Girl, I think about you every day now
Was a time when I wasn't sure
But you set my mind at ease
There is no doubt you're in my heart now
Said "woman take it slow, and it'll work itself out fine"
All we need is just a little Patience

Said "sugar make it slow and we'll come together fine"
All we need is just a little Patience

Quizá fue Isaac el único que se había dado cuenta de por qué había elegido esa canción el Cura, quizá nadie más había escuchado la palabra Patience con esa puntuación especial sobre la letra P, como si la capitalizara, como si fuera un nombre propio. Pero no lo era. La propia Patience había reconocido que la letra de la canción había sido escogida por el Cura a propósito, y esbozó una sonrisa, seguida de unas lágrimas al recordar a su propio padre cuando cantaba esa misma canción en su casa de Ghana. Isaac vio esas lágrimas. Esos cachetes volvieron a ser achuchables, esa sonrisa volvía a ser encantadora, esos labios volvieron a ser deseables. Y un escalofrío recorrió su cuerpo. Al fin y al cabo, el diablo puede ser capaz de sacar la mejor versión de uno mismo. Se sentó en el suelo, y disfrutó de la velada junto con los jóvenes, y hasta llegó a apreciar al viejo cura, un misterio hasta para él mismo, su hijo adoptivo.

HUMEDAD, CIERTA TRISTEZA…

Jacinto notaba las gotas de sudor cosquillear al pasar por el surco de su nariz y tropezar con su bigote de tres días. Se pasó la mano para limpiarlas, pero solo consiguió extender la zona húmeda pues la mano chorreaba. Decidió probar con su camiseta y, al menos, consiguió quitarse el picor. En el interior de aquella furgoneta el aire se rifaba entre los ocho hombres que, pegados unos a otros, trataban de coger alguna corriente de aire. Pero esa corriente no existía. Tampoco había luz. Todos ellos entraron con una bolsa negra en la cabeza. Una vez dentro se la pudieron quitar, pero el interior estaba oscuro, salvo por un hilillo de luz que entraba por un agujero en la parte posterior. Un agujero tan perfecto que cualquier policía podría calcular hasta el calibre de la bala que lo había hecho. Por fin, llegaron al destino. Abrieron la furgoneta y un par de hombres les guiaron. En lugar de indicar con el dedo, lo hacían con la punta de los AK47 que sostenían, no con mucha destreza, lo que ponía nervioso a algunos de los que lo acompañaban. Jacinto observó como los ocho experimentados trabajadores, se dirigían sin protestar al compás de sus inexpertos pastores. Miró hacia arriba, una cúpula de chapa se elevaba a unos veinte metros por encima de sus cabezas. Dentro de la nave había un enorme agujero. La excavación la llevaban a cabo potentes máquinas y llegaba a una profundidad difícil de determinar. Había maquinaria para hacer un estadio de fútbol ahí dentro. Observó como un grupo de trabajadores, con la mirada perdida, como extasiados por el calor y el trabajo, conducían una excavadora fuera del hangar. Un hombre trajeado trabajaba sobre unos planos junto a otro hombre que parecía sacado de un western, vestía con pantalones y chaqueta vaquera con las mangas cortadas. Sus brazos musculosos, tatuados con múltiples tribales reptilianos, se movían enérgicamente. Como el director de una orquesta de Trash Metal. Al ver llegar a los ocho trabajadores el tipo se acercó. Pudo ver su piel oscura, y sus ojos negros escondidos más allá de su frondosa barba.

—Gracias por venir. Soy vuestro capataz, y así me llamareis. Cualquier cosa que necesitéis me lo pedís a mí. Yo os diré cual será vuestro trabajo durante cada jornada. Si no fallamos, tendremos listo esto en menos de un mes, recibiréis una compensación muy generosa

por vuestro trabajo, y todos para casa con su familia con la última play y unos pendientes de Cartier. Todos contentos. Ahora, id todos a cambiaros, quiero que os lavéis bien antes de entrar a trabajar y, sobre todo, al salir. Llegáis a casa limpitos, que no se quejen vuestras señoras. Usad siempre guantes y protección. No queremos que se nos echen encima los de riesgos laborales. Nada de preguntas que no pueden ser contestadas. La curiosidad mató al gato. ¡Entendido!

Y emitió una simple carcajada mientras regresaba con el tipo enchaquetado, ya sin la chaqueta y con la camisa blanca arremangada, que el calor apretaba y su cuerpo se expresaba en manchas que transparentabas ciertas zonas de su grueso cuerpo.

—Ingeniero jefe. —Tan solo le escuchó pronunciar el cargo con el que se refería a la persona que trabajaba sobre los planos. Jacinto se limitó a obedecer las órdenes que le daba el capataz, sin preguntarse demasiado sobre la finalidad de aquella siniestra construcción.

LA APP

La mesa del despacho de la inspectora jefe Sancredo parecía un campo de batalla repleto de barricadas y trincheras. Apostados entre los montones de documentos se encontraba el equipo que ella misma había seleccionado para resolver los casos más convulsos que azotaban Málaga. Ella conocía a la perfección su habilidad especial para reconocer cuando un caso se va a complicar, y necesitaba a los mejores en su equipo, aunque su diccionario de cumplidos se escondía en algún lugar de su inconsciente que rara vez se activaba. Ninguno de los allí presentes habría podido asegurar que los observaba a todos y, sin embargo, todos sabían que así era, aunque trataran de esconderse detrás de las montañas de papel. No necesitaba vigilar cual profesora, caminaba de forma pausada por los pasillos de la clase, mientras cotilleaba por encima del hombro de cada uno de sus alumnos. No, Lucía ni siquiera giraba su fibroso cuello, pero no por ello perdía detalle de lo que hacían cada uno de ellos.

Paloma estudiaba los últimos informes de la científica. Estaba claro que quería impresionarla de nuevo, pero esta vez no había tenido el tiempo suficiente para prepararse un alegato. Silvia repasaba su exposición sobre las conclusiones que su equipo especializado en delitos informáticos había sacado de los datos de los móviles de las víctimas del Cortijo Jurado. Había hecho un gran trabajo, no esperaba menos de ella. Alberto se sumergía en la web de artículos científicos, una investigación de última hora sobre las sustancias detectadas en la espectrometría de masas. Los del laboratorio no había dicho más que la probable formulación química de los compuestos detectados. Para ser un experto en estupefacientes parecía bastante perdido. Pedro Lantámez hacía cuentas, algo no cuadraba sobre las horas que habían transcurrido entre los diferentes asesinatos. Esperaba de él un poco más de rigor y, sobre todo, de superioridad. Lo necesitaba en el equipo para provocar a Paloma. Si pones a dos podencos persiguiendo a la misma presa pueden colaborar, si están bien entrenados, pero podrían acabar enfrentándose, si no lo están. Cualquiera de las soluciones le parecía interesante. Germán, por su parte, trataba de entender todos los datos que le había pasado Silvia. Parecía sorprendido. Quizás, algo superado por el volumen de lo que se le venía encima. Como esperaba,

la primera en romper el hielo fue Paloma. Quería hacerse notar, gracias a su actuación habían conseguido avanzar con rapidez en el caso, y no se iba a quitar protagonismo ahora que llevaba la delantera.

—Tenemos varias sustancias y ninguna es la clásica que solemos encontrar en estas latitudes. No es droga caníbal. Ni siquiera sería una droga de las que hemos interceptado últimamente a los chamanes. Ni ayahuasca, ni sapo bufo, ni rana cambo.

—Muy bien, sabemos todo lo que no es. ¿Puedes decirnos lo que es?

—Creemos que es un derivado de la Metilendioxipirovalerona. La mal llamada droga caníbal.

—Acabas de decir que no es droga caníbal, y un segundo después te desmientes.

—No, Inspectora. Diríamos que el centro activo de la droga caníbal sigue siendo el mismo, pero se ha alterado la corteza. No sabemos con qué finalidad, pero es un tipo de droga caníbal diferente que no podemos detectar, por lo que por lo menos, estos cambios la han hecho inestable y, por ende, indetectable. Gracias a que se recogieron muestras en el momento hemos conseguido aislar un poco.

Lucía aprovechó para lanzar el periódico del día entre las columnas de documentación, y con una perfección milimétrica colocó la portada en el centro de la mesa.

—¿Te parece que esta actuación policial entonces haya sido proporcionada?

—Lucía, no saques las cosas de quicio. —Silvia, salió en defensa de su amiga, que acaparaba la portada del periódico.

—Subinspectora. No necesito portadas. Tenemos ya tres casos de droga caníbal, o de su derivada, en Málaga e inmediaciones. Era obvio que la teníamos entre nosotros. Necesito que deis con los que la distribuyen y acabemos con ellos. Me da igual si tiene un triplete oxigenado o a la virgen María ciclada, tenemos que meter a esta gente en el agujero al que pertenecen. ¿Estamos?

Paloma asintió, sin embargo, decidió seguir exponiendo las causas que habían retrasado la identificación de las sustancias estupefacientes.

—Con esta nueva formulación no podíamos detectarla. Ahora, tenemos que adaptar las pruebas para que sí la detecten. Esto llevará un tiempo, pero hay un par de temas que son más preocupantes.

—¿Y? ¿Vas a esperar a las copas de la noche para contarnos cuáles son esos temas que te preocupan?

Paloma optó por la posición del Erizo, con las púas bien hacia afuera, mientras contenía el odio dentro.

—Sí, hay un derivado de droga caníbal. Y no podemos detectarlo porque han cambiado la composición, pero, creemos que no es el

ingrediente más importante. Hay varias sustancias más. Como si alguien buscara el cóctel perfecto. ¿Alberto?

Alberto cerró la pantalla de su ordenador. Ahora todas las miradas se incrustaban en él como cuchillas lanzadas en una película en 3D. Alberto pasó un par de hojas buscando el resumen trabajado minutos antes, y ni se molestó en retirar los rizos que caían sobre sus ojos.

—Hemos encontrado un par de sustancias típicas de una sesión de intercambio amoroso desenfrenado.

—*ChemSex*. —aclaró Paloma.

—Muy bien. Y, ¿qué nos aporta que haya drogas relacionadas con la sexualidad con que un tipo intentara acabar a mordiscos con todo el que se le acercaba? —Lucía, miraba al caballero de cogollos volantes con ojos interesados, sin intimidación, lo desnudaba de arriba a abajo, y esto incomodaba al navarro.

—Nada.

—¿Nada? Tenemos a Walter White campando a sus anchas por la ciudad que los políticos venden como la cuna a la que deben acudir todos los *millonetis* para invertir sus ahorros. La ciudad con mayor potencial de crecimiento de toda España, ¿y no te dice nada?

Paloma salió en defensa del cohibido agente, en el fondo, era su supervisora, y debía velar por su integridad psíquica. Ya pensaría luego cómo evitar que, además, llegara a ser objeto de abuso sexual.

—Esto solo nos hace pensar que alguien juega a ser Panoramix. No Walter White. El doctor White sabía muy bien lo que hacía. No tenemos muy claro que sea un experto en química. Pero, creemos que buscan algún tipo de sumisión. Sobre todo, por la otra sustancia que aparece en la fórmula.

—Veo que os hacéis de rogar. ¡Queréis decirlo de una puñetera vez!

—Tetrodotoxina.

—Genial. Ya lo has dicho. Explícate.

—La mal llamada droga zombi.

—Ja, ja. —Lucía se había acercado a Paloma, con los brazos cruzados en posición de autoridad, sin embargo, denotaban que estaba perdiendo y necesitaba de cierta protección—, ¿ahora tenemos a alguien que intenta hacer zombis como los de Guerra mundial zeta?

—No sabemos mucho más. Solo que había un cóctel explosivo de drogas en el cuerpo de esa persona.

Lucía recorrió la sala, mientras le daba vueltas a las palabras de Paloma.

—Y, ¿quién era esa persona?

—Un narco de baja monta. Lo tenemos fichado, y su registro saltó rápido tras comprobar su huella dactilar. No llevaba identificación y

aún no colabora, pero esperamos poder sacarle algo de información.

—Al menos aquí no se va a entrometer nadie. —Lucía dirigió una sonrisa a Silvia para agradecer la intromisión de la colaboradora que terminó por arrebatarles la única persona que, hasta ahora, podía saber algo sobre la procedencia de estas drogas—, quiero que exprimáis al narco hasta que solo quede la cáscara. Algo tiene que saber.

Lucía robó el papel que Alberto aún sostenía en la mano, y lo alejó de su vista hasta que la presbicia permitió el enfoque correcto. Leyó el contenido de aquella exótica mezcla de drogas.

—Y, ¿cómo vais con Cortijo Jurado? ¿Algún avance?

Germán levantó la mano con timidez. Tardaron un rato en reaccionar. Lucía hizo un ademán con las manos para indicarle que prosiguiera, como si estuvieran en una tribuna política. Germán se acarició su voluminoso pelo negro. Luego se llevó la mano a la cuidada barba, que seguía la moda del cuerpo de policía, en un gesto que empezó a desesperar a la audiencia.

—Y bien, Germán, es para hoy.

—Tengo a mi equipo analizando y procesando la información que nos ha pasado Silvia. —Hizo una nueva pausa que causó que Lucía cambiara de pie de apoyo, sin separar los brazos, mantenía su estado de protección, pero con ganas de hacerlo para soltarle un guantazo y que espabilara—, es alucinante, lo que esta gente puede hacer, dentro de poco los polis van a ser como Robocop. Bien, es posible, que haya más casos.

Silvia se lo tomó como un halago, pero Lucía seguía impaciente, no acostumbraba a tener que hacer tantas preguntas para sonsacar a sus subordinados. Tal vez, juntarlos había sido un error.

—¿A qué te refieres Germán?

Paloma ya había recibido algo de información al respecto, entre copa y copa, porque ella sí tenía amigas. Pero, no fue la única que incrementó el nivel de atención.

—Es difícil, ya os digo que estamos analizando los informes junto con nuestra base de datos de desaparecidos. Pero podríamos decir que estas personas, detrás de esas cuentas en aplicaciones de citas, han contactado y han quedado con bastantes personas. Perfiles muy diferentes. Pero, hasta ahora, la mayoría no ha presentado denuncias por desapariciones. Sin embargo, sí hubo tres por los que se presentó una denuncia por desaparición. Aunque, aparecieron a las pocas horas, por lo que se retiró la denuncia.

—¿Tres de las personas que contactaron esas cuentas están en las listas de desaparecidos? —Hasta Silvia se había incorporado y ahora atendía con incredulidad a Germán.

—Al menos tres. Es pronto para decir más.

—¿Cuántas personas crees que tienes que analizar?

—Ya te digo que es difícil de decir, ya sabes, perfiles falsos, gente que no usa sus verdaderos nombres, algunos que usan IPs camufladas, no es fácil.

—¡¿Cuántos?!

—Cerca de ciento veinte. Sin embargo, estas últimas semanas se han denunciado algunas desapariciones, en apariencia sin conexión con la app de citas. Así que estamos un poco desbordados.

—No parece que vayamos por buen camino. Germán, quiero que un equipo tuyo trabaje junto al equipo de Silvia. Generar perfiles en la app de citas. Quizá podamos meter cebos con los que pescar al tiburón. Silvia es una experta en esto, ¿cuento contigo?

—Por supuesto. —Silvia acababa de comprender el reto que se le asignaba, y no había nada que la motivara más que un reto laboral con el que sorprender a su jefa.

Lucía regresó a su silla, se sentó, suspiró, e hizo un gesto para que salieran todos. Mientras salían se la escuchó murmurar:

—¿Qué coño está pasando en esta ciudad?

AMIGOS

El Cura movía los hilos con rapidez y había logrado apuntar a Patience a un curso de lengua castellana y, ella estaba entusiasmada. De esa manera podría estar en la residencia de estudiantes con un motivo más educativo y vital que estar simplemente a la espera de un juicio. Así se lo había dicho al juez. El Cura entraba por los pasillos de los juzgados como un emisario del señor, y salía como un juez más. Porque Él es el único juez. Y el Cura su representante.

Patience había desayunado junto a sus nuevos compañeros. Justo antes de terminar apareció el chico de la venda en la cabeza. Esta vez, Isaac, se sentó justo a su lado. Pidió sus tostadas con tomate y un café. Sonrió. Y Patience correspondió con esa sonrisa gigantesca y tan blanca que las neuronas de quién la veía resplandecían durante horas. Aunque Patience estaba logrando cierto progreso con el español, Isaac se dirigió a ella en inglés.

—¿Te apetece que te lleve a conocer la ciudad?

—Seguro. —Y lo dijo con una sonrisa aún más radiante. Sin saber que esos mismos dientes eran culpables de la carnicería que escondía aquella venda que envolvía la cabeza de el Chino.

—¿Has montado alguna vez en moto?

La cara de Patience cambió, y por momentos se asustó.

—Nunca.

—¿Te dan miedo?

—No lo sé. Nunca probé.

—Pues desayunemos y salgamos a dar una vuelta.

EL AMOR ES CIEGO, PERO LOS VECINOS NO

Hay momentos en la vida en los que uno se queda en casa tranquilito, y ya está. Que hay asuntos a los que es mejor no dar muchas vueltas. Si te han echado un mal de ojo, no hay remedio. Sentadito en tu sofá, no te pasa nada. Y si encima has conseguido solucionar uno de los marrones más grandes que te has comido en los últimos tiempos, has matado a dos tíos, y le has robado a los narcos más chungos de toda la costa malagueña, pues con más motivo. Te pones la telenovela y tan contento. Pero el Mochi se había levantado tarareando «Que cara más bonita tiene esa niña, cada vez que me besa dise la biblia, …», y subió en una nube y se bajó en Palmilla, junto a la misma plaza en la que el día anterior casi lo matan. Allí, con la capucha de la sudadera amarilla puesta, con los ojos cerrados tras las gafas de sol, sentado en el respaldo del banco del parque, cantaba y rolaba un papelillo entre las yemas de los dedos. Hasta que la vio salir y no podía ser más feliz. Su sonrisa dibujó un arcoíris invertido, corrió hacia ella y, al llegar a su altura, se encendió el porro.

—¿Qué pasa morena? ¿Te ayudo? —Manuela iba cargada con varias bolsas más grandes que ella.

—No te preocupes. Es ropa para donar.

—Qué buena gente sois. Os apreciarían en el barrio. —En su barrio precisamente no. Allí solo los buscaba la muerte. Y en este, pues la indiferencia. Mejor pasar desapercibidos. Y eso no se consigue con un payo rondando a una gitana casada.

—¿Qué quieres Mochi? Llevo un poco de prisa.

—Conozco un sitio ahí abajo que ponen unas tostas de jamón con tomate que te mueres. Venga, te invito, que hoy estoy de celebración.

Las largas piernas de Manuela se movían con decisión, dejando atrás a Aarón, que tenía que correr para dar alcance a la mujer, mientras las gigantescas bolsas parecían más livianas que el canuto que trataba de apurar el malagueño.

—Sabes, Manuela, conozco un sitio, en las montañas, en un pueblito cerca de Ronda. Tengo una casa con un jardín abandonado. Tengo que subir a trabajarlo. Igual, te apetece despejarte un poco, tomar el aire sano de la montaña. Hago unas infusiones con hierbas del campo que están deliciosas. Junto a la chimenea.

—Yo prefiero el mar Aarón. ¿En serio estás haciendo esto? ¿Tú sabes quién es mi marido? Joder, Aarón. Si hasta habla bien de ti. De pocas personas verás hablar bien a Darío. ¿Sabes lo que te hará si se entera de esto? —Manuela se paró en seco para mirar a Aarón, luego observó las ventanas del vecindario. Aarón la siguió, con mirada de perdido, como queriendo no entender. ¿Qué narices le importaba a él todo eso que le decía?

—Yo solo quiero que seas feliz. Lo mismo que Gamibé. Pero los dos sabemos que tiene los días contados. O acaba en el calabozo, o harán que desaparezca. De verdad, es un amigo, y yo estaría encantado de cuidar a su más preciado tesoro. Seguro que lo entendería.

Manuela resopló desesperada. ¿Qué les daban a estos hombres para que fueran tan imbéciles?

—Escucha, ahí abajo está la iglesia a la que llevo la ropa. No me sigas.

—Espera, puedo ayudarte. —Aarón cogió una de las bolsas, pero Manuela tiró con fuerza, y apartó a Aarón de un empujón. Pero el amarre de la bolsa fue lo suficientemente fuerte como para que esta se resquebrajara en parte. Aarón, agobiado, se agachó para recoger la ropa que había tirado.

—¡No! Ya la recojo yo.

Pero Aarón ya había observado aquello que no debía observar. Manuela intentaba meter todo entre la ropa. Pero aquellos paquetes llevaban un sello particular. Un dragón de Komodo estampado en el lateral, marcado a fuego sobre la ficha de hachís escondida entre la ropa.

—Joder con los curas de este barrio.

—Igual de buenos que los del tuyo.

—¿Por qué llevas esos paquetes? —Aarón trataba de salir de la enrevesada tela de araña en la que se había metido, pero el pegamento del amor no le dejaba pensar con claridad. Se suponía que Gamibé le cubriría. Él no trabajaba para los Komodo. Pero, ¿qué hacían aquellos narcos de la moto el día anterior en el barrio? Aarón, miró a Manuela buscando una explicación. Ante la imposibilidad de raciocinio, Manuela lo miró y, con su aire chulesco, le espetó.

—Lárgate, Mochi. Aún estás a tiempo.

Continuó su camino hacia la iglesia en cuya puerta había un par de hombres de tez oscura y barba de tres días que la saludaron con discreción. Ella desapareció en el interior, y el Mochi se quedó fuera, con cara de póquer. Reaccionó tarde. Comenzó su huida calle arriba caminado hacia atrás, y aquello lo delató. Uno de los hombres se llevó la mano a su chaqueta de cuero y sacó un arma. Le dijo algo a su compañero y comenzó la persecución a través de las estrechas

callejuelas.

EL ESPIGÓN

Isaac habría preferido recorrer la provincia de Málaga a lomos de su moto, pero el vendaje aún le dificultaba la vista y, aunque iba camuflado con el casco, la policía podía pararle en cualquier momento. Así que, decidió acercarse a algún sitio céntrico en el que sorprender a Patience.

—Abre los ojos —La chica abrió los ojos con una sonrisa a medias que marcaba aún más sus gruesos labios. Observó atentamente alrededor y no pareció impresionada. Isaac la invitó a avanzar hacia el centro, descendiendo por los deteriorados escalones.

—¿Dónde estamos? Está todo un poco roto.

—Es un anfiteatro romano. Tiene más de dos mil años. Aquí se representaban las obras de los clásicos del imperio romano. ¿Conoces alguna?

—No. La verdad es que no.

Isaac bajó a lo que debió de ser el escenario en tiempos muy remotos, y empezó a gritar al viento, como poseído por el espíritu de Séneca, recitaba un pasaje de amor que se inventaba a medida que avanzaba la actuación, y se aglutinaba un mayor grupo de turistas de todas las nacionalidades, incluidos muchos asiáticos, todos captaban el momento con sus teléfonos a la par que lo subían a su red social preferida. Cuando terminó su interpretación, bajó la cabeza y saludó a la audiencia que ya se contaba con varias decenas de turistas, unos cuantos guías, y varios guardias de seguridad que dudaban si salir en el próximo *trending topic* de Instagram o jugarse el puesto de trabajo por dejar a un joven dañar terreno que debían proteger. Isaac se recogió la venda que se había soltado en parte y se la ató con un fuerte nudo a la parte posterior de la cabeza. Marcó sus bíceps en su ajustada camiseta blanca. Sus ojos amoratados por el forcejeo con la que ahora reía a carcajadas le daban un toque aún más auténtico de amante al que le habían alejado del amor de su vida. Y así terminó, con dos guardias que lo arrastraban fuera del escenario, mientras seguía con la actuación como si a la fuerza lo arrancaran de su amada, hasta dependencias policiales. Patience lo siguió algo asustada al ver cómo se había complicado la situación. Pero una llamada de el Cura bastó para que lo dejaran salir.

De nuevo tomaron la carretera y, esta vez, Isaac recorrió la Malagueta, el puerto y la playa de la misericordia hasta llegar al Espigón de la playa Sacaba.

—¿Te gustan los sitios rotos? —Patience sonreía, el viento soplaba fuerte y la maresía penetraba con fuerza en sus sentidos, a la vez que el rocío salino se pegaba a su piel.

—Lo roto tiene siempre una historia que contar.

—¿Como tu herida? —Patience rozó con sus aplanados dedos la venda que, otra vez, se había descolocado. El recuerdo produjo una fuerte punzada en la cabeza de Isaac que se convirtió en un latido rítmico en la sien. La africana captó el dolor en la expresión de Isaac que tuvo que ponerse de cuclillas para amortiguarlo.

—¿Duele? ¿Qué te pasó?

—Los caminos que nos depara la vida a veces son jodidos y rebuscados. Tal vez, me metí donde no me llamaban.

—Seguro que lo hiciste con buena intención. Lo siento, Isaac. Eres una persona con un gran corazón.

—No todos piensan lo mismo. —Isaac bajó la mirada.

—El mundo está impregnado por una inmensa ceguera mental. Eso no significa que no te vean. Sí te ven, tal y como eres. Pero puede que algunos prefieran ignorarlo para no ver retratado su egoísmo. Te agradezco este día. Desde que he llegado aquí, no sé muy bien si debería estar aquí. He sentido que nunca pertenecería a este sitio, que nadie me quería aquí, y ahora, creo que sí que hay gente que podría quererme.

—Hay gente buena en todas partes. ¿Cómo es que estás aquí Patience? ¿Qué te trajo aquí?

—No sé. ¿Un barco? ¿El destino? La verdad, tengo una profunda laguna en mi memoria. Ojalá pudiera recordar.

—Démonos un tiempo para enterrar todos estos demonios, seguro que después veremos la vida de una manera diferente. ¿Volvemos? Te van a cerrar la residencia.

—Sí, claro, no queremos hacer enfadar a el Cura.

Regresaron a la residencia e, Isaac, la dejó en la puerta. Se dirigió al otro lado de la calle para aparcar la moto. Se quitó el casco, y se ajustó la venda. Sentía que la cicatriz que aquella herida dejaba se hacía cada vez más profunda. No sabía a qué jugaba con Patience. La profundidad de ese ser misterioso que conoció la noche de San Juan ejercía una atracción que no podía evitar, a pesar de lo peligroso que pudiera parecer. Como el detective de novela policiaca que se siente atraído por encontrar respuestas a un crimen a pesar de que sabe que cuanto más cerca de ellas esté, más se acerca a su propia muerte.

Isaac se giró para ver que Patience llamaba a la puerta de la residencia. Fue a cruzar la calle en su dirección cuando un vehículo de

grandes dimensiones interrumpió su camino. De dentro salieron varios encapuchados que encañonaron a la joven.

—¡Hijos de puta!

Isaac corrió hacia ellos, pero solo llegó a tiempo de ver como cerraban la puerta trasera de la furgoneta.

—¡Hostia puta! ¡Os voy a matar cabrones! —Isaac corrió hacia su moto, se puso de nuevo el casco, y esta vez no respetó los límites de velocidad. Si tenía fama de algo era de su capacidad para pisar el acelerador, de no usar el freno, y una furgoneta no era rival para él. Pero si lo era un AK-47. La puerta de la furgoneta se abrió, y uno de los encapuchados descargó una ráfaga. Isaac frenó para evitar las balas, pero aquello le desestabilizó y terminó tirado sobre el asfalto. Consiguió levantarse ante la mirada estupefacta desde los vehículos que lo sorteaban. Alguno se bajó a ayudar. Recogió la moto que, al menos, no parecía haber sufrido grandes daños.

DECISIONES

Había esperado a que la oscuridad fuera completa. Ahora se descolgaba de piso en piso. Dejaba caer las piernas, se impulsaba levemente hacia atrás, y caía sobre el siguiente balcón. La caída no era fácil y ya se había golpeado la espalda en dos ocasiones. Tuvo que contenerse para no chillar, pero el dolor agudo la dejaba sin respiración unos segundos mientras se frotaba la parte dolorida. No había tenido elección. Llevaba varios días aislada e incomunicada. No sabía nada de ninguno de sus amigos. Ninguno se había pasado a buscarla y eso la preocupaba. Gracias a que era un miércoles nadie habitaba las casas por las que había emprendido la huida, pertenecientes a cordobeses o madrileños, las principales especies invasoras de su tierra hasta que se hizo famosa en el resto de Europa. En unos días vendrían y tendría vecinos todo el verano. El fuerte viento que doblaba las palmeras de la urbanización era bienvenido, pues amortiguaba el ruido que pudiera hacer al saltar de vivienda en vivienda, aunque dificultaba a veces la operación. Le quedaba el último salto, el que llegaba al jardín. Sacó una vez más el cuerpo, pero unas luces la iluminaron. Solo fueron unos segundos en los que se quedó petrificada. Solo se movían los millones de canales iónicos de sus células, disparados por la adrenalina que activaba todas sus alertas. Era la furgoneta de su padre. Jacinto activó el mecanismo de entrada al garaje. Tal vez no la había visto. Ahora sí, el tiempo corría en su contra. Entonces sucedió lo inesperado. La diferencia entre el fracaso y el éxito a veces se mide en milisegundos. Isaac apareció en su moto e interceptó a Jacinto justo a la entrada del garaje. Observó como intercambiaban palabras, pero el fuerte viento hacía imposible siquiera entender ninguna. Era su oportunidad. Laura llevaba horas planeando su escapada. Su padre la había dejado encerrada mientras se iba a trabajar. Le había quitado el teléfono y había desconectado internet. Isaac era su única opción, pero, si salía ya, su padre podría verla. Si esperaba, Isaac desaparecería. En esos milisegundos tienes que decidir tu destino. No valen medias tintas. El futuro no espera a los que se quedan sentados en su sillón. Laura dio el último salto. El movimiento atrajo la atención tanto de Isaac como de su padre. Laura se había torcido el tobillo. Isaac corrió hacia ella tras saltar la verja

que separaba el jardín de la urbanización de la carretera.

—¿Qué cojones haces, Laura?

—Me ha encerrado. —En los ojos de Laura se reflejaba el terror de la incomprensión. Se aferró con sus largas uñas al abrigo de Isaac al ver que su padre que se acercaba a ellos con las llaves apretadas dentro del puño.

—¿Puedes correr? —Isaac quiso sonreír, pero no le quedaban fuerzas después del día que llevaba. No le hizo falta esperar una respuesta. En milisegundos decides si apuestas o no, si vas con todo al rojo, o si te quedas con tu digna paga, con lo que te ha tocado vivir, con eso con lo que sabes que, al menos, vivirás. Pobre, pero vivirás. Miserable, pero vivirás. Encerrada en tu puñetera casa, pero vivirás. Pero, para Laura, su vida merecía una apuesta más alta. Ambos corrieron rodeando a Jacinto que comenzó la persecución. Saltaron la valla, aunque, en la caída, Laura se resintió del tobillo. Jacinto estaba agotado tras la dura jornada. Había visto de todo en doce horas de duro trabajo. No llegó a tiempo de advertirles. Tan solo llegó para quedarse apoyado en el maletero de su coche y ver como ambos desaparecían mientras miles de objetos volaban a la velocidad endiablada del viento. Viento que no paró a Isaac. Viento que secaba las lágrimas del padre. Viento que consumía las palabras que no llegaban a atravesar su garganta.

—No sabéis de lo que son capaces. Lo hago por ti, hija mía. Eres lo que más quiero en el mundo. Mi única razón para vivir.

Tampoco podría decírselo por teléfono. Lo llevaba él. Hay decisiones en la vida que se toman en milisegundos. Hay decisiones que jamás debieron haberse tomado.

GUADALMAR

Isaac condujo la moto hasta la playa de Guadalmar. En una noche de viento como aquella tan solo había un par de locos que caminaban contra el viento y un perro que corría detrás de las gaviotas que volaban por encima de las enormes olas y, a pesar de que no conseguiría nunca alcanzarlas separadas como estaban por la agitada mar, el perro no cesaba en su empeño. Isaac se quitó el casco y se colocó la venda que empezaba a requerir un cambio antes de que le causara una grave infección. Ayudó a Laura a bajarse de la moto y la abrazó para protegerla del viento huracanado hasta que se cobijaron en un destartalado chiringuito.

—¿Cómo estás?

—Mal, Isaac. No sabía nada de vosotros. Me dejó encerrada, incomunicada.

—Joder. Lo siento. No debí dejarte. Jacinto estaba muy alterado. Pero tu padre te quiere, Laura, tienes que ponerte en su pellejo.

—Es un cabrón. Le odio.

—No le odias. Se os pasará.

—¿Dónde estabas?

—Es una larga historia. Mi día no ha sido mucho mejor que el tuyo. La chica, Patience, la que estaba en la residencia.

—¿La que te arrancó la oreja?

—Un pedacito, sí. La acaban de secuestrar delante de mis narices. Creo que han sido los Komodo. Y Mochi, creo que está metido en un juego peligroso con esta gente. Me han disparado.

—Joder. ¿Por qué mierdas le hicimos caso a ese cabeza hueca? ¿Dónde está?

—No sé nada de él. Pero está muy descolocado, Laura. Creo que no es consciente de los riesgos que toma.

—Pero, ¿le has llamado?

—Su teléfono está fuera de cobertura todo el rato. No da señal.

—Déjame a mí. —Como si por llamar ella desde el teléfono de Isaac fuera a alterar el significado de sin cobertura—. ¿Te dijo algo la última vez que lo viste?

—Estuvo tonteando con una gitana. Creo que es la mujer del que llaman Gamibé.

—Oh, mierda. ¿Qué vamos a hacer Isaac? —Laura recostó su cabeza sobre su hombro e Isaac la acogió al cobijo de su fuerte brazo.

—Tenemos que encontrarlos.

—Y, ¿si hablamos con el Cura? El conoce gente.

—No me jodas.

—Vamos Isaac. Algún día tendrás que superarlo.

—No hay nada que superar. Es lo que hay, joder, es lo que hay. Es un mierda, aunque la gente lo vea como a un enviado celestial.

—Te dio una oportunidad.

—Me robó mi infancia. Me robó de los brazos de mi madre. No sé ni por qué sigo con él.

—Porque es tu padre. El hizo de padre cuando otros no podían. O…, no querían.

—Vale. Vamos a dejarlo. Así no avanzamos.

El silencio duró unos pocos minutos. Hasta que algo iluminó la cabeza del aspirante a médico.

—Quizá podemos hacer algo. Creo que sé dónde podemos ir. Vámonos.

COSAS DE JÓVENES

Con las primeras luces del alba Lara se dirigió a la residencia. Había estado ocupada con varios de los casos de inmigración que llevaba. No se había olvidado de Patience. Había hecho ciertas indagaciones y estaba cerca de construir un caso sólido que podría ayudar en su defensa. Pero, necesitaría demostrar que la habían drogado. Si no, sería difícil demostrar que sus actos fueron cometidos en un estado de enajenación, inducido por un agente externo que la pobre adolescente había sido obligada a ingerir. Llamó a la puerta de la residencia, y un hombre en los cuarenta abrió la puerta. Era un familiar de el Cura que le ayudaba con la residencia.

—Vengo a hablar con Patience. Soy su asistente social.

—Lara. Sí, el Cura me ha hablado de ti. Si quieres, puedes subir y hablar con él. Está en la salita.

Lara subió por las escaleras, un poco espantada entre tanto cuadro de vírgenes y santos, hasta que llegaron a la salita de el Cura. El hombre dio unos golpes en la puerta.

—Cura, tienes visita. Lara está aquí para hablar de Patience.

Lara pensó, para hablar con Patience. No de Patience.

—Entra Lara, —y con una mirada a los chicos presentes en la sala, que parecían estar pasando un momento agradable con el Cura, estos salieron entre risas.

—He venido a hablar con Lara. Si no le importa, me gustaría hablar con ella para preparar su defensa.

—Siéntate. —Lara hizo caso, como influida por un aura de autoridad que ella se negaba a reconocer, aun así, cedió—. Patience no está. No sé dónde está ella, no sé dónde está Isaac. En cuanto a mi hijo y sus amigos, no sería la primera vez que desaparecen unos días. De Patience, no sé qué decirte. Tal vez, estén con ella.

—No tiene sentido. ¿Por qué se habría ido con la persona a la que atacó?

—Patience no sabe que atacó a Isaac. Y él está haciendo un gran esfuerzo por hacerle la vida más suave aquí. Pero, ya sabe. No sabemos que puede rondar por la cabeza de esa jovencita.

—¿A qué se refiere?

—A que está en un país desconocido, donde la han maltratado,

en el que ha tenido un fuerte conflicto con las autoridades, y por el cuál podría sufrir alguna consecuencia que ella desconoce. Tal vez, haya decidido huir.

—No lo entiendo. Eso no tiene ningún sentido. Ella no está en ese estado. Está asustada. Necesita alguien que la acompañe, y esa es nuestra labor. Creo que teníamos un acuerdo, usted le proporcionaba ese ambiente adecuado que la ayudara a recobrar la memoria. Y yo me encargaría de su caso.

—Pero, no la hemos visto por aquí recientemente, señorita Lara. No se preocupe. Será alguna cosa de jóvenes. Ya sabe. En cuanto vuelva, se lo comunicaremos.

—Muy bien. Pues, me marcho. Si vuelve, por favor, llámeme. —Dejó una tarjeta laboral sobre la mesa, y salió a la calle tras atravesar otra vez aquella exposición de tétricas imágenes religiosas.

HAY UNA MACETA EN LA LUNA

Alberto aparcó subido a la acera, junto a un hidrante de incendios, para no interrumpir el tráfico. Se decía a sí mismo: «que cojones, privilegios que tiene uno gracias a su profesión. Y al que le pique que se rasque». Paloma se bajó del vehículo que taponaba el paso peatonal. De fondo, los ladridos agresivos de un perro les daban la bienvenida al barrio.

—Perdone, señora. —Cerró la puerta, pero la mujer, que tiraba de un carro repleto de alimentos, no le devolvió la sonrisa. Le restregó con su mirada que en ese barrio ellos no mandaban. Hace décadas que los abandonaron—. Vamos, Alberto.

—A ver, el caníbal de Larios es un camello de poca monta, el Perlita. Vamos, un pieza. Trabaja para varios patronos. Se sabe que ha hecho trabajitos para las principales mafias de la costa del sol, pero, sobre todo, le debe fidelidad a uno. Al tipo lo llaman Gamibé. No preguntes por el origen del apodo. Esta gente tiene su particular arte para estos temas. Está en busca y captura desde hace meses y, lo peor, es que lo buscan otros clanes gitanos de Sevilla, que lo quieren muerto. Mató al hijo del Japo, el patriarca del clan Romeral. Un tipo que colecciona motos japonesas. No veas lo que encontraron en su finca. Al Perlita hace tiempo que no lo ve nadie, pero han visto a su mujer, Manuela, que debe de vivir en una de estas casas. Y al Perlita también se le ha visto por aquí merodear, por lo que es posible que estén moviendo hachís por aquí.

Las callejuelas del barrio La Palmilla se estrechaban al llegar a las puertas calientes, esas que estaban calificadas por la policía como los puntos neurálgicos de atención al cliente, el drogadicto. O de pequeños narcos que venían a por alguna mercancía algo mayor.

—¿Cuál es el plan? ¿Ir de puerta en puerta preguntando? ¿Crees que nos van a decir algo?

—Tengo un listado de viviendas por las que podemos empezar.

Los gritos despertaron el instinto de los policías que, casi de manera autónoma se llevaron las manos a la funda de las pistolas. Los ladridos del perro se hicieron insoportables.

—¡Qué coño pasa! —Paloma no llegaba a discernir quién gritaba, pero los gritos parecían venir de dentro de uno de los portales. A esas

horas, los gallos aún no habían cantado en ese barrio, en Palmilla los gallos cantan por la tarde. Pero tan temprano en la mañana, ¿quién tenía tanta energía?

—Allí, mira —Alberto señaló la dirección de la que procedían las voces. Vieron salir a una chica algo angustiada.

—¿No te suena su cara? —el color plateado de su pelo no era difícil de olvidar.

—¡Largo de aquí! No queremos saber de ustedes dos. —La voz era la de un hombre con un rudo acento gitano. No llegaban a verlo porque los ocultaba la oscuridad del portal.

El siguiente que salió fue reconocido por ambos agentes. Con el casco de motorista en la mano, hablaba en dirección al portal. Pero fue el vendaje en la cabeza lo que les rebeló quién era.

—Solo queremos saber dónde puede estar el Mochi. Y la chica. Tienes que ayudarnos. —Isaac, trataba de razonar, mientras Laura tiraba de él hacia fuera.

—Ayudarse ustedes mismos y largarse de aquí, y no aparezcan más. —Ahora era una mujer, de etnia gitana, la que había salido hasta la puerta del portal en bata. Detrás de ella aparecía la figura de un hombre bastante corpulento, y muy moreno. Y por debajo, la figura de un perro sacado de un dibujo de la Warner, con una cabeza enorme, acompañada de un cuerpo alargado, cuyas proporciones no respetaban ninguna armonía biológica, más bien las de un cuadro de Dalí. Al ver a los agentes, los tres desaparecieron en el umbral del portal. Los ladridos se fueron apagando.

Al darse la vuelta, los dos jóvenes se toparon con ambos agentes que ya habían desenfundado las armas.

—¿Qué cojones hacéis aquí?

Isaac y Laura se vieron sorprendidos. Ambos bajaron la mirada y se dirigieron hacia la moto aparcada a pocos metros de distancia.

—¿Dónde cojones creéis que vais? Parad ahora mismo.

—No hacíamos nada inspectora.

—Gracias por subirme el puesto, pero no me has respondido. ¿Ha pasado algo que deberíamos saber? ¿Qué le ha pasado a el Mochi? ¿Ese era tu amigo el del hospital? Y, ¿de qué chica hablas?

Ambos dudaron, Laura reaccionó primero.

—No inspectora. Solo buscábamos, ya sabe.

Pero Isaac sintió ganas de contarle.

—Isaac. ¿Qué escondes? Puedes confiar en nosotros.

—Creo que deberían hablar con el Cura. Quizás en estos momentos esté en dependencias policiales, o ya se haya pasado.

—Isaac, dinos que pasa, podemos ayudar.

—No podemos esperar más. Lo siento, tenemos que irnos.

—Me cago en la puta —Alberto sacó el nervio que llevaba tiempo

aflojado para ganar puntos con su jefa, pero no tenía el umbral tan alto como creía, y apuntó a la cabeza del lisiado. Al ver la venda, aflojó. Isaac se recompuso.

—Lo siento. —Amarró bien el extremo de la venda que colgaba y corrió hacia la moto en la que ya esperaba la Chi-chi. Juntos desaparecieron por las calles del barrio. Pero, entre esas calles en las que parece que nadie habla, siempre hay vigías, siempre hay algún teléfono enviando un mensaje por Signal, no por WhatsApp que está controlado por la policía. Siempre hay matones preparados para salir a ayudar en un vuelco. De uno de los garajes tres calles más abajo salieron dos motos. Los hombres que las conducían tenían un aspecto similar a los que ya se habían encontrado antes. Chándal y sudadera negras, y casco negro con visor tintado. Sin embargo, los policías nacionales no los vieron, ignorantes aún a la evolución de los acontecimientos.

—Llama a la central, a ver que narices pasa, y que localicen a el Cura ese. ¿Qué narices nos estará ocultando? La chica, ¿no será…?

—Ahora mismo. —Alberto sacó su móvil y comenzó la llamada, pero Paloma tenía prisa, no le gustaba que la comida se enfriara, y esta vez habían llegado en el momento en que el guiso bullía.

—Vamos a hablar con esa gitana. A ver si a mí me grita así, que hoy vengo calentita.

Entraron en la vieja vivienda de ladrillos resquebrajados. Les dio la bienvenida el viejo suelo de baldosas de terrazo que lucieron lustrosas en aquellos días en los que la gente llegó ilusionada, abandonando sus chabolas o sus casas anegadas tras las inundaciones de los años cincuenta. Gente que dieron una vida al barrio, gente obrera y jóvenes felices que vieron como las autoridades les dejaban abandonados al amparo de la droga que invadió el barrio en los setenta y ochenta, y que envenenó muchas almas buenas, y atrajo a otras no tan buenas. Aún había gente buena en ese barrio, incluso gente buena que se atrevía a enfrentarse a los que querían apoderarse del barrio con más mala fama de España.

Paloma observó la vivienda del bajo, con una verja que daba al exterior. Ideal para vender a yonquis sin que intentaran atracarte mientras dispensas droga. Golpeó tres veces.

—Abran la puerta, Policía Nacional. —La única respuesta fueron los ladridos del perro. Al menos sabían que era la puerta correcta.

Los dos agentes no quitaron ojo a la puerta. Quietos, esperaron un minuto, dos, tres, hasta que Alberto golpeó la puerta con más fuerza.

—Abran la puerta o tendremos que venir con una orden judicial y tirarla abajo.

La puerta se abrió de inmediato, y una mujer morena de aspecto

afable se recogía la larga trenza por dentro de la bata azul.

—¿Qué quieren? Aquí no hay nada que les interese.

—¿Conoce a Daniel Velasco? Creo que por aquí lo llaman el Perlita.

—Aquí no conocemos a ningún Daniel Velasco —mintió la mujer sin reflejar un atisbo de duda.

—Tenemos información de que el Perlita viene por aquí a menudo. Todo irá mejor si no nos miente.

—Ya le he dicho que no conocemos a ningún Perlita, ni a ningún Daniel Velasco. ¿Qué quiere saber más?

—¿Por qué gritaba a esos chicos?

—No es de su incumbencia.

—Deme su documentación.

La mujer cerró la puerta sin previo aviso. Los agentes se miraron el uno al otro, no había respeto a la autoridad, y donde no hay respeto a la autoridad algo se oculta. La mujer abrió de nuevo y entregó su DNI.

—Manuela Osorio Jiménez. Comprueba el documento. —Paloma le entregó el documento a Alberto que regresó al vehículo para comprobar los antecedentes de la mujer—. ¿Conoce usted a Darío Reyes?

La mujer enmudeció. Al cabo de unos minutos Alberto regresó.

—Fichada en dos ocasiones en Sevilla por venta de droga. Se le encontró poca cantidad por lo que no le cayó mucho, unos meses. Es la esposa de Darío Reyes.

Paloma sonrió.

—Así que conoce muy bien a Gamibé. Así lo llaman, ¿no es así?

—Conozco a Darío, sí, señora. Es mi marido.

—Y, ¿está su marido en casa?

—No señora. No sé dónde está.

—Y si lo supiese no nos lo diría, ¿verdad?

Guardó silencio de nuevo, con los brazos cruzados, bien apretados.

—Mira, Manuela, no sé cómo mujeres como tú terminan en brazos de un hombre como ese, pero creo que podría hacernos un favor, y colaborar, por el bien de todos. No queremos más muertos. No queremos que la gente del clan Romeral se entere de que andan por este barrio. ¿Tiene algo que decirnos?

—No señora, no tengo nada que decirles.

Paloma, sintió compasión por la gente que terminaba como Manuela, pero respetaba la integridad de las personas que no delataban, a pesar de que para ella eran fundamentales para avanzar en una investigación.

—Muy bien. Cuídense. Vámonos, Alberto.

—Esperen. Solo les voy a decir una cosa. A esos chavales, los van a matar. Se están metiendo en la boca del lobo. ¿Me entienden?

—La entendemos, Manuela. ¿De qué lobo?

—Uno con piel de lagarto. Ándense con ojo en este barrio.

Manuela cerró la puerta. Los agentes regresaron al vehículo y empezaron la marcha.

—Los Komodo. ¡Hostia puta! Sabía que andarían detrás de todo esto. —Alberto hablaba excitado mientras conducía el vehículo policial.

—A ver, Alberto, tampoco es tan difícil que el clan más famoso de Málaga esté implicado en algo. Pero, lo que nos interesa es saber en qué andan liados.

Los dos habían dado un salto hacia atrás, aunque el asiento les impedía retirarse lo suficiente. Una maceta yacía incrustada en la luna delantera.

CAPATAZ

Jacinto clavaba el martillo hidráulico y trataba de agujerear una gruesa capa de mármol de algún bloque despistado de las canteras cercanas, y que había interrumpido el fácil avance que hasta ahora llevaban gracias a que, fundamentalmente, se habían encontrado con roca caliza. No pensaba. Solo ejecutaba las órdenes del capataz. Este, parecía confiar más en él que en el resto de trabajadores. Podría haberse sentido valorado, podría pensar que después de pasarse la vida haciendo chapuzas de casa en casa, ahora había llegado su hora y podía encargarse de un grupo de operarios, de estar al mando. El capataz trataba de impregnarle de esa autoestima que él esquivaba. No le interesaba nada. Trabajaba por inercia. Ni siquiera prestaba atención a su alrededor. Llegó la hora del descanso y les trajeron bocadillos y agua. A su lado se sentó uno de los tipos que había llegado con él en su primer día, y que, aunque callado, parecía estar siempre cercano. Ese día rompió el silencio.

—¡Eh! Compadre. Creo que le caes bien al capataz. —Los dos miraban al rudo cuarentón de densa barba negra, que parecía recién salido de un campo de entrenamiento del Daesh—. ¿Por qué le ignoras? Podrías tener un trabajo más tranquilo, dirigir las operaciones desde arriba, ya sabes.

Jacinto devoró un cuarto del bocadillo al primer mordisco, y siguió masticando, con la mirada al frente, hacia las rocas que lo rodeaban.

—No quiero interferir en lo que sea que te tiene abstraído, pero creo que eres de los pocos cuerdos aquí. Ya sé que no debemos hablar, pero, ¿te has fijado en el estado de los trabajadores antiguos? A mí me huele algo mal, compadre. Esas caras que me traen no son normales.

Jacinto daba cuenta del bocadillo y, aunque escuchaba a su compañero, no le respondía. Él no quería saber nada de lo que fuera que pudiera ocurrir en ese sitio. Por lo que a él respetaba, jamás había estado allí. Cuanto menos viera, cuanto menos escuchara, mejor. El tipo dejó de hablarle y se dedicó a su propio bocadillo. Ya había dicho todo lo que tenía que decir. Sin embargo, a partir de ese momento, Jacinto tomó consciencia sin quererlo, y observaba por el rabillo del ojo a algunos de los trabajadores. Sí que tenían un aspecto desaliñado

y abstraído, pero imaginó que sería la consecuencia de trabajar durante horas encerrados, sin ver la luz del sol salvo por la que entraba por los resquicios de algunas ventanas. Además, si había llegado a esa situación era porque, como él, tenían una deuda pendiente con los Komodo. El tipo se acercó otra vez a su lado, y le susurró al oído:

—¿Qué crees que estamos construyendo? Yo tengo la impresión de estar construyendo un campo santo. Mi alma, que Dios nos pille confesados, espero que no estemos cavando nuestras propias tumbas.

Las palabras del personaje que tenía a su lado generaron cierta intriga en Jacinto que, por primera vez, observó la construcción con algo más de detenimiento. La construcción abarcaba tres niveles, por lo menos. El más subterráneo comenzaba a extenderse más allá de los límites de lo que era la nave industrial. La profundidad podría exceder la de cualquier sótano de la zona, por lo que, claramente, su objetivo era evitar encontrarse con otras construcciones. ¿A dónde querían llevar esos pasadizos? No tenía ni la menor idea, ni quería saberlo. Pero el sitio en el que estaban ponía los pelos de punta. Parecía como si construyeran decenas de criptas. Quizá querían guardar la droga en compartimentos, pero, ¿por qué tantos? ¿Tendría razón aquel trabajador? ¿Cavaban su propia tumba? El segundo piso parecía que iba a ser una estancia diáfana. Y el tercer piso, aún no lo sabía, pero daría a la planta principal, por lo que debería tener algo que disimulara lo que fuera que construían ahí abajo.

—Eh, compadre, háblame por esta oreja que es en la que tengo el implante coclear. Ya ves, sordo desde el nacimiento. —El trabajador rio con disimulo su propio chiste, pero ni siquiera así consiguió sacar una palabra de la boca de Jacinto.

NH3

Un fuerte olor a amoniaco fue lo primero que sintió. Después, un terrible dolor de cabeza. La notaba palpitar de nuevo, parecía una migraña que, además le dificultaba abrir los ojos. Hasta que intuyó que daba igual abrirlos porque encontraba la misma oscuridad. Notó su saliva algo pastosa, con un sabor entre metálico y salado. Le dolían los labios. Se palpó con la lengua y noto varias heridas recientes por las que aún brotaba algo de sangre entre la ya coagulada que se acumulaba sobre el labio. Exploró algo más lejos con su lengua, y notó el mismo sabor a hierro mezclado con sal que caía como un pastoso río por el surco nasolabial. Se encontraba tirado en el suelo, algo desparramado, en una posición incómoda. Trató de incorporarse, pero le dolía el abdomen y, lo peor, tenía las manos y los pies atados. Su cabeza debía estar cubierta por una bolsa de tela negra, y el vendaje cosquilleaba su frente al no poder amarrarlo correctamente. Poco a poco, Isaac fue recordando. Estaban a punto de llegar a la circunvalación para incorporarse a la A7 cuando chocaron o, más bien, fueron arrollados. Y ahora no cabía duda de que el choque fue intencionado, por lo delicado de su situación. En una semana había tenido tres accidentes. Las nuevas heridas reventaban las anteriores sin que pudieran llegar a curarse. Pensó en Laura, ¿dónde estaría? Ni siquiera recordaba cómo fue transportado a este cubículo en el que ahora reposaban sus huesos magullados. Recordó que los seguían dos hombres en motos. Similares a los que había visto antes patrullando el barrio. Él se preocupó de despistarlos, no fue demasiado complicado para un piloto de su talla. Sin embargo, ese coche no lo vio venir. Les esperaban. ¡Qué incauto!

—Isaac —como un susurro quejumbroso le llegó la voz de Laura. —¿Estás bien? Te siento, pero no te veo.

—¿Laura? ¿Qué alegría oírte? ¿Sabes dónde estamos? ¿Recuerdas algo?

—Recuerdo que hubo un accidente y, en seguida, vinieron unos capullos que tan solo se preocuparon de agarrarnos por pies y brazos. Nos metieron en una furgoneta y nos hemos tirado una hora de trayecto. Luego nos tiraron aquí como si fuéramos bolsas de basura. Y, ahora, has despertado.

—¿Cuánto tiempo llevo dormido? —Tal vez, Laura recordara también eso, porque él tenía un lío en su cabeza monumental, que ya no sabía que había sido real y que no eran más que inventos de su propia cabeza.

—Han pasado varias horas desde el accidente, yo diría que cinco o seis. No nos han dado ni agua.

—Y, ¿estamos solos? Mochi, Patience, ¿no estarán por aquí también?

—No creo que haya nadie más en esta habitación, nos habrían hablado. No parece una habitación muy grande, pero no podido inspeccionarla.

—Joder, tenemos que escapar.

—Creo que lo tenemos un poco difícil, ¿no te parece?

Isaac trató de sentarse, rodó sobre su espalda, pero sus muñecas escocían. Se incorporó, primero se colocó de rodillas, luego de un salto se puso en pie. Tanteó la fría pared con las manos que seguían amarradas, por lo que tenía que desplazarse pegado de espaldas a la pared. Reconoció la puerta por la madera astillada, buscó la manilla y trató de forzarla. Obvio, no iba a estar abierta para ellos. Al quinto o sexto intento la puerta cedió, solo que se abrió con tanta fuerza que Isaac cayó al suelo. Lo notó húmedo y un olor fuerte a podrido se coló por los pequeños poros de la bolsa de tela. Alguien lo cogió por las axilas para levantarlo, pero Isaac se agitó nervioso.

—¿¡Quién cojones eres!?

—No hagas preguntas. No estás en condiciones. Celebra que sigas con vida. Pero ten cuidado con lo que haces o dices. Los que entran en esta habitación no suelen salir con vida. De ti depende. —Su acento era extraño, extranjero seguro, pero no lograba identificar su procedencia. ¿Tal vez, del este de Europa?

—¿Dónde estamos? ¿Quiénes sois?

—¿No entiendes? Te creíamos más listo. —De repente, el tipo que aparentaba ser corpulento por la potencia del agarré, ahora concentrado en el brazo derecho, gritó—, ¡Tú te quedas guapa! Y reza para que tu colega se porte bien, tu destino está en sus manos.

—¡No le hagáis nada!

—Y, ¿ahora das órdenes? Qué personaje. Realmente no tienes ni idea de que estás metido en un lío de cojones. Vamos, cierra esa puerta, nos llevamos a este.

Alguien más cerró la puerta, y luego notó como se incorporaba a su lado izquierdo para cogerle por el otro brazo, como si con un Rottweiler que le tirara de un brazo no bastaba. Subieron por unas escaleras y avanzaron por varios largos pasillos. Al menos, la humedad se había convertido en calurosa. Pensó en la pobre Laura. ¿Qué habría querido decir con que su vida dependía de él? Escuchó unos susurros,

luego una puerta que se abría, y por fin el tan deseado empujón que le hizo tropezar y caer al suelo. Claro, gilipollas, tengo los putos pies atados. Isaac trató de incorporarse.

—Quitadle la bolsa. —Esta vez sí reconoció el acento. Magrebí. Y en cuanto le quitaron la bolsa sus sospechas cobraron vida.

—Jeque. ¿Qué pasa? ¿Qué te hemos hecho?

—¡Cállate! Coño con el niño. —El galletón con la mano abierta había destrozado la mitad de la venda, dejando al aire parte de su oreja tullida. Ahora, también reconoció al capullo agresivo. Taras. El finlandés.

—Isaac, nos conocemos hace tiempo. Tú sabes que yo te aprecio. —Sissa se mostraba tranquilo, sentado en una silla metálica plegable, con los brazos sobre los muslos y las manos entrecruzadas.

—¿Entonces?

—Entonces, no me gusta que me roben. No me gusta que maten a mis hombres. No me gusta que me tomen por tonto.

—Pero, yo no sé de qué me hablas. —Isaac trataba de poner su mejor cara de incrédulo. Lo de robar, bueno, podría haberse enterado de los fardos que habían recogido del mar. Pero, ¿matar? Él no había matado a nadie. Solo tenía que enfocarse en lo que sabía que no había hecho para dar más credibilidad a su argumentación. —Yo no he matado a nadie en mi vida. Y si me piden que mate a alguien, antes me mato yo.

—Muy heroico chaval. Sin embargo, tú y tus amigos habéis estado actuando a mis espaldas, os aprovecháis de nuestra buena voluntad, de mi negocio para hacer los vuestros sin pagar un mínimo impuesto, sin declarar vuestras cuentas.

—Sissa, estoy seguro que cualquier malentendido que haya podido ocurrir podemos arreglarlo. Yo siempre os he sido fiel. Me he dejado la piel en el mar, apenas he perdido una carga en más de treinta carreras.

—Lo sé, Chino. Por eso aún estáis vivos. Tú, y tus amigos.

—¿Dónde están?

—Esa chica, Laura, buena chica. Parece empeñada en comprar entradas para un recital de Reguetón en el infierno. Créeme. Hasta esa música acabará odiando.

—Déjala ir.

—Lo creas o no, ella tiene más ángeles de la guarda de lo que cree. Pero tu amigo. El Mochi. Lo tiene difícil, Isaac. —Sissa hizo un gesto y Taras se acercó a una puerta trasera del improvisado despacho del narco y arrastró una silla de madera vieja dentro de la habitación. En ella, apaleado, con la cabeza gacha y un hilo de sangre que caía incontrolado desde su boca, apareció Aarón. Apenas respiraba.

—¿Qué cojones? ¿Por qué le habéis hecho esto?

—Entiendes que no tengo por qué responder a esa pregunta. Piensa que sigue vivo. Algo por lo que Taras está bastante confundido. Mira. Nos ha parecido muy interesante el sistema de geolocalización submarina. Podríamos hasta contar con sus servicios. Pero, aquí somos como una familia. No podemos dejar que alguien nos toque y salga campante como si nada. Escúchame. No vamos a andarnos con más rodeos. Haremos un trato. Tú nos harás un trabajito más, y tus dos amigos quedarán libres. Quizás hasta nos planteemos lo de ese sistema, aunque no creas que no hay ya geolocalizadores. No es el primero en venir con una oferta semejante.

Un murmullo gutural salió de la garganta de Aarón que trataba de protestar. Ninguno era tan bueno como el suyo, capaz de esconder en el mar una carga para luego recuperarla. Pero era incapaz de articular palabra. Al final, solo consiguió esputar un nuevo chorro sanguinolento.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Una carrera más. Una carrera simple.

—Sabes que ya tengo dieciocho, y que podría ir a la cárcel.

—Pudiste acabar en un centro de internamiento para menores. Y, sin embargo, trabajaste para nosotros. —Sissa jugaba con un palillo entre los dientes. Daba la sensación de que acababa de salir de un bar de tapas.

—Pero, os dejé bien claro que no habría más viajes. Intento reorientar mi vida.

—Qué bonito, Isaac. —Frase que acompañó de unas palmadas, a las que se unió Taras, con tres palmadas, seguidas de puñetazos directos a la cara de Aarón.

—¡Para, hostia! Dile al puto Neanderthal que pare de una puta vez. Vale, un viaje. No más. Pero los sueltas hoy mismo.

—Yo pongo las condiciones. El viaje es esta misma noche. Te acompañará tu amigo.

—Pero, si no puede ni mantenerse erguido. ¿Cómo quieres que haga un viaje por mar desde el otro lado del estrecho? ¿Cómo vamos a ir a Marruecos? Mira cómo le habéis dejado, joder.

—Es un viaje diferente. No tendrás que pisar Marruecos.

Isaac se detuvo unos instantes en el camino mental que lo llevaba a convertirse en un gran neurocirujano. Su sueño. Le había costado mucho dejar el mundo del narcotráfico y realmente podía ser un gran médico. Pero, esto le podía trastocar los planes. Observó a su amigo que balbuceaba algo incomprensible.

—Necesito una cosa más.

—¿Otra vez pidiendo? Joder, Taras, este tío nos podría ser muy útil. ¿No crees?

—Sí, Sissa. Para dárselo de comer a los perros.

—¿Dónde está Patience? —Isaac hizo caso omiso a los comentarios de los dos narcos.

—¿Patience? ¿Quién coño es Patience?

—La chica que raptasteis de la residencia de el Cura. La africana. ¿La drogasteis vosotros?

—Escucha, Isaac, de verdad que me gustaría ayudarte, pero ahora mismo desconozco de que me hablas.

—Me dispararon vuestros hombres. Me tiraron de la moto.

—Escúchame, niñato de los cojones —Taras perdió los nervios como era costumbre, mientras, Sissa hurgaba entre sus dientes con el palillo. El finlandés había agarrado a Isaac por el cuello. Algunos pelos rubios rebeldes se escaparon de la coleta—, aquí nadie dispara sin una orden mía, si te hubiéramos disparado, te aseguro que lo sabría. Pero, ese capullo de ahí cuya vida depende de ti, se ha cargado a tiros a dos de mis hombres, después de sacar más de treinta kilos de hachís de uno de nuestros escondites. ¿Quieres más pistas de lo que os puede pasar en las próximas horas?

—Tranquilo, Taras. Isaac es un buen chico, seguro que va a colaborar. —Sissa se acercó a la silla en la que el Chino se desesperaba, los ojitos redondos perdían su esencia asiática, aturdido, perdido en el infinito—. El trabajo es sencillo. Con este trabajito salvarás la vida de este capullo que dice ser tu amigo, pero que ha actuado a tus espaldas, y de la chica que ahora mismo se pudre en las cloacas de este edificio. Si aceptas, la pasaremos a un lugar más cómodo. El Mochi irá contigo. Nos irá bien alguien con capacidad de lanzar la carga por la borda en caso necesario.

Ambos rieron ante la imagen del apaleado tratando de tirar la carga en una embarcación a toda velocidad por el mar. Taras dio una patada frontal a el Mochi, que cayó al suelo junto con la silla a la que estaba amarrado.

—¡Eh! Escoria. Así te llaman por ahí, ¿no? A mí no se me olvidará lo que has hecho. Cada mes tengo que pagar a las mujeres de esos hombres que liquidaste para que saquen adelante a sus hijos. Gente como tú solo servís para una cosa. Dar de comer a las ratas en un vertedero.

—¿Aceptas? —Sissa, sonreía a Isaac que trataba de salir de su estado turbado. Con un gesto indeciso movió la cabeza de arriba a abajo—. Te prometo que me enteraré del estado de esa chica que buscas. Patience, ¿no?

—Sí, sí, Patience.

—Muy bien Isaac. Con esto seguro que el gran Draco quedará satisfecho. Y, ¿quién sabe? Lo mismo hasta le interesa la idea esta del geolocalizador submarino. Venga. Lavarlos un poco, y que coman algo. Necesitan recobrar fuerzas para esta noche.

Taras gesticuló, y de las sombras salieron varios hombres que agarraron a Aarón y lo llevaron en volandas, mientras el mismo Taras acompañaba a Isaac hacia un lavabo.

CONFLICTO DE INTERESES

Alberto y Paloma esperaban cada uno inmerso en su propia prisión de estímulos y recompensas a la que respondían con sus dedos, sin ser conscientes de su adicción a los dispositivos móviles. Dirían que estaban trabajando, claro. Cada uno en un sillón de una confortable habitación repleta de libros, muchos religiosos, aunque algunos les sorprendieron por ser de tono claramente anticlerical. Delante de ambos, la televisión no mostraba nada salvo su propio reflejo. A los pocos minutos, apareció el Cura.

—Buenos días, agentes. Perdonen el retraso, estaba dando una homilía a los residentes. Muchos vienen de familias muy religiosas.

—Sí, ya vemos. Ayer vimos a su hijo. Andaba con esa amiga suya, Laura.

—Sí, la conozco. Una buena chica, algo alocada, y demasiado encariñada por Isaac. No es su tipo.

—En Palma-Palmilla. —Añadió Alberto, sin necesidad de añadir nada más.

—¿Qué harían por ese barrio?

—Venimos porque el mismo Isaac no dijo que viniéramos a hablar con usted. Creemos que hay dos personas desaparecidas que usted podría conocer. Uno es uno de los amigos de su hijo. Aarón, el Mochi. Hemos contactado con su familia y dicen que llevan un par de días sin verle. Aunque, para ellos, es normal que desaparezca, por lo que no tenemos claro que sea una desaparición, aún. Pero nos sorprendió que sus dos mejores amigos lo estuvieran buscando en ese barrio.

—Sí, sí, lo conozco, un pieza. No es extraño que desaparezca de vez en cuando. Mire, yo respeto a mi hijo, es un buen chaval, pero ya sabe, le gustan las emociones fuertes. Quizás este chico no haya sido la mejor compañía con la que pudiera haberse juntado, pero estoy seguro que se quieren como hermanos, y eso, a veces, es lo más importante.

—Y, supongo que no sabría entonces decirnos dónde podemos encontrarle.

—Ni la más absoluta idea. Es un chico complicado, con muchas inquietudes. Pero suele llamar de vez en cuando.

—Le ha llamado recientemente.

—Sí, ayer por la tarde.

—No le preocupa su paradero.

—De momento, diría que no. Pero ya se encargan ustedes de preocuparme.

—Y, ¿Patience? ¿Dónde está la chica?

—Esta mañana a primera hora puse una denuncia en comisaría. Isaac me llamó para decirme que había visto como la secuestraban aquí delante, justo en ese semáforo. Mi hijo los persiguió y casi lo matan. Ya sabía yo que no era buena idea traerla aquí, pero él se empeñó, y esa chica, Lara, me convenció de que le haríamos un favor. Tengo que llamarla. Por cierto, ayer se pasó por aquí algo inquieta. Menuda lengua tiene. Pero debo informarla de su desaparición ahora que está llevando el caso de la chiquilla. Pero, ¿ustedes no saben nada de esto?

—Primera noticia. Alberto, ¿puedes comprobarlo? —Alberto salió de la habitación para llamar por teléfono a la central, acabó por salir al pasillo, fuera de la residencia, y se escucharon algunos gritos de indignación.

—Es increíble la falta de comunicación que tienen ustedes entre las fuerzas de seguridad. Así no se vencerá nunca al crimen organizado. Siempre van por delante de ustedes.

—Lo cierto es que sí. Hay administrativos que tienen los cajones llenos de órdenes sin ejecutar y de información crucial para resolver muchos casos. A veces tenemos que buscar en nuestras papeleras para encontrar la pieza clave de un puzle. ¿Cuándo se produjo la desaparición?

—Anoche. Ahí debajo. —Paloma se levantó e inspeccionó el exterior tras abrir la cortina. Se divisaba un pedazo de calle, un paso de peatones, una explanada enfrente en la que había varias motos aparcadas y varios establecimientos desde los que quizá se pudo grabar algo con sus cámaras de seguridad.

—Entonces, hace casi veinticuatro horas que ha desaparecido. Su hijo le avisó a usted unas diez horas después. No confía mucho en usted, ¿no?

—Ya le he dicho que es un chico con muchas inquietudes. No sé qué le llevó a actuar como actuó. Yo habría agradecido que acudiera a mí primero, pero acudió a alguien que no podía ayudarle.

—Y, ¿usted si hubiera podido?

—Si me lo pide Isaac, puedo invertir los polos de este planeta.

—Ya veo. Pero, ¿no le preocupó que secuestraran a una chica justo delante de su residencia?

—Fui a poner una denuncia en cuanto lo supe. Claro que me preocupa. Si hubiera sido una chica de la residencia, habría sido

diferente. Ya sabe, los padres, la reputación. Pero, yo no sé el origen de esa joven. Es una pena, a veces se dan tan pronto a ciertas relaciones con gente en la que no deberían haber confiado desde un primer momento.

—Cura, vamos, la mayoría de esas chicas, si no todas, son objeto de engaños, secuestros de sus familiares y obligadas a prostituirse, deudas infinitas. ¿Cómo puede decir esas cosas? Creí que dejábamos a Patience en buenas manos, pero ahora veo que no. Tendremos que poner en su sitio a esa chica, Lara.

—Una chica revoltosa. Para ustedes, digo. No les deja hacer su trabajo bien. Tener a una menor de edad en prisión incomunicada no parece que se lo hayan enseñado en la escuela de *buenismo* feminista. Cada uno tenemos nuestras cosas.

Alberto entró rápidamente en el despacho.

—Tiene razón, la denuncia está puesta pero aún no la han registrado en el sistema informático. Tuvieron problemas con la red.

—En fin, no sé si en algún momento dejarán de subvencionar a charlatanes con amigos imaginarios y empezarán a financiar bien a nuestros cuerpos de seguridad. Me gustaría decir que ha sido un placer, Cura. Nos veremos pronto. Vámonos, Alberto.

—Vayan con Dios.

Al salir a la calle, Paloma le pidió a Alberto que circulara y aparcara varias manzanas alejadas de la residencia.

—Vamos, tenemos que pasar por varios establecimientos. Pide una orden para que nos den los vídeos.

—¿Por qué me has hecho conducir hasta casi un kilómetro de distancia si ya estábamos allí?

—No me fío de ese cura.

ABIS

Silvia tenía a dos ingenieros informáticos analizando los vídeos que habían conseguido entre Alberto y Paloma. Incluso la residencia tenía alguna cámara pero, lamentablemente, esta no miraba a la calle, tan solo la enfocaba un poco cuando se abría la puerta de la residencia de estudiantes. Registraron las caras de Isaac y de Patience en el sistema automático de identificación biométrica, también conocido por sus siglas ABIS, y el software de inteligencia artificial buscó entre los millones de parámetros procedentes de las imágenes proporcionadas por las cámaras hasta encontrar una coincidencia, lo que ahorraba muchas horas de visualización. Luego, los agentes revisaban el momento para ver si coincidía. Por fin, dieron con el momento del secuestro. Tal y como lo había contado Isaac, se habían llevado a la pobre chica y todo apuntaba a un secuestro selectivo. Los tipos iban de negro y con pasamontañas, por lo que era muy complicado identificarles. La furgoneta podría ser más fácil de seguir, pero la matrícula estaba protegida por algún tipo de sustancia que impedía su lectura por una cámara.

—¡Joder! —Exclamó Alberto, que visualizaba por décima vez la fracción de segundos que había durado el secuestro—. Mira esa ventana.

—Amplía —Paloma también se acercó a la pantalla—. No me lo puedo creer.

Silvia había ampliado al máximo la ventana de la residencia desde la que, tras la cortina, alguien observaba el momento en el que se producía el secuestro.

—Es el puñetero enviado celestial. —Paloma parecía recobrar el aliento—. Ese tío tiene de santo mis ovarios.

—¿Os dijo que no se enteró del secuestro hasta que Isaac lo llamó?

—Hijo de puta. —A Paloma le salía espuma por la boca. En ese momento, si le hubieran hecho un test de posesión infernal habría dado positivo—. Miente más que habla. Y un enviado de Dios que incumple uno de los Diez Mandamientos con tanta vehemencia, es posible que también incumpla otros.

—¿Qué hacemos? —Alberto miraba a las dos amigas. Si por él

fuera, irían ahora mismo a la residencia y se llevarían arrestado a el Cura hasta que contara lo que sabía.

—¿Por qué cojones no hizo nada?

—Lo denunció a la policía. —Silvia trató de hacer de abogada del diablo.

—¿Doce horas después de haberlo visto con sus propios ojos? —Paloma pensaba que ese Cura sabía más de lo que contaba.

—Y dejó que su hijo se embarcara en una persecución sin apoyo policial. —Alberto, crujía sus nudillos, uno a uno, varias veces, en rondas interminables.

—Deberíamos analizar el resto de vídeos. —Silvia, ordenó a sus agentes que continuaran con el análisis en búsqueda de más información relevante.

—Ese Cura oculta algo. Debemos volver a interrogarle. —Alberto seguía en sus trece. Pero empezaba a cruzar la frontera de la sugerencia a su superior, a dar órdenes él mismo, y por esas no estaba dispuesta a pasar Paloma.

—Vale, Alberto, iremos. Pero antes debemos hacer dos cosas, y nos dividiremos el trabajo. Tú vas a interrogar al el Perlita. Lo pones contra la espada y la pared. ¿Me entiendes? Esta vez tiene que recordar. Yo voy a regresar al Cortijo. Creo que hay algo que se nos escapa.

La pareja abandonó a Silvia ante la maraña de información a analizar, y su teléfono empezó a vibrar. Suspiró.

—¿Qué quieres?

La tez de Silvia fue variando de tonos claros a oscuros, para pasar, tras respirar en profundidad, a un tono intermedio.

—Está bien, Lara, pásate por mi casa luego. ¿Vale? Y te cuento todo lo que puedo contarte.

IRIS TRANSLÚCIDO

Jacinto trabajaba duro, aunque ya no estaba seguro de para qué. Su hija se había fugado. Le odiaba. Lo que más quería en el mundo, aquello por lo que estaría dispuesto a delinquir, incluso, si llegara el caso, tal vez hasta a matar, lo había abandonado, no le quería. Sí, era cierto, la había encerrado. Pero, había sido por su bien. Tan solo quería salvarla.

El capataz había tomado mucha confianza con Jacinto y ahora era él quién dirigía gran parte de la obra. El piso subterráneo seguía extendiéndose fuera de los límites de aquella zona industrial. Tal vez, sería un pasadizo para escapar en caso de que la policía hiciera una redada. Algunas de las habitaciones parecían estaban equipadas como laboratorios. Quizás era eso. Laboratorios de procesamiento de drogas. Ya había empezado la construcción de la segunda planta. Aún subterránea. Mucho más diáfana. Una gran sala, presidida por unas escalinatas. Parecía que fueran a construir una sala de congresos para dar los premios al mejor narco del año. Jacinto seguía despreocupado por lo que ocurriera a su alrededor. Lo único que le había preocupado hasta entonces era su hija. Pero, eso no quitaba que no se percatara de que aquellos trabajadores parecían cada día más idos. Como si fueran esclavos sin futuro, cuya única finalidad en esta vida fuera trabajar para el narco. Trabajaban con esmero, paraban para comer, apenas intercambiaban palabras. Pero sus ojos parecían dormidos a pesar de estar abiertos. Tal vez, era el mismo estado de conciencia que él mismo estaba adquiriendo. El del sumiso. El del que no tiene nada que ganar ni que perder.

Ese día pasó algo que aún lo asustó más. Un grupo de mujeres fue conducido a través de lo que parecía la pista de baile hacia la escalinata que bien podría albergar un escenario para conciertos. Pudo ver lágrimas bloqueadas que no terminaban de brotar en algunas de aquellas almas. En otras, tan solo el blanco de sus ojos, y el iris translúcido. Tan solo fueron unos segundos lo que tardaron en pasar por delante de él. Alguien, les habló en su idioma nativo, y todas a la vez se arrodillaron durante unos minutos. A otra orden, todas se levantaron, y continuaron la marcha.

Al terminar la jornada, Jacinto, subió las escaleras que llevaban a

la planta superior. Allí, también habían avanzado los trabajos. Daba la sensación de haberse transformado en un recibidor lujoso. En el centro, un estanque de diez metros cuadrados presidido por una fuente sobre la que había una estatua negra, alargada, masculina, que mostraba indecoroso un sexo alargado, extremadamente grueso para el tamaño de la propia figura. Su cara era espantosa, como una máscara africana diseñada para espantar a los malos espíritus, o para atraerlos. Fuera como fuese, él no quería saberlo. Se subió al autobús. Tan solo le quedaban allí un par de jornadas. Su trabajo habría terminado. Y su vida.

PERLITAS

Alberto esperaba en la pequeña sala, iluminada por un tubo fluorescente. Revisaba sus anotaciones, pasaba las hojas de cuadrícula de su libreta de bolsillo. Un oficial de la policía nacional entró junto con un hombre de aspecto raquítico, tal vez fuera corredor de maratones, o tal vez un yonqui, o simplemente estaba muy delgado. Se podía apreciar con bastante claridad el aspecto que tendría su futura calavera. Los pelos revueltos le tapaban la mitad de la cara. Su tez, oscurecida por los años expuesto al sol contrastaba con el blanco de la escayola que decoraba su brazo izquierdo casi hasta el hombro. No compartía etnia con nadie.

—Aquí lo tienes —con cierto aire despectivo el nacional obligó a sentarse en la silla de madera al hombre, que no trató de recomponer su compostura, simplemente estiró la manga del brazo derecho del chándal Adidas del mercadillo, azul con dos rayas blancas —el famoso Perlita. Conocido en la esfera planetaria por conseguirte la merca más barata. ¿Verdad Perlita?

—Gracias Juancar, no te preocupes, ya me ocupo yo de este. Hablamos luego mientras nos tomamos un café expreso. Al final conseguisteis que os compraran la máquina.

—Hay que aprovecharlos jefe, mira que nos costó meter una máquina y, ahora los putos ecologistas van a conseguir acabar con las cápsulas. Otra vez tendremos que volver al *aguachirri*.

—Ya ves. Habría que meterlos a todos en un contenedor y mandarlos a la selva con los leones. Venga. Nos vemos luego.

El oficial salió de la habitación, y Alberto observó a el Perlita, que empujaba la silla hacia atrás balanceándola sobre sus patas traseras. La barbilla contra el pecho, y la mirada en el borde de la mesa, como si al evitar que su campo de visión se extendiera más allá le permitiera evadir las preguntas de Alberto.

—¿Qué te pasó Perlita?

—Ya ve. Aquí, *encerrao*. Y no sé qué he hecho. No me acuerdo de na. Y con el brazo hecho un cristo.

—Pues las imágenes han sido *trending topic* en Instagram, en Tik Tok, y hasta te han dedicado algún directo de Twich para hablar de lo que te pasó. ¿Has visto las imágenes?

—No me joda, así que soy famoso y al parecer soy el único que no sabe por qué.

—Entonces, ni las has visto. Espera un segundo. De esto, ni mu. Si dices algo ya sabes que me ocuparé de apretarte mientras estés en el trullo.

—Yo no voy al trullo, jefe. Yo me voy para casita. ¿Cómo me van a encerrar si no tengo ninguna memoria de nada? Pero tranquilo, que no diré na. Y ya pica la curiosidad.

Alberto sacó el teléfono y le puso unas imágenes de Instagram. Los gestos de el Perlita iban de la incredulidad, a la carcajada fácil, hasta que empezó a devorar a todo el que se acercaba.

—Hostia puta. ¿Está seguro que ese tío de ahí soy yo?

—Sí, Perlita, sí. Te lo aseguro. Mira, aquí es cuando te consiguen reducir, y desde ahí llegaste a este centro, donde estás ahora.

—Eso es maltrato policial. Vamos, no me joda, que casi me han torturado. Así que fue esa mujer la que me rompió el brazo. A esa mujer la voy a echar yo a los leones. No de África, a los del zoo, que seguro que tienen más hambre.

—No creo que te convenga meterte con una inspectora. ¿Dónde estabas antes de eso, Perlita?

—No recuerdo una mierda. Sé que estaba en mi barrio, en el Quinto. Siempre suelo estar allí.

—Y, ¿vio a alguien? ¿Algún rostro conocido?

—Jefe, en el Quinto todos son conocidos. Te pueden caer unos mejor que otros, pero todos nos conocemos. La gente forastera no es bienvenida.

—En el bar dicen que te vieron salir a la calle con el teléfono. Hemos revisado las llamadas y, al parecer, tienes una de un número desconocido. ¿No recuerdas?

—Creo que sí recuerdo salir. No recuerdo muy bien quién llamaba, creo que no le oía bien, por eso salí a la calle. Quizá no lo conocía, o era algún pesado de esos que te llaman para venderte tu nueva tarifa eléctrica. Pero más allá de eso, no recuerdo nada.

—¿No se le acercó nadie?

—Ya le he dicho que no lo recuerdo. Supongo. Acabé en ese coche, ¿no? Y me tiraron en medio de la carretera, para que me atropellaran los coches.

—Se ha encontrado una mezcla de drogas en su organismo.

—Muy limpio no estaba, eso seguro. Pero más allá de hachís, no tomé nada esa noche.

—Pues tenía restos de unas sustancias que hemos identificado en otros casos de lo que llamamos nueva droga caníbal.

—Ni idea jefe. Yo de eso no entiendo. Pero yo no me meto mierda, eso que quede claro. Yo lo que me meto sé muy bien lo que

es.

—Claro, y te lees la etiqueta de ingredientes antes de hincarle el dienta a nada. Vamos a ver, Daniel. Yo te puedo ayudar. Pero, tienes que darme algo.

—Un aviso, jefe.

—¿De qué me hablas? —Alberto pasó página a una nueva y sacó la punta del bolígrafo—. ¿De qué aviso hablas?

—Pues de lo que me ha pasado. Probablemente ha sido un aviso, ya sabe usted. En Méjico me habrían ajusticiado. Pero aquí, en España, prefieren dar un aviso. Para que no se meta uno en el terreno de otro.

—Y, ¿en qué terreno te has metido tú últimamente?

El Perlita dudó unos segundos. Miró al oficial.

—¿Tiene un cigarrillo?

Alberto salió en busca de uno, cada día era más difícil encontrar a fumadores en el cuerpo de policía. Regresó con una cajetilla y le ofreció uno.

—Gracias, jefe. No le puedo contar mucho, porque no sé mucho. Pero creo que el Gami se ha metido en terreno pantanoso lleno de varanos, y yo he pagado el pato.

—¿Vendéis la merca de otros? Varanos. Vale Perlita, muy bien, si sigues cooperando seguro que te reducirán la pena. Si te acuerdas de algo más, danos un toque, y haremos lo posible para que se considere el atenuante de que te drogaron.

—Gracias, jefe. ¿Me puedo ir ya?

—Claro. ¡Juancar! Hora de café.

ESCONDIDO

Paloma recibió un escueto mensaje de Alberto.

«Los Komodo».

Tampoco era nada nuevo. Era obvio que uno de los cinco principales clanes de la costa del Sol estaría en el ajo. Y los Komodo eran ya los sospechosos principales. Pero siempre es bueno tener una confirmación.

Respondió con un mensaje algo más largo.

«Acabo de llegar. Mira a ver si tenemos algo del coche».

Pensaba en las imágenes del coche desde el que tiraron a el Perlita. Paloma salió del vehículo policial y observó la destartalada mansión, ahora pintada de rosa chillón. Probablemente, sus habitantes no se lo debían de haber tomado muy bien. Activó su cámara para grabar. Luego repasaría las imágenes por si algo se les escapaba. La mansión reflejaba vida y muerte. Llena de misterios, Cortijo Jurado, había protagonizado la primera plana de periódicos. Había llenado programas enteros de televisión como Cuarto Milenio, numerosos investigadores del misterio lo habían investigado, habían llegado con todo el equipo de captación de presencias espectrales. Algunos jóvenes acudían con sus propios equipos de captación de sonidos y simulaban tener conversaciones con algún espíritu. Su historia era trágica, y podrida de ocultismo. Ascendió las escaleras y atravesó las cintas que balizaban la escena del crimen aún no resuelto.

Paloma no creía en fantasmas, salvo en los que se creaban para explicar algún tipo de mala suerte. Como ese puñetero poltergeist que había impedido que consiguiera su plaza de inspectora. Ella lo acompañaría al mundo al que pertenecía. Al de la inexistencia. A la puta luz. Necesitaba volver sobre la escena del crimen. Una cosa es analizar un escenario, eso a ella le encantaba, y otro muy diferente el espectáculo que había organizado su superiora. Caminó sobre el suelo repleto de señales que había dejado la policía científica, y revisó uno por uno los detalles de la investigación que habían llevado a cabo lo que le llevó unas cuantas horas. Se había pasado los días escuchando y viendo esos programas de misterio solo por conocer algo más sobre el Cortijo. Algo que le pudiera dar una pista. Sabía lo que buscaba. Pero cientos de investigadores ya lo habían peinado todo y lo que habían

encontrado ya había sido revisado. Salió al patio del cortijo. Alumbró con la linterna, ya que el sol acababa de ocultarse y el patio era ahora un lugar sombrío. Podía imaginarse por qué se había ganado la fama de misterioso. Ahora, su suerte iba a ser otra, primero pensaron en construir un hotel, ahora un complejo de oficinas ganaba las apuestas, pero nadie en Málaga se lo iba a creer hasta que realmente se levantara algo. No había túneles. Ella pensaba que podría haber algún escondite que le diera alguna pista, pero no encontraba nada nuevo. El viento arreciaba con fuerza, aunque ella no sentía la crudeza del vendaval que se levantaba. Viento africano cargado de esencia sahariana. El edificio crujía, alguna puerta gemía, y pronto los fantasmas empezarían a hablar. Quizá podría quedarse, y preguntarles a esos fantasmas lo que vieron aquella noche. Seguro que tuvieron un espectáculo en primera línea. Se los imaginaba peleando por un sitio en primera fila, las palomitas negras volando por los aires. Casi soltó una carcajada, pero un portazo tremendo la despertó de su sueño estúpido. Echó mano al cinto, desenfundó la pistola, y dirigió sus pasos, con cuidado de no hacer ruido, en dirección al sitio del que venía aquel sonido. Entró en la mansión y observó unas destartaladas escaleras que ascendían al piso superior. Creyó escuchar unos pasos, seguidos de un siseo. Sus orejas habían adoptado la posición de alerta, como si fuera un podenco acechando a un conejo. Subió poco a poco, peldaño a peldaño, amortiguaba el ruido tratando de no levantar demasiado los pies. Otro fuerte portazo y levantó la pistola. Apuntaba al piso superior, pero, a la vez, razonaba: si había alguien no andaría dando portazos. Llegó a la planta superior y encañonó hacia el origen del sonido. Lo que quedaba de puerta se movía al vaivén del viento y, aunque lo vio venir, el nuevo portazo le provocó un susto aún mayor. Quizá la descarga de adrenalina que necesitaba para quitarse el miedo de encima. Qué estúpida había sido. Se acercó al enorme hueco de lo que fue una ventana, el viento la golpeó, pero se apoyó contra la pared. Entonces lo vio, corría despavorido monte a través alejándose de la casa.

—¡Joder!

Bajó las escaleras corriendo y tropezó en el último peldaño. Rodó por el suelo y se incorporó con rapidez. «Esto no te lo esperabas, eh, puto instructor de pacotilla». Corrió hacia el exterior de la casa. La media luna no llegaba para alumbrar bien el campo. Corría mientras alumbraba con la linterna, buscaba un indicio de movimiento. Quizá ya se le habría escapado, pero no, allí seguía, corría en dirección a la carretera de campanillas. Ella siguió la persecución. Llegó a la carretera justo a tiempo de ver como se subía en una moto. Dio aviso a las unidades cercanas y describió al tipo que perseguía. Intentó seguirle, pero era inútil, no podía competir con la moto. Decidió

regresar al coche y llamar a su compañero para contarle lo sucedido. Cogió el coche y comenzó a buscar por todo el pueblo. Sus compañeros habían dado aviso a más unidades y empezaban a montar controles. Pero, era probable que llegaran tarde. Lo único que le quedaba era lo que su cámara, aún activa, pudiera haber captado.

SOFTWARE ILEGAL

Silvia llegó a casa tarde tras una jornada maratoniana. Y aún le quedaba trabajo, tenía que planear bien la estrategia del día siguiente. Al llegar al portal se encontró a Lara sentada en el suelo de mármol.

—Lara, ¿qué haces aquí a estas horas?

—Me dijiste que viniera. —Su cara era de pocos amigos.

Se recogió las rastas en una coleta y se levantó.

—Ah, sí, mierda. Lo siento. Ha sido un día de locos. He tenido mucho trabajo. Estos casos son agotadores.

—¿Dónde está Patience?

—No lo sabemos, Lara. Estamos buscándola, tenemos algunas pistas, pero aún no conocemos su paradero.

—No la habéis encontrado. Y no sabes quién ha podido secuestrarla.

—Tenemos una idea. —Silvia estaba muy cansada, solo quería llegar a casa, tomarse algo bien frío, y ponerse a terminar lo que le quedaba de trabajo para poder dormir algo. —Es mejor que hablemos mañana. Lara, no hay nada que puedas hacer. Hazme caso, vuelve a casa y descansa.

—No hasta que no me cuentes todo. Me lo debes.

—Yo no te debo nada. No juegues a ese jueguito tuyo porque no te va a servir.

—Sabes que soy buena, mejor que tus agentes, déjame ayudar.

—Hablamos mañana, ¿vale? —Silvia ya se encaminaba al ascensor.

—No, ahora.

Silvia suspiró mientras esperaba a que llegara el ascensor. En el fondo sí le debía una.

—Joder. Venga, sube, te pondré al día.

Las dos subieron al piso y dejó que Lara entrara. Silvia sacó unos refrescos y le señaló el sofá a Lara para que esperara mientras se cambiaba. Al llegar al sofá vio a la chica que conoció siendo adolescente y que ahora era ya toda una mujer. Igual de cabezota, eso sí. Le dio un trago a una lata de Aquarius, se sentó junto a ella y le puso al día.

—Así que, puede ser que sean esos Komodo los que la tengan

secuestrada. Y puede que no sea la única secuestrada. Entonces, si encontramos a alguno de esos otros secuestrados, quizá podamos encontrar a Patience.

—Verás. No es tan fácil. El inspector de secuestros nos ha dado información sobre varias personas que pudieron ser engañadas. Algunos de ellos no habían aparecido aún. Pero ya lo han hecho. Los únicos desaparecidos que hayan tenido una cita con esta mujer vía app son los dos muertos de el Cortijo.

—Pero, hay más desaparecidos ¿no?

—Sí, pero no tienen relación con los secuestradores de la aplicación de citas.

Silvia mostraba las fotos de los desaparecidos o estafados en el ordenador a Lara, que no perdía detalle.

—Así que, ¿este es el famoso ABIS? —El interés de Lara, y esos ojitos que sabían leer en binario mejor que en cualquier otro idioma, impulsaron a Silvia a bajar la pantalla, pero la mano de Lara se interpuso.

—Espera. Déjame ayudar.

—No estás autorizada a usar este software. Además, ¿te crees mejor que una inteligencia artificial?

—Venga, Silvia, esta solo es de reconocimiento facial. Los hackers tenemos acceso a herramientas más sofisticadas.

—Pero ilegales. Me meterías en un lío.

—Usaré mi ordenador. No dejaré pistas.

Silvia se frotó la frente.

—Voy a preparar algo de cena, y luego me tengo que poner a trabajar. Y después necesito dormir. No quiero oírte.

BAJO EL AGUA

Apenas un resquicio de luna asomaba por el horizonte e iluminaba débilmente las calmadas aguas. Isaac había apagado los motores al llegar a las coordenadas establecidas para recoger la carga. No le había quedado otra opción. No se jugaba con los Komodo. No se estafaba a los Komodo. Pero, sobre todo, no se mataba a un miembro de los Komodo. No había conducido nunca tan despacio, pero temía que su amigo pudiera caerse al mar. Se podía esperar una traición de cualquiera menos de su mejor amigo. Lo conocía desde la guardería. Todavía recordaba el día en que el Mochi lo empujó del tobogán y le hizo su primera brecha. Isaac se acariciaba su cicatriz, aún visible, chiquita, nada que ver con la raja gigante que le causó cuando eran pequeños. El Mochi se vio más afectado que él. Y desde ese día fue su amigo inseparable. Nadie se le acercaba a menos de dos metros sin que Aarón le bufara. Iba más lento que de costumbre porque se había pasado el viaje curando sus heridas. Apenas podía ponerse en pie. ¿Por qué hacer que le acompañara? ¿Para tirar los fardos? Ridículo. No era una buena idea. Si los paraban los patrulleros se percatarían de que algo le sucedía. Si se iniciaba una persecución no tendría fuerza para agarrarse al bote. De eso pasó a encargarse en ese preciso instante. Lo ató con unas cuerdas a los enganches de la planeadora, para que, si Isaac tenía que forzar sus habilidades, el Mochi no saliera despedido. No habían intercambiado ni una palabra desde que los embarcaron. A Aarón se le veía distante. Sus ojos apenas eran visibles entre la piel inflamada y los moretones. Cuando terminó con Aarón, comenzó con su propia cabeza. Recompuso el vendaje para tapar mejor la oreja y rodeó varias veces su frente, dejando unos cuantos pelos descuidados a merced del viento.

—¿Dónde coño estarán? Nunca antes habíamos hecho una descarga en aguas tan profundas.

El Mochi no respondió. Tampoco es que Isaac le hubiera dirigido esa pregunta. Los minutos pasaban como si fueran horas. Tal vez, era una trampa. Tal vez, era una prueba. Tal vez, los liquidarían ahí mismo.

—Déjalo. —Aarón consiguió pronunciar la palabra sin apenas mover los labios.

—¿Que deje el qué? —Isaac apañaba el sistema de sujeción.

—¿Qué crees que me va a pasar Isaac? No me van a dejar salir con vida. Creo que lo que esperan de ti es que me tires por la borda.

—Estás loco. Yo no voy a hacer eso, hermano.

—Entonces te matarán a ti también. Y a Laura. Y a esa amiga tuya come orejas.

Por un momento saltó una sonrisa en la cara de Isaac.

—Tranquilo hermano, todo se va a solucionar. Ha sido un malentendido. Haremos este trabajito, y luego les enseñarás a utilizar tu nuevo artilugio. Eres muy valioso para ellos.

—Me cargué a dos de sus hombres.

Isaac paró de trabajar. Se sentó al lado de el Mochi. Su mano penetró entre la maraña de pelo negro y lo agarró con fuerza. Lo atrajo hacia su pecho.

—Lo siento *bro*, la he cagado. —Las lágrimas comenzaron a brotar como si se hubiera abierto una brecha en una presa, y nada pudiera contener las aguas almacenadas.

—Tranquilo, somos el trío de chi. Salimos de todas. De esta también saldremos. ¿Ok?

—Ok.

Solo podía haber algo peor a que saliera despedido de la goma, que volcaran. Si eso pasaba, Aarón podría ahogarse. Le pasó un cuchillo de pesca submarina, y le hizo una señal, de las que usaban cuando estaban sumergidos. No hay peligro, pero por si acaso.

Isaac se acercó a la proa para comprobar el estado del ancla y se sorprendió con el estruendo procedente del mar. Como si fuera un desagüe gigante o alguien hubiera tirado de la cadena del wáter de Neptuno. Isaac cayó de culo. Ambos, miraban hacia el frente, y su cabeza giraba hacia arriba, a medida que delante de sus narices surgía un monstruo.

—¿Qué cojones? —Isaac miraba a Aarón, por si este supiera algo que él desconocía—. ¿Un puto submarino?

—Vámonos de aquí. Esto no me huele bien.

Isaac apenas entendía los balbuceos de su amigo, pero el mensaje era claro, y encendió el motor. La escotilla del submarino se abrió, y apareció un tipo en camiseta. Era lo único que se veía a pesar de estar manchada, la tela blanca reflejaba la poca luz que ofrecía la luna.

—No es momento de arrancar motores. —Una voz quejumbrosa salía de las tinieblas, su acento ruso o ucranio, de algún sitio del este de Europa seguro, les trataba con cierta autoridad—. Los motores se abren cuando ya se tiene la carga abordo.

—Nadie nos ha dicho que vendría un submarino. —Isaac gritaba por encima del sonido de los motores. Al final decidió apagarlo—. Saquen la carga y larguémonos de aquí.

—Muy bien. La carga está preparada. Échennos el cabo. Venga.

Isaac lanzó una de las cuerdas ancladas a la proa. El tipo bajó al casco. De dentro del submarino salió otra persona. Tan solo pudieron intuir una sombra. El tipo de la camiseta dio unas instrucciones y la sombra se desplazó agarrado a la cuerda hasta la goma. Saltó dentro, e Isaac pudo ver que era tan oscuro como la noche. No dijo nada. El otro tipo había regresado al interior del minisubmarino. Tardó un rato en aparecer. Saltó también dentro de la planeadora, cortó el cabo, y vieron como desaparecía bajo las aguas.

—¿Y la carga?

—Ya la tienen. Vámonos. Nos esperan.

—No puedo volver sin la carga —Isaac no entendía nada, si regresaba con un par de narcos a puerto, pero ninguna carga, sería motivo suficiente para que los Komodo acabaran con su vida y la de sus amigos.

—Te he dicho que ya la tienes. Rápido. No te entretengas.

PERITA

La fría cerveza cayó directa al gaznate y redujo a la mitad el tanque de cerveza. Con alcohol, sí, ¡qué pasa! ¿Acaso no era una comida social? Hoy era un día grande para él. Y se merecía lo mejor. Germán no estaba hecho para ser líder. Sin embargo, había llegado a inspector jefe de la unidad de secuestros gracias a méritos propios. Hechos que le habían labrado un nombre, Actor Secundario, o Secundario a secas. Le gustaba dejárselo largo para evitar el otro apodo. Sí, ese. Pelo polla. Si había nacido blanco era por alguna extraña razón, porque sus labios gruesos, su pelo afro, su gran sonrisa cuando estaba de humor, y su gran… Terminó el tanque y pidió otra. A este paso cuando llegara podría empezar a contar chistes de Bilbaínos. La terraza del restaurante italiano no estaba abarrotada en ese momento, pero comenzaba a llenarse. Se rascó la oreja y pronunció como para sí mismo:

—A que no viene la jodía.

—Hola. —Joder, ¿nadie la había visto llegar? Allí, delante de sus narices estaba el pedazo de tía con el que había quedado. Esto de quedar con mujeres sin foto de perfil tenía su misterio, pero, ¿este sorpresón? —Pablo, ¿no?

—Sí, claro —para qué mentir, ni en la app, ni aquí. —Tú debes de ser, María.

—Ah, sí, perdona. Bueno, me llamo Gema, no me gusta usar mi nombre en las aplicaciones, —fijo que te llamas Gema, pensó German mientras le daba dos besos—. Veo que no has perdido el tiempo.

—No, ¿quieres una?

—No, gracias, soy más de vino. —Hizo una seña al camarero que no pudo resistirse a la llamada de aquella morena—. Un Cuatro Rayas.

Germán se miró al cuello del polo Ralph Lauren y, entre carraspeos, se dijo para sí mismo, «si te oyera Paloma».

—Y, ¿qué te trae por aquí?

—Me has invitado tú a este restaurante, ¿no?

—Ah, perdona, sí, sí, que tonto soy. Me refería a que haces por Málaga. Porque, eres Sevillana, ¿no?

—Sí, sí, Sevillana de madre, Cordobesa de padre, nací en Jaén, pero llevo ya mucho tiempo viviendo en Málaga. Me considero

malaguita.

—Claro, yo también soy malagueño. De Castellón. Aquí hay Malagueños de todo el mundo, de Rusia, de Ucrania, de Inglaterra, de Francia, de Finlandia.

—Y de Madrid. —Los dos comenzaron a reír profusamente, y Germán no podía creerse la lotería que le había tocado.

Continuaron con la charla toda la comida, el postre, y los licores, y tomaron unas cuantas cervezas y vinos más. Hasta que ella pronunció las palabras mágicas.

—¿Vamos a otro sitio?

Germán no pudo más que abrir los brazos en posición de, hostias, dónde cojones quieras.

—Vámonos. Tengo mi coche aparcado por allí.

—Oh, no te preocupes —dijo ella esbozando una sonrisa evocadora—, hay mucho lío de coches y hemos bebido, he pedido un Bolt.

Pocos minutos después apareció el Bolt. El conductor saludó y ambos entraron en la parte trasera.

—Al Pechá.

El conductor arrancó. Lo único que llegó a apreciar Germán fue el anillo de oro que presionaba la palanca de cambios para meter el Drive, y salió escopetado en busca de la autovía. Ella se quitó la chaqueta y dejó al descubierto un pronunciado escote. Tremendo. Se acercó para susurrarle una cosa al oído:

—Lo vamos a pasar perita, mi niño.

Germán se echó hacia atrás pero no había vigilado bien las manos de la mujer. El pinchazo lo notó justo cuando ella pronunciaba la palabra niño. Soltó un manotazo que estropeó el maquillaje a la preciosa gitana que acababa de pincharle. Por un mes, un *morao*, como el suyo ahora. Su cabeza daba vueltas y ya no coordinaba los manotazos. Tan solo acertó a decir.

—¿Qué coño me has inyectado?

A CUARENTA EN LA SOMBRA

El calor se hacía insoportable. Si un día había viento al siguiente el calor supremo. El trabajo de inteligencia policial en el verano malagueño no era para nórdicos. Silvia se metió para el cuerpo un refresco potenciado con Vitamina D, ya que la única luz que había visto en los últimos días era la de los monitores del ordenador. Llevaba varios días sin ver a su familia, muy concentrada en el trabajo. Había echado muchas horas extra preparando la misión, muchas horas de sueño perdido, muchas horas sin estar con sus amigas, muchas horas organizando el cebo junto con el departamento de Secuestros. No le gustaban los héroes, aunque, a veces, resultaban útiles. Pero, ¿qué tenía de héroe aquel tipo engalanado con ropa de Zara recién comprada? Todo iba bien hasta que cambiaron el plan y cogieron aquel Bolt. ¿Por qué narices había tenido que arriesgar tanto? Ahora, perseguían a un taxi por las calles de Málaga en dirección a saber dónde, si es que no lo perdían de vista. Silvia avisó a Lucía para que diera el aviso a la policía de tráfico y enviaran apoyo aéreo. La misión secreta se iba al garete y serían el hazmerreír. Punto negativo para ella, y punto muy negativo para Germán, si es que salía con vida de esta. No podía dejarse inyectar nada. Eso no estaba en el plan. Eso no era muy profesional. Nunca se sabe si el improvisado practicante sabe lo que está inyectando, o controla que la dosis no fuera de caballo. Parecía que algo había alertado al conductor del taxi porque aceleró una vez llegó a la autovía. Ahora conducía a ciento ochenta kilómetros por hora, adelantando coches en zigzag. Silvia trataba de no perder el equilibrio en cada giro de la furgoneta. Dos motos de la guardia civil ya se habían unido a la persecución y podían seguir más de cerca al Bolt. Este pasó por debajo de uno de los viaductos de la AP7 y desapareció entre las callejuelas. Cuando Silvia bajó de la furgoneta, los dos motoristas de la guardia civil apuntaban con sus pistolas al interior del coche. Allí, yacía el cuerpo de Germán. Nada más. Las otras dos personas habían desaparecido. El taxista y la mujer. Había hecho un pleno al quince a la primera. La inteligencia artificial había dado con la pareja de secuestradores. Ahora los tenían grabados pero, los secuestradores habían huido. Silvia se acercó al cuerpo de Germán, le puso los dedos sobre la yugular, sobre la

muñeca, y no había señal de vida.

—¡Mierda, necesitamos una ambulancia ya!

Silvia se turnó con los guardias civiles en las tareas de reanimación hasta que llegó la ambulancia. Lo trasladaron en una camilla hasta su interior. A ratos parecía que recobraba los latidos, luego volvían a desaparecer. Lo subieron a la ambulancia y Silvia se subió junto a su compañero. La situación parecía muy crítica. Ni siquiera le había dado tiempo de activar una operación jaula para encontrar a los dos fugitivos. Suponía que Lucía se habría encargado. Ella era más fría para estas cosas, a pesar de que conocía mejor a Germán. Al ver que el pulso de Germán no regresaba, empezó a sentir una sensación de angustia, y las lágrimas empezaron a brotar, y se habría puesto a rezar si se hubiera acordado de algún rezo. Pero no le venían a la cabeza. Apoyó su frente en la mano de Germán, mientras, los paramédicos trabajaban sin parar para conseguir reanimar al policía experto en secuestros. ¿Podría ser que el inspector jefe del departamento de secuestros pudiera morir víctima de un secuestro?

El manotazo fue fuerte, pero más aún lo fue el susto que se llevó. El enfermero que estaba encima de Germán luchaba ahora por salir del agarre. Silvia se recuperaba del guantazo que había recibido en plena frente. Se levantó y agarró primero por las piernas a Germán, que no paraba de lanzar patadas que llegaban hasta el techo de la ambulancia. Se montó encima de las piernas y se impulsó hacia el pecho, tratando de separar al paramédico al que Germán se había amarrado. Ayudado por el compañero de ambulancia consiguieron deshacer el enganche del brazo izquierdo y lo redujeron hasta amarrarlo a la camilla con una de las esposas que llevaba Silvia. Entonces fue cuando se percató del porqué de los alaridos del paramédico, que minutos atrás trataba de revivir a Germán, y ahora se arrepentía de no haberlo matado. Le faltaba un pedazo de carne en el pómulo, y ahora le mordía el labio. El médico golpeaba con fuerza la cara de Germán, pero este parecía no notarlo. No sabían muy bien que hacer. Cualquier movimiento podría dejar al paramédico con la dentadura expuesta al aire. El compañero de ambulancia reaccionó antes. Puso su brazo izquierdo entre el brazo derecho del revivido y el del atacado, con el otro brazo, el paramédico comenzó un estrangulamiento, tratando de que el agarre bucal cediera. Silvia aprovechó para atar las piernas a cada uno de los amarres de la camilla. Al final el agredido logró soltarse del mordisco pero perdía mucha sangre, y sus gritos desgarradores llegaron a la cabina. El conductor frenó, y junto con el copiloto bajaron rápidamente a ayudar en la parte trasera. Ahora no solo tenían un herido. Atendieron a su compañero, mientras Silvia terminaba de reducir al valenciano, convertido ahora en una especie de infectado rabioso. Cuando

terminó, salió de la ambulancia y se sentó en el suelo agotada. Informó a su superiora del desenlace. Habían dado con los secuestradores. Estos usaban la nueva droga caníbal para anular a los secuestrados. Sin embargo, no estaba muy claro por qué convertirlos en personajes violentos. No parecía la mejor estrategia para obtener alguna recompensa. Colgó, y se incorporó de nuevo a la ambulancia justo antes de que partiera hacia el hospital. Recibió una nueva llamada y la cogió. Pensó que sería Lucía de nuevo, esta vez para preguntar qué tal estaba Germán. Está muy mal que te digan que un compañero ha sido víctima de una agresión y tú solo preguntes por los captores. Pero no era Lucía.

—¿Qué quieres ahora, Lara?

Silvia buscaba una botella de agua o algo con lo que aplacar el potencial desmayo que convertiría esa ambulancia en la que más pacientes había transportado en un solo trayecto.

—Quédate quieta donde estás. Lo que has averiguado es muy interesante.

Una pausa.

—No, no vayas.

Otra pausa.

—Joder con la niña.

Volvió a llamar, esta vez a Paloma, debían actuar, y rápido.

LA CRIPTA

El sonido de decenas de fuentes, que vertían agua cristalina sobre una larga piscina que ocupaba el centro de la sala principal del piso superior de la construcción, sintonizaban con la melodía que rumiaba el cerebro de Jacinto. Actuaba cada vez más en un modo automático, sin prestar demasiada atención a lo que sucedía a su alrededor. Aquella piscina sí llamó su atención. Las obras en el salón superior habían avanzado a una velocidad asombrosa, y empezaba a vislumbrar lo que podría ser un patio árabe, o un Hammam. Lo estaban decorando con mármoles y celosías. Las paredes representaban mosaicos con motivos eróticos, por lo que al menos no parecían estar construyendo la base del Daesh en España. ¿Era aquel edificio acaso alguna especie de club para puteros? El olor a yeso húmedo del primer piso se tornó a plástico quemado mientras bajaba por las escaleras de caracol recién construidas, y solo iluminadas en ese momento por la luz de los soldadores. Jacinto cargaba con una carretilla para transportar sacos de arena que se habían acumulado en el sótano y que provenían de los kilómetros de túneles que habían excavado. ¿Para qué tantos túneles? Quedó impactado por lo que vio al pasar por el primer sótano, al que llamaban La Cripta. Un grupo de mujeres de piel oscura, muy oscura, hacían un círculo alrededor de un personaje esbelto, vestido con unos hábitos púrpura, que elevaba las manos hacia arriba, y aquellas mujeres miraban como hipnotizadas en esa misma dirección. El hombre entonaba unos cánticos en lengua extranjera que sonaba entre nasal y ventosa, una compleja sucesión de frases que repetía de un modo rítmico, el cual seguían aquellas mujeres, que pasaban del balanceo con los brazos colgantes al trote con la cabeza muerta y el cabello de llamas negras, danzante, como si cada extremidad tuviera vida propia y no dependiera de un tronco. Alguien lo empujó escaleras abajo, y sus rodillas respondieron dejándose se llevar. Era otro de los trabajadores, no lo hizo a propósito, no lo hizo porque tuviera prisa, lo hizo porque era lo que tenía que hacer, respondía únicamente al sistema nervioso autónomo. Llegó hasta el sótano, y se vio rodeado por decenas de trabajadores, la mayoría avanzaban en silencio, aunque se escuchaban algunos murmullos. Como si alguien tarareara una canción de cuna. Jacinto

observaba todo desde un estado de abstracción tal que, aunque era consciente de que había algo que no cuadraba, tampoco le importaba. Aquello iba más lejos del hecho de que su hija lo había abandonado y se sintiera como una mierda. No, ya no se sentía como una mierda. Ahora, lo recogían de su casa para ir a trabajar muy temprano, de madrugada, y lo regresaban a su casa al anochecer. Desayunaba, comía y cenaba en aquel sitio, y le daban una buena paga. No podría quejarse aunque quisiera. Pero el caso es que no quería. Actuaba por instinto, seguía a los demás. Daba órdenes a algunos de los trabajadores a los que dirigía. Antiguamente se habría sorprendido de que acataran con tanta facilidad, pero ahora le daba igual. Tampoco sentía una especial satisfacción porque le obedecieran. No sentía nada, y sabía que era todo un error. No le importaba. Había metido la última marcha, un modo automático directo al acantilado, al último vuelo hacia el fondo del mar. Ya, ni siquiera se acordaba de por qué estaba allí. No había vuelto a ver a Laura. Ella no quería saber de él. No había algo que le pudiera producir mayor dolor y, sin embargo, ya no sentía ese dolor tampoco. Eran solo voces que le mostraban que el camino que llevaba no era tan malo después de todo. Nada le esperaba fuera de aquella rutina. Volvió a pasar por el primer sótano, y aquella procesión de mujeres avanzaba ahora por el pasillo, camino de alguna de las criptas recién construidas, algunas terminadas ya en celosía negra, muy pulida, resbaladiza. Se chocó con una chica joven, no debía ser mayor edad. Cuando entonaba las palabras que repetían dirigidas por aquel sacerdote, pudo apreciar una dentadura resplandeciente, perfecta, blanca como los colmillos de un perro de cinco meses. Su cara redonda, acolchada en los pómulos, nadie diría que era bella, pero sus rasgos transmitían un desconcertante atractivo juvenil. Jacinto siguió su camino, mientras la chica siguió el suyo, cada uno envuelto en aquel desfile de muertos vivientes.

TRÍO DE CHI

Isaac se quitó la bolsa negra de la cabeza. Sus ojos tardaban en acostumbrarse a la luz. No sabía dónde estaba. Ya no había rastro de los tipos que habían bajado del submarino. Tan solo estaban él y Aarón, cada uno sentado en una silla de aluminio. Los habían metido en un todoterreno al llegar al puerto, y los llevaron a una localización desconocida, siempre cubiertos con bolsas negras para que no pudieran identificar dónde se encontraban. Luego les encerraron en un cuarto oscuro en el que habían pasado muchas horas. Ahora se encontraban en una estancia impregnada de un fuerte olor a pintura fresca mezclado con el del yeso húmedo. Le hicieron subir unas escaleras y, luego le habían desatado las manos. Fue entonces cuando se arrancó con furia desesperada la bolsa de tela negra. La sala era amplia y el sonido de múltiples chorros de agua que caían sobre una fuente central provocaba un efecto reverberante. Por la superficie del agua aparecían de forma aleatoria peces de colores. Se levantó, se acercó a su amigo y le quitó la capucha. Su cara presentaba serios cortes ya coagulados y camuflados entre el tejido inflamado, y moretones de decenas de colores, desde el verde al morado. Ojalá tuviera algo para limpiarle las heridas, pero lo mejor que pudo sacar de su bolsillo fue un pañuelo de papel no demasiado usado. Aarón no protestaría. No esa vez.

—¿Cómo te encuentras? —Le tocó la frente y notó que estaba como si viniera de la playa de tostarse al sol, solo que el sol hacía ya varias horas que se había despedido.

—Estoy jodido, hermano. Escucha —Si hubiera tenido fuerzas, y las manos libres, Aarón habría agarrado por la pechera a su amigo— Tienes que escapar. No me esperes más. ¿Me oyes? Tienes que sacar a Laura de aquí. Estos tíos nos van a liquidar a todos. No lo dudes.

—Hicimos un trato, y nosotros hemos cumplido. —Isaac trataba de calmar a su amigo. Aunque, por dentro, sentía que le había engañado, y que se había comportado como un idiota. Pero, ¿quién era él para juzgar a Aarón? Él que lo tenía todo desde que nació. El Cura jamás permitió que le faltara nada. Siempre sintió que pertenecía a otra clase social, que pasaba por encima de los demás. Nunca esperaba colas. Siempre lo recibían sonrisas, en la administración de

la universidad, cuando iba al médico, privado claro, cualquier tipo de papeleo administrativo, el Cura tenía amigos en todas partes. O gente que le debía favores. Tú simplemente tenías que decir que venías de parte de el Cura.

—¿No lo entiendes todavía? Les robé, Chino. Me pillaron, aunque no me habían reconocido. Pero, me siguieron. Tú sabes lo que les hacen a los que les roban. No podía hacer otra cosa. Me tuve que defender. Pero, lo saben. Saben que fui yo, y no me van a dejar marchar. —Aarón susurraba estresado.

—Yo hablaré con Sissa. No te preocupes. Saldremos de esta.

Alguien se aproximaba desde una sala contigua. Eran Taras y Sissa junto a los recién llegados. El hombre seguía igual de negro que cuando lo conocieron en la oscuridad de la noche al abandonar el submarino. Saludó con una leve sonrisa a los Komodo, juntó sus manos como si fuera a rezar sin reducir la sonrisa, y descendió junto con otro de los hombres, un tipo moreno de densa barba, por unas escaleras hacia algún tipo de sótano. Sissa se acercó con avidez hacia los dos amigos, le hizo una seña a Taras, y este desapareció por la puerta por la que habían entrado.

—Sabía que podía contar contigo Chino. Es una pena que no quieras trabajar para nosotros. Te llevarías una buena comisión. —Sissa se frotó las manos. El antebrazo musculado de gimnasio decorado con la K marcada a fuego de los Komodo. No necesitaba más tatuajes.

—Voy a ser médico, Sissa. Ese es mi sueño.

—Está bien, los médicos siempre son bienvenidos—, aquellas palabras sonaron como un nunca dejaremos de ser amigos, aunque tú no quieras serlo. Como si la deuda se multiplicara cada vez que se pagaba.

—Como bien dices, hemos cumplido nuestra parte del trato. Ya tenéis el cargamento que nos pedisteis recoger, ¿no?

—Sí, Chino, sí. No te preocupes. Tú has cumplido tu parte del trato. Pero, este desgraciado, ¿qué vamos a hacer con él? —Se había plantado en cuclillas y miraba frente a frente a Aarón, que trataba de evitar el contacto visual, y se enfocaba en las baldosas recién estrenadas. Sissa se pasó la mano por la pequeña cresta que adornaba su cabeza, para luego pasar a frotar de nuevo las manos. Parecía estar muy excitado, quizás, algo drogado.

—Déjalo. Cometió un error. Pero os lo devolverá. Puede construir varios comunicadores para interceptar fardos debajo del agua. Lo hará gratis, ¿verdad Mochi?

Aarón levantó la cabeza, no llegó a asentir, sabía que aquel tipo se la tenía jurada y no importaba lo qué tuviera que ofrecer.

—Verás, aún no nos has contado todo. Tal vez, si nos lo cuenta,

podríamos arreglar este asunto. ¿No te parece?

Esta vez se giró hacia Isaac que seguía la conversación de pie, cerca de la espalda de Sissa.

—Estoy seguro de que, si sabe de lo que habláis, os lo contará. ¿Verdad, Aarón?

Pero Aarón no intervino. Siguió cabizbajo. Consciente de que todo lo bueno ya había pasado.

—Hace poco han detenido a un tipo que parecía que iba drogado con algo que nos pertenecía, algo que jamás debería haberse puesto en circulación. Alguien nos lo robó hace tiempo y, al parecer, está jugando en las calles con ello. Tú, Aarón, ¿sabrías decirme quién nos ha robado esa droga tan especial?

Aarón negó con la cabeza.

—Pero, sí nos robaste el hachís.

Aarón no se movió.

—¿Ves? —De nuevo se giró para hablar con Isaac—, yo hago lo que puedo por salvarle la vida a tu amigo, pero él no colabora. ¿Qué debería hacer yo, Isaac?

—Va a colaborar. No te preocupes.

Sissa volvió a agacharse. Sacó un pañuelo de su bolsillo, uno de tela, con el tocó la frente de Aarón y levantó su cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—Creo que has sido tú quién lo robó. Si me robaste una droga, también me robaste la otra. Verás, que me roben uno kilos de hachís, pase. En el fondo, ¿a quién no le han dado alguna vez un vuelco? Pero esto no, Mochi, esto no.

—¿A quién le vendiste nuestro hachís Mochi?

Aarón parecía rendido. No tenía mucho a lo que agarrarse. Hablar sería vender a otros amigos, o conocidos.

—Veréis, hay alguien dentro de la organización que nos la está jugando. Solo queremos saber quién es. Creo que tú lo sabes. —Sissa acariciaba el pelo revuelto de Aarón.

—Yo no sé nada. —Y, en parte, era verdad. Pero ya hacía tiempo que se imaginaba que Gamibé jugaba a dos bandas. Trabajaba para los Komodo en secreto. Pero no dudó un segundo en colocar el hachís que Aarón robó. Por ese no tendría que dar parte. Lo supo cuando a Manuela se le cayeron las bolsas y vio aquel hachís con la K marcada. Y al ver toda esa seguridad alrededor de su casa. Esos tipos eran también del clan. Pero no sabía de qué otra droga le hablaba. De eso no tenía ni idea.

Sissa tiró del pelo de Aarón hacia atrás y, esta vez, los ojos del malagueño no pudieron evitar a los ojos oscuros de Sissa, con el reflejo de las luces de esa extraña habitación le pareció que tenían un punto rojo en el centro del iris.

—¿No sabes a quién le vendiste el fardo que nos robaste? Tú nos vienes con que quieres vendernos tecnología, pero no sabes que nosotros marcamos de forma diferente cada envío que recibimos. Eres un listillo de pacotilla. Hemos seguido el rastro de nuestro hachís, y ya teníamos localizado a el Perlita. Ese ya ha recibido su merecido. —Sissa señaló la oreja de Isaac y gritó— ¿Cómo la llaman, Taras?

Taras, que aún no había aparecido en escena, respondió desde otra habitación con su acento nórdico, como sacado de una serie de vikingos.

—Droga Caníbal.

—Si Aarón supiera algo te lo diría. —Isaac empezaba a preocuparse por la peligrosa oposición por la que su amigo había optado.

—Chino, yo te aprecio, pero creo que tu amigo quiere jugar una partida que no puede ganar. —Hizo un chasquido con el dedo y apareció Taras junto con dos hombres más, con máscaras africanas de madera que cubrían sus caras, que sostenían a Laura y la empujaban hacia el centro de la sala.

—Y bien, Mochi. Quieres a la Laura, ¿no?

—¡Sissa! ¿Qué vas a hacer? —Isaac se levantó, pero Taras le apuntó con una porra eléctrica.

—Siéntate Isaac. —Taras enseguida tomó posición por detrás de la silla en la que se sentaba el Chino.

—Y, ahora, ¿vas a contarnos algo más?

Aarón seguía mirando al suelo. No se movió, y aquello activó un nuevo chasquido en los dedos de el Jeque. Los dos enmascarados movieron a Laura que empezó a forcejear, trató de gritar, pero la cuerda que tenía incrustada en la boca se lo impedía. La arrodillaron junto a la fuente, e introdujeron la cabeza.

—¡No! ¡Para! ¡Haremos lo que quieras! Ella es inocente.

—Nadie es inocente, Chino. Ni siquiera tú lo eres. Pero dejemos que decida tu amigo. —Se volvió de nuevo hacia él, que seguía con la cabeza gacha, intentando ignorar como su amiga apenas podía respirar después de sacar la cabeza del agua. Isaac seguía atónito la escena. De nuevo volvieron a agacharse, la forzaron a arrodillarse, e introdujeron la cabeza en el agua. Isaac corrió hacia ellos y Taras detrás. Sin embargo, llegó a tiempo para lanzar a uno de ellos al agua, mientras, al otro le propinó un derechazo que acabó con la máscara por los aires en varias piezas. Laura consiguió salir del agua, se dio la vuelta justo para ver como Taras electrocutaba con la porra eléctrica a Isaac que acababa arrodillado. Pero su rostro cambió aún más de tono, del amoratado del ahogado al blanco del que ve un fantasma, cuando vio la cara del tipo encargado de sumergir su cabeza en la fuente. Su padre.

LA NAVE

El navegador indicaba que debía continuar por aquella carretera, pegada a la pared de la montaña por un lado, y con un barranco mortal al otro, sin espacio para dos coches. Por suerte, Lara conducía un vehículo eléctrico de alquiler. Esperaba que la autonomía le diera para llegar a su destino, aún desconocido. No tenía tan claro si iba a tener la potencia suficiente para remontar algunas de las cuestas a las que se enfrentaba. Por la mañana, vio a Silvia salir de casa, estaba muy nerviosa. Tanto, que ni se molestó en saludar. Tal vez, la vio a ella en el ordenador, del que no se había despegado en toda la noche, y pensó que jugaba a algún videojuego, o veía Tik Tok. Probablemente, pensó que era mejor tenerla entretenida mientras ella se dirigía a una misión importante. Pero, dejar a Lara con acceso a toda esa información y pretender que no encuentre nada es algo que la inspectora de delitos cibernéticos debería mirarse. La noche anterior, le ofreció ayuda para entrar en el cuerpo de policía. No se lo podía creer. A ella. Entrar en la policía. Curioso, había escuchado muchas historias de hackers o incluso crackers que se pasaban al lado de la policía para evitar condenas, y luego le cogían el gusto.

Pero, en algo tenía razón. Ella había encontrado, no uno, si no dos rastros donde otros habían mirado sin encontrar nada. Dos rastros que dibujaban dos líneas en el mapa hispano-africano que llevaban hasta el mismo punto. Había una pista que aquellos policías se habían dejado por el camino, quizá, porque no tenían los permisos necesarios del juez, o porque el fiscal era un poco negado, a saber. Pero a Lara no le hacían falta esos permisos. Se había seguido la pista de un barco, el Mermaid. Al parecer, podía ser el barco en el que habían traído a Patience secuestrada. Sin embargo, ese barco no paró en ningún puerto español. Pero Lara se atrevió a analizar todas las conexiones satelitales con ese barco a lo largo de su trayectoria. Así, fue capaz de detectar que alguien se acercó a la posición de ese barco la madrugada del veintitrés de junio, la noche anterior a San Juan y luego se dirigió de regreso a la península. Aquello habría quedado en un saco roto, de no ser por el otro análisis que hizo simultáneamente. En cuanto vio que las dos líneas se cruzaban en un punto gritó Eureka.

Llamó a Silvia excitadísima, igual hasta tenía razón la inspectora.

Aunque a ella le gustaban más las ciencias sociales. Pero la inspectora de asuntos cibernéticos parecía tener un mal día. Creyó escuchar hasta algún grito, como de perros rabiosos, y el estruendo de la sirena de una ambulancia. Debería actuar ella sola. La otra línea que había dibujado en el mapa la sacó gracias a sus propios conocimientos en inteligencia artificial. Lara buscó información sobre los desaparecidos en Málaga y alrededores en las últimas semanas. Aquellos que había proporcionado Germán a los investigadores de delitos cibernéticos. Ella no conocía a Germán, ni sabía que, en ese momento, se había convertido en devorador de médicos de emergencias. Utilizó varios *softwares* de inteligencia artificial. Era una tecnología alucinante, pero en manos inexpertas podía ser completamente inútil. En las manos de Lara, no. El análisis le proporcionó varios resultados, pero su lógica le hacía descartar algunos y seleccionar otros. A muchos de esos casos los unía una característica. Eran obreros de la construcción. Esto ayudó a acotar la búsqueda. Si los secuestros o desapariciones tenían alguna conexión, quizá podría encontrar a Patience. Pero, ¿cómo encontrar a esas personas? Todos habían dejado sus teléfonos en casa. Curioso también. Investigó a los desaparecidos, con el objeto de encontrar una forma de dar con ellos. La inteligencia artificial dio su fruto. Al parecer, uno de los desaparecidos tenía un implante coclear, debido a una disfunción auditiva desde niño. Este dispositivo disponía de conexión inalámbrica vía bluetooth. Sabía el momento exacto en el que había intentado conectar con su teléfono. Pero, ¿podría localizarlo?

Se hizo pasar por Silvia para contactar con la central de inteligencia cibernética, y consiguió acceso a los datos de las torres de comunicaciones. Ella podía seguir el rastro que el dispositivo iba dejando al intentar conectar con otros dispositivos móviles. Ese rastro la llevó hasta una zona bastante alejada de la costa, en medio de la nada, en medio del monte, cerca de algunas canteras. El punto exacto en el que coincidía con la línea trazada dentro de la península por la persona que desembarcó del barco Mermaid. Las casualidades de este tipo no existen en la vida. Lara se desató las rastas, las meneó, sonrió mientras se las ataba con más fuerza en una coleta. Intentó llamar a Silvia, sin éxito. Cogió un coche eléctrico de alquiler, y condujo hasta los montes de Mijas, hasta cerca del punto en el que las líneas vitales de un trabajador de la construcción desaparecido, se cruzaban con la ruta de viaje de alguien que había llegado desde Ghana en el barco en el que llegó Patience. El Mermaid. Por momentos, perdía la cobertura. Buscó un punto en el que, con un mínimo de cobertura, pudo mandar la ubicación al teléfono de Silvia. Continuó acercándose al punto de confluencia. Quizá, fue el último punto desde el que algún teléfono tuvo acceso a una torre de comunicación, porque no había nada

alrededor. Sin embargo, decidió avanzar lentamente. Atardecía, cuando vio aparecer unas canteras. Varios vehículos de obras se arremolinaban entorno a una nave industrial. Por fuera, parecía abandonada. Sin embargo, la cantidad de residuos de obra acumulados en el exterior hicieron sospechar a Lara. Podía entrar por las buenas, haciéndose la despistada o, quizá, podría investigar primero. Miró su teléfono móvil y, como suponía, justo allí no había cobertura.

PEZ GLOBO

Ondas concéntricas a intervalos regulares chocaban unas contra otras interrumpiendo el estado hipnótico con el que Laura trataba de luchar cada vez que salía a respirar. Breves segundos en los que escuchaba voces sin llegar a saber de quién eran. Esos segundos le daban para saborear el agua salada y coger de nuevo aire antes de volver a ser sumergida en aquel estanque. No cerraba los ojos. Contaba las baldosas de azulejo de colores ocre que le daban una apariencia de baños Hamman. Los mosaicos florales le producían cierto vértigo. Cuando estaba cerca de perder el conocimiento veía peces hinchados como un globo, repletos de pinchos, que se acercaban curiosos a la nueva inquilina. Cuando creía que iba a perder el conocimiento sacaban su cabeza, y cuando conseguía ajustar la visión y las ondas acuáticas desaparecían, aparecía la cara de su padre reflejada en el agua. Isaac lo había intentado, pero lo que había conseguido era que ahora fuera también él el que sufriera aquella inmersión para la que no habían sido entrenados. Lo veía por el rabillo del ojo, entraba al agua a la vez que ella. Parecía una competición a ver quién aguantaba más. Lo pensó fríamente, él ganaría. Siempre había tenido mayor capacidad pulmonar que ella. Siempre había soñado morir junto a Isaac. Pero, aquella escena no era todo lo romántica que ella podría aceptar. Una vez más, sacaron sus cabezas. Esta vez escuchó entre otras voces a Isaac.

—Jacinto. ¿Qué hace? Está ahogando a su propia hija. —Apenas podía respirar, y mientras escupía agua intentaba razonar con el padre de Laura. Ella no llegaba a verlo, pero lo sentía detrás. Esta vez escuchó la voz de uno de sus secuestradores. El tipo de larga melena rubia y barba de *Proud Boy*. Taras.

—Aarón, venga, dinos lo que queremos saber. ¿Acaso esas personas valen más que tus amigos?

De nuevo la sumergían y empezaba a saborear la cercana muerte, salada, pero lejos de su amado mar. Isaac le había contado como el tonto de Aarón había tonteado con esa gitana. Tal vez, estuviera enamorado de verdad, y prefiriera la muerte de sus amigos, y la suya propia, antes de que desvelar la identidad de quién le había ayudado a colocar el hachís. Sacaron su cabeza una vez más. Esta vez, Isaac

permaneció bajo el agua. Entonces lo escuchó. Pudo ver a Aarón llorar.

—Ya lo sabíamos. Pero una confesión es siempre un buen motivo para el castigo. Sin remordimientos. ¿Verdad Taras? —La voz afilada con acento rifeño se diluyó ante el estruendo que retumbó las paredes de aquellos baños. Entonces, Laura perdía la conciencia, y su visión se convirtió en una paranoia alucinógena en la que gotas de sangre, neuronas, vasos sanguíneos, restos de material celular, flotaban por el aire. Después, la oscuridad.

MILO

Los coches patrulla cercaron el barrio de la Palmilla. Lucía reunió de urgencia a todos los inspectores y subinspectores, es decir, a Paloma, tras enterarse de lo sucedido con Germán. Los acontecimientos se sucedieron con rapidez. De repente, los espacios en blanco que impedían el avance de la investigación empezaron a rellenarse de colores extraños. Cuando Paloma vio las imágenes de la mujer que le tendió la trampa a Germán enseguida reconoció a la gitana que había visto días atrás en ese barrio. Tras un análisis exhaustivo por el equipo informático de Silvia pudieron identificar al tipo que había huido del Cortijo Jurado. Se trataba del marido de Manuela, Gamibé, el tipo más buscado de toda Málaga. Quizá por eso optó por esconderse en el Cortijo. No había imágenes buenas del chófer del Bolt que recogió a Germán y Manuela, pero todo apuntaba a que era el guardaespaldas de ambos.

Pedro y Alberto se adelantaron al resto, su testosterona les hizo unirse al grupo de nacionales que iban a intervenir en la casa. Primero usaron una radial para cortar la gruesa cancela antiyonquis. Luego, derribaron la puerta. Entraron en la casa y lo primero que se encontraron fue a un enrabiado perro que parecía sacado de una película de animación.

—¡Quítame a Milo de encima, hostias! —Fue el grito del primer agente que había ofrecido el brazo como carnaza a la boca del Bull Terrier. Entre otros dos compañeros consiguieron sostener al perro, y hacer palanca con una porra para desatascar la mandíbula del animal que no soltaba a su presa.

Mientras, recibían una retahíla de tiros desde el interior. Los agentes respondieron con varias ráfagas. Cuando los disparos cesaron, encontraron a un hombre herido en el suelo. El tipo era gigante, con cara de pocos amigos, incluso en su lecho de muerte. Pero no era Gamibé.

Entraron hasta el dormitorio, y allí encontraron a la mujer arrodillada junto a su cama. Rezaba ante un pequeño altar a la virgen del Rocío. Paloma entró junto a la inspectora jefe. Si quería llegar a ser inspectora ya podía actuar como una y, aunque también se desbordaba su testosterona, hizo un esfuerzo por no unirse al grupo de

asalto. La candidata a comisaria tomó la palabra en cuanto leyeron los derechos a la detenida.

—Manuela. Ese es tu nombre, ¿verdad?

Manuela permaneció callada, mirando al frente, sin bajar la cabeza.

—¿Dónde está Darío? Tu marido.

Pero la gitana no tenía sangre de soplona. Y mucho menos iba a desvelar el paradero de su marido. Eran muchos los que querían saberlo, y nadie lo había conseguido encontrar.

—Creemos que su marido está en serio peligro. Lo quieren matar.

Esta vez soltó un bufido de incredulidad. Manuela bajó la cabeza y sonrió. Llevaba media vida de fugitivo con una diana puesta en su cabeza, ¿podían contarle alguna historia diferente?

—Los Komodo. ¿Sabes quiénes son? Creemos que podrían querer asesinarlo. —Lucía le pasó un teléfono móvil con un mensaje de *whatsapp*—, si quieres te lo leo. Recompensa de diez mil euros al que nos dé una pista del paradero del asesino de el Japo. Vivo, de momento. Creíamos que erais amigos de los Komodo. Pronto vendrán a por ti. ¿No crees?

El semblante de Manuela había cambiado ligeramente, pero se mantuvo firme.

—¿Sabes de quién es este móvil? Es de uno de los pequeños delincuentes que tenéis tú y tu marido vendiendo mierda en patios de colegios. ¿Cuánto les pagáis? ¿Crees que no habrá ningún chiquillo que quiera llevarse una paga mejor?

—Aquí no. —Manuela fue escueta y Lucía se dio por satisfecha. La sacaron de la casa, y Manuela salió con la cabeza bien alta, para que la vieran los vecinos. Una mentira en un periódico se olvida en unos días, una imagen grabada en la mirada de sus vecinos duraría toda una vida.

ARAÑA LA CONSCIENCIA

Toda una vida al lado de un cura, siempre pensó que la muerte te recibía con una luz brillante. Quizá no tenía que haber hecho ese último trabajito, así no pudo confesarse antes de que le pillara el toro o, mejor dicho, el dragón de Komodo. ¿Sería así el infierno? ¿Estaría pagando por sus pecados no confesados? Oscuro. Terroríficamente negro. Tal vez, sería un castigo mucho peor que todos los concebidos por los humanos. Simplemente, oscuridad. Como volar por un Espacio sin estrellas. Sin embargo, algo no cuadraba. Le importaba un comino. No estaba feliz, pero tampoco infeliz. No sentía nada. Bueno, físicamente sí. Su espacio oscuro parecía poco confortable. Entraba y salía constantemente de un sueño. No podía moverse, ni cuando soñaba, ni cuando creía estar despierto. Se pasaban imágenes difusas de su vida. Algunos personajes llegaban y le hablaban. El Mochi se presentó y le pidió perdón. El Cura se apareció con su semblante serio para recordarle que él le había enseñado a escoger el buen camino. Escoger el camino equivocado era algo que hacía Isaac dentro de su libre albedrío. Las imágenes se sucedían y resbalaban por su consciencia. Tan solo una persona cambió ese paradigma. Se presentó en fracciones de segundo y le gritó: «Estás dormido atontado». Esa frase ya la había oído antes. Susana. La anestesista. Regresó y elevó la voz mil veces para gritarle: «¡Araña la consciencia!».

No supo interpretar el grito. Pero debía estar dormido. No sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados, las manos no le respondían. Se esforzó, pero seguía inmovilizado. Así estuvo mucho tiempo. Dos o tres vidas en aquel tiempo inmensurable. Pero no se rindió. Saltaba por encima de todos esos otros personajes que olvidaba al instante. Laura, Patience, incluso la madre a la que nunca conoció. Solo Susana regresaba una y otra vez y repetía la frase. «¡Araña la consciencia!». No sintió como movía sus dedos, pero sintió un pequeño dolor. Aquello consiguió hacerle recobrar la consciencia. Al menos para darse cuenta de que arañaba algo. Algo duro, pero que sus uñas conseguían rasgar. No sin dolor. Pero el dolor le ayudaba a traspasar el umbral entre la muerte y la vida. Un dolor que le permitió abrir los ojos. Y continuó sumido en la oscuridad. No podía mover la cabeza. Pero sí logro mover una mano. Luego el brazo, y allí donde lo movía

encontraba un obstáculo a escasos centímetros. Entonces fue consciente de lo que le pasaba. Le habían enterrado vivo. Intentó gritar, pero no pudo. Tan solo pudo dar un grito sordo que nadie oiría. Y si conseguía gritar, era probable que nadie le escuchara. ¿De verdad que así llegaba su final?

INTERROGATORIO

Aunque era muy tarde, la comandancia de la policía nacional de Málaga vivía su momento más intenso del día. Lucía dirigía el interrogatorio, a falta de Germán. Este había sufrido un colapso en el hospital. No sabían la cantidad de droga que le habían inyectado pero, un poco más, y ya estaría muerto. Manuela se encontraba sentada al otro lado de la mesa, mientras, la inspectora y la subinspectora se sentaban en las sillas de enfrente. Alberto, se mantenía en pie, con los brazos cruzados, y el mismo grado de enfado que el resto de compañeros reflejado en su cara.

—Hemos analizado la droga que le habéis inyectado a nuestro compañero. Ese al que intentasteis secuestrar. Tetrodotoxina. ¿De dónde la habéis sacado? No es fácil de encontrar en España. Y quién se dedica a mezclarla con droga caníbal y otras sustancias.

—No sabíamos que droga era. Pensamos que era algún fármaco para dormir. Nosotros no mezclamos nada.

—¿Un hipnótico? Pues no. No me puedo creer que le inyectéis al alguien una droga que no sabéis ni qué es.

—Pues es lo que hemos hecho. No sabíamos que era una droga. Pensamos que era para dormir. Se lo puedo repetir todas las veces que quiera.

—Pues contiene un compuesto letal para los humanos que se obtiene del pez globo. ¿Sabías que un solo pez globo lleva suficiente tetrodotoxina como para matar a 36 personas? —Lucía mantenía los brazos estirados sobre la mesa, ganando terreno, acorralando a aquella orgullosa cazahombres.

—No tengo ni idea de lo que me hablas. —Manuela seguía sin inmutarse. El semblante serio, su nariz amenazante como un garfio—. Yo soy más de boquerones.

—Creí que venías con una mejor disposición. Que habías recapacitado e ibas a ayudarnos. Verás. Tenemos una larga lista de personas que han quedado con una persona a través de un perfil de una red social de contactos. Al parecer, les han estafado una buena cantidad de dinero. No todos han sobrevivido. Y, resulta, que detrás de ese perfil, estás tú.

—¿Alguien me ha denunciado?

—Nosotros te vamos a denunciar. De eso no te quepa duda. Las condiciones de esa denuncia son negociables. Pero te puedes imaginar cómo estamos en el cuerpo de policía cuando tenemos delante a una persona que ha secuestrado a uno de los nuestros. Un hombre que ahora mismo se debate entre la vida y la muerte. Tu destino se debate entre una condena por un montón de secuestros, cerca de doscientos mil euros estafados, dos potenciales asesinatos, y un intento de homicidio a un agente de la policía nacional, que esperemos no pase de esa mera tentativa.

Manuela no tuvo que hacer muchos cálculos para saber que cualquiera que fuera la pena que le impusieran, los años que pasaría en la cárcel serían los mismos. Había dos muertos, pero ella no tenía nada que ver. El resto de secuestrados estaban vivitos y coleando, quizá ya no se dedicarán a engañar a sus mujeres a través de las redes sociales, pero desde luego no les denunciarían o se expondrían a una fama de la que nadie, en su estatus social, desearía soportar. Ella no había venido allí a confesar ningún crimen.

—Si siguen por ese camino, creo que necesito tener a mi abogado aquí conmigo.

—Está bien. Pues volvamos al caso que nos corresponde. Tenemos prisa, y no somos los únicos. Resulta que tenemos registradas unas cuantas desapariciones, y creemos que tienen que ver con los Komodo. Los Komodo van detrás de tu marido. Nosotros queremos a los Komodo. Y tú quieres que tu marido siga vivo. La única opción que tiene para seguir con vida es que nosotros demos con él primero. Si nos ayudas.

—Y, ¿cómo puedo ayudarles?

—La última vez que le vimos fue en el Cortijo Jurado. Escenario de dos crímenes que dejaremos para otro momento. Queremos saber su ubicación exacta.

—Está bien, señora. —Lucía no estaba acostumbrada a que la llamaran así, y todos los agentes que presenciaban el interrogatorio a través de la cámara reconocieron cierto resquemor en la inspectora jefe—, le diré dónde está. Si lo traen vivo, y lo mantienen vivo. Mi abogado se pondrá en contacto con ustedes. Si no lo hacen, no recibirán más información.

CIBERPOLI

Silvia llegó a su casa tarde. Tarde también para ver qué es lo que había descubierto Lara. Le había contado algo sobre que uno de los desaparecidos podía ser localizado a través de un dispositivo médico que tenía implantado. Silvia trató de decirle que se estuviera quieta, que había tenido un día muy duro pero, como siempre, la cabezota de Lara había decidido actuar por su cuenta y riesgo. A pesar del agotamiento, estudió la información que había recopilado. De veras que tenía que convencer a aquella chica para que se uniera a su unidad. Revisó sus mensajes de texto y vio que había recibido una ubicación hacía unas dos horas cerca de las montañas de Mijas. Después, nada. Silvia dudó un instante. Solo tenía ganas de irse a dormir. Sabía que Lucía y Paloma seguían trabajando a esas horas. Aquello, y el hecho de conocer a Lara y su capacidad de meterse en problemas, la ayudaron a razonar. Tal vez, debía comentarle a Paloma lo que habían descubierto. Llamó por teléfono.

—Palomita. ¿Cómo vais?

Al otro lado de la línea se sucedían voces que interferían con la voz de Paloma. No llegó a entender lo que decía Paloma, tan solo escuchó los disparos, y se le heló el corazón.

DISFRAZ

Quien fuera que hubiera viajado en ese barco desde Ghana, aún estaba en aquel sitio. El programa de localización le había dado la última coordenada y el tiempo en que emitió la última señal. Y esto hacía veinticuatro horas en ese mismo punto. Lara se escondió detrás de la maquinaria, al ver salir de aquella nave industrial a dos tipos. Uno de larga y densa barba negra, al que unos trabajadores que regresaban con carretillas al edificio habían saludado como capataz. Y otro, africano, con la cara pintada de blanco, el torso desnudo, y vestido con una especie de falda de un rojo brillante. Hablaron mientras fumaban hasta que el africano decidió regresar al interior de la nave. El otro tipo se quedó fumando, hasta que agotó el cigarro. Luego fue hasta uno de los vehículos y se marchó. Lara se acercó a la nave. Abrió con sigilo la puerta que daba acceso a una primera habitación, como el recibidor de un taller. No había nadie, así decidió internarse algo más. A través de una pequeña ventana pudo ver al otro lado una sala diáfana. La iluminación tenue dejaba ver paredes de chapa mezcladas con mosaicos coloridos. En el centro, una gran fuente, o piscina, o una simple acequia artificial. Alguien estaba en el centro de la sala. Parecía una mujer africana que estaba fregando cerca de la fuente. ¿Patience? Se acercó sigilosamente a la mujer, esta se dio la vuelta, y se cruzaron sus miradas. Como si una capa de pintura blanca cubriera el iris de aquella limpiadora. Lara enmudeció. La mirada se mantuvo unos segundos. O estaba ciega, o era un zombi. El escalofrío que recorrió el cuerpo de Lara ayudó a que se congelara en esa posición. Como si jugara al juego del calamar. Sí, como la gallineta ciega, o el pollito inglés como dirían un malagueño, pero en el que te pegan un tiro si te mueves. La mujer regresó sobre sus quehaceres. No era Patience, pero parecía alguien que necesitaba ser rescatada igualmente. Al bajar la mirada al suelo, observó lo que la mujer se empeñaba en limpiar. Un charco de sangre que se mezclaba con el agua ya sucia del cubo. Vació el contenido en el agua de la fuente, y entonces pudo ver a aquellos peces de colores con pinchos que se acercaban curiosos a probar aquel metálico manjar. Aquellos peces los había visto en algún sitio web mientras exploraba el ordenador de Silvia. Sí. Los peces globo. Los mismos que se usan para sacar esa

droga, la tetrodotoxina. Mortal para el humano que ponga un pie encima de estos peces. Aquella imagen hizo reflexionar a Lara, que dio varios pasos hacia atrás para que nadie la escuchara. Buscó una sombra donde esconderse. Cuando llegó a la puerta que daba al despacho de la entrada, se giró, y sus ojos se toparon con los del mismo hombre de larga y densa barba negra que había salido anteriormente en un coche. El capataz al parecer había regresado.

AL OTRO LADO DEL AGUJERO NEGRO

Isaac nadaba en el inconsciente pero seguía arañando la madera, como si la única manera de recordarse que no estaba muerto era mutilarse las uñas. Se ahogaba, pero no se moría. La angustia se mezclaba con una extraña sensación de calma que, a tramos, le incitaba a abandonarse al destino. A no luchar más. A reconocer que lo mejor que le podía pasar en la vida era olvidar todo. Pero sus dedos no paraban, sus uñas se hincaban en la madera, y las yemas de sus dedos se llenaban de astillas clavadas. Quería gritar. Quería decir, «estoy vivo hijos de la mala muerte». Pero sus cuerdas vocales estaban inutilizadas. Trató de llorar, pero sus lacrimales estaban secos. Nada funcionaba en aquel organismo salvo sus ensangrentadas uñas. Las únicas que respondían al grito de su anestesista, de Susana, «araña la consciencia», que se repetía una y otra vez.

Sintió como si alguien hubiera tirado de la cadena del agujero negro en el que se encontraba y algo lo arrastrara a toda velocidad hacia su interior hasta que vio una luz. Al llegar al final de ese camino comprobó que sus ojos estaban abiertos. Lo primero que vio fue unos ojos negros escondidos en un rostro pintado con pintura blanca que le disparaba escupitajos entre palabras que no entendía. Alrededor pudo ver a más personas entonando palabras que acompañaban en ritmo a las de aquel hombre. Era aquel tipo del submarino, el hombre negro ahora con el torso desnudo, y su cara pintada de blanco, imploraba palabras hacia algún dios escondido en el lúgubre techo. No podía girar su cuello, pero notaba decenas de sombras moverse a un ritmo frenético, y el retumbar de lo que parecían tambores. Entonces lo levantaron. Notó que comenzaba a andar. Sus piernas no le respondían. Pero anduvo hasta llegar junto a un grupo de personas. Se encontró con Laura. Su mirada parecía atravesarle. No se inmutó al verle. Sus pupilas parecían enloquecidas, subían y bajaban entre párpados, inestables. Él mismo se sentía muy mareado. Sin embargo, empezó a moverse, sin voluntad propia, como si sus músculos respondieran a los cantos, a la música, a las provocaciones de aquel hombre siniestro. Como si su destino hubiera sido nacer hijo de un cura, ahora su muerte se veía unida a otro sacerdote. Rotaba sobre sí mismo, veía muchas caras que no reconocía, que le gritaban, le

impactaban como si sus voces se convirtieran en proyectiles acústicos y conseguían mover su propio cuerpo. Giró cientos de veces, y su mareo llegó a un límite insostenible, terminó por caer y vomitar. Allí quedó varios segundos hasta que dos personas vestidas con túnicas negras lo levantaron. Ni siquiera podía limpiarse las babas. Sus brazos parecían los de una marioneta. Entonces una de las personas lo sujetó por los brazos enfrentando sus caras. Sus miradas se cruzaron. Se reconocieron. La mirada que nunca podría olvidar. La chica que entró en su vida para reventarla, pero por quién la hubiera dado gustosamente. Patience.

SOLAR

Era un edificio fantasma desde la crisis económica, más por dentro que por fuera. Dar una apariencia de edificio en uso era importante para la imagen del Parque Tecnológico. La empresa de energía solar se vendió a una empresa estadounidense ante el acoso de los gobiernos nacionales y autonómicos, y de las grandes empresas del sector energético que, juntos, impidieron que la tecnología *made in Spain*, la más puntera del mundo en el sector solar, pudiera despuntar. No, hasta que esas mismas empresas, y esos mismos políticos, controlaran la energía solar. Para entonces, las empresas estadounidenses eran líderes del sector mientras que las empresas españolas tuvieron que cerrar. Ahora, ese edificio abandonado del Parque Tecnológico de Málaga, cerquita del Cortijo Jurado, parecía un escondite perfecto para huidos como Gamibé. En cuanto Manuela les confesó la posible ubicación, sin ser la única, pero sí la más próxima a Cortijo Jurado, enviaron a los coches patrulla más cercanos. Los primeros en llegar fueron los guardias jurados del Parque e informaron por radio a la policía, que dio aviso a todas las unidades disponibles cerca de la zona. Lucía fue la primera en llegar, incapaz de perderse la acción de la detención del hombre más buscado de España, y fue informada en directo por los guardias que no sabían muy bien a qué se enfrentaban.

—Inspectora. Hemos rodeado el edificio. Me temo que antes de que llegáramos salió un coche de alta gama, un BMW creemos, no llegamos a verlo bien, pero creo que llevaba los cristales tintados. Mi compañero dice que era un i8 eDrive. Quizá lo hayan registrado las cámaras.

Lucía, agradeció a los agentes, y dio una fría bienvenida a Alberto y Paloma, que llegaban rezagados. Paloma hubiera preferido llevar el interrogatorio de Manuela para encontrar esa conexión que aún les faltaba a los de narcóticos. ¿De dónde salía esa droga? ¿Para qué la usaban? Pero Lucía era la jefa, y tenía sus prioridades. Y, lo primero, era resolver unos asesinatos. Si cazaban a Darío, podrían saber más sobre el resto de desaparecidos. Paloma no creía que estuvieran en el buen camino. Por lo que Manuela les había contado, ellos no tenían interés en matar o hacer desaparecer a nadie. Tan solo les robaban. Pero la conexión de Manuela y Darío con los asesinatos

de Cortijo Jurado era demasiado directa. Sin embargo, las desapariciones de Patience, Isaac, Aarón, Laura, e incluso de su padre, Jacinto, que llevaba varios días sin aparecer por ninguna de las faenas que tenían a medias, eran una incógnita. Sin siquiera mirar a Paloma, Lucía dio la orden.

—Alberto, informa a tráfico. Que colaboren con el equipo de Silvia en identificar ese coche y, si puede ser, averiguar a dónde se dirige. Entremos, tenemos que asegurarnos de que ahí no ha quedado nadie.

Un grito desgarrador salió del interior del edificio, los tres agentes sacaron de forma instintiva sus armas y apuntaron hacia la puerta del edificio. Los guardas jurados habían reculado cinco metros, y observaban como los policías se pensaban el modo de proceder.

—Alberto, —una vez más, la inspectora jefe tomaba el mando—, abre la puerta. Paloma, cúbreme.

—¿No deberíamos esperar a que vengan refuerzos?

—No podemos esperar más. Hay que detenerlo. Vivo. ¿Me oís? Vivo.

Alberto abrió la puerta, y las dos mujeres retrocedieron angustiadas, evitando apretar el gatillo, al ver a un ser furioso abalanzarse hacia ellas.

EL NAPOLEÓN DE LAS MIL

2 horas antes.

El edificio no estaba en ruinas. Cualquiera podía creer que la empresa seguía en funcionamiento. Las apariencias son importantes, sobre todo cuando quieres atraer a más empresas al nuevo centro neurálgico del emprendimiento.

Taras y dos hombres más, descendieron de un BMW eDrive tintado. Entraron al edificio. Al final, Aarón cantó. Cuando tienes que decidir entre un amigo y otro, quizá, lo triste, es que siempre hay uno que vale más que el otro. Entonces no fue difícil dar con su ubicación. Amenazar a Proper con eliminar a toda su familia si no cantaba, nada fuera de lo común en su modus operandi. Proper se debía a Manuela. El desgraciado de Gamibé no le importaba demasiado. No más que su familia. Aunque quizás esa decisión fue la que le llevó a actuar de una forma suicida cuando entró la policía en la casa de Manuela. Taras tenía en buena estima a Proper. Le habría dado un trabajo, algo digno de él. Pero las informaciones que les habían pasado parecían indicar que Proper no iba a salir de esta. Demasiadas balas en pocos segundos, múltiples órganos perforados, algún órgano vital seriamente comprometido. Taras entró mientras silbaba una balada finlandesa de un grupo de metal rock épico. Siempre le gustaba motivarse antes de una batalla. El edificio parecía vacío. Por eso mismo, no fue difícil encontrarlo tras una plancha de metal, acurrucado como una tortuga escondida en su caparazón, solo que ya no había caparazón. Y la paliza no tardó en llegar.

—Así que te dedicas a robarnos droga. —Taras sujetaba a Darío por los pelos, levantaba su cabeza para estudiar qué era lo próximo que le rompería.

—¿Qué droga, Taras? Yo nunca haría nada que os pudiera molestar a los Komodo. Lo sabes. Os respeto. —Darío temblaba, y eso no ayudaba a dar credibilidad a las mentiras que salían de su boca.

—El Mochi ha muerto, Darío. ¿Crees que hemos venido aquí a hablar contigo?

—Está bien, Taras, te lo digo. El fardo que me trajo el Mochi, lo hemos repartido por la parroquia. Yo no sabía que te lo había robado. Lo juro.

—Claro, por eso le borraste el *logo*. Aquí hay mucha gente que nos respeta. Si ven un movimiento en falso, nos informan. Pero no, Darío, no. No hemos venido aquí para que nos cuentes estos cuentos. Estamos aquí para que nos digas dónde cojones has metido la droga que tú nos robaste. Me importa una mierda el fardo de hachís que te dio el Mochi. ¿Sabes de lo que hablo?

—¿Qué droga Taras? ¿Qué droga? Yo nunca os robaría. —La patada en el estómago frenó la avalancha de lágrimas que había comenzado en el momento en que mencionaron la muerte de Aarón. No empezó a llorar por su muerte, si no por lo que le esperaba a él.

—Muertos, Darío. Estás dejando un puto reguero de muertos y mutilados por ahí. Con nuestra droga. —Taras estiró las solapas de su chaqueta vaquera, con las mangas cortadas para que se viera bien el enorme tatuaje de un dragón de Komodo en su brazo derecho, y sacó los pelos de su larga melena rubia que habían quedado atrapados en ella. Se irguió, y le propinó una nueva patada con sus afilados zapatos, esta vez directa a la nariz. Darío gritó, luego pasó a gemir como un crío, con las manos empapadas de sangre al tratar de taponar la nariz. Darío sabía de lo que hablaban, pero debía alargar aquella conversación. Proper debía venir a buscarle a aquella dirección. De hecho, debería estar ya allí. Él no sabía que el propio Proper luchaba por sobrevivir en el hospital después del intercambio de balas con la policía. Ellos sí estaban en camino.

—Escucha, no me gustas—, escupió en su cara y la saliva se mezcló con la sangre. Gamibé optó por dejar de llorar. Decidió mostrarse digno en sus minutos finales—, pero si nos dices en qué lugar has escondido lo que nos robaste, yo mismo me encargaré de que tengas una muerte rápida y digna.

Uno de los tipos que acompañaban a Taras se acercó a su jefe y le susurró al oído. Taras asintió, y se arrodilló de nuevo, procurando mantener la distancia para no manchar sus pantalones blancos. Saco de su bolsillo una jeringuilla y, mientras el segundo matón sujetaba a Gamibé, le inyectó su contenido.

—Veremos si ahora sabes de que droga hablo.

Gamibé se llevó la mano al cuello, donde le había inyectado la droga, y comenzó a gritar.

—¡No, no, joder! ¿Qué me habéis inyectado?

—Tu propia receta, gilipollas. Esto no estaba listo para salir al mercado. Estaba en pruebas, y te llevaste las más defectuosas. La has jodido Gamibé pero, lo curioso, es que nos ha servido para analizar alguna de nuestras formulaciones. Una pena que no nos contaras tus ideas antes.

Gamibé sabía lo que venía y no pudo más que rememorar los últimos días. Todos esos movimientos estratégicos. Él que pensaba que

era un Napoleón. La dosis que le había puesto debía de ser letal, por eso, le habían dejado suelto. Por eso, ¿le habían dejado una pistola en el suelo?

LA PATERA

1 semana antes.

Eran las dos de la mañana y la playa estaba desierta. Allí, sesenta personas de origen subsahariano desembarcaban de una patera. Un hombre de larga y densa barba negra y de piel muy oscura, pero no africano, las ayudaba a salir. Parecía el tipo que había conducido la balsa. A lo lejos, un barco de transporte marítimo se alejaba de la costa tras haber liberado la carga que llevaba. En su proa lucía el *logo* de una sirena. Fueron conducidas a empujones por varios hombres hasta la carretera donde las esperaba un camión. Fumando un cigarrillo, el conductor del camión observó como subían a las personas al interior. Antes de entrar, todas eran vacunadas. Aquello le pareció extraño al conductor. Demasiado buen trato para una organización dedicada a la trata de personas. Muy considerados estos proxenetas. Sin embargo, él no fue el único que sospechó. Una adolescente subsahariana debió de entender que algo no iba bien. El resto parecían subir al camión como hipnotizados. Ella, sin embargo, se revolvió, aunque no consiguió evitar que le inyectaran aquella segunda dosis. Antes de que le hiciera efecto logró escapar a la carrera. Gamibé se sorprendió días después cuando la vio en la portada de varios periódicos. Él no sabía que ya había recibido una dosis, al menos, en el puerto de partida. Pero a raíz de lo que pasó, se lo imaginó. Por la zona dónde fue encontrada, la chica debía de haber deambulado durante veinticuatro horas. Los secuaces de los Komodo salieron detrás de ella. Pero la chica era rápida y logró esquivarles.

Los hombres de los Komodo recibieron órdenes de no perder toda la mercancía. Así, decidieron salir sin una de las mujeres. Ya la encontrarían. Gamibé no pudo evitar cotillear entre las cajas que guardaban en la parte posterior del camión. Dentro, aquellas personas estaban como hipnotizadas. Todos estaban amarrados a las barras laterales del camión de carga, esposados sus pies y sus manos. Más bien parecía un furgón policial que transportara a los presos más peligrosos. Habían hecho un largo viaje para convertirse en esclavos.

Condujo hasta el destino que le habían indicado. Una zona industrial con unas pocas fábricas aquí y allá, abandonadas, cerca de las canteras, también abandonadas, cuyo desuso arrastró al resto de

negocios. Gamibé descendió del camión y se dirigió hacia uno de los hermanos Komodo, Taras, que supervisaba como el cargamento había llegado completo.

Gamibé pidió protección a los Komodo. Ya había hecho transportes de droga desde Málaga a Madrid y Barcelona, gracias a los sitios francos que pertenecían a su familia en los que podía esconder la droga en las paradas del trayecto. Los Komodo accedieron a que estuviera en su territorio, pero era misión suya que no le encontraran los que querían matarlo. Por lo que, aunque podía quedarse, no se quitaba de encima el peso de la muerte. Eso sí, tuvo que hacer varios trabajos para los Komodo. No le pagaban en dinero, pero le dejarían hacer sus pequeños negocios, siempre y cuando no se entrometiera en los suyos. Esa noche, estaba haciendo uno de esos encargos.

Una vez despachó a sus legionarios, Taras, reparó en él. Se acercó, y le indicó que ayudara a transportar las cajas que había en el camión. Gamibé no puso objeción. Le estaban salvando la vida. Llevó las cajas dentro de aquella fábrica abandonada. Cuando entró, vio a todos los inmigrantes arrodillados, mirando al suelo. Dentro estaba Sissa. Se le veía molesto. El jeque se acercó a Taras y le objetó.

—Esto no funciona como nos dijeron. Le necesitamos a él. Hemos perdido dos pateras ya. No nos podemos permitir estas cagadas. Esto no es digno de los Komodo. —Tocaba con la punta de su dedo índice el pecho del finlandés. Algo, que nadie podría hacer sin arriesgarse a perder el dedo.

—Lo sé. Pero no nos quedaba otro remedio. Se ponen nerviosos. Muerden a los compañeros. Por eso los esposamos a la barca. Es un riesgo que corríamos.

—A Draco no le va a gustar. —La mera mención del desconocido jefe de jefes hizo a Taras reflexionar.

—Se ha escapado una.

—¿Qué cojones estás diciendo? —Sissa fruncía el ceño, mientras la locura se transparentaba a través de sus ojos.

—Les liberamos para hacer el desembarco rápido. Les dimos una dosis de la droga, y una chica se escapó.

—No me jodas Taras. Nos jugamos mucho aquí. Esto es el inicio de algo grande. No podemos defraudar. Encuentra a esa chica ya.

—He enviado a varios hombres para que peinen la zona. Lo mismo sigue por allí. Pero, estoy de acuerdo. No está funcionando. Hablaré con los ghaneses. Tienen que adelantar el envío del experto. —Taras trataba de amortiguar los errores, y proponía acciones que condujeran a solucionar el problema.

—Esta mierda no sirve, —Sissa sostenía una de esas jeringuillas. De las que se usan para vacunar—. Deshazte de ellas.

Gamibé hacía como que descansaba junto al pequeño camión. No

sabía de qué hablaban, pero le llamó la atención la docilidad de la mayoría de las personas que habían traído. Parecían aceptar de buen grado su destino. Hacían todo lo que les pedían. Esto no lo conseguían ni los esclavistas ingleses. Hizo varios viajes transportando cajas. En uno de ellos, una de las cajas fue a parar a su propio vehículo. Una vez terminó, le dio las gracias a Taras, y desapareció. Había cumplido con ellos, y ahora había tenido una idea que tenía que madurar con Manuela, pero que les podría hacer ganar mucho dinero.

SECUESTRO EXPRÉS

Una semana antes

La jugada había salido bien en siete ocasiones. Gamibé había conseguido que le dejaran un Bolt varias horas al día para, «ya sabe, sacarme unos dineros», como él decía. Otro que le debía un favor, o que había oído los rumores de lo que era capaz de hacer por un perro. Manuela, tenía una imaginación increíble para ligarse a todos esos habitantes del mundo virtual del corazón, estuviera donde estuviera ese órgano. Aunque ella sabía bien detectar aquellos cuyo corazón latía en bajas altitudes. Tenía, además, cierta picaresca para escoger a los tipos que serían más fáciles de chantajear. Si estaban casados, y eso lo detectaba rápido, eran ideales porque jamás les denunciarían. El juego era simple, una cena romántica, un viaje en Bolt a un destino de ensueño, unos días de viaje por trabajo para que la mujer no denuncie, y unos cuantos viajes al banco para sacar unos pocos miles de euros, no demasiado, tampoco querían provocar un divorcio.

Gamibé se ocupaba de la droga. Las inyecciones que había robado a los Komodo dejaban a los incautos en un estado de enajenación en que perdían la voluntad. Gamibé estaba fascinado con cómo podía manejarlos. No tardaba mucho en sacarles la contraseña de las tarjetas de crédito. Él los tenía entretenidos jugando a juegos de críos mientras, Manuela, iba al banco y les hacía un agujerillo en los ahorros. Nada de lo que no pudieran recuperarse.

Manuela le había advertido sobre el hombre que habían secuestrado esta vez. Un joven que iba de ricachón, con ropa cara en las fotos de la aplicación, pero que a Manuela le daba mala espina. En la tarjeta de crédito se leía su nombre, Ramiro Fernández. Con barba bien cuidada, y músculos de horas diarias en el gimnasio. Esas manos no eran de un tipo que se pasara las tardes haciéndose la manicura. Y así resultó. No era más que un humilde trabajador de la construcción engalanado con chatarra bañada en oro con forma de anillos y collares. El tipo se resistió, y no fue hasta que le inyectaron una segunda dosis que soltó los cuatro números de la combinación. Manuela fue a sacar dinero al banco, pero comprobó que sus ahorros eran escasos. Daba hasta pena robarle. Además, se les unió un segundo problema, habían tardado demasiado, y se les había juntado

con otro secuestro. José Miguel González, un adicto a emprender. No podían aplazarlo, al parecer el tipo se iría pronto de viaje largo de negocios, y este sí parecía tener dinero. El típico personaje que no puede parar de trabajar, de generar ideas de negocio, y de transformarlas en nuevas empresas hasta que, aburrido, cambiaba de tercio a otra idea. Para acelerar el proceso, le inyectaron la segunda dosis a este en menos de veinticuatro horas.

Manuela insistió en soltar al albañil, y Gamibé prometió que lo haría al llegar la noche. Tenían a ambos secuestrados en el Cortijo Jurado. Siendo el hombre más buscado de Andalucía, tanto por delincuentes como por la policía, no le resultaba fácil encontrar un sitio en el que pasar desapercibido mientras secuestraba, drogaba y extorsionaba a gente. Manuela tenía que salir a sacar dinero de la cuenta del emprendedor, y a ocuparse de su principal negocio. Alguien tenía que atender su punto de venta de drogas. Manuela chequeó bien la situación, nunca se había fiado de su marido. Darío la quería, sin duda, y ella a él, aunque no con la misma intensidad. Lo suyo era algo más parecido a la lealtad, al honor, sin darle demasiada importancia al amor. Al fin y al cabo, fue un matrimonio de conveniencia que ella no eligió. Debía cerciorarse de que la situación estaba controlada. Nadie pasaba por ese edificio, por lo que no debía de preocuparse demasiado. Los tipos estaban bien drogados. Parecían dos inofensivos perezosos amarrados a unas sillas. Sin amarres, eso sí. No habían encontrado la necesidad al comprobar que la droga los convertía en dóciles ovejas. Miró a Proper, su fiel guardaespaldas, y con solo esa mirada todas las instrucciones estaban dadas. Vigila que Darío no la cague.

Pero Gamibé estaba tan entretenido como un niño con un juguete nuevo. Había conseguido entrar en sus cuentas bancarias usando la huella dactilar de cada secuestrado en los respectivos móviles. Era una pena que no tuvieran una cuenta bancaria en un banco de esos, en las Islas Caimán, o cualquier sitio lejos de las miradas de las autoridades. Así habría podido limpiar sus cuentas sin necesidad de ir al banco. Cuando verificó que Manuela había sacado quinientos euros de la cuenta del emprendedor, y tras comprobar el dinero que le quedaba al humilde trabajador, unos tres mil euros, se le ocurrió un juego macabro.

Acercó un taburete a la mesa de aluminio, colocó unas líneas de cocaína sobre la mesa y usó la tarjeta de crédito del albañil para repartirlo en cuatro. Él esnifó la primera. Miró a Proper, que seguía la escena con atención, y este negó con la cabeza. Proper era todo un profesional, y Gamibé lo estimaba. Le pagaba bien, y necesitaba que sus negocios fueran mejor para poder permitirse ese gasto. Lástima que no fuera su perro guardián, si no, más bien, el perro que lo

vigilaba a él.

Tras la negativa del guardaespaldas, ofreció el mismo polvo blanco a sus acompañantes, pero ninguno se movió. Era como si estuvieran en un mundo paralelo. Quizá, se había pasado con la segunda dosis, y ya no eran capaces ni de hablar. Tal vez, si se lo hubiera ordenado. Pero, qué narices, para que compartir.

—Vamos ver, mis lindas ovejitas. —Colocó los teléfonos móviles sobre la mesa, y leyó sus nombres, y el número de cuenta de cada uno, así como el contenido. Doscientos mil euros y pico del empresario. Este se quedaría aquí unos días para que pudieran retirar más dinero. Por lo menos diez mil euros, por lo que le quedaba una semana o más con ellos. Entonces les explicó el juego—. Vivimos en una sociedad injusta, liberal, capitalista. Pero hoy, podemos hacer que las cosas cambien para uno de los dos. Jugaremos a un póquer mentiroso. Bueno, jugaréis, porque yo no puedo. No tengo cuenta bancaria. Pero ahora, os apostaréis vuestro dinero, y el que pierda, le hará una transferencia al otro. El juego se llama Míchigan, igual habéis jugado alguna vez. ¿Estáis de acuerdo?

Ninguno movió un músculo. Proper observaba desde una distancia prudencial. Sabía que Darío idearía algo tarde o temprano para estar entretenido. Él solo tenía que contener el grado de locura al que pudiera llegar. Sobre todo, nada de matar a aquellas personas.

Gamibé le ordenó a José Miguel que comenzara. Tiró los dados, y salieron dos reyes. Ninguno de los jugadores pareció expresar ningún sentimiento.

—Espera, espera. No es así. Tienes que tirar con el cubilete, y la tirada no se ve hasta que tu compañero diga si te la crees o no.

Al ver que el tipo ni se inmutaba, Gamibé le dio una fuerte calada al canuto que sostenía entre los labios y continuó su monólogo.

—Bien Ramiro, es tu turno. Total, lo importante es jugar. Uno contra el otro. No hace falta mentir, ante la imposibilidad de que habléis, jugamos al descubierto. ¿Os parece? Para que diantres pregunto. Pues claro que estáis de acuerdo. Ya sabéis, rojo y negro, es la mejor jugada. Quinientos euros en juego.

Ramiro, obedeció. Su resultado, Q y As.

—Vaya, lo siento Ramiro. Pierdes.

Sus caras seguían sin mostrar signos de alteración, pero Darío desconocía lo que podía cocinarse dentro. Se entretuvieron unas horas en las que Darío dio buena cuenta de la cocaína que había preparado sobre la mesa. Cada vez que había una jugada, Darío hacía el movimiento bancario de cuenta a cuenta. A Ramiro le quedaban poco más de quinientos euros.

—Bien, amigo, hoy no parece que vaya a ser tu día. Parece que los ricos atraen el dinero. Incluso del azar. ¿Última tirada? Un todo o

nada. Venga. Si gana José Miguel, te quedas a cero, si ganas tú, José Miguel te transferirá todo lo que te ha ganado hoy multiplicado por dos. ¿Aceptas?

Como si fuera a responder. Proper, seguía con atención el desenlace. Reconocía cierta maldad en Darío, aunque, en su profesión, tampoco era algo fuera de normal.

—Tira. —Ordenó.

Esta vez, salieron dos Ases.

—Muy bien Ramiro, esa sí que es una buena tirada. Lo tienes jodido José. Tu turno.

José Miguel lanzó los dados. Los ocho ojos de la habitación siguieron el contoneo de los dados, hasta que se posaron. Rojo y negro.

—No jodas. ¡Has ganado Josete! —Le dio dos palmadas a este, cuyos músculos se habían tensado de manera exagerada. Se volvió hacia Ramiro—, venga hombre, esto tardas tú dos días en ahorrarlo otra vez. Venga, que te invito a un tirito.

Puso un poco de cocaína sobre la mesa, pero antes de que llegara a cortarla Ramiro cogió uno de los dados y se lo lanzó con todas sus fuerzas al grandullón. Gamibé no se había dado cuenta, pero José Miguel había comenzado a levantarse, y por algún instinto escondido había abierto la boca, mostrando los dientes con agresividad, a lo que siguió el instintivo movimiento de Ramiro. El dado entró directo al esófago. Ramiro cogió el otro dado dispuesto a un nuevo ataque, pero su cuerpo reaccionó de manera súbita al ver que José Miguel se levantaba. Ramiro se lanzó como una pantera sobre su presa. Impactó contra el estómago del exitoso emprendedor, desgarró la camisa y le mordió en la barriga. José Miguel le devolvió el mordisco en la mano con la que Ramiro trataba de sujetar la mandíbula del grandote. Al recibir el bocado, tiró con su mano de la barbilla hacia arriba y se lanzó a por el cuello. Gamibé jamás había visto algo semejante, ni en peleas de gallos, ni en peleas de perros clandestinas. Aquella pelea sobrepasaba el gore, devastadora, sangrienta, mutilante. Si no fuera porque tenía un marrón importante que resolver, habría dado con una nueva forma de ganar de dinero. Adiós a las peleas de gallos. Esto era otra dimensión.

Proper recordó las instrucciones de Manuela. Sobre todo, que no hubiera muertos. Pero no pudo hacer nada para parar a Gamibé, que vació la pistola en ambos cuerpos sin meditar una sola vez en lo que hacía. Ese era el problema de Darío, que una vez enfrascado, no tenía vuelta atrás. Su mente, simple, analizó la situación con avidez, y solo llegó a una solución al desastre organizado. Matarlos. Calmarlos de una puñetera vez, para siempre. Los disparos dieron paso a un corto silencio, más producido por la falta de audición que por la ausencia de

sonidos. Según recuperaban el oído, pudieron escuchar voces de jóvenes angustiados. Proper se acercó a una de las ventanas, y comprobó como unos jóvenes que habían hecho uso de una de las dependencias de la gran casa, huían de la escena. Una vez más, Gamibé no tenía otra opción que correr a esconderse en otro lugar que los alejara de los crímenes.

VIVO O MUERTO

Ahora.

Lucía se revolvía en el suelo con el brazo estirado, tratando de separar los dientes de Gamibé de su antebrazo. Alberto no tuvo otra idea que coger a Darío por las piernas, pero el estado excitado del sevillano, provocaba convulsiones en su cuerpo, como si fuera un acordeón oxidado. Paloma se hubiera reído si no fuera por lo crudo de la situación. Alberto tiró con fuerza y Lucía gritó. Gamibé se había separado. Se levantó y lanzó gruñidos a cada uno de los que le rodeaban. Uno de los guardias jurado gritó, como si el resto no lo hubiera visto.

—¡Tiene un arma!

El primer disparo fue directo al suelo, y el propio Gamibé pareció sorprendido. Luego levantó su brazo y comenzó a disparar a discreción. El primer impacto lo recibió Alberto. En el pecho. Una herida grave. Se desplomó junto a la jefa de jefes que se arrastraba lejos de la escena hasta que vio al navarro, y entonces paró, dudando si debía acudir a ayudarle, o debía esconderse. El resto de disparos se sucedieron de manera aleatoria. Difícil establecer cuál fue primero. Gamibé disparaba casi sin apuntar. Paloma, sin pensar si la orden de su jefa de que lo querían vivo seguía vigente, disparó sobre la mano del osito gominola y, por fin, soltó la pistola. Pero Gamibé, se lanzó a por ella, y Paloma no dudó en apretar el gatillo una y otra vez. Pero, el Sevillano se desplazó hacia ella con toda la rapidez que le permitían las heridas causadas por las balas, pensadas en pararle y detenerle. Su cara reflejaba ausencia de sensaciones. No reparaba en el dolor que podían infringirle las heridas, y su mandíbula no paraba de segregar saliva. Venía directo a morder a Paloma. La subinspectora de estupefacientes era consciente de que, de nuevo, se enfrentaba a un tipo que había consumido la nueva droga caníbal. Fiel a la orden de su jefa, Paloma disparó a las piernas hasta que Napoleón de las Mil cayó al suelo. Siguió arrastrándose hasta que Paloma le golpeó con la culata de la pistola. Se puso encima de él, y trató de inmovilizarlo. Pero Darío, a pesar de todo el plomo que llevaba en el cuerpo, seguía moviéndose como una serpiente. Paloma buscó alrededor. Veía luces de vehículos policiales en camino, pero tardarían en llegar.

Angustiada, veía los cuerpos de Alberto y Lucía. Ni ella podía ayudarlos, ni ellos a ella. Buscó aún más angustiada, y vio a los dos guardias jurados escondidos detrás del coche. Uno de ellos salía a rastras, y observó como la subinspectora luchaba contra el muerto viviente.

—¿Puedes venir a ayudarme? —El guardia miró a su compañero, y pareció advertirle de que ya podían salir. Se acercaron a la pareja que forcejeaba—. Acercarme el otro brazo, y ponerle las esposas. Luego le ponéis esposas en los tobillos. Luego llamáis a tres ambulancias. Las necesitamos con urgencia. A este hay que amarrarlo aunque esté muerto. Joder. Puto desastre.

¡CAPATAZ!

Silvia apuró lo que le quedaba del café de gasolinera. Lo primero que hizo fue avisar a Paloma de que había llegado al sitio. Paloma estaba en el hospital con Alberto y Lucía, pero le había prometido que saldría de manera inmediata. Quedaron en llamarse cada treinta minutos, o enviar al menos un mensaje para asegurar que todo iba bien. Aún no podía pedir refuerzos, no sin saber siquiera si la pista que había rastreado Lara tenía el más mínimo sentido. Todas las herramientas que usó Lara para el rastreo eran ilegales, y aquella falta de escrúpulos de la joven podía pasarle factura en un juicio. Silvia no se anduvo con tonterías. Salió del coche pistola en mano. Rodeada de montañas machacadas a punta de excavadora, la nave industrial se ocultaba tras la barrera del bosque de coníferas, sumida en la oscuridad. Solo la parte superior de las canteras reflejaban la luz de la luna. Ya cerca del suelo, algunos vehículos de obra indicaban el camino hacia la entrada principal de la nave industrial. Una enorme puerta de aluminio se llevaba el protagonismo. Sin embargo, Silvia se dirigió a una puerta más pequeña, oculta tras un contenedor de escombros. Abrió la puerta y se encontró de bruces con un tipo con largas ojeras que la observó sorprendido. El tipo se acercó a la puerta, rascándose a través de la densa barba negra. Pudo ver los brazos tatuados con reptiles tribales.

—¿Quién es usted? —El hombre llegó a ver la pistola que Silvia escondía tras su costado, a la vez que, con la otra mano, mostraba la placa identificativa.

—Silvia Ulloa, inspectora de la policía nacional. —Devolvió la placa al bolsillo de su pantalón.

—¿Ha pasado algo, inspectora?

—¿Es usted el vigilante?

—Así es, inspectora. Hoy me toca el turno de noche. —Que no es lo mismo.

—Pues parece como si llevara todo el día de guardia. Podría haberse quedado dormido.

—No se preocupe, estoy acostumbrado.

—¿Podría ver su identificación?

—Buff, pues, no sé ahora mismo, está todo tan oscuro.

—¿Por qué no enciende la luz? —Porque hace ya unos cuantos

siglos que Edison y Tesla se dejaron la piel, y otras cosas, en inventarla. A no ser que aquel hombre de piel oscura y arrugas pronunciadas en la frente ocultara algo.

El tipo se quedó pensativo unos segundos.

—Claro. —Se acercó a una lamparilla e iluminó la estancia. Un pequeño despacho, con una mesa sobre la que había varios papeles desordenados. Tampoco es que hubiera una cantidad de sitios enorme en donde perder una identificación—. Debería estar por aquí.

—¿Ha venido alguien esta noche que no esperaran? —Silvia no disimulaba demasiado al registrar con su mirada cada rincón, cualquier cosa que le diera una pista de lo que pasaba en ese sitio. ¿Habría pasado Lara por aquí?

—Aparte de algún trabajador que está haciendo horas extra en unas obras que tenemos avanzadas y hay prisa por acabar, nadie. —El tipo seguía buscando algo entre los papeles de la mesa. Miraba de reojo la mano oculta de Silvia y, esta, se había convencido de que mentía.

Los gritos sorprendieron a ambos. Decenas de gritos venían del interior de la nave industrial. Silvia trató, en milisegundos, de leer en la cara del tipo que aún la observaba cual iba a ser el movimiento de su contrincante, y él trató de hacer lo mismo. Pero sus cerebros habían dado la orden sin esperar a que el consciente diera su opinión. El hombre trató de sacar su pistola que guardaba en la cintura, pero Silvia ya lo apuntaba. Gajes del oficio, y de tener la pistola en la mano.

—¿Algunos trabajadores?

El hombre de densa barba comenzó a alzar las manos, no todo lo rápido que Silvia desearía.

—Puede que haya ocurrido un accidente. Debería acudir a ayudar. —Hizo un amago de ir a mirar que es lo que pasaba, pero Silvia le interrumpió.

—Ni se te ocurra. A no ser que quieras alegrarme el día. —Silvia sonrió, siempre había deseado decir esa frase. Para una policía dedicada a delitos informáticos cuya arma era cincuenta por ciento software y cincuenta por ciento hardware, una oportunidad como esa no podía malgastarse.

La puerta del despacho se abrió de golpe y entró un matón, este sí, con la pistola en la mano, y cuyo acento le recordó a Silvia a algún país del Este. Entre jadeos, logró gritar.

—¡Capataz! ¡Tenemos un pro…!

No llegó a terminar la palabra. Silvia había girado la mirada hacia donde estaba el nuevo hombre mientras, el capataz se había llevado la mano al cinto para sacar la pistola. Silvia no dudó, y descargó tres disparos contra el capataz, que del impulso quedó

sentado en la silla tras la mesa, aunque el peso de su cuerpo venció hacia uno de los lados y cayó muerto al suelo. El matón reaccionó de la misma manera al ver que ahora tenía dos frentes abiertos, uno a su espalda con decenas de personas histéricas, y otro delante, con una mujer que acababa de cargarse a su jefe. Levantó la pistola y Silvia disparó alcanzándole en el pecho. Sin embargo, tuvo tiempo de disparar de vuelta, y Silvia se tiró al suelo detrás de la mesa. Junto al capataz. Sus ojos se cruzaron, y pudo ver su mirada vacía. Era la primera persona que mataba.

RASTAS

La oscuridad de aquellos pasillos obligaba a caminar pegada a las paredes. En el caso de Lara, con el brazo, pues las manos estaban atadas a su espalda. La fría humedad se transmitía como un corto chispazo que devolvía a Lara a la realidad. Un tipo rudo la conducía a empujones por aquellos pasadizos. De vez en cuando pasaban por habitaciones muy iluminadas. En ellas pudo observar que había gente trabajando con mascarillas. Interesante protección en aquel lugar húmedo e insalubre. Era obvio que en aquellos laboratorios no se cultivaban fresas, ni se procesaba aceite de oliva. Por fin, llegaron a una sala redonda. Luces de colores parpadeaban y le daban a la sala un ambiente de discoteca de los setenta. Empezó a entrar gente que comenzó a dar vueltas a su alrededor, dirigidos por un hombre pintado, tanto la cara como el torso, de blanco fluorescente al impacto de las luces. El hombre daba saltos y gritaba consignas en un idioma que Lara desconocía, aunque, algo en su raíz, le indicaba que su procedencia no debía ser muy lejana a alguna lengua subsahariana.

—Arrodíllate guapa. Has llegado justo a tiempo. Nos vienen muy bien las cobayas que se presentan voluntarias. —El tipo que la sujetaba por las bridas que ataban sus muñecas la obligó a arrodillarse con una patada en la corva. Mientras, observaba como aquel raro sacerdote manejaba una especie de tarro de barro sobre el que mezclaba una pasta—. Vas a probar la nueva fórmula. Siéntete afortunada. Al menos, te vas a librar del pinchazo.

—¿Qué vais a hacer? Soy de la policía. —La frase no debió de quedar muy creíble ya que el hombre que la sujetaba ahora por los hombros, soltó una sonora carcajada.

De manera incesante, mujeres africanas salían de las sombras, danzaban a su alrededor breves segundos, y regresaban a las sombras. En esa escenografía solo pudo identificar a dos blancos que, por sus características, cuadraban muy bien con Isaac y Laura, dos de los desaparecidos según los datos de la unidad de secuestros de la policía. Tardó unos segundos en verla a ella. Demasiado joven para vivir aquella tragedia. Demasiado inocente para haber sido acusada de delitos tan graves. Bailaba al ritmo de los gritos del sacerdote. Lara empezaba a imaginarse lo que le iba a pasar a ella también. En su vida

en África, nunca había visto un rito voodoo en el que se drogara a alguien para convertirlo en un muerto viviente, pero, quizás, esta podría ser la primera vez. Ahora tenía que tragarse todas esas discusiones con los sabiondos españolitos de turno que reducían a un absurdo cuento de terror una religión llena de vida. Sin embargo, aquellas personas que bailaban delante de ella, habían perdido el control de sus vidas. Lo que los Komodo querían hacer con ellas le era desconocido, pero podrían hacer cualquier cosa que ellos quisieran. Controlaban la voluntad de esas personas. Tendrían trabajadores gratis, como aquellos que había visto en los laboratorios. O podrían prostituir a esas jóvenes, esconderlas en burdeles de carretera, explotarlas sin que ellas siquiera supieran lo que les pasaba. Movió con brusquedad su cabeza de lado a lado, y el hombre que la sujetaba por detrás reaccionó presionando más fuerte los hombros de Lara, irguió su hincando la rodilla en la columna vertebral y con los dedos gordos levantó la barbilla de la chica. Lara volvió a enfocar al enloquecido sacerdote que, en ese momento, sacaba su lengua roja que destacaba sobre el fondo blanco de su cara. Lara volvió a menear la cabeza liberando algunas de sus rastas.

—¡Estate quieta, cojones! —gritó el hombre que la sujetaba. En el movimiento de cabeza pudo comprobar que era un tipo fornido, de gimnasio. Una frondosa barba contrastaba con la ausencia de pelo en su cabeza, que parecía emitir, bajo determinadas luces, un brillo propio, como el apatito.

El sacerdote se acercó más mientras agitaba la poción, cada vez más cerca de su cara. Ahora, debía relajarse. Lara pensó en la soledad de un faro, en un acantilado lleno de caracolas, en una fuerte tormenta descargando toda su tensión a su alrededor, creando un aura de reposo en el que ella se cobijaba. El tipo que la sujetaba se contagió de la relajación. Por fin, logró que el maldito vikingo pensara que se había resignado a su destino. Como todas las demás. El sacerdote se acercó y untó la maja del mortero con una sustancia viscosa. Lara saltó con todas sus fuerzas moviendo la cabeza con brusquedad. A lo Sergio Ramos. Sus rastas terminaron de desatarse y la fuerza de decenas de látigos golpearon la mano del sacerdote. La poción saltó por los aires, la mayor parte fue a parar a la cara de su dueño, que se tiñó de un marrón lodo. El tipo que la sujetaba tiró con fuerza hacia él para levantarla. Ella se resistió, pero el hombre tiraba de las rastas y de uno de los brazos de la ciberdelincuente.

—¡Patience! —Lara gritó aprovechando que el sacerdote había callado por fin sus frases incoherentes, y ahora solo trataba de limpiarse con rapidez aquella sustancia que, en segundos, había paralizado su cara—. ¡Patience! —Volvió a gritar Lara.

La adolescente se giró hacia ella. Los hombres y mujeres habían

dejado de bailar, pero seguían en trance. Desorientados vagaban por la sala, algo enloquecidos, molestos por las luces, molestos por los gritos desesperados del que hasta hace unos segundos manejaba su voluntad.

El Apato, mote con el que bautizó Lara al traficante, la arrastraba escaleras arriba. Pero la joven ejercía su entrenamiento en resistencia pacífica tantas veces ejecutado en protestas para defender a inmigrantes antes de ser deportados.

—¡Patience! —La adolescente africana pareció reconocer su nombre. Miró aturdida hacia Lara. Su mente daba chispazos como si una tormenta eléctrica atravesara su cerebro.

—¡Vamos, pedazo de zorra! —El tipo le propinó un golpe en el costado y Lara solo pudo gritar para aliviar el dolor. Pero su grito fue seguido por otros gritos. El sacerdote yacía en el suelo. Inmóvil. Vomitaba espuma de manera involuntaria mientras su cuerpo se retorcía como un pez fuera del agua. Entonces empezaron las peleas. Primero, a tortazos, arañazos, y luego, a bocados. Mientras, Lara era arrastrada escaleras arriba. El tipo tiraba de sus rastas. Ella no podía hacer nada para evitarlo. Solo gritó una vez más.

—¡Patience!

TRANCE

La luz de una hoguera reflejaba sombras danzantes. El humo difuminaba bocas sonrientes de jóvenes que bailaban al ritmo incesante de la música electrónica. Aquel pegadizo *loop* penetraba por sus células nerviosas periféricas y, sin requerir la acción del sistema nervioso central, se transformaba en impulsos eléctricos que se transmitían a sus tendones provocando movimientos descoordinados. El baile lo relajaba y, aunque, a veces quería parar, su cuerpo no respondía a sus deseos. Estos tampoco duraban mucho, y eran rápidamente sustituidos por otros. Su consciencia se escondía tras una capa de invisibilidad que ocultaba la realidad en un plano diferente al que no tenía acceso salvo cuando Susana, la anestesista, regresaba para recordarle que debía seguir arañando la consciencia. En algún punto, su consciente se ataba a la realidad a través de ese pequeño enlace, y él era consciente de eso, al menos durante los breves segundos que duraba en su mente. Él sabía que tenía que regresar a ese momento, aunque no recordaba cuál, salvo cuando aparecía de manera aleatoria. O al menos, eso le parecía, pues había perdido la noción del tiempo. Veía y reconocía a Laura, veía y reconocía a Patience. Pero no se dirigía a ellas. Parecían tan idas o más que él. Entonces, comenzaron los cortocircuitos sensoriales. Espasmos musculares, seguidos de fogonazos visuales que terminaban en un horroroso dolor de cabeza. En algún lugar profundo de su cerebro. No recordaba de sus clases de anatomía que eso pudiera ser posible, a no ser que su percepción de la realidad no le permitiera reconocer el punto exacto en el que se producía ese dolor. Seguido a ese dolor, aparecía Susana y le recitaba su frase preferida: «araña la consciencia». Los roces de piel con los demás empezaron a provocar nuevas descargas, y entonces escuchó esa voz.

—¡Patience!

Su consciencia regresó unos instantes, lo justo para ver como una chica era arrastrada escaleras arriba. Volvió su mirada y vio a Patience, y cerca de ella, Laura. Después regresó de nuevo a su estúpido baile.

—¡Patience!

El nuevo grito lo despertó, como en un proceso iterativo. Esta vez

vio como algunas de las presentes empezaban a pelearse. Una mujer algo mayor se abalanzó sobre Patience, y él no pudo evitar volver a su danza.

—¡Patience!

Isaac regresó, esta vez había más gente tirada por el suelo, se revolcaban unos encima de otros. Mientras, otros subían histéricos, violentos, golpeándose contra las paredes, iluminados por los parpadeantes focos de colores. El último grito de aquella chica que desaparecía escaleras arriba llegó antes de que volviera a su estado de ensueño. Isaac recordó las palabras de Susana, hincó las uñas en la piel, provocando arañazos sangrantes. Comenzó a gritar. Buscó por el suelo hasta que vio a Laura en una esquina. Parecía desconcertada, pero lloraba y temblaba. Corrió hacia ella.

—Laura. ¿Estás bien? —Casi no le salían las palabras. Aún se producían chispazos en su cerebro y le bloqueaban durante instantes de desconocida duración, como si el tiempo se fragmentara en paréntesis sin recuerdos.

—¿Isaac? ¿Qué pasa? ¿Qué nos pasa? ¿Dónde estamos?

—Tranquila. Vámonos de aquí. Creo que podemos salir por allí.

Isaac y Laura anduvieron hasta las escaleras cogidos de la mano. Esperaron a que se despejaran las escaleras. Miró hacia atrás, y vio como Patience luchaba desesperada contra una mujer que la atacaba con violencia. A su alrededor, varias personas rodeaban al sacerdote. Habían corrido su misma suerte al entrar en contacto con aquel líquido viscoso, y yacían inmóviles regando el escenario con sus excreciones bucales.

—Sube tú. Espérame arriba. No tardo.

—Isaac, no me dejes sola. —Laura, que había recuperado la compostura al tener a Isaac cogido de la mano, temblaba en fuertes sacudidas solo de pensar en regresar al estado enajenado.

—No te dejo sola. Voy ahora mismo. Sube y espérame. Si van a por ti. Corre. —Pero ella no sabía si podría correr, no sabía dónde correr. Miraba aquellas escaleras que conducían a la oscuridad, y cerró los ojos. Comenzó a subir, pero tardaba una eternidad en estabilizar la rodilla en el siguiente escalón.

Isaac no se esperó a ver si Laura subía o no. Se lanzó a quitar a aquella mujer que agredía a Patience. Ella, apenas se defendía. Isaac cogió a la mujer por los dos brazos, la levantó y luego la lanzó lo más lejos que pudo, sin saber que, sin querer, la había lanzado sobre aquella sustancia viscosa. Abrazó a Patience. Ella le devolvió la sonrisa del coma etílico. No hizo nada más. Sangraba por múltiples heridas, pero no se quejaba.

—Tenemos que irnos. ¿Puedes levantarte?

Ella le siguió, cogida de la mano, como hubiera seguido a

cualquiera que le diera una orden. Aunque, en algún sitio de su cerebro, una reacción química produjo una ligera sensación de felicidad.

CAGNEY Y LACEY

Silvia se levantó al escuchar varios disparos. Prefirió poner un cargador nuevo. Se acercó a la puerta en la que terminaba el pequeño despacho. El pie del segundo narco la bloqueaba, lo que facilitó que la abriera un poco para mirar al interior de la nave. Desde esa posición, agachada tras la puerta, asomaba su cabeza lo justo para observar sin recibir una bala perdida. Desde allí, pudo apreciar el infierno desatado. Varios narcos disparaban contra aquellas pobres mujeres. Unas parecían presas de un ataque de ira, otras solo huían. Tenía que hacer algo para evitar la masacre. Silvia disparó contra uno de los narcos que cayó al instante. Entonces los otros tres se percataron de la presencia de la inspectora, y comenzaron a devolver los disparos hacia su posición. Especialmente un tipo de larga melena rubia que descargaba su arma hacia el despacho, a la vez que corría hacia el pequeño cubil. Silvia tuvo que refugiarse en el interior del pequeño módulo que hacía de oficina de entrada, tras la mesa del vigilante muerto. Las balas atravesaban las débiles paredes de chapa de acero, por lo que decidió huir al exterior. Al salir, tropezó con un pico que algún obrero había dejado desatendido. Al chocar contra el suelo perdió la pistola. Se incorporó sobre sus codos y rodillas, y fue a recoger la pistola cuando recibió una patada en las costillas.

—¿Cuántas visitas tenemos hoy? Se supone que este era un lugar por el que nadie venía. Esta provincia se está masificando. —dio la vuelta a Silvia que permanecía tendida en el suelo con la respiración agitada.

—Soy policía. Está detenido por agresión a un agente. —Dijo, mientras trataba de recuperar la respiración.

Taras rio tímidamente, como si en algún lugar de aquel bosque oscuro hubiera una cámara oculta. Luego, con un acento sacado de alguna serie de vikingos respondió.

—No me jodas, poli. ¿No te han enseñado en el cuerpo que no debes acudir sola a una misión?

—Nunca he sido buena estudiante.

Taras hizo una mueca, apuntó con su pistola a la cabeza de Silvia. Y una detonación invadió la acústica de aquel paraje en el que lo silvestre trataba de recuperar espacio a la agresión humana.

Taras se arrodilló. Silvia, abrió los ojos, y vio al finlandés con una herida en la frente. Tras caer, escuchó la voz con la que llevaba un buen rato soñando.

—Espero que cuentes estos detalles para la evaluación de mi próxima oposición a inspectora.

—Ha estado tres milímetros desplazado de la glabela.

—*Bitch*.

—En inglés has mejorado.

—Acabo de cargarme a Taras, el segundo de los Komodo, cuando estaba a punto de matarte. He mejorado en algo más que en inglés.

Silvia agradeció la presencia de su amiga y compañera de oficio. Aquella noche había disparado más balas en acto de servicio que en toda su vida. Paloma la ayudó a incorporarse. Oteó el horizonte en busca de posibles nuevos contratiempos.

Varios narcos salieron apresuradamente de la nave industrial y trataban de huir. Intercambiaron disparos con las inspectoras. El primero, un tipo calvo y larga barba sacado de un vídeo de ZZ top, llevaba a Lara asida por las rastas mientras disparaba hacia las agentes que se escondieron detrás de una excavadora. Los dos siguientes, sin embargo, quedaron atrapados por los disparos de las dos policías. Uno de ellos cayó abatido. El último de ellos, un tipo oscuro con una gruesa cresta que adornaba su cabeza rapada, recogió la pistola a su compañero muerto y disparó a dos manos contra las agentes. Silvia y Paloma continuaron disparando hacia el punk rifeño para no herir a Lara, logrando que se separaran. El hombre de la cresta se refugió tras el contenedor de residuos de obra cercano a la puerta de la nave.

—El de la cresta es Sissa, uno de los jefes del clan. Tenemos que atraparlo. —Dijo Paloma mientras buscaba la forma de acercarse al edificio.

El calvo introdujo a Lara en un coche de alta gama, un BMW eDrive ostentoso, blanco con una franja negra que cruzaba el capó. Esperó al tipo de la cresta que parecía darle órdenes, pero al estar atrapado por el fuego de las inspectoras decidió escapar, abandonando a su jefe. Paloma le pasó un cargador nuevo a Silvia. Le hizo un gesto para que la cubriera. Ella avanzaría hasta el siguiente contenedor que estaba pegado a la puerta. Contaron hasta tres. Salieron. Pero Sissa logró huir al interior de la nave.

—Se lleva a Lara. —Silvia cortó el avance, se mostraba preocupada por la chica a la que había sacado de la calle. Aunque nunca se lo hubiera expresado, sentía que Lara era su protegida y, una vez más, le iba a fallar.

—He avisado a nuestros *compis* de Fuengirola. Los refuerzos deben de estar al llegar. Deberían encontrárselos por el camino.

—No puedo arriesgarme. Los perseguiré. —Silvia no podía

abandonar a Lara.

—Está bien. Yo iré a por Sissa. Nos separamos otra vez. Salva a tu chica.

—Y tú coge a ese cabrón, y salva a esos jóvenes.

—Cagney y Lacey, ¿eh? —Paloma miró sonriente a su amiga, hacía alusión a una de las parejas de mujeres policías que animó sus tardes cuando se conocieron en la academia de policía. La rescataron de vídeos beta que había grabado el padre de Silvia en los ochenta.

—Cagney y Lacey.

Se desearon suerte en un abrazo y cada una se dirigió hacia su propio destino.

PAPÁ

Laura llegó al final de las escaleras, en la amplia sala los gritos y la desesperación de algunas personas se mezclaban con la rabia de otras que habían activado el lado furioso de ese cóctel de drogas. Las peleas se extendían por toda la estancia. Se quedó justo al final de la escalera, donde nadie podía verla, pero ella sí podía observar la batalla. En la fuente forcejeaban varias parejas mientras que algunos cuerpos yacían sin vida. Entonces escuchó los disparos. Ella se agachó. Miraba hacia abajo, hacia la oscuridad en la que había dejado a Isaac. ¿Por qué la había dejado sola? Su cabeza aún sufría chispazos. Explosiones que se convertían en nubes de luz que se difuminaban a medida que el dolor de cabeza se reducía. Las detonaciones crecieron. Cada una retumbaba en su cabeza, como si en cada rebote se duplicaran, creciendo en una progresión geométrica interminable. Laura se tapaba con las manos los oídos. Su pelo plateado resplandecía con cada explosión. Su cuerpo pequeño favorecía su ocultación en el último tramo de escaleras. Entonces, dejó de escuchar detonaciones. Los gemidos y los llantos sustituían a los gritos de antes. Laura pensó que era el momento de salir. Quería esperar a Isaac, pero, verle marchar en el momento más complicado de su vida había abierto la herida que agujereaba su pecho. Decidió subir. El escenario no era muy diferente al de un campo de batalla. Varios cuerpos se retorcían como reptiles. Hombres y mujeres pedían ayuda. A medida que sorteaba víctimas, sus rodillas volvían a temblar. Cerraba los ojos para no ver, pero entonces tropezaba con algún cuerpo y volvía a abrirlos. La fuente estaba teñida de rojo y apenas se veía algún pez globo. Recordó cuando su padre intentó ahogarla. Luego, no recordaba mucho más. Todo se volvió borroso mientras veía a esos peces hinchados, cubiertos de pinchos, y con sus grandes ojos redondos observando a la intrusa. Trató de enfocar su pensamiento en salir de aquella situación. Intentar recuperar recuerdos no la iba a ayudar a salir de allí. Observó cada rincón de la gran sala, hasta que reconoció a un hombre sentado en el granito que bordeaba la fuente. Su padre. Laura dudó si acercarse. Jacinto estaba con la cabeza gacha.

—Papá. —Lo llamó, pero este no levantó la cabeza, contemplaba un objeto que sostenía entre sus manos—. Papá, soy Laura. ¿Estás

bien?

Jacinto levantó la cabeza y miró a Laura. Sus ojos vidriosos parecían una presa incapaz de contener las aguas que amenazaban con desbordarse traspasando la córnea. Reconoció a Laura y, aunque había lagunas, un poderoso recuerdo se había almacenado en bucle. No era capaz de distinguir si era un sueño, o la realidad, pero se veía ahogando en aquella fuente a su propia hija. Laura se atrevió a rodear con el brazo los hombros de su padre y él empezó a llorar.

—Papá, tenemos que irnos.

Pero él seguía inmóvil. En sus manos, languidecía un pez globo. Lo sostenía por la ventresca, como tantas veces le mostró a su hija cuando iban a pescar al mar. Los pinchos parecían algo desinflados, igual que el pez, que parecía cerca de la muerte.

—No merezco vivir.

—Papá, no ha sido culpa tuya. No eras tú.

Pero aquellas palabras no evitaron la reacción de su padre. Trató de hundir su cara en el pez globo, buscando aquellas espinas, buscando ese veneno que lo llevara a algún lugar lejos de tanto sufrimiento. Laura trató de contener los brazos de su padre con una mano, mientras que con el brazo derecho convirtió el abrazo fraternal en un estrangulamiento con el que trataba de alejar la cara de los pinchos del pez globo.

—¡Papá! ¡No lo hagas! ¡Yo te quiero! ¡Te haré caso! ¡Por favor!

Algo hizo menguar la presión que su padre ejercía en el intento de restregarse el pez. Levantó la cara y observó a su hija. Las lágrimas brotaron por fin.

La puerta del despacho se cerró con brusquedad. Sissa entraba apresurado en la nave. Bloqueó la puerta, y corrió camino de las escaleras saltando los cuerpos que seguían retorciéndose por el suelo. Jacinto giró su cuerpo para proteger a su hija de esa persona maligna. El jeque lo miró mientras corría. Se dirigió a Jacinto tal y como aquel brujo africano les había enseñado.

—¡Mátala! —Luego, desapareció escaleras abajo.

Laura se echó hacia atrás, miró a su padre, sus lágrimas se habían congelado, sus iris parecían disiparse tras una cortina de esclerótica.

—¿Papá? ¿Qué te pasa?

CURVAS

La carretera parecía más estrecha aún que cuando la atravesó al atardecer. Ahora no había nada de luz salvo la de los faros de su coche. No siempre veía al BMW, que se perdía tras las cerradas curvas y, en muchas ocasiones, sus faros alumbraban el oscuro vacío, un salto de cincuenta metros con más de noventa grados de inclinación. Aunque Silvia había tomado cursillos de conducción, esta era su primera persecución real, y no podían habérselo puesto más difícil. No podía dejar que llegara a la carretera principal con una gran ventaja por lo que tenía que arriesgar. Las ruedas patinaban, por fracciones de segundo perdían gran parte de la tracción. Llevaba ya varios sustos en los que pensó que se precipitaba al vacío. Las gotas de sudor caían por su frente. En una recta corta Silvia aprovechó para activar el manos libes.

—Central, aquí agente Silvia Ulloa. Pedí refuerzos a la central de Fuengirola hace un cuarto de hora.

—Recibido agente. Verifique su ubicación y estado de la emergencia.

—Envío nueva ubicación, carretera de las canteras, llegando a la carretera de Mijas en persecución de un vehículo. Situación compleja. Código 10-45. Secuestro. Hombre armado. Repito, situación compleja. La ubicación anterior sigue requiriendo refuerzos. Muchos heridos.

—Damos el aviso. Silvia, necesitamos que se calme. ¿Puede proporcionar la matrícula del vehículo?

—Central, no, no puedo. Pero es un BMW i8 eDrive blanco. Necesito asistencia inmediata. Llegamos a la carretera en minutos.

—Se están despachando unidades de apoyo en la zona. Procedemos a bloquear la carretera.

—Entendido central. Repito, necesitamos refuerzos en las canteras. Muchos heridos. Hombres armados. Agente Ulloa, fuera.

Silvia aceleró al llegar a la carretera, pero apenas podía ver las luces traseras del eDrive en la lejanía. Se maldecía usando todo el diccionario de palabrotas que conocía. Pudo ver las luces de coches de policía en una rotonda. Cuando la inspectora llegó, el BMW echaba marcha atrás hasta que golpeó su coche. El airbag saltó y Silvia se quedó un instante aturdida, hasta que un segundo golpe la despertó.

Sacó una navaja para deshacerse del airbag y salir del coche justo cuando el BMW volvía a embestir. Logró saltar justo a tiempo, pero ahora el coche giraba hacia ella. Un vehículo policial se estrelló contra la parte posterior del BMW. Ellos también habían ido a los coches de tope de la feria de pequeños.

—¡No! ¡Parad! —Silvia gritaba, pero entre el ruido de motores era complicado que nadie la escuchara.

Tan solo Lara, que estaba tirada en la parte trasera del vehículo, pudo escuchar la voz de Silvia. Por una vez en su vida llegaba a tiempo. El narco hipermusculado saltó del coche y disparó contra el coche que trataba de empotrarse de nuevo. Abrió la puerta trasera y extrajo a Lara del coche agarrando a la asistente social por las rastas. Su relación con su pelo a partir de ese día iba a ser de amor odio. Al menos era resistente. Lara se llevó las manos al pelo para tratar de evitar que estirara más.

—¡Tirad las armas o la mato! —al menos una docena de armas apuntaban al tipo. Ahora que veía bien a Apatito, Lara llegó a la conclusión de que debía ser algún exmilitar de alguna exrepública soviética. Con esos pantalones militares se parecía a aquellos locos chechenos que ahora luchaban en Ucrania.

—Baja tú el arma. Esto se ha terminado. —Silvia apuntaba con su pistola. No era ella la que mejor puntería tenía en el cuerpo de policía.

—No. No se ha terminado. Quiero un vehículo y quiero que dejen de perseguirme o liquidaré a esta niña.

Lara pensó en el curioso destino de su vida, siempre cerca de un ruso que ponía su vida en peligro, siempre en manos de aquella inspectora que ahora apuntaba con un arma hacia ella. El tipo sujetaba con fuerza las rastas, y Lara intentaba con las manos que no le arrancara el cuero cabelludo.

Silvia alargó el brazo que sujetaba la pistola y la fue bajando, poco a poco, hasta depositarla en el suelo.

—¡Un vehículo! ¡Ya!

—Tranquilo. Le proporcionaremos un vehículo. Pero, quizá, se quiera pensar mejor su futuro. No quiere tener en sus manos un delito de sangre. —Como si no los tuviera ya, pensó para sí misma Lara, que había visto como disparaba dentro de aquella nave a todos los que le atacaban mientras salían de la nave.

—No es un juego. La mato. —Tiró más fuerte del pelo, y Lara tiró más fuerte a su vez, pero en sentido contrario. En dos veces, se soltó las rastas postizas. El exmilitar, que no se había percatado de como con una mano de Lara se había desenredado las trenzas que ataban las rastas a su pelo real, se quedó con el matojo de pelos en la mano. Rabioso, apuntó en la dirección en la que Lara escapaba. El número de balas encontradas en el cuerpo del narcotraficante checheno fue de

dieciséis. El número total de balas disparadas de veinticinco. Pero la bala que sustrajeron del cráneo, la que lo mató, la que impidió que su dedo presionara el gatillo, procedía de una pistola. La que Silvia había recogido del suelo. Al fin y al cabo, no tenía tan mala puntería.

EFICIENCIA LABORAL

Delante, un punto de luz señalaba el final de la escalera. Detrás, solo recuerdos de los destellos de luz estroboscópica y aquella escena sangrienta. Isaac iba delante, con una mano tanteaba la pared mientras se acercaba a la puerta, con la otra agarraba con fuerza a Patience. Por fin, llegó a la puerta, cerrada en ese momento, pero por cuyos resquicios entraba la única iluminación. Rozó el pomo de la puerta justo cuando esta cedió. La intensidad de luz le cegó durante unos segundos, el tiempo que tardó en avistar el cañón de la pistola.

—Joder, Chino, vaya momento para encontrarnos. Venga, baja las escaleras. —Isaac dudó un instante, su fuerza interior luchaba por seguir arañando mientras, otra fuerza opuesta, le obligaba a obedecer —. Anda, has encontrado a tu morenita. La que te mordió la oreja. Yo también me he enamorado alguna vez de alguna morena que me comía la oreja. Venga, tira.

Isaac obedeció, pero quizá por el hecho de que necesitaba cuidar a Patience, más que porque hiciera efecto aquella sugestión que llevaba a todas aquellas personas a obedecer. Les habían inyectado la droga mientras los ahogaban en la fuente. Él sintió el pinchazo, pero luego terminó por olvidarlo. Ahora lo recordaba. Debía actuar como si nada hubiera cambiado. Cuando llegaron a la sala en la que se inició la matanza, Sissa escupió hacia el suelo.

—Nos dijeron que el mierda este podía controlarlo. Desde Togo que lo hemos traído. Ese submarino que viste era un narcosubmarino, pero lo flotamos solo para que nos trajeran al vodunsi, una especie de brujo especialista en ceremonias voodoo. A escondidas, algunos de estos brujos usan estas drogas para matar y luego traer a los muertos de nuevo a la vida, convertidos en esclavos. Trabajan sin protestar. Pero mi objetivo era mucho más grande Isaac. Mucho más ambicioso.

Isaac cruzó la sala sin pronunciar una palabra, si hablaba podría delatarse. Los vómitos esparcidos mezclados con la sangre le produjeron arcadas que tuvo que controlar, sobre todo cuando no tuvo más remedio que pisarlos. Las víctimas en posturas inhumanas esparcidas por el suelo le aterraban. Patience, sin embargo, miraba al frente. No era consciente del dantesco escenario que pisaba.

—Seguid bajando. Vamos a los túneles.

Isaac pensó que aquellos túneles debían de llevar a alguna otra salida por la que el narco quería escapar. Si se salía con la suya, estaban perdidos. ¿Qué habría sido de Laura? Él la había enviado arriba, tal vez, a una muerte segura. Pasaron por delante de las criptas. No hacía mucho tiempo, él estuvo encerrado en una de ellas. Sissa pulsó varios botones que cambiaron su luz roja por una luz verde, iniciando el sistema electrónico de extracción de las tumbas. Parecía la morgue de su hospital universitario, solo que más siniestra. Se abrieron cuatro tumbas y Sissa dio una orden.

—Qué nadie atraviese este pasillo. Sois los guerreros que impediréis el paso a cualquier persona que quiera acceder.

Isaac observó primero la luz de una linterna que iluminaba desde la oscuridad, lejana aún, desde arriba de la escalera. Luego reconoció su voz. Apreció a aquella subinspectora desde el momento en que se enfrentó a el Cura, aunque saliera mal parada.

—¡Alto! ¡Sissa! ¡Policía nacional! No tiene salida. Los refuerzos ya han llegado. Entréguese antes de que complique aún más su futuro.

Pero Sissa empujaba a Isaac y Patience por los túneles, dejando a un lado y al otro los laboratorios, dentro de los cuales, aún había trabajadores, ajenos a todo lo que había acontecido en el exterior. Esto sí que era eficiencia laboral.

AGUANTA

Paloma consiguió acceder a la nave industrial después de tirar abajo la barrera que bloqueaba la puerta. Vio el desaguisado que había organizado su amiga Silvia. Los de fuera eran también culpa suya, dos cadáveres. Pero estos otros dos cadáveres dentro de la nave eran obra de Silvia. En menos de diez metros, cuatro muertos. Poco más y las enviarían con los GOES. Abrió la puerta y observó a un hombre vestido con un mono de trabajo y barba de muchos días que presionaba con fuerza la cabeza de alguien. La sumergía en la fuente, en un agua que presentaba extraños colores, y varios bultos, cuerpos humanos que flotaban inmóviles. Paloma apuntó al hombre y le gritó:

—¡Saca a esa persona del agua!

El hombre hizo caso al instante. Entonces vio la cara de Laura, tan blanca que parecía iluminada por su pelo plateado.

—Laura, ¿estás bien?

Pero Laura no contestó. El hombre dudó unos instantes al verse sujetando el pelo de aquella chica. Pero un impulso repentino le llevó a introducir de nuevo su cabeza en el agua. Paloma disparó. Primero a la rodilla. El hombre cayó al suelo. Aquel dolor le hizo despertar unos instantes de su letargo. Laura había caído junto a él. Él cogió su cabeza y miró a su hija con incredulidad. Luego miró a Paloma que lo apuntaba con la pistola. Ella creyó ver un intento de llanto. Él se movió bruscamente, Paloma no supo ver su intención, tan solo volvió a apretar el gatillo, esta vez le dio en el hombro. El trabajador apoyó su espalda en la pared de la fuente. El agua, cada vez más oscura, rebosaba sus límites y caía mojando el mono de trabajador. La cabeza de Laura, empapada, reposaba en el suelo. Unas palabras salieron de la boca de aquel confundido ser.

—Sálvala.

Paloma se acercó a Laura, sin dejar de apuntar a aquel hombre, con su mano izquierda, buscó el pulso. Lo notó débil, pero lo notó. Entonces comenzó a reanimarla. En menos de un minuto la chica vomito aquella mezcla insana de líquidos oscuros.

—Laura, ¿estás bien?

—Isa —Volvió a vomitar, esta vez todo lo que tenía dentro—. Isaac se quedó abajo.

—No te preocupes, iré a buscarlo, pero primero te pondremos a ti a salvo. ¿Ok?

Laura miró a su alrededor, y vio como su padre se desangraba.

—Intentaba matarte cuando entré. —Pero Laura se acercó hasta él, arrastras, hasta que pudo apoyar su cabeza en su pierna.

—¡Papá! Aguanta, papá.

—No te preocupes, sobrevivirá. Las ambulancias están en camino.

Paloma creyó entender la situación, aunque era complicado ligar todos los acontecimientos. Al menos, no tendría fuerzas para intentar matar a su hija otra vez. Observó la puerta que, desde un rincón de la nave, daba acceso al piso inferior, encendió su linterna, y continuó la búsqueda. Faltaban Isaac y Patience.

CON LA PUNTA DEL ZAPATO

Paloma bajó las escaleras, peldaño a peldaño, como si fuera un ninja, pisando con el borde exterior de la bota para no hacer ruido. La matanza de arriba no tenía nada de espectacular comparada con la que se encontró en la siguiente planta. Revisó el piso con la linterna, pero no parecía haber mucho movimiento. Escuchó voces en el piso inferior. Tenía que bajar aún más, alumbró con la linterna, y vio varias figuras moverse. Sombras de lo que parecían hombres y mujeres se dirigían hacia ella. Iluminó sus caras con la linterna, y vio que eran de origen africano. Se dio cuenta de la magnitud del hallazgo, esos tíos tenían secuestrados a decenas de personas.

—Vamos, subid, podéis salir. Ya no tenéis nada que temer.

Pero el primero, un hombre con el torso desnudo, el pelo cortito pero rizado, los ojos con una capa blanquecina que difuminaba el iris, abrió la boca y enseñó los dientes, y se abalanzó sobre ella.

—¡Hostias! Otro caníbal.

Paloma retrocedió hacia la sala anterior mientras una decena de caníbales la perseguían. No podía disparar. No podía matar a aquella gente ahora que comprendía que eran inocentes. Corrió por aquellos pasillos angostos, tropezando con algún cuerpo de los que yacían en el suelo. Detrás suya, aquellas almas confundidas tropezaban también y, en algunos casos, cayeron unas sobre otras y acabaron en peleas entre ellas. Paloma se escondió en un rincón oscuro, junto a una puerta que parecía dar acceso a otra habitación. Se acercaban varias personas enfurecidas. Escuchaba su respiración agitada. Giró con sigilo el pomo y se deslizó de espaldas al interior. Cerró la puerta, y escuchó como la marcha pasaba de largo. Alumbró con la linterna la habitación. Era una mezcla de camerino, con un gran espejo y maquillaje, y un mini laboratorio. Sacó fotos con su móvil, y luego hizo un vídeo para evitar que se le escapara algo importante. Puso su oreja en la puerta y no escuchó nada. Abrió la puerta lentamente y salió al pasillo. Vio como algunos de los caníbales la buscaban, pero el camino para llegar a las escaleras estaba despejado, salvo por una pelea entre dos mujeres. Era como si las dos mujeres se hubieran puesto de acuerdo para pelear a cámara lenta. Se acercó sigilosamente, y vio como ambas parecían sufrir de espasmos. Observó el macabro cuadro que habían creado en

torno a un tipo vestido con un llamativo pantalón y el torso desnudo cubierto de pintura blanca.

No tenía tiempo para pararse ahí. Bajó las escaleras y llegó a una sala en la que varias camillas salían de la pared. Aún había alguna cerrada. Alumbró, y vio el cuerpo de una persona en su interior.

—¿Dónde coño me he metido? —Tanto tiempo viviendo sola y se había acostumbrado a hablarse a sí misma.

Probó la radio, pero a aquella profundidad era probable que nadie la escuchara. Aun así, prefirió dar detalles de su posición.

En el suelo observó una venda. La recogió. Podría ser de cualquiera, pero a ella le recordaba a la venda que llevaba Isaac. El chico es listo, era probable que la hubiera dejado como pista. Paloma aceleró el paso al ver que no había tantos obstáculos en el camino, ni vivos, ni muertos, ni a medio camino. Al cabo de unos minutos por aquel largo pasadizo subterráneo pudo ver una linterna al fondo. Decidió apagar la suya, y acercarse con la pistola por delante. Le quedaban pocos metros para llegar a la luz de la linterna, y decidió actuar.

—¡Quieto! ¡Policía! —La linterna dejó de moverse, dejó de alumbrar el suelo de tierra recién excavada y se posó en la húmeda pared.

Paloma, encendió su linterna e iluminó los rostros de las personas que tenía delante. Patience e Isaac.

—¿Qué hacéis aquí, chicos?

—Cuidado. —Isaac advirtió a la subinspectora, que no vio venir el golpe. Su pistola saltó por los aires. Sin saber cómo, había llegado a una posición en la que Sissa estaba encima suya estrangulándola. Ella, desde el suelo, trató de meter su brazo entre los de su atacante. Subió los pies hasta las costillas, pero era un hombre muy musculoso, difícil de apartar con esa llave. Debía de intentar otra cosa, pero empezaba a faltarle la respiración. Entonces vio volar una zapatilla blanca directa al gaznate de el Jeque. Este se echó lo suficiente para atrás como para que Paloma pudiera hacer mejor el agarre con las piernas, lo volteó, y cambiaron las posiciones. No sabía dónde había ido a parar su pistola, pero de lo que estaba segura era de que Sissa no tenía munición, de otra forma, la habría matado. Su intención inicial fue tirarse al cuello para devolverle el estrangulamiento, pero entonces sintió como alguien la agarraba por detrás.

—¿Qué narices? ¿Isaac? ¿Qué haces?

Sissa trató de levantarse. Primero se puso de rodillas, miró al frente, se pasó las manos por los ojos.

—No le toques la cara. —Isaac sonó convincente. Aquella zapatilla llevaba veneno de ese que había matado a todo el que se impregnaba de una buena dosis. Había visto a muchos caer, y cuando

piso aquel potingue viscoso lo hizo a propósito para agenciarse un arma improvisada—. Le acabo de untar veneno de pez globo en ella.

¿AMIGAS?

Alberto estaba sedado para que pudiera descansar tras la operación de urgencia. La bala había perforado el pulmón y había roto una vértebra. Le habían tratado un neumotorax, pero tendrían que hacerle otra cirugía para limpiar la vértebra dañada una vez se solucionara el problema del pulmón. El orificio de salida indicaba que no había bala alojada en el cuerpo. Lucía tenía el brazo vendado, pero estaba en pie, junto a la habitación de Alberto. El sentimiento de culpa magullaba su orgullo, no por el hecho de haber precipitado un desenlace tan desafortunado, si no por el hecho de haber dudado si asistía a su compañero. Paloma estaba junto a ella. Con la cabeza bien alta.

—¿Dónde han llevado a ese capullo? —Lucía no miraba a Paloma, miraba a la cama en la que Alberto dormía profundamente.

—Está en este mismo hospital. Le han hecho un lavado de estómago. He ido a verlo, pero estaba noqueado.

—Vamos a ser famosas. —Lucía giró levemente la cabeza y le regaló una sonrisa a Paloma, de esas sinceras que compartían cuando eran amigas.

—Era tremendo lo que tenían organizado en esa nave industrial. La científica tiene trabajo para todo el mes. Al menos cincuenta personas secuestradas, esclavizadas, de las cuáles han muerto diez, por ahora. Hay muchos heridos, algunos puede que no sobrevivan a la noche.

—Así que, mataste a Taras. Ese capullo sanguinario se lo merecía. Es bueno que consiguieras detener a Sissa vivo. Lo necesitamos para atrapar a Draco. Estos son solo lugartenientes, nos falta cortar la cabeza que lleva la corona.

—Se lo sacaremos. No lo dudes. Lo tiene complicado. Trata de personas, narcotráfico, asesinatos, secuestros. No sé qué vamos a poder ofrecerle a cambio para que cante.

—Su vida. —Esta vez giró del todo la cabeza—. Ahora, los mismos que lo adoraban, lo quieren muerto.

Paloma se quedó pensativa, todo el trabajo que había puesto en aquel caso y parecía que no era suficiente. Lucía se dio cuenta de que su amiga estaba a punto de echarse a llorar.

—No te preocupes. Serás inspectora. Te lo aseguro.

Paloma, convirtió los llantos en risa, y se abrazó a Lucía, que respondió con unas palmadas en la espalda.

Un pitido sonó en la radio, e interrumpió el momento ñoño. Uno de sus agentes comunicaba por radio el incidente. Sissa había fallecido.

SANTA UNCIÓN

Veinte minutos antes…

Dos agentes de la policía nacional custodiaban el acceso a la habitación.

—Buenos días. ¿Desea algo?

—Buenos días, chicos. Me han comentado que tenían aquí un paciente que deseaba hablar con Dios.

Los agentes se miraron sorprendidos.

—A nosotros no nos han dicho nada.

—Ya me imagino. A mí me llegan las peticiones por otros medios. Ya saben, todos tenemos cabida en la viña del señor. Todos tenemos derecho al arrepentimiento. Sin excepción. —El Cura se mostró conspicuo, estaba en su área de influencia y aprovechó que pasaba una enfermera por allí para enviarle una amplia sonrisa—, ¿qué tal Rosa? Hoy te tocó el turno de madrugada por lo que veo.

—Buenos días, Cura, ¿se me nota? Por Dios, que he quedado ahora a comer con una cita, y estoy hecha un cromo.

—Tranquila, no se va a fijar en tus ojeras.

Compartieron unas carcajadas picaronas y el Cura lanzó una última mirada al poderoso trasero de la enfermera.

Los policías asistían incrédulos al espectáculo.

—¿Cómo os llamáis chicos?

—Yo soy Curro, y este es Alfredo. ¿Cómo podemos llamarle?

—Podéis llamarme Cura. —Antes de que le volvieran a aleccionar, el Cura siguió con su sermón—. Verán, tengo muchos pacientes que visitar hoy, pero creo que en la cima de la pirámide del pecado hoy se encuentra esta persona. O eso me han chivado. —Susurró.

—Está bien Cura, —Curro miró a su compañero buscando su aprobación y la encontró en un encogimiento de hombros—, puede entrar, pero no se entretenga mucho. Y no se acerque, es un tipo realmente peligroso.

—Muchas gracias, chicos. Si alguna vez necesitáis ayuda, buscadme, soy vuestra mejor opción de contacto directo con el señor.

El Cura entró en la habitación. En la cama, adormilado, se encontraba Sissa. Cerró la puerta y pudo escuchar el murmullo y las

risas entre los guardias que imaginaban el tipo de cielo al que podría ayudarles a entrar semejante cura, y le desearon suerte a Sissa.

Se acercó hasta casi oler el aliento de el Jeque.

—Sé que estás despierto. Puedes abrir los ojos, tenemos un asunto serio que tratar. —El cura se peinó hacia abajo su larga perilla blanca. Se quitó la chaqueta negra y se quedó vestido con camisa y pantalones negros, tan solo rotos por el blanco del alzacuellos. Sissa abrió los ojos.

—Joder, Cura. Menos mal, creí que vendrían ya esas putas polis.

—Debe de ser jodido que te atrapen entre varias mujeres policías. Pero, tu machismo no es lo que te ha condenado. Ha sido tu insolencia. Has estado a punto de matar a mi hijo. —El cura se arremangó las mangas de la camisa.

—No me jodas, Cura. Lo teníamos controlado. Solo iba a ser un sustito. Luego te lo devolveríamos sano y salvo.

—Y, ¿sus amigos? ¿También era un sustito? —El cura abrió un bote que contenía una sustancia aceitosa.

—Cura, no me jodas, ¿qué coño es eso?

—No me has respondido. Y mi paciencia es limitada. Ahora es el tiempo de expiar tus pecados. —Antes de que gritara, el cura ya le había echado unas gotas en la frente, mientras le tapaba la boca con fuerza echando sus noventa kilos encima. Sissa intentó soltarse, pero las ataduras de sus muñecas y tobillos no le permitían moverse.

—Por esta Santa Unción, y por su bondadosa misericordia te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo, para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad.

El Cura esperó unos segundos a que Sissa entrara en el estado catatónico. Luego cerró sus ojos para simular que estaba dormido. Limpió la frente del narcotraficante con una toallita de olor a limón y la guardó con cuidado en su recipiente. Aún tardaría en entrar en parada cardiaca, irremediable por la cantidad de droga que le había proporcionado. Golpeó la puerta y Curro abrió la puerta desde fuera.

—Gracias chicos.

—¿Se salvará? —Curro trató de disimular la sonrisa, pero Alfredo tuvo que girarse para esconder la carcajada.

—Estoy seguro de que nuestro señor tendrá un sitio reservado para él. Qué tengáis un buen día.

—Buen día, Cura.

Y cuando el Cura se dio la vuelta para seguir su camino hacia la salida del hospital de Benalmádena, los dos policías rompieron su posición de firme y, doblados por la cintura se desternillaban de risa. Nada que ver con el susto que se llevarían minutos después cuando Sissa perdió su pulso para siempre.

REMINISCENCIA

Una semana después.

El Cura descansaba en el saloncito de la residencia. Pasaba las páginas del libro *Sapiens. De animales a dioses: Breve historia de la humanidad.* Revisaba sus anotaciones. Se podría decir que había escrito otro libro dentro ese libro. Era media mañana y los jóvenes estaban en la universidad. Casi todos. A su lado, Isaac repasaba las páginas del diario ABC que el Cura recibía en aquella misma dirección, rigurosamente, a primera hora, cada mañana durante los últimos cuarenta años. Cada día había una noticia nueva sobre la matanza de las canteras, como la habían titulado la prensa. Pero hoy, parecían tocar buenas noticias. En la imagen, condecoraban a Paloma Rico y a Silvia Ulloa. Se hablaba del probable ascenso a inspectora de la primera, y del más que probable nombramiento de una nueva comisaria, Lucía Sancredo.

—¿Qué tal está? —Isaac no levantó la mirada del periódico, simplemente pasó de página para ver si había algo nuevo sobre su caso, no le interesaba ninguna otra noticia.

—Es un tipo genial este Harari. Es un detalle que reconozca que la religión es clave para la prosperidad humana.

—No te pregunto por el libro. —Ahora sí lo miraba. El viejo levantó la vista del libro y se quitó las gafas.

—Ah, preguntas por la chiquilla. Se recuperará Isaac, no te preocupes. Es joven, es fuerte. Pero, no te encapriches con ella. Es muy joven aún, podrían denunciarte por abuso sexual, tú tienes dieciocho y podrías ir a la cárcel.

—Venga, Cura, no me jodas. Que son dos años de diferencia. Además, solo he preguntado que qué tal está.

—Han sido días muy duros para ella. No deberías presionarla.

Sonó el telefonillo, y el Cura miró la pantalla que tenía en el mismo saloncito, pegada a la pared, junto a la puerta.

—Mira, ahí viene su amiga del alma. La *jipipulgui*.

—Nos salvó la vida. Deberías respetarla un poco más. —Isaac se había levantado y pulsaba el botón para abrir la puerta del portal, mientras le echaba una mirada de reproche a su padre adoptivo.

—Tiene un par de cojones, eso hay que reconocerlo.

Isaac abrió la puerta de la residencia que estaba a escasos centímetros del salón, y vio aparecer a Lara. Se dieron un abrazo intenso. Haber compartido aquellos momentos horribles, y haber pasado por experiencias similares los había unido en cierto sentido.

—Hola, Lara. Bienvenida a tu casa. —El Cura se chupaba la yema del dedo índice para pasar página.

—Vengo a ver a Patience.

—Ya, ya, mujer, ya lo sabemos. No creo que hayas venido a ducharte, pero si quieres, no serías la primera en llamar a la puerta para ello.

Isaac envió un dron suicida desde su ceño fruncido a la cabeza de el Cura, que esbozaba una sonrisa de oreja a oreja.

—Podría abrir la ventana un poco, la peste a mofeta no se va con facilidad. Si quiere disimular mejor, tire las chustas de los porros que se fumó anoche, rebosan el cenicero.

El Cura acogió la pulla con otra carcajada, a cualquier chaval de la residencia lo habría puesto en la calle de madrugada si insinuaba que fumaba drogas. Aunque fuera cierto. De vez en cuando, había que dar un escarmiento.

—Acompaña a tu amiga y sus malas pulgas a la habitación de Patience. Seguro que le viene bien un poco de compañía.

—Ven, te llevo hasta su cuarto.

Isaac la condujo atravesando el complejo esquema arquitectónico de pasillos estrechos, sorteando todo tipo de simbología cristiana. Atravesaron el ala femenina hasta el último cuarto, para llegar al cual había que subir unas escalerillas. Llamó a la puerta. Patience abrió. Sonrió al ver a Isaac. Él trató de girar la cabeza y ocultar la parte mutilada. Ella, al ver el pedazo de oreja que le faltaba puso cara de preocupación.

—¿Qué tal estás? —La joven preguntó en castellano, aún con un fuerte acento subsahariano.

—Bastante recuperado. ¿Y, tú?

—Bien. Aún tengo dolor de cabeza. —Se llevó los puños a la cabeza y simuló una explosión en ambos.

—Ha venido Lara, ¿puede pasar?

—Claro, claro. ¡Lara! —Patience se abalanzó sobre ella, le dio un fuerte abrazo.

Isaac se retiró sin decir nada más, era hora de ir a casa de Laura. Su padre logró sobrevivir, pero había envejecido veinte años, e Isaac iba a ayudar todos los días. Lara cerró la puerta.

—Traigo buenas noticias. —Se sentaron juntas en la cama, cogió sus manos entre las suyas—. Van a retirar todos los cargos contra ti.

Patience abrazó de nuevo a Lara, sonreía a la vez que lloraba.

—Muchas gracias, Lara. Da las gracias a todos. Os quiero mucho.

—Nosotros te queremos también a ti. No tienes que darnos las gracias. Nos gusta nuestro trabajo. Después de todo lo acontecido, no han tenido más remedio. Si no también tendrían que acusar al policía que mordió a varios paramédicos.

—¿Y tú? ¿Cuéntame? ¿Te harás policía?

—No. Yo no valgo para eso. Me gusta ayudar a la gente, pero de otra manera. Mira, te he traído la documentación para que la rellenes y podemos empezar a tramitar tu petición de estancia en España.

—No sé. Creo que no entré muy bien a este país. No fue como lo soñaba.

—Créeme, Patience. Nadie soñaba con cruzarse con esos traficantes. Pero España no es así. Si quieres, podrías quedarte.

—¿Qué le pasó a Isaac en la oreja? —Patience cerró la sonrisa, dejó de mostrar sus dientes relucientes, quería una respuesta que confirmara lo que quizá ya sabía. Y Lara no era de las que mintiera a nadie.

—Fue aquella noche en la que te encontraron en la playa. Al parecer, se enamoró de ti. Amor a primera vista lo llaman. —Rieron.

—¿Y? ¿Qué pasó? Necesito saberlo.

—Le diste un buen mordisco —Patience se llevó las manos a la cara—, pero no se lo ha tomado tan mal. Mira, sigue ronroneándote.

Sonrió, y Lara la abrazó. Un pitido interrumpió la conversación, el Cura llamaba a misa por el interfono.

—Creo que debo de ir. —Patience se limpiaba las lágrimas que tanto tiempo habían tardado en salir.

—No te castigues por esto. Patience, todos sabemos que no eras tú la que le atacó.

—Lo sé. Es solo que… gracias, necesitaba saberlo. Me voy, no le gusta que llegue la gente tarde. Luego reviso los papeles, y si quieres podemos quedar a tomar un café por la tarde.

—Claro, te vengo a buscar. Pero, creo que podrías encontrar el amor de Dios en cualquier sitio antes que en las palabras de ese cura.

—Él también se portó bien conmigo.

—Tú misma. Eres libre.

Compartieron una última sonrisa. Se dieron un abrazo, y se despidieron.

LA VOZ DEL DRAGÓN

Cinco días antes.

La frente le ardía, los labios parecían el valle de la muerte, los ojos habían recuperado el color negro, pero a veces parecían girar hacia dentro. Recuperaba recuerdos a la par que los olvidaba. Cuando recuperaba la consciencia veía a el Cura sentado junto a ella, sosteniendo su mano. Recitaba frases que a ella le costaba comprender. Pero sí entendía que hablaba de culpa. Hablaba de aquella noche. Hablaba de Isaac. Eso sí lo entendía. Desde que ella había llegado, desde que sus caminos se habían cruzado, a su hijo adoptivo no le habían pasado más que desgracias. Y, de alguna manera, era culpa suya. De Patience. Tal vez, sus caminos no debían haberse cruzado nunca. Su cruce provocaba inestabilidad cósmica. No debía acercarse más a Isaac. Por su bien.

Los días pasaron, la fiebre se fue, la vida continuaba. Ella olvidó aquellas palabras de el Cura, pero el viejo dragón supo aprovechar bien ese momento en que el subconsciente de Patience era accesible, se podía escribir en él, se podía implantar una duda, un deseo, un conocimiento, lo que quisiera. Al cabo de unos meses, Patience decidió regresar a su hogar. Añoraba su tierra, a su gente, a sus amigas, a su familia. Si alguna vez regresaba a España, sería de otra manera.

Este libro no está basado en hechos reales pero plantea situaciones similares a hechos ocurridos. Todos los personajes, sus nombres y hechos descritos son inventados. Algunas localizaciones sí son reales, ambientadas en la provincia de Málaga, otras han sido alteradas para dar cabida a la ficción.

Espero de todo corazón que hayas disfrutado de la lectura de este libro. Si es así, te agradezco que te tomes unos minutos para comentarlo en Amazon o en tu plataforma favorita y así darle más visibilidad. Si no has leído la primera novela de la saga Málaga Valley Criminal, puedes encontrarla en Amazon "Sirena de Niebla". Aunque son libros autoconclusivos, hay personajes que ya aparecieron en la primera novela. También puedes contactar con el autor por Twitt a @hdemendoza o por email a hdemendoza17@gmail.com. Puedes suscribirte a la newsletter y te mantendremos al tanto de futuras promociones, sorteos y publicaciones. Solo por suscribirte, recibirás un regalo.